

carter Dickson

Detrás de las

persianas

rojas



Lectulandia

Inmediatamente a su arribo a Tánger, el incomparable Sir Henry Merrivale es conducido a la casa del jefe de Policía. Ahí se le expone un problema, en cuya solución se encuentran concentrados los mejores cerebros de Europa.

Ha aparecido un moderno Robin Hood que vuela desde París a Bruselas y Lisboa..., y que tal vez esté en Tánger. Ultrajado por una morena, Sir Henry anuncia que resolverá el caso dentro de cuarenta y ocho horas. Como siempre en los misterios de Carter Dickson, éste es un problema espléndido, y al parecer insoluble, pero el genial detective cumple su promesa.

Lectulandia

Carter Dickson

Detrás de las persianas rojas

Henry Merrivale - 21

ePub r1.0

Titivillus 16.09.2018

Título original: *Behind the Crimson Blind*

Carter Dickson, 1952

Traducción: Grace de Jara

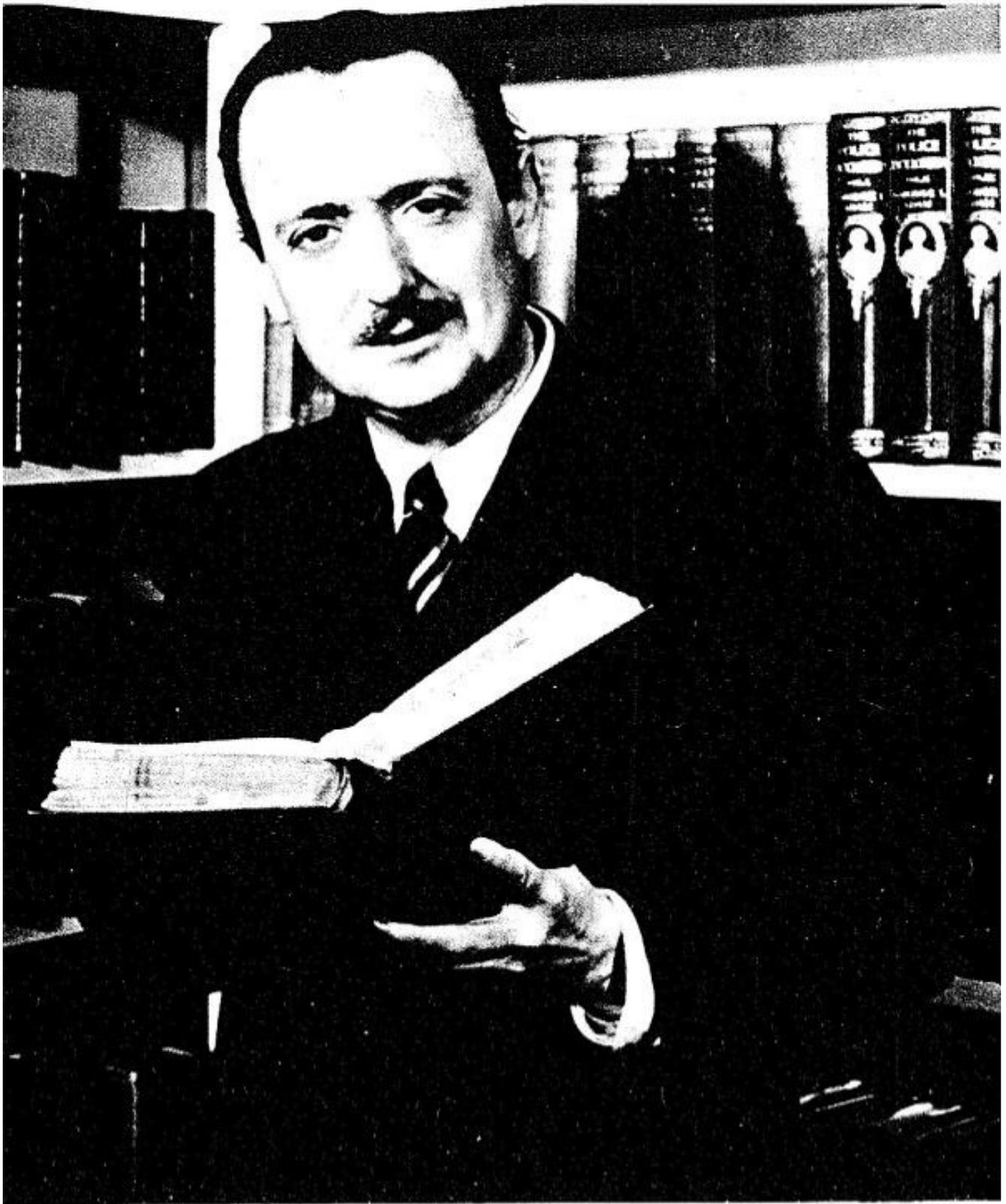
Portada: Charles Burlacov

Retoque de portada: Preigad

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com



John Dickson Carr
CARTER DICKSON

CAPÍTULO I

El avión de las nueve y media de Lisboa, que debía llegar a Tánger dos horas más tarde, estaba en la hora, y dió vueltas más amplias y bajas sobre el aeropuerto. La mayor parte de los pasajeros, apretando sus caras contra las ventanillas del pequeño aeroplano, estaban confundidos o molestos.

Era el primer día de abril. Habían esperado ver a sus pies a Tánger —esa ciudad loto en que cada uno puede hacer lo que le plazca, adormecida bajo un resplandor fuerte y caluroso reflejado por sus casas blancas— y la entrada del Mediterráneo, donde el Cabo Spartel marca el punto más septentrional del África. Pero, triste es decirlo, el tiempo estaba agudamente frío, como pudo haber estado en Londres o Nueva York. El avión pasó a través de desgarradas espirales de niebla, entre las cuales los pasajeros divisaron sólo un suelo verde opaco.

“Dios mío”, gimió para sí la señorita Maureen Holmes.

Era sólo por accidente que la morena y delgada joven americana usaba su abrigo de piel. Por algún motivo, Maureen Holmes no pudo dejarlo en Nueva York. Pero recordó tristemente que había gastado casi tanto en ropa —y ropa liviana, veraniega, ropa casi tropical— como el costo de todo el viaje.

Repentinamente, y al parecer proviniendo del aire, una voz profunda, cuyo dueño parecía creer que hablaba en un murmullo, se dirigió a Maureen.

—¡S-s-t! —susurró la voz—. ¡Eh!

Los respaldos de los asientos del avión eran sumamente altos. Además, letreros luminosos eléctricos anunciaban en dos idiomas, sobre la puerta de la cabina del piloto, que se debía mantener abrochado el cinturón del asiento. Sin embargo, el enorme, corpulento y abarrilado caballero que ocupaba el asiento delante de Maureen había superado estas dificultades.

En alguna forma se había dado vuelta y estaba de rodillas hacia Maureen. Sobre el respaldo del asiento asomaba una cara grande, redonda y de mandíbulas cuadradas, con una lustrosa calvicie y un par de anteojos con montura de carey caídos sobre una nariz ancha. Aunque sólo quería expresar seriedad, le dirigió a Maureen una mirada de malicia tan horrible, que la muchacha se hubiera asustado al no haberlo reconocido.

—Ahora escuche, fámula mía —empezó, en lo que; imaginaba ser su más pulido trato social—. Tengo que explicarle algunas cosas. Sólo entre nosotros..., ¡sh-h! ¡Bien!... Mi nombre es...

Maureen sabía cómo se llamaba. Sus ojos verdes, con largas pestañas negras, y la amplia boca, con demasiada pintura para un cutis pálido, demostraban cierta

inquietud, al mismo tiempo que secreta admiración. Desde el momento en que salió el avión TWA de Nueva York a Lisboa, ella había sostenido una débil esperanza de que el viejo réprobo le hablara.

—Pero usted es el Viejo —dijo sencillamente—. Usted es Sir Henry Merrivale.

—Bueno... Vamos —murmuró éste, no totalmente disgustado—. ¡Sh-h! —agregó, con una mirada tan horrible que hubiera paralizado a un comando.

Ante el desborde de esa personalidad, que parecía sólo una cabeza sin cuerpo escudriñando por encima del respaldo del asiento, Maureen se anduvo enojando. En su hogar y en su trabajo era tranquila, formal y eficiente, sin perder nada de su acentuada femineidad. Pero ahora estaba en el extranjero; sus defensas estaban bajas, y entonces, emergiendo su verdadera naturaleza, balbució las palabras involuntariamente.

—Usted es terrible —dijo ella.

—¿Qué quiere decir con eso de que soy terrible? —gritó H. M.

A pesar del ruido de los motores, ahogados al circular el avión más bajo a través de la niebla, su poderosa voz hizo que los friolentos pasajeros se sentaran a mirar. El camarero portugués caminó hacia adelante e indicó a H. M., más o menos en inglés, que debía abrocharse el cinturón de seguridad. Él le pasó al camarero un billete de diez libras y le dijo que levantara el gancho, lo cual hizo.

Maureen Holmes, ya arrepentida de lo que había dicho, trató de explicarse:

—Quiero decir..., de acuerdo con los periódicos. Cuando usted recién llegó a Nueva York, empezó un desorden en el Subterráneo. Algunas personas todavía dicen que, en el caso Manning, usted..., usted...

—Confundí la evidencia, ¿eh?

—Sí; “confundir” es la palabra exacta, sí. La policía le seguía a usted en Washington, en Baltimore, en Filadelfia, ¡en no sé cuántas partes! Incluyendo ese pequeño pueblo cerca de Charleston, donde persuadió al jefe de policía de que arrestara al alcalde.

—¡Oh fámula mía! —dijo H. M.

Su enorme brazo apartó estos pequeños asuntos como meros pecadillos. En realidad, Sir Henry Merrivale se sorprendía de qué alguien se molestara por ellos.

—Cuando usted volvió a Nueva York por última vez —insistió Maureen—, hubo otro desorden y un crimen en el Museo Metropolitano. Por supuesto —Maureen lo miró de reojo por debajo de sus pestañas—, el caso fué resuelto por un teniente detective del Departamento de Homicidios.

—¡Hum! —gruñó H. M., poniendo ojos inocentes—. Claro. Absolutamente.

—Pero el comisario general le dió a usted un enorme banquete, y todo parecía estar maravilloso. Todos pensaron que usted regresaría a Inglaterra, no a Tánger. Usted se escurrió; usted...

Maureen vaciló. Bajando la cabeza, y de nuevo su suave pelo contrastó con la belleza de su tez pálida, golpeó ligera e indecisamente sobre su cartera con los dedos

enguantados.

—¡Oh, no es asunto mío! —agregó suavemente, alzando sus ojos verdes—; ¿pero le molestaría que le dijera por qué, en cierto modo, odié todo eso?

—¡Por el amor de Dios, no!

—Aparte de su..., su conducta horriblemente indigna, y usted, un noble inglés, demasiado...

H. M. quedó boquiabierto.

—¿Indigno? ¿Yo?

—Fuera de eso —insistió Maureen—, ¡eran todas esas terribles mujeres! ¡Lo siento! ¡Y a su edad, también!

Ahora sí que realmente había obtenido una reacción del hombre digno.

La cabeza de H. M., sin cuerpo y tornándose morada lentamente, se movía de izquierda a derecha, como la cabeza de un santo sobre una bandeja.

—¡Soy absolutamente inocente! —gritó con pasión y, debe concedérsele, con mucha verdad—. Es esa gente periodista, ¡válgame Dios! Escriben lo que quieren acerca de mí, porque saben que no les armaré líos. ¡Quémenme; pero no puedo ni hablarle a una buena moza sin que no haya fotos instantáneas! Si pudieran haber hecho que alguien se lo tragara, me hubieran tenido cortejando a la Estatua de la Libertad.

—¿Entonces no es realmente cierto?

—Soy incomprendido, fámula mía —dijo H. M., tomando su cara la mirada conmovedora del que necesita protección en este malvado mundo—. ¡Sinceramente! Soy el creyente de la verdad más incomprendido, más limpio de corazón que jamás haya pisado la tierra. Permanezco tan bueno como el oro, sin molestar a nadie —Sir Henry Merrivale verdaderamente creía esto—, y vienen y me mortifican. ¡Míreme, famulita! ¡Observe mi esfera! Está bien que me llamen Papi, como hacía la mayoría en América. ¿Pero me cree un viejo bellaco?

A pesar de su abatimiento, en el corazón de Maureen Holmes brotó la risa. Pero su expresión permaneció grave y benévola mientras lo observaba.

—No, Sir Henry. No creo que lo sea.

—¡Bien! —dijo H. M., cambiando de expresión instantáneamente—. Ahora vamos a aterrizar de un momento a otro —y aquí un brazo pesado se precipitó por el respaldo del asiento, apuntando su índice casi contra la nariz de la asombrada Maureen—, y usted me va a contestar algunas lindas e íntimas preguntitas. ¿Entendido?

—¡Bueno! Yo...

—¿Cómo se llama, fámula mía?

Maureen se lo dijo.

—¿Está aquí en Tánger por negocios o de vacaciones?

—Estas son sólo mis vacaciones. Dos semanas libres, además del tiempo del viaje de ida y vuelta en avión.

—¿En qué trabaja en su país, si es que tiene trabajo?

—Yo..., yo soy telefonista de Jones, Howard & Ramsbottham. Usted sabe..., la gran firma de abogados. Quinta Avenida tres ochenta y seis.

—¡Hum! ¿Dónde se va a quedar en Tánger?

Maureen sonrió torcidamente. Volvió el color a sus mejillas, haciéndole ver más bonita la cara y acentuando sus francos pero reservados ojos verdes.

—En el Hotel Minzeh —contestó ella—. Me dijeron que era el mejor en Tánger; y no me conviene, en realidad. Pero sencillamente Yo sencillamente...

Abatió tristemente los brazos y sonrió de nuevo.

—¡Ah, mejor que mejor! —declaró H. M.—. Yo hice reservas allí también. Ahora, dígame. Esa firma infatuada de abogados, ¿qué le pagan, tomándolo por semana, digamos?

Aunque su cara se sonrojó un poco más, Maureen se lo dijo.

—¡Hum! —dijo H. M. De nuevo el índice le apuntaba a la nariz—. Entonces esto es lo que haré. Le triplicaré ese sueldo y le tiraré otros doscientos como gratificación si aparenta..., sólo aparenta..., ser mi secretaria durante una quincena.

Hubo un momento de silencio, mientras Maureen lo observaba. Los pasajeros, charlando, se asomaban por las ventanas empañadas de niebla en el cercano silencio del avión. Entonces H. M. gimió.

—¡Oh, por el amor de Esaú! —dijo, golpeándose la cabeza con las manos—. ¡No; no es lo que usted está pensando! No es el viejo malvado transluciendo sus malos propósitos, como se lo probaré. —Puso mirada de mártir—. Soy el más pobre, más incomprendido...

—¡Pero si no es eso lo que creo! —protestó Maureen—. Honradamente.

—Entonces...

—Yo no entiendo. ¿Por qué quiere que yo pretenda ser su secretaria?

—¡Sh-h! —siseó H. M., escudriñando a su alrededor con aire de conspirador—. Nadie sabe que estoy en Tánger. ¡Ni un alma! ¡Oh!, excepto el consulado británico; van a mandar a un joven llamado Bentley a encontrarme; pero mantendrán silencio. Además, nadie va a saber que estoy aquí. Pienso recostarme en una silla de playa, con anteojos ahumados, sin hacer nada, y reponerme de mis vacaciones en América.

—Pero.

—Hace un momento —H. M. se mofó amargamente—, cuando dijo que los polizontes me habían correteado prácticamente de Nueva York a San Francisco, ¿supongo que pensó que yo lo estaba pasando muy bien? Bueno, no lo estaba. ¿Por qué? Porque esos mismos polizontes me habían metido para ayudarles en el caso. Después, quémenme si lo supiera, se irritaron porque les birlé los documentos fehacientes o enredé la evidencia.

Aquí H. M. asomó su indescriptible cara sobre el respaldo del asiento, pareciendo aún más grande sus anteojos.

—¿Y qué es lo que era cada uno de esos casos, fámula mía? ¡Dios! Yo le diré. Era

una situación imposible, eso es lo que era.

—Pero —vaciló Maureen—, ¿no se supone que ésa es su especialidad?

La torturada expresión de H. M. era la de un borracho reformado que ve ante sí una magnífica botella de *whisky*, sin corcho y con nadie a la vista.

—No los puedo resistir —dijo quejumbrosamente—. Suponga que oigo de un sujeto muerto a balazos en una pieza con llave, o estrangulado en la arena en la playa, sin rastro de pisadas, excepto las propias. ¡Oh mi fámula! Llamas quemantes, brillantes de curiosidad, empiezan a surgir alrededor de mi cuello; no puedo descansar, no puedo dormir hasta que no lo resuelvo.

—Sí, ¿y bueno?

—Me tiene cogido, eso es todo. En Londres hay un reptil llamado Masters; no podía entender por qué se había vuelto loco, pero ahora lo entiendo. —De nuevo H. M. era todo sentimiento—. Soy un hombre viejo, sea lo que fuere lo que piensen. No puedo resistir el arponazo. Si alguien me dice tanto como “imposible”, le doy un trastazo en la cabeza con un sifón de soda. ¡No tenga cuidado! No espero nada así en Tánger; pero quiero estar absolutamente seguro de no comprometerme... Ahí es donde entra usted.

—¿Dónde entro yo? ¿Cómo?

—Mire —urgió H. M.—. No tiene ni siquiera que estar conmigo. Cuando salga del hotel, deja una nota diciendo solamente que ha salido conmigo, pero que no sabe a dónde vamos a ir o cuándo volveremos. Si yo estoy en el hotel cuando usted está allí, contestará el teléfono. Dirá que estoy parálticamente borracho, ésa sí que es buena, o que tengo una terrible enfermedad contagiosa, o cualquiera cosa que los mantenga alejados. Estoy hablando en serio, fámula mía. ¿Lo hará usted?

Maureen se mordió el labio inferior. Su mirada vagó por la cimbreada cabina, a todas partes menos a H. M. Echó hacia atrás su abrigo de piel, dejando ver una figura delicada y flexible en un traje verde oscuro con botones de metal.

—Sir Henry —dijo lastimosamente—, no puedo.

Con un suave golpe y sacudida, las ruedas del avión tomaron la pista, saltaron un poco y se asentaron. El camarero gritó en portugués que los pasajeros debían permanecer todavía en sus asientos. Los motores zumbaron de nuevo para hacer alguna complicada maniobra de colocar el avión, con la parte de babor hacia atrás, hacia la estación del aeropuerto.

La romántica Maureen estiró una mano para tocar el respaldo del asiento bajo la cabeza de H. M.

—Lo siento terriblemente —casi le rogó ella—, ¡pero no puedo! —Vaciló—. Vea usted, estas dos semanas son de libertad completa de..., bien, de lo que usted ha dicho. No pueden pescarlo a usted, aunque traten de hacerlo. Puede sacarle la lengua a la campanilla del teléfono. No tiene ninguna responsabilidad hacia nada o nadie. —Maureen aspiró profundamente—. Es maravilloso —agregó con su voz fina y baja—. Si usted hubiera trabajado durante años en una oficina, y llegado al punto de pensar:

“Debo recordar esto, debo recordar esto otro”, hasta tener ganas de gritar, entonces creo que comprendería.

Hubo otra pausa, mientras Maureen bajaba los ojos.

Después se sorprendió Maureen de que la enorme voz de H. M. pudiera ser tan suave.

—Yo también lo siento, fámula mía —dijo, fijando su vista en el suelo—. Y yo soy el sujeto que debería pedirle disculpas. —Se rascó desesperadamente en la cabeza el pelo que ya no estaba allí—. Quizás el Viejo entiende mucho más de lo que usted piensa. Pero lo que yo digo es: usted guardará mi secreto, ¿verdad?

—Por supuesto que lo haré —suspiró Maureen—. ¡Todos los secretos! Aunque...

—¡Sh-h! ¿Aunque qué?

—Si nos quedamos en el mismo hotel, más que seguro que nos vamos a encontrar. Usted debe haber hecho sus reservas bajo nombre falso. ¿Por qué nombre lo llamaré?

—Herbert Morrison —dijo inmediatamente H. M.—. Vamos, no ponga esa cara como si lo hubiera oído antes en alguna parte. Las iniciales son las mismas mías, ¿no es así? Soy el simpático viejo Herbie Morrison. ¡Sh-h!

Con un suspiro metálico, el avión se detuvo. Hubo un murmullo y sonajeo al saltar abiertos los cinturones. Los pasajeros, conversando en voz alta en por lo menos cinco idiomas, se apretujaron rápidamente camino hacia la puerta.

Como Maureen y H. M. habían ocupado los dos asientos delanteros, en el lado de estribor, se demoraron y salieron más despacio. Nadie se había sentado al otro lado de ellos.

H. M. se levantó en toda su corpulencia, y sobre su cabeza colocó firmemente un sombrero de panamá, con cinta vistosa y ala doblada hacia abajo. Su liviano traje Palm Beach contrastaba con una de esas repugnantes corbatas pintadas a mano, que hubiera causado una conmoción en Regent Street.

Henry —sugirió Maureen, vacilante—, ¿no sería mejor que usted saliera primero? Quiero decir, usted tendrá que salir más o menos de lado por el pasillo hacia la puerta, y sería mucho menos embarazoso.

Aun el ojo sospechoso de H. M. no pudo descubrir alguna referencia insultante hacia su corpulencia.

—¡Muy lista! —consintió él, dándose vuelta de lado y saltando por el pasillo con los brazos en el aire como una bailarina—. Quémenme; pero qué bueno es entrar a hurtadillas en un lugar donde nadie lo conoce.

—Pero, Sir Henry...

—¡Sh-h! Llámeme señor Herbert Morrison, o si no, Papi.

—¡Pero si no lo podría llamar así! —Maureen estaba genuinamente horrorizada—. De todas maneras, ¿qué es esa conmoción allá afuera?

Aunque hacía un poco más de calor ahora que habían aterrizado, las ventanas, aun empañadas, dejaban ver poco hacia afuera. Pero era evidente que la niebla se había

levantado. A través del aeropuerto de Tánger, construido en un terreno montañoso por encima y detrás de la ciudad, soplaban todavía un vientecito malévolo.

Pero ahora surgieron gritos e imprecaciones, ebulliendo alrededor de la escalera portátil que había sido colocada contra la puerta abierta. Cada pasajero, al bajar rápidamente por la escalera, era llevado hábilmente hacia un lado; y todos estaban ahora alineados contra el avión, como los que están a punto de ser fusilados.

—No es nada, fámula mía —se mofó airosamente H. M.—. Cuando los españoles, portugueses o árabes empiezan a gritarse unos a otros, y usted no sabe más que una docena de palabras, parece como si se fueran a matar; pero sólo quiere decir que están discutiendo por una peseta de la cuenta. ¡Sh-h! Vea usted...

En ese momento él había llegado a la puerta, donde el camarero se inclinó tan profundamente que casi se cayó. H. M., pasándole dinero, había bajado apresurado tres peldaños antes de subir la vista. Directamente enfrente de él, más o menos a cuarenta pies de distancia, corría la línea larga, más bien baja, de la estación del aeropuerto, con una corrida de puertas vidrieras.

Entonces H. M. levantó la vista y examinó lo que estaba enfrente de él. Se le hinchó el cuello y los ojos se le abultaron poco a poco detrás de los enormes anteojos. Si no se hubiera asido firmemente al pasamano, se hubiera tambaleado.

—¡Oh, por el amor de Dios! —murmuró.

CAPÍTULO II

Y por primera vez el grito de socorro lanzado por H. M. era razonable.

Apenas escuchó el estruendo de vítores de las que parecían ser miles de robustas gargantas norafricanas, que casi hicieron volar su sombrero. Lo primero que vieron sus ojos empañados fueron dos líneas de sedosos cordeles rojos, cada uno enlazado a través de un rígido soporte metálico cada diez pies o más, que corrían desde el pie de la escalera portátil hasta la puerta central del edificio, formando un amplio camino para separar a la muchedumbre.

Sus ojos, aun empañados, se movieron hacia arriba. Sobre la puerta central descollaban tres inmensos letreros bordados en flores tropicales, sus tintes entremezclados flameando contra los viejos cerros café verdosos. Cada uno estaba en un idioma diferente, puestos el uno sobre el otro en esta forma:

¡Salud y Pesetas y Cosas Nuevas a

SIR HENRY MERRIVALE!

Vive le Vieux Bonhomme. SIR HENRY MERRIVALE!

Salamun Aleykum, SIR HENRY MERRIVALE!

El último de estos saludos estaba en caracteres arábigos, y no debemos torturar a los impresores para reproducirlos. Pero había más. Más allá del rojo cordel a mano derecha, inmóviles y sin pestañear, estaban los músicos de una banda de veinte instrumentos, la mayor parte de bronce. Aun un recién llegado podía deducir que la banda estaba compuesta de policías de Tánger. Usaban cascos pintados de blanco, parecidos a los cascos americanos, sobre caras de tez oscura. Su uniforme, de camisa y pantalón corto, era de color caqui claro; una correa blanca cruzada dejaba pasar un silbato que colgaba del cuello sobre una cadena, descendiendo a través del pecho hacia un cinturón blanco con un bastón blanco. Disciplinados rígidamente, esperaban una señal secreta.

En seguida la banda entera estalló como artillería en la cara de Sir Henry Merrivale, y la canción era “Dios Salve al Rey”. La población civil, al otro lado del cordel rojo, vitoreó tan ferozmente como para igualar a la banda.

Maureen Holmes, en la escalera detrás de H. M., se inclinó hacia adelante y habló tímidamente en su oído.

—¿Sabe, Sir Henry? —dijo—. Me temo que alguien sabe que usted ha llegado.

—Bueno..., ahora —gruñó el gran hombre, evidentemente pensando en que había dos maneras de cómo tomar esto. Después se galvanizó—. ¡Oh fámula mía! ¡Mire

allá!

Era el gran triunfo, *le moment suprême*. En la puerta central del aeropuerto se inclinaban dos niños, quizás de nueve o diez años, en chaqueta y pantalones sospechosamente blancos. Ambos usaban el *tarbush* rojo, con borla, que hoy en día sólo significa que el que lo usa es mahometano. Y estaban inclinados a cada lado de lo que parecía ser un inmenso y ancho rollo de alfombra roja.

Con una palabra de acuerdo entre ambos, los niños se lanzaron hacia adelante como monos. La alfombra roja se desenrolló rápidamente hacia la escalera portátil.

—¡Hem! —observó Sir Henry Merrivale, con una extraña y nueva expresión en la voz.

—Una alfombra roja para usted —dijo Maureen—. ¿No es maravilloso?

—¡Oh!, no es nada —se burló H. M., con un gestó de indiferencia—. A mí no me importa, si eso es lo que usted quiere decir. —De nuevo se interrumpió titubeando, y ahuecando sus manos alrededor de la boca, bramó—: ¡Eh!

Cuando recordamos que la banda estaba en su momento más ensordecedor en la segunda parte de “Dios Salve al Rey” y que los espectadores estaban haciendo bulla como sólo se puede oír en Tánger, es admirable que aun H. M. pudiese haberse hecho oír. Pero lo hizo.

—¡Eh! —bramó de nuevo.

Brevemente se detuvo la alfombra roja. Dos pequeñas caras, cafés y alertas, bajo dos *tarbushes* rojos, estaban vueltas hacia él.

—Están girando esa maldita alfombra demasiado a la derecha —retumbó la visita, gesticulando—. En un momento más la van a tener debajo de la cola del avión. Gírenla hacia la izquierda, aquí, para poder caminar sobre ella.

En un país donde una frase puede contener palabras en cinco idiomas, con gestos explicativos, es fácil hacerse entender. Hubo dos sonrisas y dos blancos movimientos de ojos al asentir los niños árabes. La alfombra roja destelló hacia adelante y terminó justo al pie de la escalera, y los niños, de nuevo con alguna señal secreta, desaparecieron.

—¡Hem! —repitió Sir Henry Merrivale.

Con un gesto fortuito, como el de un mago pasándole a su asistente femenina un objeto ya usado, H. M. le entregó su sombrero a Maureen. Los peldaños restantes los descendió con un paso imperioso y vacilante. En seguida, poniéndose la mano sobre el corazón, se inclinó tan bajo como le permitía su corpulencia, hacia izquierda y derecha.

—Muchas gracias —bramó—. *Je vous remercie. Naharak sai'd*. Miembros del Partido Conservador, os agradezco.

El bullicio ahora era más grande que en la más pesada cortina de fuego *ak-ak* en un ataque en Londres diez años antes. Maureen, sintiéndose implicada, por sostener el sombrero de H. M., se deslizó por la escalera para pararse detrás de él.

—No sé lo que vamos a hacer ahora —admitió el distinguido visitante—. Ha sido

una gran demostración; ¿pero dónde está el M. C.?

El socorro, sin embargo, estaba a la vista.

Gobernada por esa misma señal oculta, la banda se detuvo repentinamente en la mitad de la cuarta repetición de “Dios Salve al Rey”, tan repentinamente, que un whump del trombón quedó flotando y no pudo ser recapturado. El grupo civil, vetado con trajes vívidos, cesó de gritar. Maureen sintió la cabeza abombada por el silencio. Por fuera y debajo del cordel de la mano derecha se zambulló y levantó un joven delgado, un poco más alto que la estatura media. Aunque era ligeramente moreno y de pelo negro, no había en él la más leve insinuación de esa cualidad llamada oleaginoso. Su chaqueta deportiva de paño, con pantalones de franela gris y la sombría corbata azul oscura pudieron haber venido de Bond Street. Aunque su mejor amigo no lo podría haber llamado buen mozo, su delgada cara tenía rastros de inteligencia y carácter, que estaban encubiertos, como resultado de sus deberes oficiales, por una grave cortesía cercana a la grandeza.

En su mano izquierda tenía un pequeño fajo de papeles. Se inclinó formalmente hacia H. M. y después elevó sus ojos cafés rojizos, que eran su mejor atributo.

—Sir Henry —dijo en un inglés sin vestigio de acento extranjero—, ¿puedo ser el primero en darle la bienvenida? Yo soy Álvarez, el comandante.

¿Comandante de qué? ¿Y en ropa deportiva? Pudo significar cualquier cosa. Pero H. M. no prosiguió el asunto.

—¿Sabe, hijo? —dijo, tironeándose el lóbulo de la oreja dudosamente—. Esto es demasiado amable de su parte. Realmente lo es. ¿Pero está seguro de que está encendiendo los fuegos artificiales para el verdadero hombre? Yo soy el bueno de Herbie...

Álvarez lo detuvo con un pequeño y casi imperceptible gesto. Los ojos del comandante, impersonalmente fríos, echaron un vistazo a los enormes mensajes florales que se elevaban detrás de él.

—Si me permite sugerírselo, señor —dijo con el más profundo respeto—, ¿no sería conveniente que dejara su incógnito ahora?

—¡Hum! Bueno. Si todos parecen...

—¡Sir Henry! —interrumpió una voz nueva y femenina.

Una muchacha se zambulló debajo del cordel y corrió hacia ellos. El ojo de Maureen Holmes se fijó instantáneamente en la joven; aunque con las pestañas bajas, Maureen al parecer no se había fijado en ella.

La recién llegada era evidentemente británica, evidentemente en sus medianos veinte años y evidentemente amistosa. Su tupido y fino pelo, de un color, natural, dorado, lo tenía largo en un corte a lo paje. Bajo las delgadas y arqueadas cejas sin retoque se veían unos oscuros ojos azules con pesados párpados. El menor esfuerzo sonrojaba su hermoso cutis. Aunque usaba muy poco polvo y nada de lápiz labial, emanaba de ella un magnetismo de femineidad pura como un roce físico. Estaba apenas consciente de ello, aunque un extraño hubiera pensado lo contrario. Sobre sus

hombros se había puesto un abrigo liviano. Pero su modista de París, en la Plâce de France, había diseñado para ella un traje de seda veraniego poco formal, con una profunda V entre los pechos y adherido ceñidamente a su admirable figura. Estaba sin medias y usaba sandalias abiertas.

—Usted debe perdonarme —declaró el fríamente formal Juan Álvarez—. ¿Me permite presentarle...?

—Yo soy Paula Bentley —dijo la recién llegada, cogiéndose del brazo de H. M.—. Bill, mi marido, ¿sabe?, se suponía que le vendría a esperar. Pero el viejo J., el cónsul, no lo dejó salir. ¿Serviré yo en su lugar?

—¡Oh muñequita mía! —dijo H. M., profundamente deslumbrado. Este era su tipo; sin aliento, pero no muy cohibida.

—Usted verá —explicó Paula— siempre están mandando al pobre Bill —un amor sin límites le hacía más agradable la voz cada vez que mencionaba a Bill— a algún lugar terrible en alguna parte del mundo, a redactar un informe sobre barro, o plátanos, o maquinaria, o algo. El informe tiene siempre kilómetros de largo; y el viejo J. quiere estudiar cada palabra. Y, por supuesto que Bill llegó sólo hace tres días, y nosotros..., quiero decir... —La cara de Paula se tornó roja, y se detuvo.

—Seguro, muñeca mía —la consoló H. M.—. Tienen mucho de qué hablar íntimamente, ¿no es cierto?

—Bueno..., algo parecido. Sí. Gracias. —Nuevamente feliz, el paso en falso ya olvidado, Paula Bentley de repente tuvo conciencia de que Maureen estaba al otro lado de H. M.—. Este... —empezó.

Maureen, echándose aún más hacia atrás el abrigo de piel, bajó las pestañas sobre sus verdes ojos. Descuidadamente caminó hacia adelante y tomó cariñosa posesión del brazo izquierdo de H. M.

—Yo soy la secretaria de Sir Henry —anunció con su bella voz de telefonista.
Silencio absoluto.

Maureen no se explicó sus razones por este repentino cambio de parecer. Valía la pena estudiar las cuatro caras de aquel grupo.

H. M., cuya cara de póquer es todavía famosa en el Club Diógenes, permaneció tan imperturbable como una ostra. Sin embargo, el comandante Álvarez de alguna forma dió a entender —¿sugestión, telepatía?—, aunque no movió un músculo de su cara, el gesto de aquel que en Inglaterra se pone la mano sobre la boca, tose delicadamente y levanta las cejas. Su mirada también denotaba enojo.

H. M., que estaba por gritar: “Soy absolutamente inocente”, se tragó las palabras justo a tiempo. Álvarez inclinó la cabeza en forma majestuosa hacia Maureen y por primera vez mostró hermosos dientes en una sonrisa.

—Temo que sea culpa mía, señorita...

—Holmes —gruñó H. M.—. Maureen Holmes.

—Es culpa mía, señorita Holmes, que ignorásemos su llegada. Permítame desearle, en nombre de mi... mi autoridad, la más cordial bienvenida. Trataremos de

acomodarla lo mejor que sea posible.

—¡Por supuesto que así será! —exclamó Paula. Dejando caer el brazo de H. M., se apresuró a dar la vuelta hacia Maureen y extenderle la mano—. ¡Es muy amable de usted haber llegado hasta aquí! —continuó Paula—. He escuchado mucho sobre la secretaria de Sir Henry en Londres; creo que la llama Lollypop; pero usted es de los Estados Unidos, por supuesto.

Bien, aun hoy en día, en las novelas, la muchacha inglesa es pintada como fría, arrogante y aristocrática, lo que es divertidamente casi lo contrario de la verdad. Por otra parte, a la muchacha americana la demuestran como brillante, “dije”, haciendo preguntas a diestro y siniestro, lo que no se puede llamar una descripción exacta de la reservada Maureen o de muchas como ella.

Y, sin embargo, al principio, debe confesarse que Maureen tenía las más negras sospechas de Paula Bentley. Pensó que la rubia inglesa había demostrado demasiada atracción sensual; demasiado..., bueno, usted sabe. Pero eso ya había cambiado. Al ver la profunda sinceridad en los ojos azules oscuros de Paula, al sentir la cordialidad y amistad de su apretón de manos, el corazón de Maureen se derritió.

—¿Sabe?, pasé seis meses en Nueva York antes de casarme —dijo Paula con entusiasmo—. En realidad, mi hermana menor, Iris Lade, está en Columbia ahora. ¿Supongo que no la conoce?

—No. Yo estaba en Wellesley; hace algún tiempo, por supuesto.

—¡Eh! —rugió Sir Henry Merrivale. Por un momento hubo silencio absoluto.

—¿Señor? —murmuró Álvarez, de nuevo él perfecto engreído.

—Ahora que ha terminado todo el gu-gu, hijo, ¿camino encima de la alfombra roja o no?

—Por supuesto, señor.

—Lo que quiero decir —replicó H. M., inmediatamente distanciado y desdeñoso— es que tenemos que timbrar nuestros pasaportes y pasar nuestro equipaje por la gente de aduana. Esos pasajeros que alineó contra el avión se están volviendo completa y farfulladamente locos, le digo yo. No pueden irse hasta que no nos hayamos ido nosotros. ¿No cree conveniente que empecemos a marchar?

Inadvertidamente, Álvarez chasqueó los dedos. Maureen, que vió esto, advirtió que un hombre insignificante, vestido en traje de calle, desapareció entre el grupo de civiles.

—En lo que se refiere a sus pasaportes, señor —dijo Álvarez, levantando levemente un hombro—, puedo hacérselos timbrar a usted y a la señorita Holmes en un momento. Nuestros amigos, los franceses, quienes controlan las aduanas aquí y en el puerto, les han otorgado inmunidad diplomática; su equipaje no será tocado. Allá —mostró hacia la derecha, más allá de la banda— espera el automóvil en el cual será un placer llevarlos a su alojamiento. Por supuesto que otro auto nos seguirá con el equipaje suyo y el de la señorita Holmes.

H. M. parecía estar aturdido.

—Mire, hijo. ¿Está seguro de que no se ha equivocado?

—Bien seguro, señor. —Álvarez se inclinó nuevamente—. En realidad, no tenemos por qué entrar en el edificio, excepto que...

—Dígalo de una vez, hijo. ¿Qué?

—¡Bueno! Si tuviera la amabilidad de caminar a través del aeropuerto entre sus admiradores, les haría un gran favor. Una inclinación, una sonrisa, hasta quizás una palabra de estímulo, ya que le conocen tan bien...

—¿Qué quiere decir con eso de que me conocen tan bien?

Por primera vez el comandante Álvarez pareció dudar. Sus oscuras cejas se unieron sobre sus ojos cafés rojizos. Después, pareció haber dado con una solución feliz.

—¡Vamos, ya lo tengo! —declaró. Echó hacia atrás los hombros en forma militar—. ¿Usted se imagina que aquí en Tánger vivimos alejados de todo el mundo? Perdóneme; no es así. Además de la “Gaceta de Tánger”, en inglés, tenemos periódicos en castellano, en francés, en árabe. Esta buena gente ha seguido su carrera. No solamente sus espeluznantes aventuras policiales, sino, en particular, su capacidad de absorber increíbles cantidades de trago fuerte y su infatigable persecución de..., éste..., bellas damas. Créame, señor, esto es sumamente admirado aquí.

—¡Pero no es cierto! —gritó H. M.—. ¡Son todas mentiras periodísticas!

Totalmente estirado, con cortesía, Álvarez detuvo la explosión ignorándola.

—Señorita Holmes, ¿tendría la amabilidad de entregarme el sombrero de Sir Henry? Gracias. —Álvarez lo colocó en un ángulo definitivamente libertino sobre la cabeza del gran hombre—. Ahora, si usted se toma de su brazo derecho, señora Bentley, y usted de su brazo izquierdo, señorita Holmes... Sírvanse estar listos para continuar a la primera nota de la banda. Yo los seguiré a los tres. ¿Queda todo entendido?

Paula Bentley, aunque un poco sojuzgada, se estaba divirtiendo. Maureen no estaba segura. Pero ambas hicieron lo que se les había dicho.

—¡Excelente! —dijo Álvarez, escobillándose pelusas imaginarias de la solapa de la chaqueta de paño. Chasqueó sus dedos a la derecha, chasqueó sus dedos a la izquierda—. ¡Adelante! —gritó.

Con todo floreo, la banda dió estampidos y bramidos, el público se volvió loco de alegría. Y la sangre de los Merrivales no pudo resistir más. H. M. había soñado toda su vida con que alguien le tendiera una alfombra roja, y aquí estaba. Majestuosamente, echando hacia adelante su corpachón, avanzó a un paso vacilante, con una linda muchacha colgando de cada brazo. El estampido de la banda derramó sus encumbrados acordes.

Ven, ven, ven, y mírame,
abajo en el viejo “Bull y Bush” (da, da).

¡Ven, ven, ven, y toma trago conmigo, abajo en el viejo “Bull y Bush” (da, da)!

—Observe allí al viejo buen hombre —gritó una voz alegre en francés—. A Tánger trae dos *poules*, ¿eh? ¡Es magnífico eso!

—¡Y bellas muchachas de pechos abundantes! —vociferó un español, encantado, apuntando a lo que debería haber sido el resto de los mensajes florales.

—¡Alá, Alá bendiga al incrédulo tomador de vino con muchos hijos!

—¿Te das cuenta —llamó Maureen, dirigiéndose a Paula— de que suponen que somos sus concubinas?

—Nunca fui concubina de nadie, excepto de Bill —contestó Paula—. Pero me gustaría mucho parecerme a una.

H. M. había ahora perdido completamente la cabeza. Sacándose el sombrero de un tirón, con Paula todavía colgada decididamente de su brazo, ondeaba el sombrero y les rugía amenidades en respuesta. Su francés era fluido, si no les importaba el lenguaje de un chófer de taxi parisiense. Pero sabía pocas palabras en castellano. Y, aunque se debe recordar que había recogido un surtido vocabulario de arábigo en Egipto, éstas eran en su mayoría palabras que no se deben repetir en público.

Pero repentinamente su cerebro recibió inspiración. Si se apuntaba a sí mismo mientras hablaba con una sonrisa tolerante y dignificada al mismo tiempo...

—*Khanif* —rugió un H. M. reanimado, apuntándose a sí mismo. Su intento de sonrisa sólo podía llamarse infernal. En tanto, Paula se sostenía en puntillas, tratando de tenerle el sombrero cerca de la cabeza mientras él se indicaba a sí mismo. H. M. dió rienda suelta a su euforia—. *Ya illa illa Allah!* —gritó en una voz de puro éxtasis.

Si H. M. hubiera querido hacerse popular intencionalmente, no podría haber seguido mejor camino. El árabe tiene ese primitivo sentido del humor que goza con el mero uso de palabras impropias. Al derramarse sobre ellos tal hilera de indecencias y viles obscenidades que hicieron aún retroceder al comandante Álvarez, una especie de explosión sacudió a la muchedumbre. Hombres fuertes, en *jalebah* o trajes modernos, se doblaban con lágrimas de risa. Aun las mujeres, incluyendo a aquellas delgadas en bellos *jalebahs* grises con capuchas planas y *yashmaks* enlazados, se habían dado vuelta y se mecían irremediabilmente.

En seguida, al acercarse a las puertas vidrieras las tres figuras intrépidas, figuras fantasmales se escurrían o ponían en cuclillas cerca de su camino.

Las luces de las fotografías instantáneas periodísticas relumbraban y se agitaban para luego desvanecerse. En otro momento H. M., quien ahora estaba vuelto hacia el otro lado, todavía maldiciendo poderosamente en arábigo, fué llevado hacia atrás a través de la puerta central por sus dos “concubinas” y por el comandante Álvarez, mientras la banda rompía con “Les pegamos en el viejo camino de Kent”.

—¡Oh Dios! —murmuró Paula Bentley.

Resoplando y sacudiendo su abundante cabellera rubia, Paula le dio una mirada extraña a H. M. antes de devolverle el sombrero. Después, liviana y graciosa, se fué corriendo hacia un teléfono público para comunicarse con su Bill en el consulado británico.

Álvarez despojó a Maureen de su pasaporte verde y a H. M. de su pasaporte azul. Apresurándose hacia un espacioso compartimiento con vidrio ahumado de la mitad hacia arriba, Álvarez se asomó por una ventana. Maureen y H. M. estaban parados en un núcleo de silencio, rodeados por el enorme bullicio de afuera.

“¿Qué..., señor?”, dice toda la gente,
¿con quién te vas a encontrar, Bill?
¿Te pertenece la calle, Bill?
¿Reírse? ¡Dios! No creí morir nunca...
¡Les pegamos en el viejo camino de Kent!

En fin, H. M. los había golpeado. Como de costumbre, con un populacho si no con las autoridades, se había apuntado un triunfo, cuyo efecto por el momento no podía adivinar. Sencillamente se paró allí, con el sombrero puesto, con una insufrible, mirada de satisfacción, esperando ser elogiado. Pero no fue elogiado.

—Sir Henry —dijo Maureen, con la misma mirada de duda que había tenido ya antes—. Tengo miedo.

Esto tomó a H. M. de sorpresa.

—¿Asustada, fámula mía? ¿Asustada de qué? —dijo.

—¡Espere! ¿Por qué llama a la señora Bentley “mi muñeca” y a mí me llama “fámula”?

—Pensándolo bien, no sé por qué. ¿Preferiría que les intercambiara los nombres?

—¡No, no! Pero si tiene que llamarme algo parecido, prefiero... lo segundo. Pero no se preocupe por eso. Bajo toda esta ceremonia hay algo malo. Hay algo parecido en “A través del espejo”. Todo el gobierno no puede estar loco, aun en Tánger. ¡Espere un momento! Sé que lo que dicen no es cierto. Pero no le darían una recepción oficial sólo por emborracharse y perseguir rubias, ¿no es verdad?

Maureen se había quitado el abrigo de piel y lo tenía colgado sobre el brazo. Su suave pelo negro, partido al medio y usado hacia atrás sobre las orejas y cogido en bandas, le daba una tranquila intensidad a toda la expresión de su cara. Subrepticamente se había quitado la mayor parte del lápiz labial, ya que Paula no usaba.

—¡Oh!, quizás estoy equivocada —admitió Maureen—. Pero todavía creo que bajo la superficie de esto todo es mentira y quizás peligroso. Usted, yo y la señora Bentley podemos confiar el uno del otro. ¿Pero qué hay acerca de este comandante Álvarez?

Dió una mirada rápida hacia su izquierda. Álvarez, de pie junto a la ventana del compartimiento de vidrio, había acercado un teléfono al borde de la ventana; Maureen escuchó el tric y clic del marcador.

—¿Quién o qué es él? No sabemos nada acerca de él. Aunque estoy de acuerdo en que es... muy simpático.

H. M. le dió una penetrante mirada de soslayo.

—Uh-huh. Para ser español, no está mal. Nada de pomada en el pelo. Es igual que yo, no usa ropa chillona. No habla fuerte ni gesticula con las manos, en lo que se parece a mí de nuevo. Buena familia; probablemente ha estado en el ejército. Lo mejor de todo es que no tiene ningún maldito anillo en los dedos. Entre paréntesis, ¿se fijó que usted lo afectó profundamente?

—¡Qué totalmente ridículo!

—¿Sí? No observa mucho, fámula mía. Cuando él creyó que mi “secretaria” quería decir mi bolsa escocesa de agua caliente, se puso furia. Cuando usé aquellos viejos y hermosos términos en árabe se puso blanco y la miró porque creyó que usted los podría entender.

—¡Pero..., pero usted no pudo haber visto eso! ¡Sólo miró hacia atrás una vez! ¡Usted no pudo haber visto eso!

—¿No pude? —dijo H. M.—. Por algo soy el Viejo. —En seguida su tono cambió. Apuntó un dedo hacia Maureen—. Ahora le voy a hacer a usted una pregunta y quiero la verdad. ¿Por qué cambió de repente y decidió pasarse por mi secretaria después de todo?

Maureen bajó sus ojos verdes, que casi siempre animaban y, en cierto sentido, delataban su rostro. Varias mentiras pasaron por su cabeza, pero el Viejo tenía la mirada inquietamente penetrante.

—Si se lo digo. Sir Henry, ¿me promete no enojarse?

—¿Yo? ¡Por supuesto, que no me enojaré!

—¡Bueno —dijo Maureen, y se humedeció los labios—, al principio creí que no podía aceptar. ¡Absolutamente no podía! Y después... ¡Escuche, Sir Henry! Sé que tiene todo el Cerebro del mundo, y todo por el estilo. Pero a veces usted es tan..., tan infantil. Temí que, si no lo cuidaba, el primer tramposo que se encontrara con usted lo engañaría o estafaría.

Hubo un silencio terrible.

Maureen no sabía que había dicho lo indecible. Pero H. M., aunque se estremeció, no estalló. Sencillamente se cruzó de brazos.

—¿Infantil, eh? —murmuró, con el ojo puesto en un rincón del techo.

—¡Por favor! ¡Prometió que no se enojaría!

—¿Quién está enojado? —preguntó el otro, con profunda sorpresa—. Estoy meditando solamente. —Meditó—. El primer tramposo que se encuentre con... —Después suspiró—. ¿Sabe? Me pregunto si podrá adivinar la cantidad de tramposos que he hecho lesos y he vuelto ojiblanco a su propio juego. Ya le mostraré. La voy a llevar a...

—¿Llevarla adónde? —interrumpió la voz ligera y suave de Paula Bentley, que había regresado aprisa del teléfono.

—Llevar a la señorita Holmes y a todos nosotros por la puerta lateral —dijo la grave voz de Álvarez, regresando apresuradamente del teléfono—. Necesitamos

mucha prisa, les advierto. No queremos que haya disturbios allá afuera.

Aunque se podía escuchar él sordo rugido que llegaba desde fuera, aun por encima de la banda, Álvarez señaló las puertas vidrieras. Policías, con sus bastones de caucho endurecido desenvainados, permanecían inmóviles a lo largo de toda la línea de puertas.

—Mucho me temo, señor, que usted se haga admirar demasiado —explicó Álvarez con alguna sequedad, y le entregó a H. M. dos pasaportes timbrados—. Hay muchos que harían pedazos su traje para llevárselo a casa como recuerdo precioso.

—¿Ha visto usted ese equipaje? —preguntó H. M., poniéndose medio verde—. Entonces, ¿por qué no nos vamos ahora?

Veinte segundos después estaban afuera, en un gran espacio abierto y algo rocoso al lado de los más largos y modernos Packards. Un poco distante permanecía un Buick muy moderno, en cuyo asiento trasero estaba sentado un caballero de edad, bronceado y que usaba un *tarbush* verde, lo que indicaba una peregrinación santa a La Meca. H. M. ojeó ese fez verde con goloso deseo cercano a la codicia; Maureen casi podía ver los tintineantes pensamientos, que lo transportaban a su propia cabeza. Detrás de ellos estaba una camioneta *station-wagon* Ford nueva, en la cual unos árabes pequeños y musculosos estaban apilando el equipaje.

Maureen, que había esperado ver coches viejos y destartalados, se tragó su sorpresa. Abriendo la puerta trasera del Packard, Álvarez ayudó a subir a Paula Bentley, que era una antigua conocida, y aun se las arregló para empujar dentro a H. M. Pero cuando abrió la puerta delantera, Álvarez perdió su suavidad y, aún más, se puso torpe.

—Señorita Holmes, yo confío..., es decir, por ejemplo, ¿me haría el honor de sentarse a mi lado mientras manejo?

—Me encantarla —respondió Maureen convencionalmente.

Pero aun esto, tuvo su efecto en el comandante. Cerrando la puerta de un portazo, corrió hacia el otro lado y se deslizó en el asiento. Entonces empezaron a suceder las cosas. Álvarez envió el poderoso coche zumbando terraplén abajo, dobló el volante violentamente hacia la izquierda y maltrató un camino no muy transitado a una velocidad tan extraordinaria, que incluso la muchedumbre del aeropuerto se esfumó en la distancia.

H. M. se fué hacia atrás sobre su espinazo, y en su afán por enderezarse, se le podía oír claramente hablar en arábigo. Paula Bentley, salvando su recato con sólo tapar sus rodillas con una falda de seda corta, bajo la cual llevaba muy poco, rodó en otra dirección.

Por algún tiempo, bajo un cielo sombrío y húmedo, se dispararon por un largo y sinuoso camino, sin hablar una palabra. H. M., uno de cuyos pocos temores es que conduzcan con rapidez cuando no está él en el volante, luchó por recapturar su aliento y dignidad. Cruzándose de piernas y echándose el abrigo ligero sobre los hombros, Paula sé sentó y no encontró nada extraño en las ochenta millas por hora entre curvas

y acantilados.

Estos cerros, Paula siempre había pensado, se veían, desilusionantemente familiares. La izquierda del camino podría haber sido Dartmoor; la derecha podía haber sido Hampshire. En seguida oyó carraspear a Maureen. A alguna distancia, un hombre muy viejo, en una bata sucia y con un sombrero de paja de ala ancha y de forma cónica, estaba arando un terreno con un buey y un arado que podrían haberse usado en los tiempos bíblicos.

—Entre paréntesis, hijo... —Un H. M. impasible se dirigió a Álvarez, el cual inclinó, la cabeza, sin volverse—. Creo que le dije que ésa era una bienvenida de última hora. ¿Quién la ordenó? ¿El sultán de Marruecos?

—Me temo, señor, que usted no esté bien al día —dijo Álvarez. Al lado, en el espejo, retrovisor, se podía ver la nariz recta de Álvarez, su boca ancha pero firme—. El sultán de Marruecos no tiene sino una autoridad nominal. Tánger es lo que se llama una zona internacional, pues es regida por los representantes de muchas naciones. Por ejemplo, la cabeza del gobierno es un holandés.

—¡Por el amor de Dios! ¡Piense en eso! ¿Qué es lo que quieren con un cabeza dura, un borracho bebedor de *gin*?

Con su mano derecha descansando en el volante, mientras todavía oprimía el acelerador, Álvarez casi sé volvió completamente para encarar a H. M. Álvarez manejaba por instinto o con miradas descuidadas, y observaba a H. M. con lo que era casi una sonrisa.

—Mynheer Hoofstuck —dijo—, es un caballero de gran habilidad y corrección. En verdad, tiene lo que usted llamaría principios puritanos...

—¿Tánger es una ciudad puritana?

—No, señor. Definitivamente no.

—¡Hum! ¿Entonces?

—Yo estaba hablando de las diversas cabezas del gobierno. El francés, como tuve ya el agrado de decirle, controla las aduanas. Los belgas controlan la policía. Los españoles...

—¡Por amor a Esaú, mire por dónde va!

Volviéndose con descuido, Álvarez evitó una pequeña palmera con un ligero movimiento de muñeca y sorteó otra curva. Aunque la acolchonada tapicería no les hacía dar tumbos, de nuevo los tiró unos contra otros.

—Sin desear —dijo H. M.— arrojar mancha alguna sobre su cordura, ¿le entregan licencias para conducir a cada descabezado como usted?

—Pero, señor...

—¡No, no, ponga sus ojos en el camino!

—Pero si yo soy considerado, soy el más cuidadoso y moderado de los conductores —protestó Álvarez, con evidente sorpresa y veracidad—. Mire, Sir Henry, espere hasta que vea los coches desparramarse por la ciudad hacia la Plâce de France en el día, o mejor aún, a través de las callejuelas hacia el Gran Socco. ¡Y cada

conductor con la mano pegada en la bocina!

—Estoy saboreando ese placer —dijo H. M., ojeando por la ventanilla trasera—. Bueno, ese furgoncito viene detrás de nosotros. ¿Le dijo que vamos al Hotel Minzeh?

—¡El Minzeh! —exclamó Paula—. ¡Pero si allí es donde vivimos Bill y yo! Nosotros...

—No he dicho nada —observó Álvarez lentamente— acerca de conducirlos al Minzeh.

Un silencio helado cayó sobre el coche, aunque un brillante destello de sol penetró desde afuera.

—Yo dije, si usted lo recuerda —continuó Álvarez—, que lo conduciría a su destino.

CAPÍTULO III

De nuevo sólo podían oír el bajo, pesado y felino zumbido del motor. Maureen, que había estado mirando fijamente adelante con la determinación de no mostrar ningún signo de extrañeza, aun cuando se estrellaran contra una de esas bajas murallas construidas con piedras sueltas, sintió que todos sus presentimientos aparecían de nuevo.

Le dió una mirada rápida a Álvarez, cuyos dientes estaban apretados y sus manos cerradas en el volante, como si odiara lo que había dicho. El viejo camino se sumergió y viró entre más altos y oscuros árboles; la aguja del velocímetro revoloteaba alrededor de los noventa.

En seguida H. M. habló soñolientamente, lo que siempre era un mal signo.

—Muñeca mía —dijo, tocando a Paula en el brazo—. ¿Le importaría cambiar de lugar conmigo?

—¡Dios mío! ¿Pero por qué?

Una abeja que volaba bajo se golpeó contra el guardabrisa con un ruido bastante notorio. Paula Bentley maniobró sus rodillas por encima de H. M. mientras éste se deslizaba a través del cojín hacia el lado izquierdo detrás del conductor. La aguja del velocímetro revoloteaba ahora sobre los noventa.

—Yo no sé si ha oído de esta triquiñuela, hijo —observó soñolientamente H. M.—, pero desde esta posición puedo quebrarle el cuello con más rapidez que un verdugo.

—Tal vez, aunque lo podría encontrar difícil —dijo Álvarez, todavía con un tono pausado y tranquilo—. Y aun más, señor: si usted ataca al conductor, este coche correrá como loco. La señorita..., eso es, todos nosotros quedaríamos heridos y probablemente nos mataríamos. Por esto, y sólo por esto, me rindo.

La aguja del velocímetro retrocedió hasta setenta, después a sesenta y de cincuenta a cuarenta. En el guardabrisa Paula podía ver reflejado el rostro de Maureen, que estaba muy pálido.

Aunque Paula era mucho más emocionable que Maureen, era menos sensible al peligro físico. Había visto demasiado de esto en su niñez londinense. Paula suavizó su pelo amarillo, con una expresión entre divertida y asombrada en sus labios entreabiertos.

—Juan —dijo quedamente.

—¿Sí? —dijo Álvarez.

—Eres realmente un leso —le dijo Paula con su voz suave—. Esto es un poco descabellado, ¿no?

Álvarez pudo o no haberse encogido de hombros.

—Bueno, yo les diré lo que pienso que es, si no lo haces tú. Tú estás bajo órdenes, supongo. ¡Oh Juan!, Sir Henry y Maureen han hecho todo lo que les pediste. —El color ardía en el hermoso cutis de la cara de Paula—. ¿No puedes al menos decirles? ¿No sería lo decente? ¿Lo de un buen deportista?

Por alguna razón, sólo la palabra “deportista” hizo retroceder a Álvarez. Miró a Maureen, que miraba fijamente hacia adelante. Disminuyendo lentamente la velocidad del coche hasta que se detuvo, Álvarez tiró el freno de mano. Se volvió hacia atrás con las fosas nasales de su fina nariz muy dilatadas.

—Sir Henry, yo le aseguro, y señorita Holmes, que ustedes no están siendo secuestrados. No serán dañados ni molestados en manera alguna. Si usted y la señorita Holmes desean hacer a pie las seis o siete millas que nos separan del Hotel Minzeh en la rue du Statut, están en libertad de abandonar el coche. O podrían viajar en el *station-wagon* con el equipaje.

Todos los signos de peligro se habían desvanecido en H. M.

—¡Oh hijo! Yo prefiero ser raptado a caminar una milla. Y dar botes en aquel furgoncito con el equipaje no sería bueno para mi trasero. Para decir verdad, no me importa particularmente adónde vamos, mientras pueda descansar. ¿Qué piensas, famulita?

—A mí tampoco me importa —respondió inmediatamente Maureen con vivacidad.

—Espere un momento —dijo H. M. con un repentino sobresalto—; este tiquis miquis no me va a comprometer en trabajo policial, ¿no?

Álvarez aclaró la garganta.

—Señor, fuera de mezquinas raterías y asaltos menores, no ha habido crímenes de ninguna especie aquí dentro de los dos últimos meses.

—¡Ahhh! —dijo H. M. dejando escapar un voluminoso suspiro de alivio—, eso es todo lo que quería saber.

—Hemos viajado alguna distancia —le dijo Álvarez inmediatamente—. Estamos ahora en la Montaña Vieja; un poco más adelante, a la primera vuelta, estaremos en el camino de la Montaña Vieja. Aquí arriba viven muchos retirados, los opulentos, la clase media. —Su voz se acentuó—. Yo sólo le pido guiarlo a donde uno de éstos, lo que puedo hacer en tres minutos. Ahí conversará tal vez diez o tal vez veinte minutos con cierto caballero. Después de esto, usted puede, por supuesto, hacer lo que quiera.

—Todavía no entiendo las razones para toda esta misteriosa triquiñuela.

—¡Hay razones, señor! ¡Créame!

—¡Oh hijo, está bien! —dijo H. M.—. Gozo con un poco de conversación con cualquiera. Puede que sea con ese rubicundo holandés y su botella de *gin* holandés. ¡Prosiga!

Álvarez, tan aliviado que le aparecieron gotas de sudor en su frente algo morena, se volvió al volante. Haciendo partir el coche, lo puso en primera y se lanzó hacia

adelante como un rayo. En seguida parece que se acordó de algo y miró a Maureen.

—Señorita Holmes —dijo torpemente—. Yo..., eso es, me han acusado de conducir demasiado rápido, lo cual me parece extraordinario. ¿Cree usted que es demasiado rápido?

Maureen se volvió y le sonrió. Todavía no podía decidir si le agradaba o le disgustaba.

—Bueno —respondió—, si pudiera arreglárselas para manejar un poco más lento.

Casi instantáneamente la marcha del coche bajó a la de un caracol reumático. Paula Bentley, de nuevo sentada en un rincón con las rodillas cruzadas y el ligero abrigo arrebozado sobre sus hombros, pestañeó a H. M. con alegre vivacidad. Pero el gran hombre no se dió cuenta. La estrategia de Álvarez había resultado equívoca. Zambulléndose detrás de él, el brillante *station-wagon* evidentemente no confió en sus frenos para evitar un choque desde atrás. Se disparó derecho hacia adelante a campo traviesa, afortunadamente sin cierros, como un potro encabritado en un rodeo. En seguida, con un quejumbroso giro en dos ruedas, el *station-wagon* corcoveó su camino de vuelta, evitando un nuevo choque por dos escasos pies.

H. M. cerró los ojos y no dijo nada.

Pero, después de un momento, se inclinó hacia adelante y golpeó a Álvarez en el hombro.

—Hijo —sugirió—, ¿no le contó nunca nadie eso de la cigüeña? ¿O que hay una diferencia entre un avión a chorro y un autobús que va a Croydon? Quiero decir... ¿una especie de compromiso?

—Lo siento, me temo que no puedo hacer eso, señor. Debo ir violentamente en una u otra dirección.

—Bien —observó Paula, con cara de inocencia—, tu mujer siempre sabrá dónde estás.

—¿Mi mujer? —gritó Álvarez—. ¿Qué mujer? ¡Yo no tengo mujer!

El coche aun avanzaba a unos permanentes treinta y cinco por hora. Estaban ahora en el camino de la Montaña Vieja. Con el cálido sol del mediodía ardiendo a la izquierda, una casa o villa se alzaba casi invisible entre los tupidos árboles donde el cerro se elevaba abruptamente. A la derecha todavía no divisaban a Tánger en el valle debido a las cercas tupidas y monstruosamente altas. Una lujuria tropical parecía arrastrarse hacia la vegetación, lo que le era muy dulce a Maureen.

Entonces, a alguna distancia hacia adelante, a la derecha, apareció una mezquita pintada de rosado. Nadie, excepto Álvarez y Paula, vió la ancha abertura en la alta y tupida cerca a la izquierda, más allá de donde el cerro se inclinaba violentamente.

Apretando el pie en el acelerador, Álvarez volteó el volante hacia la izquierda, sumergiéndose a través de la abertura en la cerca, y luego, ligeramente a la derecha, hacia un polvoriento e inclinado túnel amurallado a ambos lados con musgo verde oscuro sobre piedras grises otrora limpias, y grupos de árboles que sobrecolgaban sobre ellas. Parecía como que habían subido una distancia considerable, cuando

Álvarez, poniendo más motor y en primera, giró el coche a la derecha.

Ahora corrían por sobre grava, junto a una alta muralla de ladrillos y en forma paralela a la muralla, ya que el sendero era muy angosto. Hacia arriba emergieron los postes de un portal, también paralelos a ellos en el estrecho sendero. El ojo de Sir Henry Merrivale vió la muerte delante de él.

—Mire, hijo, ¿usted no irá a doblar a la izquierda a través de esos postes? ¡No lo puede hacer! Nadie podría hacerlo...

Pero Álvarez lo hizo. El Packard patinó cuando su parte trasera giró en redondo bajo el movimiento brusco de la mano izquierda de Álvarez, la grava saltó lejos o gimió bajo los guardabarros. Estaban todavía ascendiendo cuando pasaron por los postes, pero en un plano más suave que giraba hacia el lado de un jardín plantado con olivos silvestres. Y tuvieron el primer destello racional de la casa.

La Casa de los Olivos Silvestres, muy alta y muy ancha, estaba revestida de piedras blancas tan suaves como el concreto contra el cual muchas hileras de ventanas, con persianas de madera pintadas de verde, resaltaban vivamente. El actual piso bajo, uno podía verlo, era una especie de subterráneo; contenía sólo cocinas y las dependencias de las cocinas. El verdadero primer piso, con la puerta de entrada, estaba sobre él. A lo largo se había construido una terraza amplia con una balaustrada de mármol, sobre la cual, de trecho en trecho, había pequeñas ninfas y vasos de mármol. Una escalinata de piedra adosada contra la pared frontal conducía hacia el balcón, y bajo éste se había construido un amplio garaje.

Vista ahora bajo la luz del sol y entre un enjambre de pájaros, la casa parecía una construcción estatal, pero acogedora. Aunque no podía ser muy vieja, Cuarenta años tal vez, llevaba muy bien la gracia y color de su país.

Álvarez, conduciendo despacio, llevó perezosamente el coche al oscuro garaje y lo detuvo.

—¿Ve? —dijo Paula Bentley—. Desde que Juan insistió en ser tan terriblemente misterioso, mantuve la boca cerrada. Pero no había el menor peligro, Maureen, o yo lo habría detenido. Y no hubo peligro alguno, ¿no es cierto, Sir Henry?

H. M., enterrado en un rincón, con sus manos extendidas sobre su corpachón y su abollado panamá caído a un lado, abrió un ojo.

—N-no —dijo con un rugido desde lo más profundo de su pecho—. No había peligro. En absoluto. En este país por lo único que hay que preocuparse es por la morgue. ¿Me ayudará alguien a salir de esta cápsula traicionera?

Álvarez bajó de un salto y le abrió la puerta. Y se desparramó hacia afuera lo que parecía una masa amorfa, que se rehízo como un geniecillo maléfico. H. M., alcanzando su bolsillo, extrajo una caja de cigarros, sacó uno de sus terribles cigarros negros, lo olfateó con golosa voluptuosidad, mordió la punta, la escupió y lo encendió. Mientras lo aspiraba, su cara se tornó más humana.

—Sir, ¿tendría la amabilidad de recordar —Álvarez estaba ansioso, sobre espigas— sus instrucciones?

—¿Por qué no? —preguntó H. M.—. No he muerto todavía. Que me quemen si sé por qué estoy vivo todavía, pero lo estoy.

—Allá afuera —señaló Álvarez la boca del garaje— usted vió la escalinata de piedra que va a la terraza que está sobre nosotros ahora. Ahí va a encontrar...

—Seguro, seguro, al holandés tambaleándose con *gin* de Bois.

—¡No, señor, no! Este señor no es holandés, sino belga.

—¿Y? —inquirió H. M. con los ojos abiertos desmesuradamente—. Mejor. Eso es mucho, pero mucho mejor.

—Gracias, llevaré a las damas a dar un corto paseo, les explicaré la situación y luego volveré.

—Tómese su tiempo, hijo, que yo puedo encontrar mi camino.

H. M. asintió, colocándose el sombrero en un ángulo más digno. Caminó pesadamente fuera del garaje y una buena distancia a lo largo de la alta muralla de la escalinata. Entonces, volviendo sobre sus huellas, subió por la escalera llenando sus pulmones de humo ponzoñoso.

Encontró el piso del balcón y se detuvo brevemente. Desde este lugar elevado, la vista había sido admirada por Maureen. Pero aún H. M. se detuvo.

Una de las ninfas de mármol de la balaustrada tenía un traje de flores amarillas. Uno de los vasos de mármol vertía apretados botones de un color púrpura claro, los que se desparramaban sobre el suelo. Más allá de la balaustrada, Tánger caía en lomajes verdes oscuros, hacia la larga, resplandeciente y azulada bahía, con sus oscuros cerros emergiendo más allá de ella. La pendiente estaba apretujada de casas blancas de techos rojos, que miradas desde aquí parecían juguetes blancos, amarillos, cafés o rosados. La única nota discordante la daba una torre de agua, que parecía ser alta sólo porque estaba sobre una loma, pero empequeñecía las finas torres de ladrillo de las mezquitas. Lejos, a la izquierda, las más altas almenas de la Casbah, el antiguo barrio árabe, se elevaban sobre la invisible playa amarilla.

Pero no era solamente la vista; había tantas otras vistas por doquier. Era el aire, el sentir y la textura del aire, entrelazando la languidez del Mediterráneo con la rudeza del África del Norte. Era una piel de leopardo sin las garras. Era brillante, sin época, orgullosa, complaciente. Usted bebía ese aire y era uno con el pagano.

Despertando de repente, H. M. se quitó el cigarro de la boca y miró a su alrededor.

—¡Hem! —dijo.

El balcón estaba pavimentado con baldosas rojas. Se extendía sólo a través de parte de la casa, ya que el lado más distante terminaba con el resalte de la muralla de la casa con una ventana francesa, la que quedaba medio en sombra, medio en un sol eneguedor que venía del voladizo del piso superior. En las baldosas había una cantidad de sillas de mimbre con sus cojines.

Eh medio de la terraza había una mesa de mimbre, cuya roja cubierta estaba cargada de botellas, vasos, un balde para hielo y un sifón de soda, como también un

ordenado montón de informes y documentos. Al lado de la mesa, de pie junto a su silla, estaba un hombre bajo y más o menos robusto, sin sombrero, pero con uniforme caqui completo, incluso con un cinturón Sam Browne, con charreteras rojas de oficial de estado mayor e insignia de coronel del ejército belga.

Su cabeza voluminosa estaba cubierta con corto pelo blanco cortado en *brosse*, trasluciendo un cráneo rosado. Su cara era roja y jovial, aun estando en posición firme, y la gordura alrededor de la cintura hacía que la túnica de su uniforme sobresaliera como pavo real. Estalló en una serie de cacareantes risitas. Sus pobladas cejas eran negras manchadas de blanco. Lo primero en que uno se fijaba era la chispa e inteligencia de sus ojos azules.

—¿Sir Henry Merrivale? —preguntó en una voz tosca, pero amable.

—*Ça va, mon gars?* —contestó H. M. con su deplorable familiaridad de chófer de taxi—. *Votre femme n'a pas couché sur le pin de votre chemise? C'est vrais: je suis le vieux bonhomme.*

—¡Oh!, yo hablo un poco de inglés —contestó el otro, inclinando la cabeza hacia un lado con la oculta satisfacción del que sabe que lo habla muy bien—. Vamos, ¡hablemos en inglés! Me servirá de práctica.

—¡Regio! —dijo H. M.—. Me dicen que tengo una pureza addisoniana en mi estilo. Recuerde lo que he dicho.

El otro se extrañó un poco, pero cubrió esto con una serie de risitas.

—Entonces me presento —agregó vivamente—. Soy el coronel Duroc.

El coronel Duroc estiró la mano al mismo tiempo que H. M. El apretón de manos fué fuerte y sincero, ya que cada hombre reconoció en el otro un alma gemela.

Sir Henry ignoraba que sus audaces escapadas (o tontas, si se prefiere) lo habían llevado inmune a través de dos guerras mundiales. Hubo un tiempo en que ninguna ametralladora lo pudo pescar, ni retenerlo prisionero alguna. Siempre aparecía entre una lluvia de granadas, donde menos se lo esperaba, y nunca estaba donde lo esperaban. Había adquirido tantas condecoraciones que no se molestaba en usar ninguna de ellas. Aunque H. M. no sabía esto, lo presentía. Duroc, por otra parte, estaba familiarizado con las hazañas más lamentables de H. M. y le encantaban.

—¡Ah, pero he olvidado mi hospitalidad! —exclamó, y rebuscó en la mesa. Extrajo una magnífica caja de excelentes habanos y se los ofreció—. ¿Probará uno de éstos, amigo mío? ¡Ah, no! Veo que ya fuma.

Aspirando profundamente, H. M. sopló el venenoso humo en la cara de su compañero. Duroc ni se estremeció ni se echó atrás; sólo reflexionó.

—¿Tienen algo parecido a eso en Tánger? —preguntó H. M.

Él pequeño y canoso coronel negó sombríamente con la cabeza.

—Peor —dijo.

—¿Honradamente? —preguntó H. M., alerta de inmediato.

—Amigo mío, ¿usted nunca ha probado los cigarros verdaderamente negros de Marsella? ¿No? Los encargaré para usted.

El coronel se sentó y, con una cuidadosa letra en francés, escribió en un libro de notas: “Sir H. M. Los peores cigarros. Adquiribles en Tánger, atención, sargento Chocano”. En seguida se levantó con su colorada cara brillándole.

—*Allons prendre un verre!* —exclamó con una frase tan belga como es el Boulevard Gastón Max. Un francés hubiera dicho: “*quelquechose à boire*” y con mucho menos gusto.

—Estoy de acuerdo, coronel. Quiero decir, *est-ce qu’il y a du whisky-soda?*

—*Mais naturellement. Vous êtes anglais, voyons. Ici vous voyez le Johnny Walker, le John Haig, le White Horse...*

Dos minutos más tarde estaban sentados uno frente al otro, a pleno sol, al lado de la balaustrada, con vasos largos y ceniceros en las mesitas laterales, mientras el coronel fumaba un habano. Pero por primera vez se esfumaron las sonrisas de Duroc. Bajo sus pobladas cejas sus ojos azules parecían estar turbados.

—¡Amigo mío! —empezó repentinamente, sacándose el cigarro de la boca—. Antes de decir lo que deseo, debo explicarle un pequeño engaño del cual ha sido objeto.

—He estado esperando esa explicación —contestó H. M. con voz siniestra—. Quizás usted lo encontró divertido, pero yo no. ¡Válgame Dios, casi me asesinaron!

El coronel Duroc saltó de su silla.

—*Quoi? Assassiné?*

—Bueno, vamos... Quizás no exactamente eso. Pero le digo a usted —tronó la voz de H. M.— que cuando alguien aquí trata de manejar un auto, de repente se pone tan hábil como una lechuza ciega. Su mayor deseo es chocar con otra persona o envolverse alrededor de un árbol. Tengo la presión alta, coronel. ¡Soy prácticamente un inválido!

Duroc se echó hacia atrás aliviado. Esta vez su serie de carcajadas hicieron que los botones dorados de su túnica se portaran alarmantemente.

—¡Ah!, ¿eso? ¡Eso no es nada! Se le pasará en un día o dos.

—No le voy a dar la respuesta obvia. Sé su nombre y su rango. ¿Cuál es su posición oficial?

Hubo, una breve pausa antes que Duroc respondiera:

—Yo soy lo que usted llamaría en Londres el comisionado de la Policía Metropolitana.

—Sí, me imaginaba eso cuando oí que los belgas controlaban la policía y que usted era belga. Bueno, usted tiene la palabra. Continúe.

La rojiza cara del viejo Duroc se iluminó.

—Observe —dijo— esta magnífica casa. No es mía, aunque yo también vivo en la Montaña Vieja. Mi casa está en reparaciones; mi esposa ha partido para unas vacaciones en Bélgica. Le arriendo esta casa a un buen amigo mío, inglés igualmente, que también está ausente de Tánger. No es muy grande, pero está llena de cosas valiosas, con toda la comodidad moderna. *Hein?*

—Seguro. Es de primera clase. ¿Qué hay con eso?

El coronel Duroc, con profunda solemnidad, presionó su vaso de *whisky-soda* contra el corazón.

—Cuando oigo decir que usted viene a Tánger, y todavía a un hotel, yo digo no. No, no, no. ¡Hoteles! —añadió Duroc, apretándose la nariz en señal de disgusto—. Mientras usted esté en Tánger, amigo mío, debe ser mi huésped aquí.

H. M. gruñó y miró al suelo. El viejo pecador estaba más o menos conmovido.

—Yo tengo aquí —prosiguió Duroc— un cuerpo de sirvientes árabes, con una fátima —pronunció la palabra *fat'ma*, como lo hacían todos los demás—, que hablan francés e inglés. Si desea descansar, ¿no encuentra muy apropiada esta terraza? —Castañeteó los dedos—. Así. Y tendrá una hamaca o una silla de playa.

—¿Sabe, coronel? Esto es muy amable de su parte y lo aprecio mucho.

—Sólo media hora atrás, cuando Álvarez telefoneó desde el aeropuerto diciendo que usted traía consigo su, ¡ah!, secretaria, sí, “Bien, bien, bien”, dije yo; “La dama también será mi huésped”. Los pondremos, dije yo, “en los altos en piezas contiguas, con pureza —agregó Duroc, apresuradamente, con una delicadeza que no podía ofender—, como un asunto de conveniencia por si él deseara dictar cartas. Sí. *Voilà!* ¿Ve usted?”.

—Apuesto que eso le agradó a Álvarez, ¿verdad?

—¿Me perdona?

—No importa. —H. M. tiró la colilla de su cigarro por encima de la balaustrada—. No puedo hablar por la chica, coronel, pero yo estaría extraordinariamente complacido de aceptar su invitación.

—¡Ah! ¡Ahora estoy encantado!

—¿Pero quién es este Álvarez, de todas maneras?

Las tupidas cejas se levantaron de sorpresa.

—¡Pero si es el comandante de policía! En asuntos criminales, mi mano derecha. —El coronel Duroc frunció el entrecejo—. Sin embargo, a menudo no lo entiendo. Me parece que es un rebote.

—Un..., ¿qué quiere decir un rebote?

—¡Ah, bah! Un hombre mecánico. Usted aprieta un botón, y él camina. Aprieta otro botón...

—¡Oh hijo! Usted quiere decir un *robot*.

—Pero eso es lo que dije: un rebote. —Duroc habló algo irritado y sé le erizó el corto pelo blanco—. ¿Pronuncié el oí, sí? Yo también estoy hablando bien el inglés, *et Robert et votre oncle*. Sin embargo —meditó—, Álvarez es muy, muy inteligente. Así. —Duroc castañeteó los dedos tres veces—. Además, todas las personas dudosas le tienen terror. Es un boxeador y espadachín famoso; lo peor de todo, es terrible en una pelea callejera con garrote, porque no tiene compasión. Sí. Esto es extraño. Cuando yo era más joven, ¡ay!, a menudo me volvía loco con una bayoneta sin darle importancia. Pero castigar a sangre fría... Sí, esto es extraño.

H. M. hizo gestos aparatosos.

—¿Pero espere un momento, hijo! Álvarez es español, ¿no es cierto? Entonces el resto de ustedes los belgas.

Riéndose nuevamente, el comisionado de policía bebió un largo trago de su *whisky-soda* y dejó el vaso en la mesa.

—Escuche, *mon fils* —dijo—. Yo le digo lo que todos saben. Los oficiales comandantes ejecutivos son belgas, sí. Desgraciadamente somos muy pocos. Todos mis oficiales detectives son españoles: todos inteligentes y bien adiestrados. Mis policías, *les agents, vous comprenez*, son españoles y aun algunos árabes. Están adiestrados y disciplinados como un ejército. ¡Sí, por Dios! ¡Y tan buenos como un ejército! —A pesar de sus sonrisas la voz de Duroc reflejaba orgullo—. Cada hombre debe hablar correctamente en francés, español y árabe. ¡Pobre de él si cometiera alguna descortesía!

—Pero espere un momento, hijo. Lo que quería saber...

Erguido en su silla, con el pecho hinchado, el coronel Duroc ignoró esto.

—¿Y nuestra policía, pregunta usted? —Sus ojos azules centelleaban tolerantemente—. ¡Bien! Tomamos al ser humano como ser humano, ¿y por qué no? Siempre que no causen demasiados disturbios públicos, y “demasiado” lo interpretamos liberalmente, déjenlos hacer lo que quieran. Pero un crimen serio... ¡Ah, eso es diferente! Cuando Álvarez sugirió el pequeño embuste que jugamos...

—Así que fué Álvarez, ¿eh? Ese reptil de lengua fácil. ¿Cómo supo usted que yo vendría a Tánger; más aún, la hora del avión? ¿Los periódicos, supongo?

El coronel Duroc tuvo mucho tacto y no se rió.

—No. Sus amigos periodistas en Nueva York son en verdad sus amigos. No enviaron ni una palabra acerca de su, ya lo tengo, retirada a escondidas.

Pero nuevamente se le habían despertado toda clase de sospechas a H. M. Malévolo como el diablo, puso una cara horrible.

—¿Entonces, cómo lo supo? —insistió.

El coronel Duroc, con el habano puesto en un ángulo de su boca, se acercó a la silla junto a la mesa de mimbre, se sentó, deslizó el dedo pulgar por un prolijo atado de documentos y suspiró.

—Dondequiera que vaya usted por el mundo, amigo mío, me temo que le precederá un cable de la policía por unas veinticuatro horas. —De una carpeta sacó un cablegrama compuesto de dos páginas llenas—. Este proviene de Nueva York, por ejemplo. “Sale La Guardia TWA... 9:30 3|31|50. Llega Lisboa amanecer. Lisboa - Tánger 9:30-11:30. Debemos advertirle...”. *Rien du tout!*

H. M. dió un golpe sobre la balaustrada.

—¿Si ese cable está firmado por una comadreja llamada Finnegan —tronó—, entonces no dice una sola palabra de verdad! ¡Son sólo mentiras de todas maneras!

—Le creo —dijo Duroc, guardando el cablegrama—. ¡De todas maneras! Aunque usted sea desmesuradamente adicto al licor y a las mujeres —guiñó ampliamente un

ojo—, ¿qué daño hay en eso? ¡Bah! La policía lo podría abastecer de... —se detuvo, tosió pesadamente y continuó—: ¡Sin embargo! Le doy crédito. Creo que sus acciones han sido hechas de pura diablura, de lo cual usted está lleno. ¿Sí?

—Entonces, ¿cuál fué la idea de esa demostración de esta mañana?

—¡Ah!

—Soy un hombre modesto, coronel. —H. M. le aseguró gravemente—. Prácticamente, una violeta. Pero, quémeme, a juzgar por la recepción que tuve, se podría creer que yo era Baco y Priapus, los dos en uno. ¿Cuál era el juego?

Los perspicaces ojos azules lo contemplaron de soslayo.

—Supongamos —meditó Duroc— que está por llegar aquí un detective famoso con un propósito y que desea ocultar ese propósito.

—¿Qué propósito? —preguntó H. M.

—Aun más, supongamos que este hombre es un detective aficionado, últimamente de más fama en la prensa por sus proezas atléticas en, ¡hem!, vilorta y fútbol. ¡Bi-en! Ayer, cuando recibimos noticias de la policía de Nueva York, hablamos con nuestros propios periodistas. ¿Quién, en la forma que lo arreglamos, pensará algo más del detective si sólo acentuamos la vilorta y el fútbol? ¿Ve usted?

—¡Oh, ya veo! —dijo H. M. con vehemencia—. He estado viendo ya por algún tiempo. Pero, sólo por interés a las mentiras sagradas, ¿es verdad que no ha habido ningún crimen serio desde hace aproximadamente dos meses?

—Muy cierto —asintió el otro—. Pero eso es lo que tenemos que discutir ahora.

Saltando de su silla, comenzó a pasearse de arriba abajo con una especie de dignidad nerviosa, sus manos entrelazadas detrás de la espalda y el cigarro aferrado entre los dientes, echando pequeños furiosos soplidos. Un leve vientecito meció las flores de la ninfa de mármol; parecía tibio y, sin embargo, tenía el centro frío de un viento del Sahara.

Volviéndose, Duroc caminó hacia H. M. y se detuvo frente a él.

—Esta noche —dijo formalmente— está en Tánger quizás el criminal más astuto que jamás haya vivido. No hablo en broma, no.

—¿Uh-huh? —dijo H. M.—. ¿Cuándo llegó este tipo a Tánger?

—Esta mañana, en el mismo avión que usted.

—¿Qué dice, hijo?

—Si este hombre fuera un criminal común y corriente, podríamos entendérsela con él. Pero no lo es. Sus fechorías, lo juro, sobrepasan la realidad. Realmente es un espectro, desaparece y hace que las cosas desaparezcan con él. Es grotesco, inhumano. Francamente, mi amigo, le pido su ayuda.

Lanzando su cigarro por encima de la balastrada, el coronel Duroc agitó las manos.

—Usted es el maestro —dijo—. Usted es el Viejo. Estas magias y hechos extraños son pan y agua para usted. Si no nos ayuda, terno que tendremos en nuestras manos, quizás esta misma noche, una situación que sólo puede llamarse... imposible.

CAPÍTULO IV

Hubo un largo silencio.

—Imposible, ¿eh? —murmuró H. M., con voz extraña y refunfuñante.

Sus ojos se posaron con amor en el sifón de soda sobre la mesa y después regresaron a la punta de la cabeza del coronel Duroc. Se estremeció. En seguida, afirmándose en los brazos de la silla para controlarse, se obligó a levantarse y se paró mirando por encima de la balaustrada.

—¡Es el destino —declaró, adquiriendo su voz más potencia—, es el alma-hombre, es la ley económica, es la maldita reencarnación! —Se volvió—. Coronel, no lo puedo hacer; y eso es definitivo. Quizás tenía razón usted acerca de mi testarudez, pero no puedo. Le expliqué todo esto a Maureen Holmes hoy día. No puedo decir otra palabra.

Pero lo hizo. En efecto, durante veinte minutos dió un poderoso discurso cubriendo todo lo dicho y más, mientras Duroc escuchaba respetuosamente. La camioneta Ford, que apenas oyeron ninguno de los dos, pero que traía el equipaje de H. M. y de Maureen, entró bulliciosamente en el garaje^[1] de abajo, después de lo cual silenciosos sirvientes árabes entraron el equipaje a través de una puerta en el garaje que daba junto a la casa. Cuando agotó su peroración, H. M. estaba en un gran estado de martirio.

—Y eso es todo —concluyó—. Acerca de su invitación, gracias, pero mejor será que me vaya. Nunca se quiere tener al Viejo donde no cante para su comida. Yo...

H. M. se detuvo bruscamente, la boca abierta.

Por primera vez el pequeño y corpulento coronel estaba realmente enrabiado. Estaba parado con los hombros echados hacia atrás, la túnica del uniforme sobresaliéndole como si hubiera echado hacia adelante su corpulencia. Había fuego en los ojos azules del coronel Duroc.

—Sir —empezó, escapándosele a menudo la pronunciación—. Si usted se imaginó que mi oferta era alguna forma de soborno, estoy lejos de ser demasiado viejo para usar pistola o espada.

—¡Eh! ¡Pare el ómnibus!

—Al principio, sólo pensé que le sería más cómodo. Después le conocí. Lo encontré un hombre con empuje, igual que yo, y le tomé simpatía. Si no cree esto, tendrá la satisfacción. Si lo cree, puedo decirle que comprendo bien el deseo de no meterse en lo que no es asunto suyo, y sólo impertinencia de mi parte eh pedirselo. Si por alguna casualidad todavía desea permanecer como mi huésped, seré el hombre más orgulloso de Tánger.

—¡Oh, por el amor de Esaú! —se quejó H. M., subiéndosele el color. Él comprendía estas formales cortesías continentales y en secreto las aprobaba, aunque sólo lo acaloraban e incomodaban bajo el cuello—. Coronel —dijo—. No soy muy perito en esta clase de cosas. Pero lo que quiero decir es: me gustaría quedarme.

Duroc estaba algo incómodo también, pero encontró inspiración.

—¡Tomémonos una copa! —exclamó.

—¡Bien! —tronó H. M., a quien, como muy inglés, le parecía la aparente y aun la única solución al problema—. ¡Tomémonos todas las botellas de la mesa!

Tomando apresuradamente los dos altos vasos vacíos, Duroc los puso sobre la mesa. Llenó cada uno hasta la exacta mitad con *whisky*. Estaba recién agregándoles una respectiva gota de soda, cuando pasos apresurados y livianos, pasos de juventud, ascendieron las escaleras de piedra afuera.

Paula Bentley se detuvo sobre las baldosas rojas de la terraza, su tez clara avivada por el viento. El coronel Duroc observó con aparente severidad, pero con aplauso interior, el traje de seda blanca ajustado de Paula, sus piernas desnudas y sus sandalias. Le hizo un gesto de censura con un dedo, pero Paula, sonriendo, corrió hasta donde estaba y le besó en la mejilla.

—¡Ja, ja! —exclamó el coronel Duroc.

Detrás de Paula —como ella había planeado— aparecieron Maureen y Álvarez. El pelo negro y los ojos verdes de Maureen la hicieron parecerse menos a un vidrio pintado en una catedral española; estaba demasiado viva, demasiado excitada. Al inclinarse Álvarez hacia ella, sólo alguien muy cerca hubiera alcanzado a oír la única palabra:

—¿Caravel?

—Bueno..., ¡sí! —susurró Maureen—, si no tengo que trabajar.

—Pero usted no es su..., quiero decir, no es su secre... No importa. ¡Ya me lo dijo!

Maureen se adelantó apresuradamente, mirando a Paula. El paisaje, visto desde la terraza, la abismaba, aun con esa torre de agua, hacia abajo sobre rojo, verde y blanco hacia la bahía.

—El comandante Álvarez —dijo— nos ha llevado a dar un paseo encantador por el camino de la Montaña Vieja. Aun hasta lugares desde donde se divisaba el pueblo... ¡Oh!

Maureen, viendo la sonrisa del coronel Duroc, se detuvo bruscamente. Álvarez, con cara rígida, se acercó a la mesa, tomó posición firme y saludó.

—Señorita Holmes —dijo—, permítame presentarle al coronel Georges Duroc, nuestro comisario de policía.

—*Enchanté, mademoiselle!* —dijo Duroc, tomando la mano extendida y llevándosela a los labios.

—*Très heureuse, monsieur!* —contestó Maureen...

Hizo un esfuerzo loco para ejecutar una venia y le resultó. Su francés de escuela y

universidad parecía salirle tan fácil como un discurso en sueños. Jamás en su vida había intentado algo similar. Pero Maureen estaba intoxicada sin haber tomado nada.

Enseguida, al ver el coronel Duroc a su subordinado, se puso serio. Pensó que la disciplina le era muy querida. Se sentó en una silla tras la mesa de mimbre y golpeó las coyunturas sobre ella.

—¡Comandante Álvarez!

—¿Si, mi coronel?

El coronel decidió hablar en inglés, aunque tendría una desventaja contra la perfecta corrección y pronunciación de su subordinado. Si hubiera estado menos preocupado, hubiera advertido las extrañas contracciones y ondulaciones que pasaban por el rostro de Álvarez, como las de un hombre pronto a estallar.

—Encuentro, comandante, que su idea de la pequeña recepción en el aeropuerto ha salido mal. La conducta de Sir Henry Merrivale...

—Lo siento, mi coronel. La c-conducta de S-s-ir Henry M-m-m-m...

Después de lo cual Álvarez hizo lo que nadie hubiera esperado de él. Empezó a reírse, y se rió como un loco. Al principio fué con los estallidos profundos con que celebramos las proezas de los hermanos Marx o del señor Chaplin. Pateó y saltó y aulló, abriéndose de brazos. Enseguida, como si tuviese un calambre al estómago, se agachó y rió con espasmos incontrolables y al mismo tiempo tratando penosamente de balbucir palabras de explicación. Todos estaban sorprendidos, pero Duroc estaba asombrado.

—¡Comandante! —dijo el escandalizado coronel, golpeando con el puño sobre la mesa.

Álvarez hizo un esfuerzo homérico y consiguió enderezarse.

—¡Lo siento! —balbució—. Sin d-duda, tengo un sentido del humor tan infantil como el de los árabes. P-pero ver a Sir Henry Merrivale empujado hacia atrás por la puerta del aeropuerto por estas damas y yo mismo, y aun gr-gritando heroicamente obscenidades en á-árabe...

Las mejillas dilatadas del comandante estallaron nuevamente. Inclinado sobre la mesa, se rió directamente en la cara de su injuriado coronel.

—¿Qué había de tan malditamente divertido en eso? —gritó H. M.

—¡Oh, déjenlo que se ría! —le rogó Maureen a Duroc, y después miró a Álvarez, diciéndole—: Todos estos años ha estado portándose como un engreído, para asustar o impresionar a la gente; y ése no era usted. ¡Vaya, ríase! ¡Le hará bien!

—Hay mucha sabiduría en eso —aconsejó Paula, que había estado con histeria silenciosa.

Álvarez ya había obtenido completo control sobre sí mismo, aunque todavía le corrían lágrimas por el rostro. El coronel Duroc vaciló. Aunque la disciplina es la disciplina, el culpable estaba defendido por dos lindas muchachas. Además, nunca había oído reírse a Álvarez antes, y quizás el comandante no era totalmente un *robot*. Todas estas cosas inclinaron al coronel a ser indulgente.

—Usted comprende, comandante —dijo sombríamente—, que su ofensa pudo haber tenido serias consecuencias.

—Sí, mi coronel.

—Bien —dijo Duroc—. Entonces lo olvidaré. —Sin embargo, su enojo ebullió—. Pero aquí termina, comandante. No habrá más de esto; ¡quémense, o Roberto es mi tío!

—¿Qué? —dijo Paula Bentley. Enseguida se dió vuelta y comenzó a reírse de nuevo.

Aunque Álvarez permaneció serio, líneas de perplejidad se profundizaron en su frente morena.

—No ocurrirá de nuevo, mi coronel. Pero permítame preguntarle con respecto a ese tío... ¿Roberto qué?

El coronel Duroc, que estaba alegremente esperándole en la emboscada, se palmoteó la cadera con mano pesada.

—¡El que es la encarnación de los modismos ingleses! —exclamó Duroc, nuevamente todo sonrisas y botones dorados—. ¿No lo conoce? ¿Usted que ha permanecido la mayor parte de su vida en Inglaterra? “Almendras a usted, comandante”. Ese es un modismo americano, que aprendí en el Parade Bar.

—Si usted me perdona, coronel, creo que la expresión es “nueces”.

—¿Qué nueces? —preguntó el coronel.

—Nueces a usted, coronel.

—¡Entonces nueces a usted! —gritó el coronel, deteniéndose con el puño en el aire.

Se cayó su mano y su cara roja se puso más roja aún. Bajo su corto pelo blanco, su cerebro tropezaba entre palabras confusas y retorcidas, que no podían caer en línea recta. Esto era muy malo. Él no debía ser jovial ante subordinados. Debería hundir los dientes con dignidad y disciplina.

Por lo tanto, miró a su alrededor bajo sus tupidas cejas hasta que hubo silencio de muerte.

—Compréndame, comandante. No estoy enojado porque usted se rió, lo que quizás, es una buena señal. ¡No! Pero su estupidez hoy día —detalló el coronel Duroc, injustamente— ha hecho en toda justicia que Sir Henry rehúse ayudarnos en nuestro caso. Sir Henry Merrivale...

Hizo un gesto en esa dirección.

Por algún tiempo, salvo durante su único estallido nadie se había fijado en H. M. Pero él no se había movido. Estaba parado con la espalda hacia la balaustrada, con el codo izquierdo acurrucado en su mano derecha, los dedos de la mano izquierda masajeándole la barbilla. Estaba mascando algunas flores azules. Sobre éstas, sus ojos no titubearon en una mirada, pensativa al mismo tiempo que maligna, dirigida a Maureen Holmes.

Maureen, previamente demasiado absorbida en otros asuntos, lo vió ahora y se

echó hacia atrás sobresaltada. Se miró para ver qué tenía de malo. Miró sus medias buscando puntos corridos y se alizó el cabello.

H. M. habló a través de las flores mascadas, con un ojo puesto sobre el rincón del balcón.

—“Infantil” —observó con el aire de alguien que repite—. ¿Infantil, eh?

Se produjo un esclarecimiento en Maureen.

—¡Oh, por favor no empiece con eso de nuevo! ¡No lo quise decir! O... Bien, si lo dije en serio, era sólo en forma parcial. Estaba sólo tratando de ayudarle —dijo.

—Al primer ladrón que se encontrara conmigo —continuó H. M. sin remordimientos—, “lo haría lesa o lo estafaría”. Muy bien. Le dije qué le demostraría, ¿no es cierto? Aun al no tener la más remota idea de cómo hacerlo. ¡Muy bien de nuevo!

—¡Oh, usted es un niño chico!

—¿Todavía es mi secretaria? —preguntó H. M.—. ¿Se queda aquí en esta casa para tomar apuntes?

—¡Sí lo soy! —respondió Maureen, instantánea y desafiantemente—. Usted dice que me lo puede demostrar. No le creo. ¡Bueno, continúe y trate!

Durante estos intercambios, Álvarez, consternado, había mirado del uno al otro.

H. M. se volvió y escupió las flores mascadas por encima de la balaustrada. Se dirigió al coronel Duroc en forma improvisada y de disculpa.

—Si le es igual, coronel —dijo— me gustaría cambiar de opinión. Me gustaría ayudarle en todo lo que pueda en este caso del tipo-fantasma, y pescaremos al fulano sin la menor duda.

El coronel Duroc saltó de su silla.

—¿Habla en serio?

—Muy en serio, coronel.

Duroc habló con la intensidad de un hombre que reza.

—¡Gran Dios! —dijo—. ¡Si con su ayuda mi pequeña organización puede capturar a Cofre de Hierro y hacer aparecer estúpidas a las grandes fuerzas policiales de Roma y París, entonces moriré feliz en una casa de perros! —Vaciló tragando—. ¿Cuándo desea empezar?

—Ahora mismo.

—Pero el almuerzo —protestó Duroc. Miró su reloj de pulsera—. *Tiens*, ya nos hemos pasado mucho en la hora. Mis sirvientes la han olvidado. Si usted le dice a un árabe exactamente lo que tiene que hacer, escrito y con diagramas, lo hará y bien hecho. Pero si se olvida de hacerlo, pensará que usted no lo desea y lo olvidará también. Al mismo tiempo...

—Que se queme el almuerzo —dijo H. M. crudamente—. Sólo dénos algunos emparedados y el buen *whisky-soda*. Saque todos los informes, cada pedacito de evidencia, cualquiera cosa que tenga sobre este sujeto fantasma. Despeje el resto de esta gente, menos...

A alguna distancia, al lado de la silla sobre la cual había tirado su abrigo de piel, Maureen estaba parada altanera y distanciada, excepto por una clase de sonrisa de superioridad, con la cual esperaba molestarlo. Pero la mirada de H. M. se había tornado inquieta. Cuando sus labios silenciosamente formaron las palabras: “¿Puede tomar taquigrafía?”, ella inmediatamente asintió con la cabeza.

—Despéjelos a todos —dijo H. M.—, exceptuando a mi secretaria.

—Bueno, tengo que volar de todas maneras —dijo Paula—. Prometí ir a buscar a Bill. Coronel Duroc, ¿puedo subir al segundo piso a telefonar por un taxímetro?

—¡Absurdo, absurdo! —dijo el fatigado coronel—. El comandante Álvarez la llevará en mi Packard.

Paula Bentley se deslizó hacia Maureen.

—Querida —dijo con su acostumbrada y franca sinceridad—, en cualquiera otra noche, por supuesto, la habríamos llevado a alguna otra parte. ¿Estará bien mañana en la noche?

—Me encantaría.

—Bien. Pero, ¿sabe?, esta noche es especial para Bill y yo. Vamos a ir al Alí Babá a comer, después a nadar, luego...

—¿Nadar en este tiempo? ¿No hará mucho frío?

—¡Oh, no quiero decir en la playa allá abajo! —Paula sonrió con una sonrisa secreta—. Pero el Mediterráneo está siempre tibio, a lo largo de millas y millas de playas más allá del Cabo Spartel. Debe probarlo.

—Lo pienso hacer —le aseguró Maureen—. Pero, para decirle un secreto, no supe lo que estaría de moda. Pensé esperar y comprar un traje de baño aquí.

Paula la observó sorprendida.

—¿Un traje de baño? —dijo Paula, y se rió—. ¿Pero qué diablos quiere hacer con un traje de baño? Ese lugar está a millas y millas de nadie.

—¡Oh! —dijo Maureen.

Consideró las posibilidades y rápidamente desvió sus pensamientos. Además, una voz insoportable había estallado sobreponiéndose al ruido de la conversación.

—Esto es en serio, coronel —dijo Sir Henry Merrivale—. Le haré una pequeña apuesta, digamos unos mil contra diez, que clavamos a ese fulano en cuarenta y ocho horas.

—Amigo mío, usted no conoce su record.

—No doy ni dos pitos ni un silbido por su record. ¿Quién acepta mi apuesta?

Álvarez extendió la mano, la cual apretó H. M. Álvarez, con su larga nariz recta, sus centelleantes ojos cafés rojizos y una sonrisa sobre su amplia boca, se había transformado en un completo ser humano.

—No le aceptaré la apuesta, Sir —dijo—, porque quiero que la gane. Es sumamente decente de su parte ofrecerse para ayudarnos.

—En absoluto, hijo —dijo H. M., levantando intencionalmente la voz—. Voy a darle una lección a una pequeña enredadera que confunde una fina dignidad natural,

más o menos, con una pura cabeza de lana.

—Discúlpeme, Sir. —Álvarez primero vaciló y después dejó salir las palabras con franqueza—. Entre nosotros, sé que la señorita Holmes no está... relacionada con usted en ninguna forma, digamos. ¿Pero la retendrá aquí toda la tarde tomando apuntes?

—¿Va a salir a parrandear, hijo? —preguntó H. M. con interés y aprobación—. No. Sólo estará aquí un par de horas.

—¿Parrandear? —Álvarez estaba horrorizado—. No, no. Sólo a comer.

—¡Oooh!, —dijo Maureen a Paula—. ¿Habrás visto —murmuró empuñando las manos— un hombre que da tanta rabia que una pierde la cabeza y le dan ganas de rasguñar?

—¿Juan Álvarez? —Paula estaba sorprendida.

—No. Quiero decir ese terrible...

—¡Oh!, ¿Sir Henry? —murmuró Paula con una sonrisa—. Querida, nunca vas a entender a ese tipo de hombre hasta que aprendas a reírte de él. Si no te ríes, quedarás enojada todo el tiempo.

El coronel Duroc, todo disciplina nuevamente, estaba golpeándose las manos.

—¡Comandante Álvarez! Usted llevará a la señora Bentley al consulado británico. En seguida irá a la 7.^a Estación Arrondissement, y enviará el auto de vuelta aquí. Nadie me ha telefoneado acerca del equipaje de los pasajeros —agregó secretamente—, pero puede que eso demore mucho rato. Quizás tendrá noticias usted antes. De todas maneras, telefonéeme dentro de una hora. *C'est entendu?* Bueno. Ahora voy para hacer que la fátima prepare los emparedados, y para traer nuestra mejor evidencia. ¡Vaya!

En dos minutos más la terraza estaba silenciosa. El Packard del coronel Duroc retrocedía ruidosamente del garaje. Paula, en el asiento delantero, gritábale a Maureen que en realidad no necesitaría traje de baño, y Álvarez, escandalizado, trataba de hacerla callar. El coronel Duroc caminó a través de una puerta delantera; dos puertas altas pintadas de verde daban paso a un amplio corredor con piso de mármol. Llamó agudamente en árabe, y fué contestado por el ruido de unos pies en zapatillados.

H. M. se sentó en una silla, junto a la balaustrada, se ajustó el sombrero y encendió otro cigarro infame. Durante un momento fumó en silencio.

—Así que decidió quedarse aquí, ¿eh? —le preguntó a Maureen.

Esta ya tenía su respuesta preparada:

—Es mucho mejor que estar pagando una enorme cuenta en el hotel, ¿no le parece?

—¿Fué eso lo primero en que pensó? No me mienta, fámula mía; es demasiado oportuno. ¡Oh, y otra cosa! —H. M. hizo una mueca al recordar—. Hasta ahora, por lo que puedo juzgar, este tipo Álvarez es A-1. Pero no vaya demasiado lejos hasta que yo le dé el pase. ¿Entendido?

Maureen respiró con fuerza.

—Bueno, realmente —dijo en forma inadecuada—, yo debería hacerme examinar la cabeza. Tengo menos espinazo que no sé qué. Cualquiera otra mujer le hubiera dicho exactamente lo que pensaba de usted y le habría dejado plantado. Yo debo ser un caso perdido.

H. M. negó con la cabeza.

—¡Oh!, al contrario —gruñó—. ¡Tiene demasiada tenacidad irlandesa-americana, aunque sabe que está batallando con un profesional viejo y astuto de diez veces su peso mental! —H. M. la observó con aparente melancolía—. Es buena moza, ¿sabe? Tiene buen corazón. Es leal como usted sola a todo o cualquiera que usted crea que necesite su ayuda. No está del todo mal, fámula mía.

Maureen, que había experimentado un día excitante, estaba cercana a las lágrimas.

—¡Usted puede decir cosas agradables —respondió— en la forma más atroz que jamás he oído!

—¡No lo puedo remediar! Soy así. Además —agregó H. M. involuntariamente, rechazando los cumplidos—, usted está tan llena de curiosidad como yo acerca de este caso del hombre fantasma. ¿No le contó algo Álvarez cuando fueron a pasear?

Maureen asintió.

—Entonces, válgame Dios —dijo H. M. incómodamente y la miró—. ¿Somos o no amigos?

—Bueno... Muy bien —admitió Maureen.

Unos pasos se aproximaron a través del corredor de mármol. Ya el sol se había hundido detrás de la casa, dejando la mayor parte de la terraza en sombra y el interior del corredor sombrío. El coronel Duroc traía bajo un brazo un cofre de hierro o acero, quizás de unos dos pies de largo por un pie de alto, con grabados curiosos, que no pudieron entender los que miraban. El coronel lo depositó con un golpe —el barniz opaco lo hacía asemejarse más al hierro que al acero— cerca de la puerta delantera.

Después salió a la terraza, se sentó al lado de sus documentos y sacó un lápiz.

—¡Ahora llegamos al trabajo! —dijo—. ¿Dónde, amigo mío, desea comenzar?

Maureen había sacado de su cartera uno de esos cuadernos, junto con un lápiz bien afilado, con los cuales todos determinamos mantener un diario, pero que jamás lo hacemos.

—No haga un apunte —dijo H. M., levantando el brazo hacia Maureen— sin que yo diga: “Eso es importante, anótelo”. Me está desafiando, ¿eh? Entonces, ¡verá cómo trabaja el Viejo!

Se volvió hacia el coronel Duroc.

—Primero, hijo, un poco de escenario. Entre paréntesis, ¿tiene nombre este fulano?

—Desgraciadamente, ninguno que conozcamos. La policía de varias ciudades sólo lo llama Cofre de Hierro. Su record, que no abarca mucho más de un año, entre

el 27 de febrero de 1949 y el 1.º de abril de 1950, ha sido sorprendente, *épatant!*

—Claro, claro. —H. M. inhaló su cigarro soñolientamente, no muy impresionado —. Usted ha dicho que él puede hacer esto y lo otro, ¿pero qué es lo que actualmente hace? ¿Cuál es su especialidad?

—Es el ladrón más moderno y peligroso que anda suelto.

H. M. se quejó.

—¡Oh, hijo mío! ¡He dicho anteriormente que el criminal profesional es el perro más obtuso de la tierra!

El coronel sonrió con una sonrisa gatuna.

—Créame, amigo mío, que éste no lo es.

—¡Hum!, bueno. ¿Ninguna fotografía o impresión digital, supongo?

—¡Ay!, ninguna.

—¿Alguna buena descripción de un testigo ocular?

—¡Ay!, ninguna buena. Ha sido visto muchas veces, en algunas ocasiones a más o menos corta distancia. Sólo una vez fué visto cara a cara, y esa... Bueno, ya oirá.

Los ojos de H. M. se redujeron y cesó su falta de interés. Sentándose derecho, se dió vuelta a medias hacia Maureen; pero cambió de opinión y no dijo nada sobre apunte.

—Ahora, coronel, ¿tiene algunas peculiaridades, usted sabe lo que quiero decir, por las cuales, uno pueda escogerlo como el hombre especial que hizo este trabajo especial?

—¡Ah! —se abalanzó el coronel Duroc, levantando las manos con las palmas hacia afuera—. ¡Claro está que sí! ¡En efecto, sí! Tantas, amigo mío, que aun no necesito ni mis apuntes.

Aquí Duroc oprimió cuidadosamente la punta de cada uno de sus dedos.

—Primero, nunca se ha oído decir que haya, ¿cómo dicen ustedes en Inglaterra?, asaltado una casa particular. Siempre asalta un pequeño banco moderno o una pequeña joyería moderna. Segundo, siempre usa un taladro eléctrico para la caja de seguridad, lo que es en sí una cosa poco común. Aun este taladro es extraño; se le llama Spandan, por la ametralladora alemana Spandan. Tres veces ha quebrado un taladro, teniendo que reponerlo con otro y dejando abandonado el primero. El mecanismo del taladro permite que funcione con cualquier corriente; lo conecta en cualquier enchufe. Caramba, esto sí que es bueno. Tercero —continuó el coronel—, de las joyerías sólo se lleva diamantes, cortados o sin cortar. Nada más. En los bancos chicos no toca ni oro ni plata: sólo billetes bancarios, cuyos números no estén registrados. Por ejemplo, amigo mío, ¿es verdad que en Inglaterra los billetes de una libra no son registrados y no pueden seguirles la pista?

H. M. asintió, mascando el cigarro.

—Así es, coronel. Sólo toman el número de serie a los billetes de cinco o más.

—¡Así! ¡Bueno! Con nuestro hombre es el mismo principio de moneda. Aunque hace una redada de diamantes y asalta dos joyerías por cada banco, sin embargo, con

el dinero, en cualquier país, desdeña una enorme ganancia por una segura. Ahora, por favor, su atención. ¡Cuarta y última! —La expresión del coronel Duroc se intensificó—: en cada uno de sus asaltos, en cada uno, ha llevado bajo su brazo izquierdo un cofre de hierro igual al que ve usted ahora en el corredor.

—Espere un momento —murmuró H. M., y se puso de pie lentamente—. Escriba eso —le dijo a Maureen—; es importante, aunque quizás no en la forma que usted piensa. —Se volvió hacia Duroc—. Pero si ése es el cofre que llevaba, ¿cómo sucede que lo tiene usted?

Duroc rió. El coronel estaba muy orgulloso de su criminal, aunque, como había dicho, moriría feliz en una casa de perros por ver a ese criminal tras las rejas.

—Porque, mi amigo, en dos ciudades, una vez en Amsterdam, otra vez en París, lo tuvo que botar al ser casi prendido por la policía. Y sabemos, por un informe con el cual no lo molestaré ahora, que tiene cuatro cofres semejantes. Todos más o menos iguales, todos grabados en la misma forma. Así que lleva otro cuando asalta de nuevo.

—Pero, quémeme, ¿por qué?

—¡Ajá! —exclamó el coronel, que ocultamente había estado esperando esa pregunta—. Ese es el primer problema que tenemos. ¡Considere ese problema!

—No, hijo. Considérelo usted. Está reventando por hacerlo.

—¡Bien, bien! Puede ser. Pero considere. Este cofre no es de un peso exorbitante ni enorme, Está hecho de hojalata. Puede ser llevado bajo el brazo, aunque con alguna dificultad y molestia. Ahora bien, los diamantes podría llevarlos en el bolsillo. Los billetes de banco pueden caber en un pequeño portadocumentos. ¡Y, sin embargo, lleva este cofre! Le molesta en todo sentido; y lo pone en peligro en las *guidas* rápidas.

—¿No querrá decir “huidas”? —preguntó Maureen con verdadera inocencia.

El coronel Duroc estaba furibundo.

—¡Bah! ¡Este inglés! ¿Me hago entender, Dios ame a un ganso? ¡Sí! Bueno. Repito: este cofre lo atrasa al huir, le obstruye la mano pistolera, porque, como digo, es un asesino, y cuando se encontraron los cofres, estaban vacíos. El cofre no es en absoluto necesario. Sin embargo, siempre lo lleva. ¿Por qué?

Hubo un silencio.

—¿Este fulano es loco, tal vez? —preguntó H. M.

—¡No, no! Eso no está bien. Es demasiado fácil. Además, cada movimiento que hace ha sido estudiado con cuidadosa estrategia, como en ajedrez. Hay algún motivo por el cual lo lleva, ¿pero cuál?

H. M. se rascó la barbilla, como un hombre verdaderamente molesto. Maureen, haciendo inútiles rayas con su lápiz, no sabía si estaba agradada o desilusionada. Su imaginación había sido atraída por esta figura sin cara, intencionalmente cargada con un cofre, en las oscuras calles del continente. H. M. volvió a su silla y se sentó.

—¡Quiero más información! —dijo lastimeramente, y se sacó el cigarro de la

boca—. Aunque quizás sea posible que... No, no importa. ¡Más información!

Reclinando la cabeza, Duroc sacó y abrió un archivador que contenía muchas páginas escritas a máquina.

—¡Excelente! —dijo—, me gustaría relatarle una aventura típica de Cofre de Hierro, la más irritable, ya que fué la única vez que su cara fué vista de cerca. Ocurrió en Bruselas, mi propia ciudad. Yo estaba allí, en ese tiempo, con mi esposa, y también lo estaba Mark Hammond.

—¡Pare! ¿Quién es Mark Hammond?

—Es un buen tipo —respondió Duroc al instante—. Escribe libros modernos de ciencias y vive aquí en Tánger. Es americano, con excelente trato y sin conversaciones sobre libros cómicos. Quizás beba un poco, pero rara vez demasiado. El...

—¡Hum! Hammond. No importa. Vuelva al crimen.

—Sir Henry, ¿conoce Bruselas? ¿Conoce el Bourse?

H. M. reflexionó, todavía fumando.

—¿El Bourse, eh? Nunca he entrado. Pero recuerdo, años atrás, una pequeña callecita llena de cafés con mesas afuera; estaba en frente del Bourse, y justo al lado derecho uno se enfrentaba con un edificio. No se podía comprar más que vino o cerveza o aperitivos. Aun helaban los sifones de soda, malditos sean; y uno recibía el golpe de su vida cuando al apretar el mango del sifón salía limonada a chorros.

—¡Ya lo tiene, ya lo tiene! ¡La rue du Midi!

—Por supuesto —dijo H. M.—, siempre se podía comprar *whisky* en un almacén y tomárselo en casa.

—¡Pero atíendame! Más allá de la rue du Midi, y a mano derecha del mismo Bourse, hay una callecita angosta y tranquila, con árboles y faroles. Hay sólo casas distinguidas, con algunas pocas tiendas de primera clase. Pero una de ellas es la gran firma joyera parisiense de Bernstein y Cía., que tiene una sucursal en Bruselas y otra aquí en Tánger.

”Ahora figúrese lo que sucede en una tibia noche de primavera. Mucha gente hace crujir los periódicos o hace sonar sus vasos afuera de los cafés, separados de la silenciosa calle de árboles tornados verdes por los faroles, por el bullicioso cruce de la rue de Neuve. Son las diez de la noche del 5 de mayo del año pasado.

Nadie más habló. Las tupidas cejas grises negras de Duroc se juntaron. Hizo deslizarse su pulgar a través de las páginas a máquina, como si se las hubiera memorizado, lo que en realidad había hecho.

—Toda la policía de Bruselas está alerta por Cofre de Hierro, ya que ha asaltado dos noches antes. Sin embargo, a las diez, a no más de cien pasos del café más cercano, ya está trabajando sobre las enormes puertas de acero de Bernstein y Cía. Abrir aquellas puertas con ganzúa o cualquiera especie de llave es muy difícil. Al menor contacto sonará la alarma contra ladrones. Pero ha ocurrido en estos días.

”Bueno, Cofre de Hierro lo hace. Entra sigilosamente, dejando las puertas apenas

entreabiertas, ya que no desea tener más dificultad con la cerradura. En los alrededores, las puertas son demasiado gruesas para que alguien oiga su taladro eléctrico. Se lleva cincuenta diamantes sin cortar; nada más. ¿Y por qué? Eso es fácil. Joyas demasiado conocidas son difíciles de vender en una tienda. Un buen cortador y pulidor de diamantes, que sabe callar, puede dejar a esos pequeños pelotoncitos grises irreconocibles. Cofre de Hierro se acerca a las puertas.

”Y entonces... Un policía, un agente llamado Emil Laurant, estaba rondando por el mismo lado de la calle. Justo más allá de las puertas de Bernstein y Cía. hay un farol, tapado a medias por tupidas hojas verdes. Comúnmente podía haber pasado inadvertido. Pero el policía estaba alerta. Vió la línea de sombra donde la puerta de acero exterior no estaba bien cerrada. Sabía que no había otra entrada o salida. Se detuvo a esperar.

”Una de las puertas de acero se abre suavemente. Alguien, llevando un cofre de hierro bajo el brazo izquierdo, da un paso con el pie izquierdo para poder empujar el cofre hacia afuera en línea recta. Y el policía se encuentra cara a cara con el desconocido.

”El policía se lanza justo al cofre que está a lo largo frente a él. Recuerda haberse afirmado bien sobre y bajo el cofre, aun sintiendo los grabados tallados y deseando quitárselo, ya que creía que contenía el botín. Recuerda haber levantado la cabeza, echando una buena mirada a la cara del desconocido a la luz del farol. En seguida, la mano derecha del otro salta hacia arriba y por encima, teniendo en ella una Browning 32, automática. Y le dispara al policía derecho a la frente.

Duroc se detuvo y golpeó con su mano sobre la mesa con efecto tan dramático, que Maureen saltó, dejando caer el lápiz. Se imaginó oír el disparo.

—Hay algo que huele muy mal en eso, hijo —objetó un H. M. enfurruñado—. Si a este policía lo quitaron de en medio, así, está muerto. ¿Cómo puede acordarse de contarle algo?

Duroc hizo una mueca irónica con la boca.

—Porque no murió.

—¡Oh, ah! Quiere decir que hubo un...

—Exactamente. Su conocimiento de jurisprudencia médica, ¿no es usted médico al mismo tiempo que licenciado?, le recordará a usted de muchas víctimas que han recibido heridas peores en la cabeza que una liviana bala del 32, y, no obstante, han sobrevivido.

—Claro.

—Sin embargo, en la mayor parte de los casos —Duroc frunció el entrecejo—, no quedan iguales mentalmente. No son locos, no. En la mayoría de sus actos son bastante claros. Pero sus mentes no siempre corren en una misma línea. Así, el policía Emil Laurant es bastante claro en todo, hasta el momento en que vió el cofre de hierro; e inmediatamente el hombre le disparó. Entonces, sus ojos se empañaron ante el fuego, sus oídos se ensordecieron hasta la oscuridad. Este tiro le produjo una

especie de parálisis. No puede recordar detalle alguno de la cara de Cofre de Hierro. Si tuviera ante sus ojos a este hombre ahora, el policía no podría identificarlo.

”Pero escuche lo qué sucede un medio segundo después que el tiro fué disparado... *Quelle sensation!*

”Medio segundo después del disparo, las personas que estaban en los cafés saltan de sus asientos o se lanzan a ver. Los de la rue de Neuve, que es una calle lateral aún más cercana, se vuelven a mirar. Muchas personas ven al policía bambolearse hacia atrás, de la acera a la calle, resbalar y caer de frente. Pero nadie, nadie en absoluto ve a Cofre de Hierro. Ha desaparecido.

—¡Ahora, pare el tren de nuevo! —explotó H. M. rápidamente, despojándose del cigarro—. ¿Qué clase de lavado de ojos me está contando?

El coronel Duroc levantó la mano como para tomar un juramento.

—Es la verdad lo que le digo —contestó firmemente—. Toda la gente se lanza en *masse* a esa callecita, como en un bloque. Cofre de Hierro ni corre ni camina hacia ellos. Otra gente, la de la otra punta de la callecita, ha oído ese disparo y corre en la otra dirección. Cofre de Hierro no va hacia ellos. No retrocede a través de la puerta abierta de la joyería, porque piensan en esto y registran. Todos, por supuesto, han leído acerca de él en los periódicos.

—Apunte eso —interrumpió H. M. repentinamente, chasqueando los dedos hacia Maureen—. Esa última frase. Puede ser importante.

El coronel Duroc ni siquiera lo oyó.

—Cofre de Hierro —continuó— no trató de apretujarse contra una puerta, abrir una puerta o alcanzar alguna ventana. No había agujeros en la calle para haberse dejado caer. Ni siquiera se subió a un árbol, o los faroles le hubieran delatado entre las raimas. Y, en todo caso, los empeñosos lo registraron todo. No. *C'est tout*. Sencillamente desapareció.

Hubo un largo silencio, mientras Duroc cerraba el archivo suavemente.

—Un bonito problema, ¿eh? —Su risa era sin ganas, pero matizada con sátira—. Nuestra primera ojeada del fantasma. —Dió unos golpecitos sobre el archivo—. Aquí está la declaración de testigos respetables y honrados. ¿Hay alguna pregunta, amigo mío, que desee hacerme?

—¡Cor! —gruñó H. M., en una voz que secretamente encantaba a Maureen. Estaba sentado con el codo sobre el brazo de la silla, barba en mano, una masa de concentración.

Maureen, despidiendo los pensamientos predominantes en su mente, miró hacia abajo a la luz desfalleciente de la ciudad. Trató de imaginarse cómo verían otros esa grotesca escena de los árboles y faroles, en las grises calles de Bruselas; el policía mirando un cofre tallado en la cara de..., ¿qué?... Algunos se pintarían un ser horroroso, como el fantasma de la Opera; algunos (casi se rió) verían un ladrón-caballero en traje de tarde; otros, más sensatos, escogerían a una persona descolorida, modesta combinación de vicios y prudencia.

Irresistiblemente sus pensamientos la arrastraron otra vez. Esta noche estaría comiendo con Juan Álvarez en... Repentinamente sus pensamientos se detuvieron y su memoria empezó a buscar salvajemente. ¿Ca..., Co..., Ci..., Ciro? Ese se parecía más.

—Coronel Duroc —dijo en voz baja—, siento interrumpirlo así, ¿pero hay algún restaurante en el pueblo que se llame Ciro?

—¡Sí, sí, uno excelente! Debe decir a Henri que yo la envío —dijo el radiante coronel, siempre galante, pero instantáneamente se volvió a H. M.— ¡Vamos, amigo mío! ¿No tiene preguntas? —añadió astutamente.

—Bien, sí —dijo H. M., y ceñudo añadió—: Dígame esto: ¿Llovió en la noche que sucedió aquello?

—¿P-perdón?

—Sólo eso. ¿Llovió en la noche en que Cofre de Hierro descerrajó la caja de seguridad de Bernstein y Cía.?

—No puedo entender por qué lo pregunta. Y yo no recuerdo. Pero sé que usted no pregunta nunca algo si no es muy importante. Por lo tanto, lo buscaré en el informe.

Abriendo el archivador, el coronel Duroc comenzó lenta y cuidadosamente a buscar en las páginas dactilografiadas, sin perder nada. H. M. le dirigió una mirada señorial a Maureen.

—Mejor es que apunte ambas, fórmula mía, pregunta y respuesta —dijo él impulsivamente—. Es muy importante.

El primer impulso de Maureen fué romper el lápiz en dos pedazos y arrojar ambos a la cara de Sir Henry Merrivale. El viejo Condenado hacía esto deliberadamente para molestarla; y su molestia y perplejidad ya habían llegado a su límite. ¡No podía soportar esto! ¡No lo soportaría!

Afortunadamente, en ese momento la arábiga fátima apareció en la puerta de entrada empajando un carrito para el té, pintado de blanco, cuyas ruedas sonajeaban al igual que los platos de emparedados sobre su cubierta. En la bandeja inferior estaba descuidadamente abierto un ejemplar de la “Gaceta” de Tánger de ese día.

La fátima, que estaba actualmente muy gorda, llevaba una blusa y falda de un azul desvanecido con blanco, y un blanco paño le cubría la cabeza sin un *yashmak* que ocultase su cara redonda, morena y sonriente. Empujó el carrito para el té a la derecha de la silla de Maureen y se alejó arrastrando los pies. Pero dió oportunidad a Maureen para ocultar su furiosa cara. Inclinandose para arreglar el diario, Maureen estuvo a punto de cerrarlo, cuando su ojo se percató de un pequeño aviso. Lo leyó nuevamente. ¡Vamos!

El coronel Duroc lanzó una exclamación.

—¡Es increíble! —dijo, levantando la vista de las páginas escritas a máquina—. ¡Sir Henry! Durante ese día en Bruselas hubo varios pequeños chubascos. La última lluvia, tan liviana que ni siquiera incomodó a los que descansaban en los cafés bajo los toldos, empezó más o menos a las nueve y cincuenta de la noche y terminó

alrededor de las diez y cinco, unos veinte minutos antes del disparo. Nuestro ladrón trabajó durante algún tiempo en la caja de seguridad, por supuesto. Pero, en nombre del diablo, ¿cómo supo usted esto?

—¡Hem! —dijo H. M. con una tos modesta. Ni siquiera miró a Maureen, lo que era aún peor, y la desesperaba—. Si no le molesta, coronel, no contestaré todavía. Después de todo, me jugó una bien difícil.

Ahora le tocaba triunfar al coronel.

—¿Una difícil? ¿Una complicada? —preguntó con sorpresa hábilmente disimulada—. ¡Oh amigo mío! Esta desaparición en Bruselas, como ya le había dicho, era un lindo problema. ¡Pero no es nada!

—¿No lo es? —preguntó H. M., sentándose derecho.

En el silencio podían oír débilmente lo que parecía ser el sonido de un auto antiguo, destartalado, subiendo penosamente el túnel hacia la casa. Maureen, todavía furiosa, apuntó cuidadosamente una dirección sacada de un aviso.

—Una bagatela —sonrió el coronel—. Qué en París hizo desaparecer a plena vista una mesa llena de diamantes.

CAPÍTULO V

El cielo sobre Tánger a las diez y media de la noche era un suave arco negro azulado, con pequeñas estrellas tan brillantes que parecían traspasarlo.

Aquí, a muchas millas hacia abajo y lejos de la Casa de los Olivos Silvestres, y cerca de la unión del Mediterráneo con la larga bahía cercada de tierra, las aguas suaves del Mediterráneo susurraban y se azotaban contra la base de una torre edificada con piedras viejísimas. Era una torre larga y cuadrada, que semejaba ser muy alta debido a su ubicación. Además se erguía en el lado más tranquilo de la Casbah, junto a su jardín de naranjos.

Si uno miraba por encima del parapeto justo al frente, con el Mediterráneo a la izquierda, podía ver la bahía de Tánger con su enorme dique de concreto. Un barco de tamaño mediano, de carga y pasajeros, exhibía algunas luces de los portalones o cubierta, que brillaban amarillas, con trizados reflejos temblando en el agua. Otros barcos menores mostraban sus luces de flotación. Si en un día claro y de aire transparente uno miraba hacia adelante y un poco a la izquierda, apenas si podría distinguir el picacho gris de Gibraltar, agitado por blancos nubarrones. Pero en esta noche el cielo y las estrellas parecían ser un hueco de obscuridad, susurrante, vacío, excepto por la brisa del estrecho.

Desde este parapeto, en una relumbrante edad ya muerta, las flechas habían silbado de los cortos arcos moros. Ahora la cima de la torre estaba salpicada por una docena o más de mesas, con sillas y escaños; y le traían a uno vasos de té de menta caliente, sumamente dulce.

La única luz provenía de una linterna de diseño moro colgada bajo las escaleras a alguna distancia de allí. Al lado de ella, sobre un escaño, dormitaba un anciano árabe en *jalebah* blanca con gorro en punta. Y a cada lado de una mesa redonda, Paula Bentley y Bill Bentley estaban sentados mirándose por encima de sus vasos olvidados.

—Bill —empezó Paula tanteándolo.

—¿Sí, mi encanto?

Paula usaba un chaleco blanco y pantalones azules. Sus codos estaban sobré la mesa, sus brazos arriba y las manos escondidas bajo cada lado de su tupido y sedoso pelo. Los ojos azules oscuros, abiertos de par en par ahora, le escudriñaban el rostro con esa fuerza de intensidad y amor que sólo Bill conocía.

—Amor mío —dijo—, estás preocupado por algo. ¿Qué es ello?

Paula lo estudió mientras se sentaba frente a ella con su Camisa de cuello abierto y sus viejos pantalones de franela gris. El pelo castaño de Bill estaba cortado en

forma militar. Sus ojos eran cafés. Aunque no era extraordinariamente buen mozo, lo que por algún motivo encantaba a Paula, tenía una boca agradable y era barbipartido. Al contrario de Álvarez, digamos, tenía hombros anchos y cintura delgada; pero, probablemente, no era más alto ni más pesado que el comandante.

Paula recordó que él jamás la había criticado por nada durante los cinco años de su matrimonio. (Pero viendo el asunto a través de los ojos de Bill, era muy sencillo: la adoraba y no podía ver nada que criticar). Bill jamás se quejaba o criticaba lo que comía. Ni siquiera preguntaba lo que ella gastaba, aunque no era extravagante; tenían una cuenta bancaria en común y ella hacía lo que quería.

Un extraño le hubiera considerado una persona poco común y corriente, con buena ascendencia, buen colegio público y universidad también buena; confiable, pero no muy ambicioso. Y esto en cierto sentido era verdad. Lo que Paula conocía, junto con el viejo J. solamente y algunos miembros del consulado británico, era esa cualidad relámpago de su cerebro. Podía ordenar hechos al igual que un prestidigitador ordena un naípe; podía deducir el valor de un informe con una mirada a cada página; podía suministrar, con una memoria extraordinaria, cualquier hecho necesario sobre cualquier asunto.

Un oculto deseo suyo, que sabía era imposible, era leer todos los libros escritos sobre las materias que le interesaban. Nuevamente al contrario de Álvarez, no disfrutaba de comedias ligeras. Al igual que el coronel Duroc, su goce íntimo era el ingenio satírico, los pinchazos envenenados de Swift, o Wilkes, o Whistler. Estos dardos dentados los podía disparar él mismo. Pero ya que sólo eran dirigidos a sí mismo o a objetos (jamás a personas, pues tenía demasiado buen carácter) que a todos les disgustaban, la gente sólo lo consideraba como un joven de buen sentido común.

Lo que no era.

Pero ahora dijo Paula:

—Estás preocupado por algo. ¿Qué es?

Al final de una noche tan magnífica, Bill consideró esta pregunta algo injusta. Pidiéndole prestado el auto a Mark Hammond, él y Paula habían cenado en el Alí Babá. Después habían recorrido los torcidos caminos y carreteras hasta la extensión de playa desierta. La larga faja de aguas quietas corría y espumaba rápidamente por una playa de arena plana, toda blanca y negra. Nadaron hacia adentro en un mar tibio. Se hicieron el amor sobre la playa hasta que ambos estuvieron cansados, relajados y soñolientos. En seguida, habiendo determinado regresar a casa en el Hotel Minzeh, habían caído en un estado de ánimo romántico y decidido tomar té de menta en la cima de la vieja torre.

—Mira, encanto —dijo Bill—; ¿por qué tienes que pensar que estoy preocupado por algo?

—Porque yo lo sé —contestó Paula con sencillez—. Siempre lo sé, ¿no es así?

—¡Hum! —dijo Bill. Casi siempre sabía, sin embargo.

Del suelo entre ellos, Paula recogió una bolsa que contenía su gorra de baño y dos toallas, y la depositó al otro lado de ella.

—Querido, acerca tu silla al lado de la mía. Ahí; eso es. Bésame.

Este era un proceso largo, que confundía tanto los pensamientos como las emociones.

Una brisa más fría les sopló desde el hueco de obscuridad y agua. A lo lejos, en la Casbah, se elevaron voces confusas e irritadas. Ladró un perro. Pero ellos no lo oyeron.

—¡Oh Bill, hemos tenido tanta suerte!

—Quieres decir, yo he tenido suerte.

—¡No! Yo andaba suelta en Londres...

—¡Sh-h! Y yo no estaba haciendo mucho en el G.S.I. Sentado en un camión del ejército mientras nos trasladábamos hacia el norte en Italia. Mira, regresemos al hotel, ¿quieres?

Pero Paula, aun cuando más emocionada, siempre era práctica. Acercó su mejilla a la de él y susurró:

—Querido, ¿qué es lo que realmente te preocupa? Es algo concerniente a dinero, ¿verdad?

Bill se sobresaltó y casi retiró el brazo de sus hombros. No quería decirle la verdad todavía, aunque no había motivo por el cual no hacerlo. El salario en el consulado (que, como en el servicio diplomático, es controlado por la Oficina de Extranjería) es rara vez grande, pero Bill tenía algunos cientos propios al año. Rebuscó en su memoria alguna disculpa que, aunque convincente, debía sonar como verdadera, y la encontró:

—¿No te fijaste, Paula, que tuve que pedirle prestado el auto a Mark Hammond?

—No me fijé en nada —murmuró Paula—. Apenas sé que comimos en el restaurante.

—Entonces siento decirte que Lotario se fué a su bien merecido descanso esta tarde. Se dió por vencido y expiró justo a la puerta del garaje del coronel Duroc.

—¡Bill!

Lotario era el auto de ellos. Un auto de cuatro asientos, más ruinoso, bullicioso y explosivo que Lotario habría sido difícil de encontrar. Había estado listo para ser vendido como trasto viejo años antes que lo comprara Bill.

—No quería contarte esto —continuó Bill, que sentía verdaderamente el viejo montón de basura— y echar a perder la más noble de las noches.

—¡Mmm! —asintió Paula, acercándose más a él. Y entonces sus ojos se abrieron de par en par—. Pero ¿cuándo estuviste en la casa del coronel Duroc?

—Me dijeron —dijo Bill— que llegué más o menos veinte minutos después que tú te habías ido en el Packard de Duroc. Debemos habernos encontrado en el camino.

—¿Pero por qué diablos fuiste allá arriba?

—Me llamaste por teléfono del aeropuerto, ¿te acuerdas? ¿Acerca de la estupenda

recepción a Sir Henry Merrivale? —sonrió Bill—. ¿No pensabas, también, que lo estaban cebando en la casa del coronel Duroc, y seduciéndolo para que ayudara eh el caso de Cofre de Hierro?

Paula asintió. La voz de Bill se había puesto entusiasta.

—Además de querer raptarte como el joven Lochinvar —dijo—, tenía un poco de curiosidad por conocer al Viejo Maestro mismo. Estaba allí en la terraza, por supuesto. Y el coronel Duroc. Y una señorita Holmes, que es bastante atractiva.

—Es encantadora —dijo Paula—, quiero decir verdaderamente encantadora. —Aquí sintió Bill que el cuerpo de ella se había puesto tenso—. Pero tú vas a caer por...

—¡S-sst! Niñita mía. Es atractiva, pero no es mi tipo. Prefiero una muchacha rolliza como tú.

—¡No soy rolliza! —exclamó Paula con tal intensidad que no vió la sonrisa de su marido—. ¡Cómo odio esa palabra! Eso quiere decir rolliza de todas partes, y tú sabes que no lo soy. Sabes que no lo soy.

—Lo siento, Paula. Pero ahora, en serio: ¿no estás celosa de todas las mujeres que conozco, verdad?

—Por supuesto que sí —dijo Paula, levantando la cabeza y mirándolo sorprendida—. Algunas de ellas, cuando las he visto contigo... —Vaciló recordando las terribles torturas quirúrgicas (o por lo menos así creía ella) que le hubiera gustado ejecutar. Rasguñarles los ojos era sólo un preliminar. Pero preguntó rápidamente—: ¿No estás tú celoso de otros hombres?

—Bueno...

—¿No lo estás?

—¡Sí, maldita sea! —estalló Bill, y sintió ponerse tirantes todos los músculos de sus brazos y hombros. A su manera, él era peor que ella—. No confío de nadie en esta ciudad. No quiero decir Juan Álvarez; él es el mejor amigo que tengo. ¡Pero Hammond!...

—¡No, Bill, por favor!

Se había equivocado al hacer la pregunta, pues traía consigo una tormenta de nervios que tenía que apaciguar.

—Paula, espera —dijo Bill con el pelo de ella sobre su mejilla, mientras lo apretaba más hacia sí—. Hemos discutido esto cien veces antes. Retrocedamos a mi visita al coronel, ¿quieres?

—Lo siento —dijo Paula con voz apagada—. Sigue.

—Todo lo que hice fué llamar un taxi. En seguida lo tuve que hacer esperar por casi dos horas; el chófer se quedó dormido. Insistieron en que me quedara.

—¿Quién insistió? —preguntó Paula con rapidez.

—El viejo H. M. mismo. Nadie más. —Los ojos cafés de Bill se tornaron irónicos—. Tengo una reputación de lo más divertida en Tánger. Creen que tengo sentido común, lo que no es verídico; y creen que puedo guardar un secreto, lo que sí es

verídico. El coronel quería sugerencias. —Ahora Bill habló lentamente—. No dije mucho, pero creo que las tengo.

—¡Bill, tu corazón está latiendo como locomotora! ¿De qué se trata?

—Ya verás. Cuando recién llegué a la casa (oyeron a Lotario resoplando por el túnel), el coronel les estaba relatando los cuentos de Cofre de Hierro. Paula, ¿cuánto conoces de la historia de Cofre de Hierro?

—Bueno..., lo que ha salido en la prensa de aquí. Y un poco de lo que escuché hoy día.

Los ojos de Bill bullían, aunque parecían no ver nada: Paula sintió una leve intranquilidad.

—Sucede —continuó él— que yo conozco la historia de adentro hacia afuera. Primero, alguien aquí guarda un álbum completo de recortes de todas partes. Tú sabes quién es: la condesa Scherbatsky.

—Condesa —repitió Paula, en cierto tono, pero no comentó más allá.

—Bueno —le recordó él con tolerancia—, todos en Tánger tienen un título. Algunos de ellos son bien genuinos. De todos modos, no estarás celosa de Ilone Scherbatsky: la conoces demasiado bien.

—Ilone no es mala —rió Paula—. Casi siempre es demasiado divertida para tomarla en serio. Además, ella...

—¡No importa eso! El punto es, segundo, que su último amigo está en el departamento de policía. El inspector Mendoza, para ser exacto. Le cuenta a Ilone todo lo que saben aquí, hasta lo más mínimo; e Ilone me lo cuenta a mí.

—¿Te cuenta qué?

—Démosle una ojeada a Cofre de Hierro. Su última cosecha fué en...

—¡Lisboa! —dijo Paula, pasmada y enderezándose un poco.

—Así es, niñita mía. Golpe en el oro. En Lisboa, diez días atrás: el 23 de marzo. El anterior había sido en París, una quincena antes. Por supuesto, la policía de Lisboa estaba alerta. Pero Lisboa es un centro aéreo, por no decir nada de ferroviario. Docenas de aviones entran y salen todo el tiempo. Desde esa cosecha en París, la policía tenía que mantener un ojo alerta sobre la aduana.

”El problema de ellos era que nadie tenía la más remota idea de cómo era Cofre de Hierro. La única carta de valor que poseían era que tenía que entrar su maletín con herramientas de ladrón, incluyendo el taladro eléctrico, a través de la aduana. Y en lo que se refiere a Cofre de Hierro mismo, eso era peor aún.

”Acuérdate de que la policía de Lisboa no tenía razón especial para esperarlo, por aire o por tren, excepto por la ruta aérea directa entre Lisboa y París. Podía estar en cualquier parte. Además, ¿cuántas personas, incluyendo inspectores de aduana, pueden reconocer un maletín de ladrón, aunque lo vieran? ¿Podrías tú?

Paula negó con la cabeza.

—Temo que no —confesó.

—Bueno, yo tampoco. En los cuentos siempre usan algo llamado diablito, pero si

me mostraran uno, no lo podría distinguir de una palanca o de una llave de tuercas. El caso es que todo parece haber estado quieto hasta la noche del 23 de marzo. Entonces Cofre de Hierro asaltó un pequeño banco privado en la Avenida de la Libertad. El mismo taladro, la misma clase de redada de dólares... y pesetas. ¡Lisboa estalló!

”Ahora estaban en la peor de las dificultades. Cofre de Hierro no podía guarecerse en Lisboa por demasiado tiempo; además, nunca lo hace. Y las autoridades de aduana no pueden requisar el equipaje de los pasajeros que salen, si no tienen motivo especial para sospechar de cierta persona o personas, lo que no sucedía.

”La policía reunió a todos los inspectores de aduana y los martilló con preguntas acerca de las llegadas en los últimos dos o tres días, Pero no se puede esperar demasiado de hombres que ven tantas maletas y baúles, que llegan a soñar con ellos. Mientras tanto, todas las diversas líneas aéreas habían estado cooperando en la revisión de las listas de personas que habían llegado y que no se habían ido todavía.

”Y esta mañana, niñita mía, todo sucedió al mismo tiempo.

Bill se detuvo. Alcanzó el vaso de té de menta, que estaba bien helado, tomó un poco y dejó el vaso. Paula, adherida a él, se preguntó lo que realmente quería decir detrás de toda esta charla. La hacía sentirse intranquila el pensar que él pudiera meterse en alguna clase de peligro.

—¿Sí, querido? —le alentó ella.

—En Lisboa, a las nueve y media, un inspector de aduana fuera de servicio llegó apresuradamente a la policía. Dijo que se había devanado los sesos y creía recordar algo acerca del avión de la tarde que había llegado desde París el 21 de marzo, dos días antes del robo. El inspector de aduana parecía recordar a un hombre —no podía recordarle la cara o sus detalles, por supuesto— que llevaba un maletín de herramientas, más bien pequeño. El hombre explicó esto diciendo que era un cerrajero, una explicación bien convincente, por lo demás. El inspector de aduana creía recordar, aunque no con seguridad, que la etiqueta del equipaje tenía un nombre que empezaba con algo así como O-O-L. Hubo otra sugerencia, pero no te molestaré con ella.

”Cuando el inspector hubo terminado, la policía estaba tan alborotada, que telefoneó al aeropuerto, y recibió una respuesta detallada. Acababa de descubrirse que un G. W. Collier había llegado en el avión de París el 21. G. W. Collier, haciendo una apresurada reserva a última hora, ya que el avión no estaba completo, acababa de tomar el avión de nueve y media para Tánger, que había despegado diez o quince minutos antes.

”Eso es casi todo. Pero la policía portuguesa, suspirando de alivio, telefoneó al coronel Duroc, pues estaba feliz de pasarle a otro el bebé. Duroc había estado esperando desde ese robo en Lisboa. Tánger era el próximo salto posible y aun probable. Cofre de Hierro llegó esta mañana en el mismo avión en que venían H. M. y la señorita Holmes.

—¡Pero el coronel no dijo nada de eso cuando yo estaba allí!

—Dijo un buen poco sobre eso cuando YO estaba allí —respondió Bill, haciendo una mueca y alisando su corte de pelo hacia atrás y adelante sobre su cuero cabelludo—. Y más, encantito, he pensado si tú te has dado cuenta de qué viejo pájaro más astuto es realmente el coronel.

—¡Leseras! —protestó Paula, que sólo recordaba galanterías y risas—. Eso es ridículo.

—¿Crees tú? Piensa en la estupenda recepción del viejo H. M. en el aeropuerto, la que encontraste tan divertida.

—¡Pero lo era! —gorjeó Paula, ya cansada—. Tú habrías pensado lo mismo si hubieras estado allí. No sólo eso, sino que esos pobres pasajeros balbuceando, alineados contra el avión, ni siquiera pudieron moverse hasta un tiempo después...

Bruscamente Paula se enderezó con una mirada de sorpresa y casi comprensión en su cara. Sus labios rosados se abrieron y se cerraron sin emitir un sonido. Miró interrogantemente a Bill.

—Ya lo tienes de nuevo, niñita mía —sonrió él—. Permanecieron allí mientras todo el equipaje era llevado inmediatamente a la estación del aeropuerto, y la aduana francesa echaba una buena mirada. Además, los dejaron en línea para un examen de pasaportes que duró más de una hora.

”Mientras tanto, los inspectores de aduana estaban efectuando un magnífico trabajo. No se concentraron sólo en el equipaje de G. W. Collier. Las etiquetas del equipaje pueden ser transferidas; las maletas, intercambiadas. Así es que se lanzaron sobre todas. Midieron para encontrar dobles fondos y compartimientos falsos; tiraron todo para afuera; siguieron una docena de métodos que Duroc les había señalado por escrito. El amiguito de Ilone, el inspector Mendoza, que estaba a cargo de la policía, dice que el lugar parecía como si un huracán hubiera azotado el departamento de vestuario de Selfridge’s.

Paula tironeó el cuello de su camisa.

—¡Bill, espera! —urgió—. ¿Qué hay acerca de G. W. Collier mismo?

—Bueno, ¿qué podía hacer el inspector Mendoza? —preguntó Bill—. Podía mirar los pasaportes, preguntar dónde se quedaría Collier (en el Hotel Riff, cerca de la bahía) y registrar a Collier mismo. El hombre no tenía nada consigo, salvo una cantidad de dinero en muchas monedas. Pero casi todos tienen eso, ya que esta ciudad es un centro de cambio, y cualquier moneda vale. ¿Estabas tú en la casa cuando el coronel Duroc dijo que esperaba una llamada importante por teléfono desde el aeropuerto o de la estación Arrondissement?

—¡Sí, recuerdo eso!

—Ya se iba a saber el resultado de la búsqueda en el aeropuerto. La llamada llegó cuando yo estaba allí. —Bill respiró profundamente—. Paula, en todo ese equipaje no había ningún maletín de ladrón y ningún cofre de hierro. Nada en que pudieran estar ocultos; nada ni remotamente parecido a ello. ¡Absolutamente nada!

Hubo un largo silencio.

—¡Pero, Bill! Si Collier es Cofre de Hierro, ¿no se ha delatado horriblemente? Ahora saben cómo es.

—¡Oh, no, no lo saben!

—¿Por qué no?

—El viejo H. M. y el coronel creen, y yo estoy de acuerdo con ellos, que Collier no es Cofre de Hierro. De otra manera, ¿habría sido tan estúpido para hacer lo que acabas de decir? No, niñita mía. Cofre de Hierro debe tener sólo un cómplice: su pulidor y cortador de diamantes, que viaja con él. Y ése es Collier.

—Sí. Me doy cuenta...

—Pero el verdadero Cofre de Hierro, que, planeó y arregló todo —dijo Bill—, estaba escondido a salvo en el mismo avión. Nadie lo vió, en el sentido de observar. Dejaron irse a Collier, por supuesto; si no era el hombre que buscaban, sería el anzuelo para el que buscaban. Pero Cofre de Hierro se deslizó invisiblemente a través de la barrera a Tánger.

Paula tiritó. Volviendo la cabeza a la derecha, miró más allá de la silueta de una palmera inclinada hasta los largos arrecifes espejados de luz, amontonados en la bahía contra un cielo azul más claro.

—Bill —dijo—, tengo miedo. ¡Oh!, no físicamente, ni por mí misma, pero..., de acuerdo con lo que he oído o leído, este hombre sencillamente desapareció en una calle angosta de Bruselas. En París hizo desaparecer una mesa llena de diamantes ante los ojos de la policía. Ahora se ha escapado nuevamente y ha hecho desaparecer con él un maletín de ladrón y un cofre de hierro. Es espeluznante... Es..., es sobrenatural.

—Es poco común, ya lo creo —asintió Bill. Su voz, generalmente baja, retumbó—. ¡Pero qué oportunidad!

—¿Oportunidad?

Bill se paró de un salto, sacudiendo la mesa y los vasos sobre la mesa. Sus anchos hombros se cuadraron, y una brisa más fría, procedente del estrecho de Gibraltar, hizo que su camisa se inflara atrás. Su mirada estaba fija, sin ver, sobre los pequeños reflejos ondulados de luz sobre las aguas de la bahía. Paula presintió, como siempre lo hacía, que el rápido cerebro de él estaba distribuyendo y ordenando hechos, con la rapidez del hombre que detrás de las casillas del Correo británico tira cartas, cada una en su casilla correspondiente.

—Cofre de Hierro es diestro, es espectacular; tiene un sentido satírico del humor —dijo Bill, mirando a la bahía—. ¿Has visto cómo son esas fotografías de Cofre de Hierro? ¿O el cofre que Duroc hizo enviar especialmente de Amsterdam tan pronto como sospechó que Cofre de Hierro daría un golpe en Tánger? —No estaba esperando respuesta—. Los grabados de las orillas son monos que están sacándole la lengua a uno. Además, Cofre de Hierro está en igualdad de condiciones con H. M., que es más diestro y espectacular. De todos modos. —De repente su tono se alteró—. ¡Paula!

—Estoy aquí, Bill —contestó ella rápidamente, en el mismo tono suave que usaba a veces cuando él la llamaba o murmuraba retorciéndose en las pesadillas.

—Paula —continuó—, ¿puedes adivinar la suma total de las recompensas, de varias ciudades, por la captura de Cofre de Hierro?

—No, querido. Pero...

—Es bastante superior a las siete mil libras. Paula, ¿suponte que yo lo pescara?

Ahora Paula estaba verdaderamente asustada. Estos robos y desapariciones fantasmagóricos serían muy fascinantes e inquietantes de lejos, pero ella sólo estaba interesada en él. Si él se metía en peligros, si le amenazaban su felicidad a ella o a Bill, entonces él debería ser rescatado como de la enfermedad más espantosa.

—Bill —dijo con su voz más anhelante—, siéntate y tómame en tus brazos. ¿No quieres?

—Por supuesto.

Él se sentó y la apretó contra él. Suavemente le levantó la mano y se la besó. Sin embargo, ella sabía que estaba pensando aún muy lejos, distribuyendo y ordenando hechos. Entonces Paula se inspiró, basada en el conocimiento que tenía de él, y con una punzada al corazón presintió que debía ser la verdad.

—¡Ahora sé! —susurró ella—. Querido, sé por qué estás preocupado: por dinero; y es culpa mía. —A Paula le encantaba echarse la culpa a sí misma—. Hemos sido demasiado extravagantes, eso es todo. Hemos estado viviendo y comiendo en el hotel más caro de Tánger, lo que tú no puedes afrontar. Pero recuerdo..., ¡sí!, un aviso de la “Gaceta” de Tánger de hoy día...

Ella no le contó su inspiración completa, estrechando su secreto.

—Si pudiésemos arrendar un pequeño departamento y yo hiciera los quehaceres y cocinara, todo cambiaría. Todos nos quejamos, querido, ¡pero afrontemos la situación! La vida de Tánger es la más barata del mundo. Como digo, si pudiéramos obtener un departamento...

Bill, despertando de su ofuscamiento, la miró parpadeando.

—¿Qué departamento? —preguntó—. ¿Quién está hablando de un departamento?

—No importa, querido. —Entonces lo regañó—: De todas maneras, ¿por qué quieres ganar todo ese dinero?

—No es tanto el dinero. —Sacudió su cabeza y meditó—. Pero nos libraría de esta fastidiosa tarea consular, y podríamos retirarnos a alguna parte. Quizás a Inglaterra.

—¡Bill! ¿No estás satisfecho de vivir conmigo aquí?

—¿Contigo? ¡Oh Dios, si tú lo sabes! ¡No podría estar en ninguna parte sin ti!

Eso era todo lo que Paula quería saber. Y suspiró:

—¿Entonces qué es toda esta estupidez acerca de dinero?

—Te dije que no es tanto eso. Sería... el prestigio.

—¿Prestigio?

—Sí, ¿no comprendes?

Se miraron. Durante un instante se hizo dolorosamente visible que ella no comprendía sus motivos y que él no entendía los de ella. Se abrió un abismo entre ellos, terrible, porque habían sido tan íntimos. Pudo esto haber seguido empeorando si Bill no la hubiese besado durante algún tiempo, para que la tibieza tranquilizadora destruyera esas simples palabras.

—Paula, ¡soy un maldito idiota! —dijo al fin—. Olvida lo que he dicho, ¿quieres? ¡No lo quise decir!

—Si quieres meterte en una cosa como ésta —murmuró Paula, casi creyendo lo que decía—, no te lo impediré. ¿Verdad que no quieres?

—No voy a meterme.

—De todas maneras —intentó ese tono de “hombre a hombre” que a ella, de todas las personas, le resultaba menos—, por lo menos lo pensarás, ¿verdad?

—No hay nada que pensar. Ahí está la cosa.

—Bill, me está dando mucho frío con sólo un chaleco y pantalones puestos. ¿No podríamos... regresar al hotel?

—Por supuesto, inmediatamente. Perdona.

En el auto Flying Standard, Bill la podría haber llevado a casa por una ruta más directa. En vez de ello, por razones personales, tomó una ruta un poco más tortuosa. Paula, resplandeciendo interiormente y regocijándose con su inspiración de la “Gaceta” de Tánger, se recostó al lado de él con los ojos semicerrados.

Sobre Tánger, aun en lo que parece la noche más oscura, siempre permanece una débil luz grisácea como de escondidos faroles. Cuando el auto entró en el Gran Socco, era sólo un cuarto para la medianoche. Las luces eléctricas, al igual que los destellos de las velas, pincelaban débilmente de color rosado o blanco la mugre de las agrupadas casas. Los colores del Gran Socco son más mezclados que agradables.

Era una noche tranquila, aunque para encontrar un bullicio ensordecedor sólo se tiene que descender por una bajada torcida al Pequeño Socco, el que jamás duerme. En el mercado de tierra, entre los guijarros del Gran Socco, quedaban sólo unos pocos burros, o caballos o carretones. Los árboles curvados ensombrecían las frutas machacadas y flores marchitas que deberían haberse vendido. Un grupo de árabes cubiertos se encucillaban, las cabezas juntas, como en siniestra conspiración, alrededor de un sabio que leía la fortuna mediante huesos. Hacia abajo, por el angosto cerro de la rue San Francisco, rugían dos autos modernos, las bocinas apretadas y chillando.

¿Pero qué es el ruido como tal? ¿Quién lo oía?

Ciertamente Paula no se fijó en que su marido, al dar vuelta el auto a la izquierda hacia la entrada de la rue du Statut, estaba manejando con tal lentitud, que el motor del Standard casi se ahogó.

Más tarde, ella deseó haberse fijado.

Ahora bien, la rue du Statut es una calle muy larga con intersecciones. Empezando en el Gran Socco, primero sube una pequeña pendiente, con tiendas a

cada lado. Se hace más empinada al ser cortada en dos por la rue du Sud a la derecha, y, a la izquierda, por una pendiente hacia abajo y un ancho trecho de escaleras de piedra que descienden a la semioscuridad de la rue Waller. Más allá, continúa subiendo un cerro empinado y, finalmente, a la Plâce de France.

Pero a nosotros sólo nos concierne la parte de abajo, justo antes de llegar a la intersección. Paula, a la izquierda del chófer en un auto inglés, miraba hacia arriba y hacia afuera a través de una ventana abierta a la izquierda.

—¡Bill! —Estaba encantada—. ¡Mira aquí!

—¿Eh? —dijo su marido vagamente. Él estaba dejando que el auto sé arrastrara cerca de la acera derecha, y mirando hacia afuera.

—Bueno, ¿puedes escuchar? —le indicó Paula.

Sobre el alero del techo de una sastrería, a la mano izquierda de la rue du Statut y en cuclillas, con las piernas cruzadas, había un italiano muy gordo con una guitarra. La cabeza estaba echada hacia atrás, por lo que se le veía la enorme caverna de su boca y aun su cabeza calva. Así, con el punteo de la guitarra, vaciaba sus anhelos en una frenética autoexpresión napolitana.

—*Che be-la cosa* —canturreó el sonoro tenor—, *'na iur-na-ta'e sooo-le?*

—¿No te parece bastante bonito? —preguntó Paula, cómodamente echada hacia atrás—. Su conducta les parece perfectamente normal a todos; ni siquiera la policía preguntaría qué está haciendo allí. No es silencioso aquí, pero es tranquilizante. Tan descansador. Tan...

Entonces sucedió.

A través de sus palabras rasgó el violento, el continuo trin-trin de la alarma contra robo.

Penetró en los oídos como un taladro en una caja fuerte. Aun pareció que aumentaba de volumen y se hacía más ensordecedora, como si una voz mecánica gritara su culpa a la noche. Al otro lado de la calle la guitarra cayó y se hizo pedazos contra el pavimento. Un murmullo de voces se abrió paso por el Gran Socco.

Había ahora sólo unas pocas puertas entre ellos y la intersección de la rue du Sud. Tan pronto como estalló la alarma contra ladrones, Bill Bentley apretó el freno y paró el auto. En seguida dió un tirón a la manilla de la puerta derecha.

—Paula, mirando más allá, pudo ver el frente de una tienda conocida. Era una joyería. Tenía una ancha vitrina de exhibición a cada lado de la puerta delantera; pero ventanas y puertas estaban protegidas por una cortina metálica plegable que ni siquiera un fantasma se atrevería a tocar en una calle abierta. Sobre la tienda, en grandes y separadas letras doradas, había un letrero que decía “Bernstein y Cía”.

Entonces Paula, que la había visto muy a menudo, recordó y miró derecho hacia adelante. A mano izquierda del edificio corría un Callejón angosto, y había allí una entrada lateral a la joyería.

Bill Bentley abrió de golpe la puerta del auto y saltó al pavimento.

—¡Bill! ¡No, Bill!

—¡Yo lo sabía! —gritó él—. ¡Un maniquí relleno se lo podría haber imaginado!

Y, echando un vistazo a la puerta metálica cerrada del frente, corrió por el callejón oscuro hacia la puerta lateral. La alarma contra ladrones todavía chillaba y sonajeaba en la noche.

CAPÍTULO VI

PAULA se arrastró frenéticamente sobre el asiento, pasó bajo el manubrio y saltó al pavimento. Estaba frente al callejón oscuro y oía los pasos de Bill sobre las piedras. Paula sólo recordó después que había sofocado un grito de “¡Bill!”, debido a que sucedieron demasiadas cosas al mismo tiempo.

Sobre la puerta lateral de Bernstein y Cía. se prendió una ampolleta grande, pero de luz opaca, bajo una pantalla plana y redonda. Bill, en la oscuridad, se había pasado de la puerta unos ocho o diez pies; Paula lo vió darse vuelta al aparecer la luz. Entonces empezó la pesadilla.

La puerta lateral, una puerta de tamaño normal, fué abierta violentamente. Un hombre salió a tropezones, llevando un sombrero de fieltro embutido sobre la cabeza. Apretado firmemente bajo el brazo izquierdo y cubriendo en parte el frente del cuerpo, había un objeto familiar, el cual al chocar con la luz dió un reflejo opaco, especialmente sobre el friso de cabezas de monos. Cesó la alarma y el silencio hirió como un golpe en la cara.

El hombre, ajustándose el bulto, corrió hacia la entrada del callejón.

Por la puerta lateral se abalanzaron el coronel Duroc y H. M., uno más o menos obeso y el otro bastante obeso, molestándose al pasar.

Pero Bill, al instante de abrirse la puerta, había despegado como velocista. Llevaba la cabeza gacha. Paula podía verle la expresión en la cara, los labios retraídos, mostrando los dientes; atraparía a Cofre de Hierro o pescaría una bala. Milagrosamente Bill esquivó a H. M. y al coronel Duroc, alcanzando su presa, y se lanzó hacia él como un jugador de *rugby* que ataca desde atrás.

Sólo la suerte irónica de Cofre de Hierro, como Paula pudo recordar después, lo salvó esta vez. La mano derecha de Bill se enganchó alrededor de la rodilla derecha del corredor y trató de tirar su brazo alrededor del codo. Pero cometió exactamente el mismo error que había cometido el policía en Bruselas. La mano izquierda de Bill se alzó hacia arriba para coger ese maldito e irritante cofre y sus dedos se resbalaron sobre una superficie demasiado lisa.

Desequilibrado y arrastrado boca abajo, Bill hubiera mantenido todavía su asidero sobre la rodilla derecha, si los pantalones del ladrón no hubieran cedido. Seis pulgadas de un género se rasgaron bajo la mano de Bill. El fantasma sólido disparó hacia atrás sobre el hombro izquierdo de su adversario; Bill, todavía esforzándose, cayó pesadamente de costado y rodó de espaldas.

Y ahora el duende, poco más que una silueta negra, corrió hacia la boca del callejón y se encontró cara a cara con Paula.

Estaba a más o menos cuatro pies de distancia. Había quizás bastante luz como para que ella le hubiera visto la cara. Pero su mirada estaba concentrada en todos esos monos brillantes, y su pensamiento sólo puesto en Bill. La mano pistolera de ese rostro sin rasgos, cubierta por un guante de goma, se deslizó por el pecho y disparó dos tiros a la cabeza de Paula.

Después de lo cual, ajustándose el bulto nuevamente, corrió unos pasos por la rue du Statut. Pero no dobló a la derecha, hacia la rue du Nudi, sino que dió vuelta rápidamente a la izquierda por una calle empinada, en vez de seguir por las escalinatas de piedra que daban a la rue Waller.

Repentinamente los silbatos de los policías parecieron estar sonando en todas partes.

Paula estaba inmóvil. Durante esta pesadilla no había tenido tiempo ni siquiera para asustarse cuando el duende le disparó. Los dos relampagueos, los dos estallidos, no habían sido más que incidentes grotescos, pareciéndole naturales bajo esas circunstancias. Pero vió que Bill se levantó inmediatamente, corrió hacia la boca del callejón, miró hacia la izquierda y derecha sin ver la presa y se acercó rápidamente a Paula.

Al mismo tiempo, el coronel Duroc, en completo uniforme y gorra, se lanzó hacia afuera con la cara roja y frenética y miró a su alrededor. Momentáneamente miró hacia atrás para gritarle a alguien invisible en el callejón. Ahora habló sólo en francés.

—¡Inspector Mendoza!, ¿dónde está el comandante?

—¡Mi coronel, no sé! No ha estado aquí.

—¡Nuestros hombres iban a estar colocados de tal manera que ni una culebra hubiera podido pasar! ¿Dónde están?

—Mi coronel, el comandante iba a dar las órdenes. Usted conoce al comandante. No se da a ver eh absoluto. Yo, yo estaba recostado encima de la muralla en la parte trasera del callejón. No me atreví a dar las órdenes hasta que...

—¡Dios mío! —murmuró el coronel, y levantó los dos brazos al cielo. Vaciló. Su brusca voz estalló como la bocina contra la niebla; sin embargo, cada palabra se entendía claramente—: Escuchen todos los agentes de policía. Escuchen, policías. ¡Nuestro hombre ha partido por la rue Waller! ¡Síganlo todos ustedes! ¡Todos!

Ahora la calle revivió y resonaba con el ruido de hombres corriendo. Hubo reflejos fantasmales de cascos blancos, cinturones blancos y garrotes blancos en las manos. Entre ellos relucían una cantidad de corredores que podrían fácilmente alcanzar al fugitivo.

El coronel todavía gritaba:

—¡Tiendan un cordel a través del final de la rue Waller! No debe salirse al mercado ni subir por un lado ni bajar por el otro. Manténganlo en la rue Waller y estará atrapado. ¡Lo tenemos!

Un estruendo de pasos corriendo golpeteaba tan velozmente, que el tumulto se

estaba apagando. Hacia arriba, por el Gran Socco, venían árabes en *jalebahs*, árabes en mantos, árabes en ropa común y corriente, pero usando el *tarbush* rojo. Pocas personas en el mundo pueden entusiasmarse más por los disturbios callejeros.

—¡Diez mil pesetas —gritó Duroc, primero en francés y después en árabe— al hombre que lo pille!

La muchedumbre se enloqueció.

—¡Soy un ejecutivo, un administrador! —rabió el coronel, levantando los brazos al aire—. ¡Y sin embargo..., adelante! —gritó y corrió él mismo con el grupo, hacia la rue Waller.

Durante todo esto, Bill Bentley había corrido a través de la calle y tomado a Paula. Dos preguntas fueron hechas al mismo tiempo por los dos:

—¿Estás bien?

—¿Estás bien?

—¡Sí!

—¡Sí!

Frenéticamente Bill pasó sus manos por sobre la cara de ella, por su pelo, sus brazos y hombros, su pecho y estómago, mientras intentaba reír.

—Querido —dijo ella—, ¿estás seguro? ¿Quiero decir de ti?

—Sí, ni un rasguño.

Esto, estrictamente hablando, no era verdad. Había una mancha negruzca en el hombro izquierdo de su camisa, cubriendo un gran moretón por debajo. Tenía la manga derecha rota, con sangrientos rasguños negruzcos hechos por las piedras. Una rodilla del pantalón estaba rota y ambos puños rasguñados por debajo. Pero era todo muy poco, por no decir nada, aunque Paula no pensara así.

—¡Bill, estás herido! Debemos lavar esas heridas y ponerles yodo...

Vaciló, y recordando que Bill odiaba lo que él llamaba que lo mimaran, no dijo más.

Era innecesario decir más. Por el callejón avanzaba Sir Henry Merrivale, sin sombrero y con la calvicie relumbrando. Su mirada era cruelmente desconsolada, medio abatida y del todo mala. Se acercó a Paula con la misma pregunta.

—¿Estás bien, muñequita mía?

—¡Por supuesto que sí! —sonrió Paula.

Al reaccionar, no lo estaba, pero hubiera preferido morir antes de confesarlo. Habló con la misma voz calmada que habría usado al caer una bomba H. E. de mil libras, dos puertas más allá.

En realidad, tanto ella como Bill se habían separado apresuradamente al sentir acercarse los pasos de H. M. Un extraño, al ver a esta pareja británica en la calle o en un restaurante, habría dicho que podrían gozar de una aburrida comodidad hogareña, pero que jamás podrían ser emotivos.

—¿Y usted, hijo? —dijo H. M. Ajustando sus anteojos miró a Bill. El otro, aunque su mirada no podía disimular un amargo desengaño, se mostró incommovible

—. Eso sí que es interesante —gruñó H. M.—. Vengan conmigo los dos.

El disturbio había llegado a su punto culminante abajo, en la rue Waller. Los policías, Dios sabe por qué, insistían en tocar sus silbatos. En un establo cercano se oían agudos relinchos y fuertes pateos de caballos asustados. Pero H. M. guió a Paula y a Bill hacia el callejón.

Ahora pudieron ver que la muralla opuesta a la puerta de Bernstein y Cía. estaba compuesta de pequeñas tiendas. Cada una consistía en una puerta cruzada abajo y una puerta cruzada más arriba. Doblada la puerta superior, la puerta inferior se transformaba en un mostrador con toda la mercadería en un pequeño espacio que estaba detrás del vendedor. Ahora todas las puertas estaban cerradas por una hilera de sucias maderas pintadas gris o café.

Sacando una linterna eléctrica de su bolsillo, H. M. dirigió la fuerte luz por las maderas inferiores y el suelo.

—Hijo —le dijo a Bill—, ¿le importaría ensuciarse la ropa nuevamente?

—En absoluto. ¿Por qué?

—Bueno, échese a tierra y muéstreme exactamente dónde estaba usted cuando Cofre de Hierro le disparó.

Bill estudió el suelo, pero no era necesario demasiado estudio bajo la luz poderosa de H. M. El callejón pavimentado con piedras estaba cubierto de polvo y mugre, y pudieron ver las huellas donde Bill fué tirado y arrastrado. Allí yacía un inocuo pedazo de género café claro que había sido desprendido de los pantalones del desconocido.

Asintiendo con la cabeza, Bill primero se acostó sobre el costado derecho, después se dió vuelta de espaldas con el hombro izquierdo tocando las inmundas tablas grises, igual que antes.

—¡Ahora! —gruñó H. M.

Pasando el haz de luz de la linterna a lo largo del cuerpo de Bill, a continuación la levantó y la corrió por las tablas de arriba. Todos vieron el agujero hecho por la bala, embutida limpiamente en la madera gris, excepto por una pequeña corrugación en el lado derecho, ya que el duende había disparado hacia atrás y más o menos de lado.

—No, no se levante —le dijo—. Ahora, yo vi ese revólver. Es el revólver americano que llaman Colt's Banker's Special 38, cañón muy corto, pero de poder de fuego duro y mortal a corta distancia. Este fulano humorístico le disparó a usted..., bueno, no justamente a quemarropa, pero muy cerca. Y sin embargo, ¡mire el agujero de la bala!... Le erró por dos pies.

Bill se levantó del suelo.

—Y usted, muñequita mía —dijo H. M., volviéndose a Paula—, ¿está segura de que no siente pedazos de pólvora en la frente? No, no quemaduras de pólvora. Pero esto estaba a sólo cuatro pies de usted, y generalmente hay picazones producidas por los granos de pólvora sin quemar al haber errado por tan poco.

—No las hay —contestó ella positivamente.

—¿Ven, entonces? Las balas deben haber salido locas por sobre su cabeza.

Por primera vez, al pasársele el *shock*, Paula se imaginó sentir el golpe de una bala contra su frente o cara.

—No hay... —murmuró ella. Sus rodillas temblaban.

Bill inmediatamente puso su brazo alrededor de ella. En parte, para distraer la atención, Bill empezó a maldecirse con juramentos contundentes, viles, expresivos, propios de Tánger. Después se detuvo en seco.

—Es culpa mía —agregó más sobriamente—. Si le hubiera alcanzado con un golpe neto en ambas rodillas, habría caído de bruces. Pero no. ¡Oh, no! Tuve que hacerle un intento al cofre. Aun entonces lo pude haber hecho. Pero el fierro estaba pulido, como con una película, como acero pulido; mis dedos resbalaron sobre él, y me fui abajo. ¡Pero si hubiera usado los sesos! La recom... —Nuevamente se detuvo Bill.

H. M. gruñó sacando el labio inferior y momentáneamente se dió vuelta a inspeccionar un dibujo a tiza en la muralla de Bernstein y Cía. Este dibujo no era exactamente de la variedad más apropiada.

—No, hijo —dijo H. M.—, no fué culpa suya. Fué pura maldición. Igual como ha sucedido todas las otras veces. —Se dió vuelta y su modestia se explicó por su secreta mirada de culpabilidad—. Quémenme, ¿y qué hay de mí? Estaba parado aquí tan paralizado como un vampiro de paja, lo mismo que el coronel, con los ojos salientes porque creí que lo había atrapado.

—¡Si sólo lo hubiera pescado! ¡Dios, si sólo lo hubiera pescado! —dijo Bill.

H. M. envió el rayo de la linterna alrededor del callejón, incluyendo el dibujo a tiza sobre una muralla amarilla. Apagó la linterna y se la colocó en el bolsillo. Ahora sólo la débil ampolleta brillaba sobre la puerta lateral.

—Hijo —dijo H. M. con voz pesada y seria—, quiero que piense. Concéntrese, lo mismo que lo hizo donde el coronel Duroc esta tarde.

—Bueno, sir.

Los ojos de Bill brillaban otra vez, y el corazón de Paula decayó al ver la fiebre de detective bullendo nuevamente.

—Durante más o menos diez horas —dijo H. M., comenzando su mirada de mártir—, el Coronel me empujó informes por la garganta. Sé más acerca de Cofre de Hierro que su propia madre, excepto que no sé quién es. ¡Ahora considere! En doce robos espectaculares, trece si incluimos el de esta noche, se le ha visto huir en no menos de nueve veces. En cada ocasión ha disparado tiros, a veces varios tiros, a gentes que no estaban suficientemente cerca de él para pescarlo.

—¿Sí? —sugirió Bill.

—Y sin embargo, con todo ese juego de arma, ¿cuál es el resultado? Con la excepción de un pobre diablo dé policía de Bruselas, que mejoró, y una mujer en Madrid, que quería la recompensa y recibió una herida en la cadera, Cofre de Hierro no le ha pegado a nadie, a pesar de tanto disparar. ¿Cómo explica eso? ¿Eh?

Bill, meditando, cambió su peso de un pie a otro. Se restregó un lado de la mandíbula con una mano sucia.

—¿Cree que eso es importante, sir?

—¿Importante? ¡Bah! Acuérdesse: sólo ha efectuado tres milagros. Desaparición del todo de una calle de Bruselas. Hizo desaparecer una mesa llena de diamantes en París. Aquí en Tánger parece haber desaparecido con todo su maletín y efectos. Sin embargo, otras veces ha sido visto y ha seguido desapareciendo sin gran resultado.

—Dejando de lado la idea de que tiene sencillamente malísima puntería —observó Bill—, podría pensarse de otra manera. Como, por ejemplo, cuando me disparó a mí. Disparó por si acaso sobre mí, desequilibrado, volviéndose a medias e impedido por el pesado cofre. Más o menos lo mismo sucedió con Paula: todavía estaba medio tambaleándose. Todo se reduce a esto: ¿por qué insiste en andar trayendo ese maldito cofre? ¿Creerá que es una especie de mascota que le traerá suerte?

H. M. resolló.

—No es tan fácil como eso, hijo. O que Cofre de Hierro sea loco, lo que tampoco es. Yo me formé una opinión diferente la primera vez. —H. M. miró hacia atrás, a la alumbrada puerta lateral, dentro de la cual parecía acechar alguien—. De todas maneras, en vista del tiquis miquis que jugó la policía aquí esta noche...

Líneas satíricas aparecieron alrededor de la boca de Bill.

—Usted perdonará que lo diga, sir —dijo—, pero era bastante obvio lo que harían usted y la policía. Además, lo que haría Cofre de Hierro.

La cara de H. M. se tornó levemente morada.

—¿Qué quiere decir con “obvio”? —preguntó.

—Era casi seguro, que Cofre de Hierro haría un intento a Bernstein y Compañía —dijo Bill—. Primero, había asaltado la sucursal de Bruselas, y no puede tener una opinión muy alta de sus etapas. Segundo, hace semanas ha publicado el periódico que un potentado de África Occidental, el sultán de alguna parte, no recuerdo, traería cien diamantes sin cortar a Tánger, y entregaría estas masitas grises sin forma a Bernstein y Compañía, para ser cortados y pulidos como collar para su tercera y última esposa.

—Sí, sí —asintió H. M., con voz estrangulada—. ¿Nada más?

Bill trató de parecer que lo lamentaba, pero no tuvo éxito.

—Cofre de Hierro, creo yo, razonará así: “Creerán que pensaré acechar y hacer reconocimientos durante una o dos noches, como lo hago generalmente; por lo tanto, daré el golpe esta noche”. Usted, por otro lado, razonaría: “Puede que no dé el golpe esta noche; pero en caso que sea una baladronada doblé, será mejor que mantengamos bien cubierta la joyería, de todos modos”. ¿Prueba, sir? Yo estaba aquí cuando empezaron los fuegos artificiales.

H. M. inclinó la cabeza hacia un lado.

—¿Sabe, hijo? —observó pensativamente—. Le dije al coronel esta tarde que usted tenía mucha materia gris flotando inadvertidamente. ¿Sabe, hijo? —Tosió—.

No me interesan las recompensas, ¿sabe? Cuando hablaban de honorarios o recompensas en América, me daba tanta rabia, que tenían que bajarme del techo, y no lo podían entender. De todos modos, si le agrada meter manos en esto..., ¿eh?

Paula miró rápidamente a Bill. Este, en actitud algo demasiado heroica, ni siquiera la miró.

—Temo que no pueda, sir, ¿sabe? —dijo, mintiendo con la fluidez hecha necesaria por su empleo—. Hay mucho trabajo extra que tengo que atender en el consulado. Decisiones, usted sabe. Y, ya que tengo mucha influencia sobre el cónsul...

—Claro —dijo H. M.—, quiere decir que su señora tiene una poderosa influencia sobre usted. —Entonces H. M. se puso igualmente dramático, intentando una melancólica y ausente mirada en el callejón angosto—. Algunas esposas son tiranas. Tiranas terribles. En vez de patearlas en la popa...

—¡No soy tirana! —dijo Paula, indignada y bastante asombrada—. Pregúntele a Bill si lo soy. Es perfectamente libre de hacer lo que quiere, y él lo sabe.

Ahora ella se estaba poniendo noble. Y sin embargo, aunque ya estaba calmada, el horror parecía hormiguearle bajo la piel. Nunca, nunca más debería encontrarse ella con ese duende sin cara y con una pistola con un cañón de dos pulgadas, o se volvería loca o haría alguna estupidez. Ni Bill tampoco debería encontrarse con él de nuevo. Júntese todo esto y mézclese...; sin embargo, su curiosidad era mayor que su miedo.

—Sir Henry —preguntó vacilante—, ¿qué pasó aquí esta noche? ¿Por qué estaban usted y el coronel dentro de la joyería con Cofre de Hierro? ¿Dónde estaba Juan Álvarez? Y esos cien diamantes..., ¿cuántos se robó Cofre de Hierro?

Una expresión casi de seriedad cruzó la cara indescriptible de H. M.

—Ni un maldito diamante —dijo—. Ni un diamante. Ni una peseta ni nada.

—¡Caramba! —dijo Bill, Palmoteándose alegremente la rodilla rota y estremeciéndose.

—Es que —explicó H. M.—, temprano, en la tarde, el coronel Duroc telefoneó al joven señor Bernstein, que tiene alrededor de cincuenta años y es el último de la vieja familia que ha tenido joyerías en París desde el siglo dieciocho. Pero es buen tipo, y nos ayudó al límite. Llegó hasta aquí con nosotros, le dió todas sus llaves al coronel y echó al sereno. Bernstein quería quedarse, pero el coronel lo echó de su propio terreno. Bernstein estaba medio... ¡Cor! ¡Me olvidé! Debe estar sentado aliado del teléfono todavía.

H. M. se volvió majestuosamente hacia la puerta lateral detrás de ellos. Su voz baja estaba entonada en esa forma extraña y extravagante con la cual hablaba cualquier idioma extranjero.

—*Monsieur l'Inspecteur Mendoza!* —dijo.

De debajo de la lámpara que colgaba por encima salió enérgicamente un hombre alto, huesudo, bastante buen mozo, con una angosta línea de bigote negro. Su

sombrero de fieltro dejaba ver un pelo negro con gris en las sienes; estaba bien vestido con ropa de civil, y fumaba un cigarrillo nerviosamente.

—*Oui, Seer Henri?*

Desde que al inspector Mendoza se le daba crédito de ser la última conquista de Ilone Scherbatsky —Ilone, rolliza y amable, que daba fiestas *keef* y que era generosa en todo sentido—, Paula lo observaba con interés. Paula jamás había tenido celos de Ilone, porque Bill secreta y salvajemente odiaba a todos los rusos, aun (lo que era injusto) a rusos blancos como Ilone.

H. M. intentó pulir su francés de chófer de taxi.

—Tenga la amabilidad —entonó como adivino de telefonar al señor Bernstein y decirle que ya no tiene necesidad de estar a oscuras.

—Perdóneme, Sir Henry.

—¡Ah, bah! Es un modismo americano. ¡Tal por cual! Tenga la gentileza de informarle al señor Bernstein de que el asalto ha fracasado y no se ha perdido ni una joya.

—Muy bien, Sir Henry —dijo Mendoza, y desapareció por la puerta.

—¿Pero qué pasó? —insistió Paula nuevamente.

—¿No puede imaginárselo, muñequita mía? Por casi tres horas íntegras, desde que se oscureció, a las nueve, Duroc y yo nos escondimos en la oficina particular de Bernstein. ¡Mire! —H. M. apuntó—. Esa puerta lateral da a ella. Está separada por un tabique del frente de la tienda. La caja fuerte está contra la muralla opuesta a la puerta lateral; y a la izquierda hay un armario bastante grande. Ahí fué donde nos escondimos Duroc y yo.

”El lugar estaba oscuro. La puerta del armario —continuó H. M.— sólo estaba abierta una media pulgada. Yo tenía toda la vista que había disponible, ya que Duroc no se podía mover. Su lenguaje era espantoso. ¡Oh muñequita mía! Si sus puras orejitas fueran alguna vez manchadas por esas estupefacientes, irreverentes...

Paula rió. H. M., mirándola por sobre sus anteojos, bajó de su virtuoso pedestal.

—¡Bueno! —gruñó—. Cofre de Hierro llegó más o menos un cuarto para la medianoche. Encontró que abrir la puerta lateral era más fácil que desgranar arvejas. Lo que no sabía, y nosotros sí, era la pequeña trampa que Bernstein había mantenido allí durante años.

—¿Trampa? —interpuso Bill—. ¿Qué trampa?

—Bueno, la alarma principal contra robo no está unida a la puerta o a las ventanas. —El viejo réprobo estaba levemente divertido—. Funciona por un botón escondido, puesto al margen del suelo, enfrente de la caja fuerte y justo debajo de la cerradura. Aun a la luz del día es difícil verla. Cofre de Hierro entró con una linterna. Dejó en el suelo el cofre que tenía las herramientas (se sorprendería de lo chico y liviano que era el maletín), forrado por dentro con terciopelo. No lo abrió; sólo lo miró y lo volvió a su lugar. Llegó silenciosamente a la caja fuerte, y entonces... ¡bang!

”Quémenme, ¡nunca pensé que una alarma contra robo pudiera sonar tan fuerte!

”Por un par de segundos yo estuve tan petrificado como el coronel. Después este picaronazo, que estaba empujándome y maldiciéndome porque quería salir primero del armario (ése era mi derecho, ¿no es verdad?), nos atascó a los dos en la puerta. Cofre de Hierro juntó su bulto, se puso la linterna en el bolsillo, un Colt’s Banker’s Special de nariz corta, y se esfumó. Ustedes conocen lo demás. Excepto que algo parece que falló con la red policial afuera.

H. M. hizo un ruido que le salió del fondo de la garganta.

En seguida, sacudiendo la cabeza en forma descontenta, caminó hacia la boca del callejón y después hacia la mitad de la rue de Statut. Paula y Bill lo siguieron. A lo lejos, la rue Waller estaba casi silenciosa, excepto por el ruido de pisadas y el ocasional golpe de la pata de un caballo. H. M., con las comisuras de la boca hacia abajo, estaba observando la reja metálica plegable de la fachada de Bernstein y Cía. Su mirada se movió hacia la tienda contigua y de allí hacia el Gran Socco: una cortina sucia, sobre la cual se leía en letras al óleo “Luisa Bonomi”, y debajo de ellas, en español y francés, “Máscaras y disfraces”. Después H. M. se volvió.

—Sir Henry —dijo Paula—, esa rue Waller es realmente una trampa si se coloca un cordón a través de la parte baja. ¿Cree que lo pillarán?

—No, Muñequita mía —contestó H. M., tirándose el labio inferior—, porque no saben lo que andan buscando.

—¿Usted quiere decir a quién andan buscando?

—No, no, no. —H. M. hizo gestos desesperados—. Quiero decir exactamente eso: no saben lo que andan buscando.

Mientras Paula y Bill se intercambiaban miradas de perplejidad, H. M. levantó una de sus grandes manos.

—Como ejemplo específico de lo que quiero decir, les voy a mostrar —declaró—. Ni una vez hemos tenido una descripción pasable de Cofre de Hierro, ¿no es así? ¡Cierto! Ahora, ustedes dos lo vieron esta noche, y a corta distancia. ¡Describanlo!

Hubo un silencio.

—¿Sabe? —dijo Bill repentinamente, rascándose lo que quedaba de su grueso pelo castaño, después de un corte a lo militar—, de eso ni por mi vida me puedo acordar. Le pesqué la rodilla, y nada hay que describir de eso. Cuando me disparó, yo estaba tendido de espaldas, con los ojos en la dirección contraria, y todo lo que vi fué una llamarada. No; yo no lo puedo describir.

—Bueno, yo no puedo —dijo Paula definitivamente—. Era una..., una silueta oscura. De todos modos, yo estaba mirando a ese horrible cofre de hierro con los monos. Creo que tenía puesto un sombrero.

—No estoy pidiendo medidas de Bertellon —dijo pacientemente H. M.—. Sólo los detalles generales. ¿Era alto o bajo? ¿Gordo o delgado? Cualquier cosa acerca de la cara.

—No sé —contestaron ambos Bentleys a la vez, después de un largo silencio.

—Entonces, ahí tienen ustedes —dijo H. M., cansadamente—. Lo mismo le sucede a la otra gente. ¿Pero por qué no saben? Resuelvan eso y tendrán la mitad de la respuesta. Aun admitiendo —agregó— qué fuera Cofre de Hierro a quien vimos esta noche. —Con este anuncio parco, como si todavía ocultara mucho, H. M. hizo un gesto violento—. ¡Por el amor de Dios, no! —De nuevo les adelantó el pensamiento—. No estoy portándome como uno de esos estúpidos con poco seso que tienen la respuesta correcta y permiten que los cadáveres sigan cayendo en todas partes, porque no le dirán nada a la policía hasta que se les castigue. Creo que tengo la mitad de la respuesta, eso es todo. Y se lo diré con bastante rapidez mañana al coronel. O aun esta noche, si no está tan enrabiado que las llamas le salgan por debajo del cuello. ¿Saben?...

Se interrumpió, ya que el sujeto en discusión venía pavoneándose a corta distancia hacia ellos. Sólo en sentido figurado salíanle llamas por debajo del cuello al coronel Duroc. Su figura corta y medio obesa, en uniforme caqui, tenía verdadera dignidad. Formalmente le besó la mano a Paula y le dió la mano a Bill.

—¡Bueno! —dijo en inglés y con esfuerzo—. Hemos perdido a nuestro hombre de nuevo. Sin embargo, cada puerta, cada persiana en la rue Waller estaba con llave por dentro. Cuatro de nuestros mejores corredores, policías árabes, pasaron a Cofre de Hierro y se detuvieron en línea bajo un farol al extremo de la rue Walter. ¡Pero no, no, no! De nuevo hace una prueba de desaparición. —El coronel Duroc se detuvo a respirar—. ¿Y quién es responsable de todo esto?

—¡Vamos, no me mire a mí! —atronó H. M. Suplicó a los otros con el poder de la simpatía—. Casi me hice asesinar de nuevo, siendo lo bastante torpe para dejarme traer en el auto del coronel. ¡Aah!, eso me recuerda algo. Prometió que me daría lo que yo quisiera. Sé justo cómo uno debe movilizarse en esta ciudad. ¿Me da lo que yo quiera?

El coronel movió la mano grandiosamente.

—Llegaré —anunció— por avión especial de Lisboa mañana por la mañana. Pero, amigo mío... No, no, no lo quise decir por usted. —Alzó la voz—. ¡Mendoza!

Por la puerta lateral llegó apresurado el alto inspector Mendoza, con su cara huesudamente buena moza y con su angosta línea de bigotes, por el callejón hacia la calle. Botando lo que aparentemente era aún otro cigarrillo, se paró inquietamente en atención.

El coronel Duroc, como si en su garganta se verificara un Cambio, se trasladó al francés.

—Inspector Mendoza —susurró con voz suave—. Usted era el segundo en el mando, después del comandante Álvarez, de los hombres afuera de la joyería. Yo, yo estaba dentro de esa oficina maldita desde las nueve. Nuestros hombres esperaban acurrucados en puertas, encuclillados en todas partes en lugares equivocados, sin órdenes. Ya que el comandante no se dignó aparecer, y claro está, todavía no nos ha honrado con su presencia, ¿por qué no dió usted las órdenes?

—Ya se lo he dicho, mi Coronel: ¡no me atreví! Perdóneme; el comandante es un reglamentista...

La voz susurrante de Duroc parecía acercarse a él.

—Sin embargo, una docena de teléfonos estaban a su alcance, Mendoza. ¿No sé le ocurrió telefonar a la oficina central y enviar hombres a buscarle?

—¡Mi coronel, lo hice! ¡Por lo menos diez veces!

—¡Ah!, ¿lo hizo? Muy bien... ¿Y entonces? Vamos, bien puedo entender su deseo de no hablar mal de un colega. —La voz del coronel se alteró—. ¡Pero soy yo el que le ordena! —gritó, sacando el estómago—. ¡Hable!

Ahora Mendoza balbució silabas con tal rapidez, que Paula y Bill tuvieron que esforzarse para oír.

—Creo, mi coronel, que el comandante había quedado de encontrarse con una señorita, una señorita Maureen Holmes, en el restaurante Caravel, para cenar a las siete y media.

—¿El restaurante Caravel? Pero..., ¡no importa! ¡Un hombre puede comer a las siete y media y entrar de servicio a las nueve!

—Cierto, mi coronel; sin embargo, según los mozos y el patrón, el comandante llegó demasiado temprano. A las siete y media estaba todavía inescrutable. Cuando la dama no llegó a las ocho, sus dedos empezaron a tamborilear sobre la mesa y las botas a golpear sobre el piso. A las ocho y media, como todavía no llegaba, el comandante pidió copas de coñac. Y, según los mozos..., ¡cielos, cómo bebió este hombre! Ahora, si se me permite divagar...

—¡Continúe, continúe!

—Parece que la señorita, en alguna forma, pensó que el comandante le había dicho que la esperaría en el restaurante Ciro, en la rue Raphael.

—¡El restaurante Ciro! —murmuró el coronel, golpeando las manos—. Sí, eso es cierto. La he oído decirlo yo mismo.

—Entonces lo que queda que decir no es mucho. Cuando el comandante no apareció a las ocho y media, esta señorita botó los platos al suelo y se largó a llorar. Henri y todos sus camareros trataron de consolarla. Sin embargo, tomó un taxi y regresó a su propia casa, mi coronel, en la Montaña Vieja.

—¿Y el comandante?

—Bueno, entonces lo encontraron en su propio departamento. Está inconsciente y muy borracho.

En el silencio pesado, vibrante, que siguió, Bill Bentley murmuró al oído de su esposa:

—¿Juan Álvarez se ha enamorado realmente de la americana de que me hablaste?

—¡Estoy segura, Bill!

—Estupendo. Le hace bien salir y cegarse por una vez. ¡El buen viejo Juan! Desgraciadamente, el pensativo Duroc alcanzó a oír esto y se volvió.

—¿Entonces es bueno eso, señor Bentley? —preguntó con una voz suave y

sarcástica—. Por la negligencia del comandante Álvarez, y la debilidad de este Mendoza, ¿es bueno que hayamos perdido una captura cierta de Cofre de Hierro? ¿Es bueno que hayamos perdido nuestra mejor (pare, nuestra única) oportunidad de pillarlo? Observe —movió el brazo a la redonda, su voz ronca subiendo de tono—, aquí está la ciudad del dinero. Repleta y rellena de dinero... Fortunas hechas en una noche... ¡Ya es bastante conocida como centro de joyerías y bancos en todas partes! Sin embargo, ahora no tenemos idea de dónde dará el próximo golpe Cofre de Hierro, ni siquiera dónde está. Eso es bueno, ¿eh?

—¡Oh, ahí! —interrumpió la voz de Sir Henry Merrivale, que estaba sentado en la acera con la cabeza entre las manos—. Mientras más pienso sobre esto, menos veo por qué se preocupa tanto.

—¿De veras, amigo mío?

—Sí. No ha perdido su grande y única oportunidad. Ni siquiera ha tenido esa gran oportunidad. ¿Se llevó el fulano algún diamante del ciento del sultán, una fortuna en sí misma? No. Usted previno el robo, ¿no es cierto?

El coronel Duroc hinchó el pecho y lanzó un suspiro de alivio.

—Hay mucho de cierto en lo que usted dice, sí. Pero esto de nuestra mejor oportunidad...

—Eso es porque no entiende a Cofre de Hierro, hijo. Está hasta la mitad o casi las tres cuartas partes lleno de vanidad. Usted rasguñó esa vanidad y se la rasguñó fuerte. Usted habla mucha tontería acerca de no saber “dónde” asaltará Cofre de Hierro. ¡Oh, qué tontería! No sé cuándo, por supuesto, excepto que va a ser luego. Pero le puedo decir exactamente dónde.

—¿Así es, entonces? Muy bien; ¿dónde va a atacar?

—Vamos, maldita sea, ahí —respondió H. M., volviéndose a indicar con un dedo hacia la reja metálica cerrada de Bernstein y Cía.—. Va a hacer otra tentativa con esos diamantes, para demostrarle. Lo va a hacer, coronel, aunque ponga cincuenta polizontes alrededor de la caja de fondos. Además, estoy apostando a qué va a salir con la suya. —En seguida H. M. añadió con voz hueca—: Pero, quémense; ¿cómo diablos va a hacerlo Cofre de Hierro?

—Quizás tenga razón —musitó el coronel—. Pero, por el momento —agregó con fatalidad—, pensaré en lo que le voy a decir al comandante Álvarez mañana por la mañana.

CAPÍTULO VII

A la mañana siguiente, a las siete y media, en el dormitorio cómodo y grande del Hotel Minzeh, Paula Bentley se deslizó del lado de su roncador marido y se bajó suave y silenciosamente de la cama.

A esa hora hacía un frío agudo. Paula tiritó. Apresuradamente se puso un pijama, que estaba aún más helado, una bata de levantarse y zapatillas. Se fué en puntillas al baño, cerró la puerta y encendió la luz. Después de una ducha rápida pero caliente, se arregló el pelo y la cara, requiriendo esta última sólo un poco de polvo, debido a su buena salud. A la mano estaba la ropa que pensaba usar, puesta allí disimuladamente antes de haberse quedado dormida la noche anterior.

Mientras Paula se vestía rápidamente, más de una vez dió una mirada a la “Gaceta” de Tánger del día anterior, que estaba en el borde de la tina de baño, y al aviso que había marcado.

Estaba completamente feliz. La idea que había tenido la noche anterior, cuando se hallaba sobre la torre, le parecía aún mejor esta mañana. Se había determinado resolver todas las dificultades —preocupaciones por dinero, o por lo menos así se lo imaginaba ella—, obteniendo un departamento pequeño pero moderno, y haciendo todos los quehaceres y cocinando ella misma. Su único temor mortal era que alguien se le hubiese adelantado. Departamentos pequeños especialmente aquellos modernos y en distritos respetables, eran tan difíciles de encontrar en Tánger como en cualquier otra parte. Paula había resuelto, románticamente, llegar la primera y acampar en el umbral.

“Yo lo tomaré —se dijo—. Tengo que tomarlo”.

Completamente vestida, en azul oscuro que casi le hacía juego con los ojos, Paula apagó la luz antes de abrir la puerta del baño. El despertador no sonaría hasta las ocho y nada despertaría a Bill hasta entonces.

Deteniéndose sólo a recoger su cartera y un abrigo liviano, Paula se deslizó de la pieza y cerró la puerta sin hacer ruido con el picaporte. Caminó sobre las tupidas alfombras del hotel, empujó las puertas giratorias y salió al cerro superior de la rue du Statut, y casi inmediatamente encontró el más moderno de los taxímetros.

El cielo todavía estaba blanco grisáceo, con una ancha cinta rosada hacia el este. Paula, con el periódico aferrado bajo el brazo como talismán, se recostó y soñó.

Veinte segundos después de haberse ido su taxímetro, otro taxímetro partió de la cuneta y la siguió, a la misma velocidad que el primero.

Aunque Paula no leyó el periódico, muchas frases del aviso estaban aún impresas en su memoria. Ciertamente sólo tenía una pieza grande, que era dormitorio y *living*; pero

durante el día la cama podía disfrazarse ordenadamente de canapé. Tenía una cocinilla —las películas y las amistades americanas de Paula la habían familiarizado con la palabra—, y esta cocinilla podía esconderse detrás de puertas corredizas. La sala de baño tenía toda la comodidad moderna. “Excelente para transeúntes”, ¡no!... “Se le invita a inspeccionarla”; ¡bueno! Aunque no agregaba número de teléfono, daba un precio absurdamente barato.

Lo mejor de todo era la dirección: número 40-bis Marshan.

“Al lado del doctor MacPhail”, murmuró Paula para sí misma. No podía ser mejor.

Unos veinte años atrás, cuando Tánger era sólo un puñado de casas de barro agrupadas alrededor de chatas torres de la gran Casbah, nadie esperaba que su posición en el norte de África haría de esta callampa una ciudad de ciento treinta mil habitantes, con abundante dinero, adquirido tanto por medios legales como dudosos, lo que hacía que alguna gente se ganara la vida jugando al alza y baja de la moneda entre ellos mismos.

Por lo tanto, la ciudad se había esparcido hacia arriba y afuera hacia las montañas, con edificios y calladas villas y bloques de departamentos españoles. Marshan era un espacio abierto y plano, muy respetable. En una esquina estaba la clínica del doctor MacPhail, tan al día como cualquiera en Londres. Paula seguía lejos en sus pensamientos, mientras el pesado taxímetro subió por la rue du Statut, pasando la amplia y silenciosa Plâce de France, y de nuevo ascendió cuesta arriba por la rue de Fez.

Debe explicarse que, con excepción de algunos barrios, los letreros con los nombres de las calles en Tánger generalmente son impresos en tres idiomas: español, francés y árabe. Para evitar confusión, cuando los personajes en este libro se trasladan a alguna parte, sólo se han usado los nombres en francés. Aunque la mayor parte de la población es española y árabe, los franceses tienen mucha influencia, y las otras naciones sólo tienen colonias relativamente pequeñas.

Paula se sonrió al recordar lo sucedido en la noche pasada, hasta la última violenta discusión entre Sir Henry Merrivale y el coronel Duroc, antes de volverse todos a sus casas.

—Vamos, no debemos pararnos aquí en plena calle —había balbuceado Duroc. Cuidadosamente recogió el pedazo de género del pantalón roto, bajo las burlonas observaciones de H. M.—. Ahora, yo les digo que debemos todos tomarnos un último trago, la copa del, estribo. ¿De acuerdo?

Y así llevó a H. M., Bill y Paula al Bar Parade.

Aunque Paula había visitado a menudo el Bar Parade, siempre se sentía molesta, por temor a encontrarse ella y Bill allí con Mark Hammond. Mark Hammond, alto y delgado, casi completamente calvo, aunque sólo en los medianos treinta años, escribía libros científicos, que le daban una entrada segura, aunque no, exorbitante. Vivía en Tánger, pero siempre se encontraba viajando por el continente.

Hammond era a veces moleestamente franco, aunque nunca ofensivo, aun borracho. Tanto Paula como Bill se habían sentido incómodos por observaciones como: “Supongo, señor Bentley, que sabe que estoy enamorado de su esposa”. O: “Pero, por favor, no crea que me tomaré libertades. Odio el ejercicio, por naturaleza, Gracias a Dios, soy delgado. Pero he oído que usted es un peso liviano bastante pasable, quizás no tan bueno como Álvarez, el terrible; no quiero que me boten la cabeza por amor no correspondido”. Aquí Hammond se había reído y puesto amistoso.

Pero Paula, al entrar en el Bar Parade la noche anterior, con Bill, H. M. y el coronel Duroc, se había sentido aliviada al encontrar ausente a Hammond. El Parade es relativamente chico, discretamente iluminado, con un toque de rojo y negro en el decorado. Sobre el mostrador del bar cuelga un dosel, bajo el cual se habían reunido la noche anterior unos pocos escogidos, que estaban alegres, pero no bulliciosos. Debido a que el dueño es un tejano largo, despacioso y amable, los clientes son en su mayor parte americanos o británicos.

Alrededor de la muralla corre un escaño tapizado de rojo, con mesas en las cuales se puede servir excelente comida, al igual que licor. H. M. y el coronel habían ocupado una mesa de rincón, algo alejada, donde se sentaron lado a lado. Bill estaba al lado del coronel; Paula, al lado de H. M., como acólitos.

—*Alors* —dijo el coronel, tamborileando los dedos sobre la mesa—, ¿usted cree que nuestro criminal tratará nuevamente de asaltar la caja de fondos de M. Bernstein?

—En efecto. Y le apuesto —se burló H. M.— que lo pescaremos esta vez, si yo doy las órdenes.

Sorprendentemente, ambos hablaban en voz baja. Acentuaban un punto sólo con muecas faciales, aunque en gran parte el coronel había recobrado su antigua suavidad.

—¡Vamos! —dijo—. ¿Entonces yo estoy tropezando en mi estrategia?

—¡No, no! Usted está bien. Pero es un caso muy extraño, coronel. Es que no debería usar toda la maldita fuerza policial. Lo que necesita son menos hombres, pero mejor ubicados.

—¿No se le ha ocurrido a usted —preguntó el coronel con suavidad— ninguna dificultad en esto?

—¿Qué dificultades?

—Bueno. El joven M. Isaac Bernstein no puede haber estado muy feliz esta noche. ¿Y qué si sencillamente se llevaran los diamantes del sultán a lugar más seguro?

Pero H. M. negó con la cabeza.

—Él no lo hará, coronel, si le vuelvo a hablar. En primer lugar, Bernstein es un excelente deportista. En segundo lugar, parece que le tiene admiración al Viejo, porque un grupo de cabezas de trapo en París se juntaron, y, quémense si sé por qué, me dieron algo llamado la Gran Cruz de la Legión de Honor.

—¡Bendito Salvador! —respiró el coronel Duroc, espantado.

—¿Sabe? Bernstein es francés. Le gustó mucho eso. Aunque —dijo H. M., algo desconcertado— todo lo que hice fué evitar que le envenenaran una de sus ollas grandes. Finalmente, como un punto práctico de un hombre práctico, ¿puede pensar de un lugar mejor para esos diamantes que la propia caja de fondos de Bernstein? Quiero decir, cuando sabe que siempre la está vigilando usted, que desinfló el robo esta noche.

El coronel Duroc meditó. Su corto pelo blanco se erizó como la espuma en un vaso de cerveza cruda.

—Quizás sí —asintió, no sin orgullo—. ¡Pero nuevamente! Si le llegara a Cofre de Hierro un rumor de que las joyas no están donde Bernstein...

—¿Quiere decir que no atacaría de nuevo?

—¡Exactamente! Asegúrese; tendrá mirones ahí, quizás muchos árabes pagados.

—Entonces, mientras más, mejor. Eso es fácil. Bernstein sencillamente cierra su negocio por un par de días. Nadie se acerca. Sobre todo, ¿me sigue usted?, cada uno de sus periódicos canta gloria por el hecho de que por primera vez se ha vencido a Cofre de Hierro; que no puede hacer lesa a la policía de aquí; que esos diamantes están todavía en la caja de fondos y no puede llegar a ellos.

Aquí se detuvo H. M. con una mueca facial que hubiera interesado a un actor profesional.

—Eso puede que no sea estrictamente cierto, ¿sabe? —agregó—. Porque me parece, me parece —aquí puso un leve acento sobre la palabra— que casi lo pillaron en dos ocasiones, una vez en Amsterdam y otra vez en París. ¡Pero no importa! Si sus periódicos no le parten su orgullo y le echan ácido sulfúrico... ¡Oh Dios mío! Puede que sea lo bastante loco para intentarlo mañana mismo por la noche.

El coronel Duroc pasó la mano sobre la mesa.

—Y —continuó H. M.— hablando de mirones y cómplices, pensemos en este tipo llamado G. W. Collier. Estamos casi seguros de que es el único cómplice y cortador de diamantes de Cofre de Hierro. No lo hemos visto personalmente; pero muchos, otros sí, incluyendo a Mendoza. Usted ordenó que lo soltaran como carnada. ¿Qué se ha hecho él? ¿Lo están vigilando?

—¡Ja, ja, ja! —rió el coronel—. ¡Ese tipo! —A pesar de la risa del coronel, mucho le había disgustado lo que había oído acerca de G. W. Collier, y sus labios se apretaron—. No se preocupe, amigo mío. No fallamos en esto. Está sentado en el Hotel Riff; su fono está intercalado...

—¡Calma, coronel! ¿Quiere por casualidad decir interceptado?

—Eso es lo que dije, interceptado. Ningún movimiento que hace este hombre pasa inadvertido. Donde va fuera del hotel, siempre lleva tras él un trasero.

—Una cola, hijo. Cola es suficiente.

—*Une petite histoire? Pa!* —dijo el coronel, mirando sospechosamente a H. M.—. ¡Mi hija... nunca antes me ha llamado impuro! Pero no importa. —Suavemente

cruzó los brazos encima de los botones dorados—. Dígame, por favor, ¿cuál es su gran proyecto para capturar a Cofre de Hierro?

H. M., aunque pareciendo dudar sobre algo que acababa de decir Duroc, sencillamente frunció el entrecejo.

—Tengo un mapa bastante grande —anunció—. Enseguida hay alguien que tiene que poner usted: este hombre que tiene qué poner usted no puede ser de tez morena, como sus policías y detectives. No me pregunte por qué... Tiene que tener mucho valor. Y debe tener una puntería de primera clase con revólver o automática.

Ahora le tocaba al coronel actuar como mago.

—Observe —dijo radiante, moviendo el puño a la derecha— su candidato en persona. El señor William Bentley. Tiene la mejor puntería en Tánger.

Paula se enderezó. Ni ella misma había sabido esto, porque Bill sencillamente no se había molestado en mencionarlo.

Bill, ahora un poco sonrojado, movió los hombros, tratando de ver a Paula sin tener, que levantar la vista. Falló.

—¡No! —había balbuceado Paula instintivamente—. ¡No, no, no!

Repentinamente sus recuerdos del Bar Parade, con sus voces y tintineos de copas entre rojo y negro opaco, se desvanecieron y desaparecieron como en un sueño.

—¡No, no, no! —dijo Paula en voz alta, y se despertó a sí misma de su embelesamiento. Estaba sentada, acurrucada y con frío, en la parte de atrás de un taxímetro runruneando rápidamente, que la llevaba hacia arriba por las calles, hacia su destino: 40-bis Marshan. Las ventanas del taxímetro estaban empañadas. El bigote monumental del chófer se dió vuelta lentamente.

—¿Está, usted bien, mi señora? —preguntó ásperamente en español.

—Sí, gracias. Estaba pensando. Siga adelante, por favor.

Limpiando los vidrios, Paula descubrió que estaba en alrededores conocidos y cerca de la dirección que quería. La luz era de un blanco claro, engañoso, con tintes de hoguera en el cielo.

Bill estaba en peligro. ¡Ella tenía que obtener ese departamento!

El primer instinto de Paula, como de costumbre, era correcto. El segundo, más correcto, era un sentimiento vago de que ambos estarían más seguros si se cambiaban al barrio alto, sin decir nada del ahorro de dinero. A Bill no le gustaría, por supuesto. Paula sabía que lo podía persuadir. Aunque jamás insistía, jamás discutía, excepto callada o aun tímidamente, Paula tenía un método distinto de persuasión que la hizo sonreír soñolientamente. Si aun esto fallaba, debería ser francamente mentirosa y usar lágrimas. Bill maldecía, pateaba y gritaba; pero no podía resistir las lágrimas.

El pesado coche viró hacia el espacio abierto y dobló a la derecha. Paula podía ver la solidez cuadrada de la clínica del doctor MacPhail. El chófer había doblado automáticamente hacia la casa del médico, pensando que era allí donde ella quería ir, y se detuvo frente a las rejas de piedra.

—¿El doctor? —preguntó con un indicio de triunfo.

—No exactamente —contestó Paula, mirando hacia el taxímetro del coche—. Pero está bien. Es bastante. Puede irse ahora.

Distraídamente le dió las gracias y le pagó de más. Una oleada de agradecimientos españoles, como el estallido de una radio oculta, se desparramó, mientras el coche salía disparado hacia atrás y le hacía el quite a un árbol alto por escasas pulgadas; después viró locamente, para partir de nuevo.

Durante un momento Paula contempló la clínica. Luces brillaban tras cortinas de encaje. Tuvo una sensación más de soledad que de consuelo. Todos, menos ella, parecían dormir quietos. Podía oírse el ruido de sus propias sandalias al caminar sobre arena bien pisoneada y salpicada de pequeñas piedrecitas.

La casa del lado estaba separada de la clínica sólo por un sendero, que llegaba derecho hacia la parte de atrás de la casa del doctor MacPhail. Con respecto a la casa del lado, estaba tan bien oculta por un cierre tropical inmensamente alto por encima de una muralla baja de piedra, que Paula apenas pudo ver sólo el techo, hasta que llegó junto a la reja de hierro forjado.

Sí; éste era sin duda el bloque de departamentos.

Las rejas rechinaron al abrirlas. El edificio era muy largo, aunque de sólo dos pisos, y ubicado atrás, a alguna distancia del camino. Algún constructor moderno había probado su mano con español antiguo en vez de nuevo. Era de estuco amarillo, con techo de baldosas curvas, verdes. Por el frente, entre el piso superior e inferior, corría un balcón angosto, con pasamano de fierro forjado como encaje, con arcos de fierro adornados por arriba y por abajo. Las ventanas tenían cada una un par de persianas de madera pintadas de verde y firmemente cerradas.

Excepto...

Mientras Paula subía por el sendero pavimentado con piedras, miró hacia arriba la corrida de ventanas del segundo piso. A mano izquierda, aunque con bastante espacio entre ella y la muralla de la mano izquierda, había una ventana bastante más chica que la mayoría. Había una ventana correspondiente en el primer piso y varias otras a lo largo de la fachada. Paula supuso que eran ventanas de las salas de baño.

Sin embargo, sólo esa ventana a la mano izquierda superior tenía sus persianas cerradas pintadas de un rojo brillante, un rojo solitario contra todas las persianas verdes. Al levantar Paula la vista, vió que un hombre estaba en cuclillas en el balcón cerrado de esa ventana. Repentinamente dió un paso hacia atrás, se agachó y desapareció hacia la izquierda del balcón.

Al mismo tiempo, aunque ella no lo supo, el coche que la había seguido se detuvo silenciosamente en el número opuesto al 40-bis.

Paula estaba lejos de tener miedo. Esa figura en el balcón, vista a través de una leve neblina y a través de barras de fierro forjado caracoleado, pudo haber sido una ilusión. Pero la persiana pintada de rojo resaltaba en su memoria, y su corazón latió más fuerte. Había dos entradas principales.

Sin vacilación, Paula escogió la entrada de la izquierda. Podía oír a alguien

silbando adentro.

Pero aquí fué recibida con una cordialidad demasiado pegajosa. Un pequeño griego, rechoncho, con un rizo en la mitad de la frente, estaba barriendo la entrada con una escoba bíblica. En fluido francés le hizo un recibimiento como si se tratara de una realeza. Le dijo su nombre, el de su mujer, el número de sus hijos, y comenzaba a relatarle su vida antes que Paula, blandiendo el periódico e indicando, le pudiera preguntar por el departamento 3-B. Tristemente le mostró la dirección.

—*Que vous êtes belle!* —murmuró insinuantemente su informante, y le pasó la mano por el brazo—. *Que vous...*

Paula, acostumbrada hacía tiempo a tales atenciones, sencillamente sonrió y se escapó.

Subiendo con rapidez por una amplia escalinata de piedra adosada contra la muralla izquierda, tomó el primer corredor de nuevo hacia la izquierda. El bloque de departamentos, aunque moderno, ya se había puesto añejo en este clima. Las murallas, hechas con una composición plástica y pintadas apenas semejando bloques de piedra de un color crema, ya estaban resquebrajadas. Lo mismo que el entapizado, que había sido bueno.

En el primer corredor a la izquierda, Paula pasó la puerta pintada de verde del duplicado 2-B y vaciló ante el tercer duplicado en 3-B, la última puerta a la izquierda, que era su pieza.

Durante algunos momentos Paula permaneció inmóvil ante esa puerta verde, con su número y su timbre eléctrico niquelados a un lado. En el techo del corredor, dos cúpulas bajas de cristal ahumado, invertidas, alumbraban valientemente la pobreza. Por primera vez Paula se dió cuenta de su situación ridícula.

Cuando miró el reloj del taxímetro, eran las ocho y diez minutos. Apenas cinco minutos, diez lo máximo, habrían pasado desde entonces. Despertar al arrendador a semejante hora...

Si el arrendador fuese mujer, Paula podría explicarle fácilmente. Si un hombre, podría encontrar cualquier cosa desde una grosería hasta otro avance amoroso. Lo mejor sería una pareja; pero no había ninguna indicación.

¡Sin embargo, tenía que hacerlo! No había dónde sentarse, si no quería hacerlo en el suelo, con la espalda contra la muralla, por una o dos horas. Respirando con fuerza, con el periódico aferrado bajo el brazo, Paula apretó fuertemente el timbre eléctrico.

Nada sucedió; por lo menos, Paula no pudo oír sonido alguno de tintineo o de chicharreo dentro del pequeño departamento. Silencio de muerte en el sucio corredor, bajo las luces deprimentes. Sin duda el timbre estaba fuera de servicio. Paula, acobardada, golpeó a la puerta, pero con un golpe tan suave que quizás pasó inadvertido. Su mano se posó automáticamente sobre la perilla niquelada, y una pequeña torcedura demostróle que la puerta estaba abierta. O por instinto o por curiosidad afiebrada, Paula abrió silenciosamente la puerta de par en par hasta que pudo ver casi toda la pieza.

Enseguida vino de nuevo la pesadilla, que le mantuvo el cuerpo rígido, la mente petrificada en un grito silencioso.

Estaba mirando la única pieza grande, cuadrada, descrita en el aviso. Sus murallas, de yeso color crema, eran aún más sucias que las del corredor de afuera. En la muralla del extremo izquierdo, unas puertas corredizas estaban cerradas sobre lo que parecía ser la cocinilla. En la misma muralla, hacia el frente, una puerta abierta mostraba una angosta sala de baño, con persianas cerradas pintadas de rojo aun por dentro. A alguna distancia, pero vuelta hacia ella, en la muralla opuesta, había una pequeña chimenea con una parrilla chica, donde ardía un pequeño fuego a carbón contra el frío. En la muralla de la mano derecha, como vió Paula al dar vuelta la cabeza, había dos ventanas grandes con persianas rojas, que se mantenían cerradas por una barra de madera.

Había varias otras cosas, pero Paula sólo estaba consciente de una.

Delante de una pesada mesa de caoba, colocada en el centro de la pieza, con la espalda vuelta hacia la puerta, estaba sentado un hombre con lente de joyero al ojo. Debido a la silla de reposo un poco alta, Paula sólo podía ver que tenía un pescuezo corto y grueso y una abundante cabellera —al mismo tiempo oscura que de un rojo vivo— partida y aplastada con crema para el pelo.

A su izquierda, sobre el cobertor rojo, estaba el cofre de hierro mismo, el famoso cofre, reluciendo bajo una lámpara en forma de media cúpula. Enfrente del hombre, puestos en hilera, había más diamantes sin cortar que lo que el cerebro aturdido de Paula podía contar.

Todavía el silencio...

Una ráfaga de viento, iniciada a alguna distancia en el poco acogedor corredor, se acercó y movió la puerta. Paula la sintió en el pescuezo y en las pantorrillas. La ráfaga aumentó. Sobre la mesa, a la derecha del hombre pelirrojo, había unas hojas de papel para escribir. Una de estas hojas se agitó lentamente con el aire, revoloteó y salió volando.

El hombre en la silla sabía ahora. Lentamente se quitó el lente y, de repente y con rapidez, se puso de pie de un salto y viró hacia Paula.

Fuera del pelo oscuro, pero de un rojo furioso, de ese hombre, Paula sólo se fijó que la cara le pareció a ella —no podía analizarla, excepto que era una cara blanquizca de aspecto ordinario— una de las más desagradables que jamás había visto.

—¿Quién diablos es? —gruñó en inglés, con una voz de tenor, alta y gangosa, saliéndole de un cuerpo pesado.

Y, con ambos brazos extendidos y con los dedos crispados, se abalanzó hacia ella.

CAPÍTULO VIII

Con el choque producido por esas palabras, se le desvaneció toda la debilidad a Paula y su mente funcionó de nuevo. Retirándose de un salto de la puerta, la cerró de golpe y aun aferró la perilla con la mano, con la idea desesperada de su imposibilidad de sujetarla en contra de él.

¡Cofre de Hierro! Probablemente había visto al mismo Cofre de Hierro, con su propio cofre y joyas. Ahora Paula rezó. ¡Si sólo estuviera aquí alguien para ayudarla! Si sólo alguien...

Entonces se dió cuenta de que el hombre pelirrojo no estaba tratando de atacarla. Al contrario, pudo oír el golpe de la aldaba en el cerrojo y el clic de la llave que cerraba aún más la puerta.

Al mismo tiempo, el comandante Álvarez se aproximó hacia ella del otro extremo del corredor, silenciosa y velozmente.

—Juan —murmuró Paula.

Le temblaron las rodillas de alivio, pero exteriormente estaba calmada.

Álvarez usaba el uniforme militar completo, con cinturón Sam Browne y hoja de oro en la gorra. Sobre sus manos llevaba guantes cafés de cuero liviano. Aun que sus ojos cafés rojizos estaban aún inyectados en sangre, como los de un hombre que ha pasado una mala noche, sin embargo estaban aclarándose hasta llegar a la brillantez. Su frente, alta e intelectual, contrastaba con la línea apretada de sus labios.

—No estaba en peligro, señora Bentley —le dijo suavemente, y sonrió—. A ese hombre dentro del departamento lo han estado siguiendo desde...

—¡Pero probablemente es Cofre de Hierro! Tiene pelo rojo. Él...

—Temo que no, señora Bentley. El hombre se llama G. W. Collier y ha estado alojándose en el Hotel Riff. No sé si usted lo sabe, pero creemos que es el cómplice de Cofre de Hierro. Como digo, lo han estado siguiendo desde que salió del hotel, a las siete de la mañana. Yo mismo encabecé la cacería, sin molestarme en comunicárselo al coronel... A usted también la siguieron, pero por otro motivo. Nosotros también vimos ese curioso aviso. Usted puede estar en peligro. Y su valentía es grande, señora Bentley.

Torpemente y con algo de confianza le palmoteó suavemente el hombro en alabanza. Sin embargo, había algo de elegancia en su gesto.

—¿Pero que no ve? —dijo Paula en un murmullo desesperado—. Sea el que fuere, tiene el cofre de hierro, y..., ¡oh!, no sé cuántos, pero por lo menos unos treinta diamantes. ¡Si no se apura, se va a escapar!

Y rápidamente contó todo lo sucedido.

Los ojos de Álvarez se abrieron de golpe. Chasqueó los dedos. Tres policías bajaron rápidamente por el corredor, sus cascos y cinturones blancos resaltando contra las camisas y pantalones cortos de color caqui. Al frente de ellos venía el inspector Mendoza, su mandíbula demostrando su determinación inflexible de no repetir la equivocación de la noche anterior.

Dentro de la pieza grande del departamento Paula se imaginó, o creyó haberse imaginado, oír débilmente pequeños sonidos que no pudo identificar. Sus pensamientos retumbaban con: ¡apúrense, apúrense!

—No puede escaparse, señora Bentley —dijo Alvarez en voz baja—. Un hombre nuestro ha estado parado afuera en el balcón desde que llegó. ¡Pero diamantes! Como verdadera evidencia...

El puño enguantado de Álvarez dió tres fuertes golpes a la puerta. Su voz, generalmente baja, pudiendo ser la voz de cualquiera al hablar, era la de un pesado barítono cuando habló:

—Soy un oficial de policía —dijo—, y tengo una orden de allanamiento para registrar este departamento. ¡Abra la puerta!

Sólo silencio, mientras Paula trataba de recordar esos débiles sonidos. De todas maneras, algo tenían ahora. Si no.

Unos pasos se aproximaron lentamente a la puerta, sin apurarse por nada. La aldaba fué echada hacia atrás descuidadamente, y sólo después de una pausa intencional se dió vuelta la llave. El hombre de pelo rojo abrió la puerta de par en par.

Sólo Álvarez y Paula entraron en la pieza y ninguno de los dos miró antes a Collier. La mirada de Paula voló a la mesa de caoba en el centro del piso. Su carpeta de terciopelo rojo, donde hacía poco habían estado el cofre de hierro y las hileras de diamantes, estaba ahora vacía, excepto por un tintero, algunas plumas y hojas de papel de escribir dispersos allí.

No estaban. Habían desaparecido. Paula casi se sintió físicamente enferma. Pero no podían haber desaparecido, tenían que estar allí. Álvarez, a pesar de su propia mirada, permaneció impasible; su voz, de nuevo baja, habló con fina cortesía.

—¿El señor Collier? —preguntó.

El hombre pelirrojo, pensó Paula después de una nueva rápida ojeada, parecía tener algo distinto. No; ya sabía lo que era. No demostraba enojo, ni mucho menos rabia. Bajo el pelo pesadamente aplastado, la cara grande con la nariz achatada permanecía imperturbable. Los ojos de Collier eran tan descoloridos que se podía ver la luz bajo los caídos párpados blancos. No; su cara blanca no delataba nada, excepto quizás un vago aire de cansancio, o la insinuación de una mueca despreciativa en el labio superior izquierdo.

Era mayor de lo que parecía ser al principio; por lo menos tenía cuarenta años, quizás más. Era más o menos una pulgada más bajo que Álvarez y pesaba unas seis o siete libras más que las ciento cincuenta y nueve libras que eran el peso medio de Álvarez. Paula, que conocía algo de atletismo por Bill, y por su propio gran interés en

los hombres, calculó que G. W. Collier estaba en casi perfectas condiciones físicas, a pesar de su aspecto engañoso. Además, el señor Collier usaba un traje de casa blanquizado, sin chaleco, pero con relleno innecesario en los hombros, lo que lo hacía aparecer más pesado. Tenía una corbata de lazo, azul con pintas rosadas, y mantenía los dedos enganchados en el cinturón, mientras observaba desinteresadamente.

Todo esto le pasó por la mente a Paula, junto con la vaga impresión de que lo había visto con anterioridad en alguna parte, en el segundo antes de que Álvarez pudiera hablar nuevamente.

—Muy bien, señor Collier —dijo el comandante—. Estoy aquí para...

—Míre, compañero —le interrumpió Collier con acentuado cansancio—. No quiero dificultades con ustedes, muchachos. ¿Usted quería entrar? Bueno, lo deje entrar.

—¿Y bueno?

—Pero sean habilidosos, eso es todo; sólo que no me irriten. No es sano. ¿Lo pescan?

Álvarez lo miró de arriba abajo.

—Su sensibilidad de sentimientos, señor Collier, no me concierne.

Collier medio se dió vuelta, como para dirigirse a un compañero invisible detrás de él, los párpados cayéndosele aún más.

—¡Qué listo! —murmuró volviéndose—. ¿Sabe lo que soy yo, listo?

—Perfectamente.

—Soy un ciudadano americano, listo. —Se abrió el lado derecho de su chaqueta para mostrar el bolsillo interior—. Aquí tengo un pasaporte para comprobarlo.

—¿Sí? —dijo el inmutable Álvarez.

—Somos listos, ¿ve? América no firmó ningún tratado chiflado internacional de zonas. Pero tenemos aquí un lugar llamado legación, para ver que nadie nos haga una grande. ¿Y qué? Sí que somos los matones aquí. No lo olvide, joven. —Las puntas de los labios de Collier se enroscaron—. Si alguna vez yo hiciera algún trabajito aquí en este paradero piojento, lo que no he hecho ni tampoco haría, ustedes, petimetres, no podrían hacer nada. Absolutamente nada. Tendría que ser juzgado por la legación americana.

—Muy cierto —asintió Álvarez—. Olvida, sin embargo, que primero tiene que ser detenido por la policía de Tánger. —El tono del comandante era un gruñido sordo, puramente animal—. ¡Y créame, señor, que lo será! —Enseguida, ignorándolo, Álvarez volvió la cabeza por sobre el hombro y habló en español—: Inspector Mendoza, permanezca inmediatamente afuera de la puerta. Ningún objeto, nada de ninguna especie, debe salir por esta puerta. Ustedes tres entren aquí.

Los tres policías entraron en la pieza y se alinearon a lo largo de la muralla, al lado de Álvarez, con lo cual éste se volvió a Collier.

—Ahora, a trabajar. Hace un momento, sobre esa mesa, había una caja de hierro de unos dos pies de ancho por un pie de alto, al mismo tiempo que una gran cantidad

de diamantes... ¿Cuántos diamantes, señora Bentley?

—No tuve tiempo de contarlos —dijo Paula dulcemente, con una mirada tranquila de repulsión y apreciación hacia Collier—. Más de treinta, estoy segura. Los ha escondido, por supuesto.

Por primera vez se movieron los músculos faciales de Collier, como de pura sorpresa.

—¿Qué? —dijo, y su carraspeante voz de tenor subió de tono.

Álvarez le explicó secamente, y el resultado fué curioso. Collier no se rió; nadie jamás lo oyó reír. Pero la figura abultada se contorsionó. Su cara desagradable se puso casi agradable, en el sentido de que apareció una especie de amabilidad y humor bajo la aplastada cabellera roja encendida. Por fin se puso casi tan enérgico como un vendedor. Desenganchando uno de los pulgares del cinturón, se palmoteó el costado y de nuevo se dirigió a un compañero invisible.

—Bueno ¿qué te parece? —preguntó con sorpresa. Se volvió a Álvarez—. Todavía no la pesco. Pero me ha dicho el mejor chiste del año. Continúe; registre no más.

—¿Dónde escondió los diamantes?

—No tengo ni uno. La tía esa es loca, aunque es brutal para la vista. ¿No me oyó, listo? Continúe, registre. No quiero ni verle el permiso; eso sí —aquí sus párpados se bajaron en amenaza— que podría causar —le bastante molestia si pidiera verlo.

Instantáneamente Álvarez sacó el permiso de su túnica, y lo mantuvo extendido frente a Collier.

Este último, bajando sus abultados hombros, estudió el documento, moviendo un poco los labios. Aunque estaba escrito en francés, Paula vió que lo podía entender. Sin embargo, al enderezarse, Collier estaba tan campante como antes. Sus esquivos ojos sugirieron que Álvarez había trampeado y no él.

—Bueno, sí que tiene permiso —dijo con tono cansado—. ¿Cuán tonto se puede poner? Siga.

—¿Se niega a que lo registre personalmente?

—¿Qué tengo que perder? —preguntó Collier, y levantó las manos automáticamente.

Las manos duras y competentes de Álvarez registraron minuciosamente, pero no encontró nada.

—¿Satisfecho, amigo?

—Por el momento, sí. Ahora vaya y siéntese.

Álvarez, muy tieso, pero tan alerta cómo un sabueso, hizo un rápido y comprensivo estudio de la pieza. Enseguida se aproximó a la muralla de la derecha, en la cual las dos grandes ventanas estaban cubiertas con persianas rojas, bloqueadas con barras de madera. Álvarez abrió ambas ventanas de par en par. Fuera de cada una de ellas estaba un detective en ropa de civil.

Álvarez habló en francés. Era claro que lo hizo con un ojo puesto en Collier, para

estar seguro de que este último entendía.

—¿Ha entrado o salido alguien por estas ventanas —espetó— desde que este..., este caballero llegó?

Ambos fueron enfáticos al decir:

—No.

—¿Ha sido arrojado o lanzado algún objeto u objetos, o algo en absoluto, por estas ventanas desde entonces?

La luz clara de la mañana mostraba las murallas de la pieza aun más sucias y miserables, contra la palidez de la lámpara del escritorio y la suavidad de la chimenea bajo la pintura color crema.

—¡Nada, mi comandante! ¡Nada en absoluto! —contestaron ambos civiles enfáticamente.

—Permanezcan en sus puestos, entonces. Y vean lo que suceda.

Cerrando de nuevo, Álvarez se apresuró a cruzar hacia el baño al otro lado de la pieza. Desde donde estaba, Paula podía ver las persianas rojas cerradas de la pequeña ventana de la fachada.

Álvarez la abrió, para encontrar un tercer hombre vestido de civil, cuyas negaciones fueron igualmente enfáticas que las anteriores.

—¡Nada, mi comandante! Excepto —y aquí sus ojos encontraron los de Paula— cuando esa dama llegó aquí, retrocedí hasta el ángulo de la muralla. ¡Pero nunca quité los ojos de esa ventana! ¡Nada ha salido, en absoluto!

—Bien. Quédese allí —dijo Álvarez. Bajó la ventana de Vidrio corrugado y cerró los pestillos.

Paula corrió ligera y graciosamente al lado de Álvarez, mientras él permanecía en la puerta del baño, e inclinándose de hombros, ella le murmuró al oído:

—¡Juan, tienes que encontrar esos diamantes y el cofre! Tienes que hacerlo. O ese venenoso y despreciable...

—Calma —murmuró Álvarez entre dientes—. Los hallaremos. Esas ventanas están selladas. Tú y yo permanecemos fuera de la única puerta, la que está vigilada ahora. Al fin está en una trampa.

—¿Pasándolo bien, listo? —preguntó Collier, casi piadosamente.

Álvarez tranqueó hacia la enorme mesa de caoba. Por un momento su vista se detuvo en el mantel de terciopelo rojo, liso y sin marcas, excepto por el tintero, las plumas y el papel. Miró hacia arriba, por encima y a través de los tres policías inmóviles.

—Está muy bien —dijo otra vez en francés— que hayamos venido aquí preparados para una búsqueda, aunque no sabíamos que una investigación fuese necesaria hasta que la señora nos informó. Ahora bajen, cojan sus herramientas y vuelvan. Ustedes saben lo que queremos. Encuéntralo, encuéntralo, aunque destrocen este departamento como una casa de muñecas. Eso es todo.

Los policías, respirando trabajosamente, casi corrieron a la puerta del corredor,

donde esperaba el inspector Mendoza, Casi botaron al coronel Duroc cuando éste entraba.

Álvarez y Paula habían ido junto a la puerta, pero retrocedieron al entrar el coronel Duroc. La túnica de Duroc estaba abultada hacia adelante, su gorra era una fruslería inclinada hacia un ojo, sus cejas como penachos cobijaban la tormenta. Aunque él no había visto a Álvarez en la mañana todavía, hervía con epítetos para un hombre que había estado totalmente borracho mientras estaba en su puesto.

Abrió la boca y la cerró. Él no humillaría a un subordinado ante un extraño, aun cuando éste fuera Paula Bentley. Álvarez estaba en un estado de ánimo tal que había olvidado su mala conducta anterior.

—Se lo agradezco, comandante —dijo el coronel, gruñendo en un francés formal —, por haberme telefoneado desde aquí, desde este departamento, sí; ¿y bien? Nosotros lo conocíamos. Hablamos de él anoche, antes que usted..., mejor dicho, antes de esta mañana. ¿Y ahora qué?

Álvarez, en un rápido farfulleo, le contó la historia hasta el momento presente.

La cara del coronel se tornó menos rojiza a medida que escuchaba. Miró de soslayo a Collier una vez; éste se había sentado en una silla entre las murallas de las ventanas rojas y las murallas hacia el corredor. Movi6 a una comisura de su labio inferior un cigarrillo encendido y echó el humo en pequeñas volutas por su aplastada nariz, para mostrar su aburrimiento y su burla.

—Pero si aquí tenemos la misma historia —comenzó el coronel Duroc, y vaciló —. ¿Entonces la pequeña Paula vino aquí en busca de un departamento amoblado?

“La pequeña Paula” asintió. Estaba demasiado asustada, o tal vez demasiado aturdida, para emplear los engatusamientos con que ella generalmente hacía sonrojarse al coronel. Paula permaneció con su espalda hacia las cerradas puertas de corredera de la cocina, echada un poquito hacia adelante; su dorado pelo le caía pesadamente hacia abajo, cubriéndole la mejilla, mientras sus ojos negriazules estaban fijos con una mirada inquisidora en nada menos que G. W. Collier. Pero su propio cabeceo la despertó.

—Es cierto —aseguró a Duroc en francés muy fluido, y le pasó el diario con el aviso marcado—. Yo quería este departamento amoblado, en realidad. Pero, querido coronel, la historia es muy larga para ser contada ahora. Excepto que, ¿comprende usted?, llegué demasiado temprano. Ese tiznado que está allí no me esperaba.

—Bueno —gruñó Álvarez.

—¡Bah! —bufó el coronel, dando una palmada en el diario que estaba doblado. Hemos acordado, el comandante y yo, que esto no es más que una trampa, un cebo para alguien. ¡Pero no para usted, pequeña!

—C-creo que no. ¿Pero por qué?

—Observe las palabras —dijo Duroc, palmoteando de nuevo el papel—. El precio es demasiado bajo para que los residentes de aquí no sospecharan; residentes inteligentes, eso es. ¡Ah, perdón! El término “cocinilla” es americano. —Miró de

soslayo a Collier—. Sobre todo, observe lo que es de mayor importancia: “Excelente para pasajeros”. ¿Eh?

—Sí; vi eso —admitió Paula—. Sin embargo...

—¡Para transeúntes! ¡Bueno! Este Collier, este camello, ha preparado una trampa para alguien. ¿Pero para quién? Yo le pregunto, ¿para quién?

Al exterior de la puerta cerrada que daba hacia el corredor se oía un entredicho en voz alta. Abriendo la puerta de par en par, el coronel Duroc miró hacia afuera y quedó boquiabierto.

—Inspector Mendoza —gruñó—, permítale entrar a la señorita.

Y entró Maureen Holmes, muy confusa y sorprendida, con una copia del mismo periódico y con el mismo aviso marcado.

El coronel se quitó la gorra por un momento, para secarse la frente. Casi bailó.

—Es lo obvio —se quejó—. Siempre lo obvio. Y uno nunca lo ve. —Le extendió las manos a Maureen suplicante—. Querida, ¿quiere decirme cómo se ha implicado usted en alguna forma con Cofre de Hierro? ¿O por qué este camello de Collier le hubiera puesto una trampa a usted?

En el mismo momento la puerta del corredor se abrió de golpe. Por el lado del vigilante Mendoza entraron tranqueando los tres ansiosos policías, seguidos ahora por un cuarto, todos cargados con el peso de las herramientas, que iban desde pequeños cinceles hasta instrumentos de largos mangos, que terminaban en una ancha hoja metálica, afilada como un cuchillo.

El piso era de concreto, cubierto a medias por una vieja alfombra café. Abajo cayeron las herramientas con gran ruido y estruendo. El coronel Duroc se volvió para animarlos a gritos.

—¡A trabajar, mis bravos! —gritó tanto en francés como en castellano—. ¡A ello! Y lo hicieron.

Mientras tanto, la puerta era cerrada firmemente de nuevo. Duroc se volvió a Maureen y le repitió la pregunta.

Maureen caminó a tropezones con su francés, pero éste no fluía fácilmente. Sus verdes ojos, con sus largas pestañas, trató de mantenerlos fijos en el diario, para así evitar encontrarlos con los de Álvarez. Hoy ella llevaba un traje de seda blanco, remodelado y acortado durante la noche para que se pareciera al que tenía Paula el día antes. Estaba claro que bajo él, ella llevaba tan poco como Paula misma, aunque Maureen se había puesto medias y zapatos más a la moda.

—¡Pero no entiendo nada de todo esto! —protestó en su propio idioma—. Ni siquiera entiendo por qué hay tanto alboroto, o por qué está aquí la policía, ni nada en absoluto.

—¿Está usted segura? —persistió el coronel Duroc, también en inglés—. ¿No se ha ganado, por ejemplo, puede ser, la enemistad de este Cofre de Hierro? ¿O de Collier? ¿Sabe alguna cosa?

—¡No! —dijo Maureen—. Coronel Duroc, ¿se acuerda usted de ayer, avanzada

ya la tarde, en la terraza?

El coronel hizo un sonido raro.

—Su *fat'ma* —continuó Maureen— trajo un carrito para el té con emparedados encima y la “Gaceta” en la repisa inferior. Es que yo vi por casualidad ese av...

—¡Con mis ojos —gruñó Duroc, apuntando a ellos— la vi cuando lo hizo!

—Acababa de decidir que Sir Henry era sencillamente intolerable. —Pero Maureen no estaba enojada; sus ojos verdes mostraban una sonrisa apresurada—. No es realmente tan irritante, porque nunca dice las cosas en serio y además es divertido, como dijo Paula...

—¡Oh, usted es dije! —irrumpió Paula, con su corazón conquistado por la copia hecha por Maureen de su propio traje.

—Gracias, Paula... Pero en ese momento lo decía en serio y pensé que sería maravilloso tener un pequeño departamento para mi sola y comer afuera. Y mucho más barato que un hotel. Pero... —Maureen vaciló, arrugando su suave frente—. Pero esta mañana cuando pasé por la pieza de Sir Henry —agregó—, todavía estaba durmiendo.

—¡Ah ese Morfeo! —dijo el coronel Duroc, en agonía—. Yo también le he visto. ¡Bah! Lo creí muerto, muerto y listo para ser enterrado, excepto que los ronquidos hacen saltar el techo como la tapa de una tetera. Así es que partí por mi cuenta.

—Le llamé a usted —dijo Maureen—, pero no me pudo oír. Yo seguí en un taxímetro. Pero sabía...

—Siga, siga.

—Bueno, sabía que no lo podía hacer —dijo Maureen—. Usted y Sir Henry y..., y el señor Álvarez han sido demasiado buenos. Si quieren que me quede, siento haber alguna vez pensado en irme. Pero ya que estaba tan cerca del lugar, decidí que podía verlo e irme. Eso es todo.

Pero eso no era todo. La conciencia de Nueva Inglaterra de Maureen todavía le remordía. La luz opaca jugó en su brillante cabellera al levantar ella la cabeza y mirar al comandante Álvarez directamente en los ojos.

—Juan —empezó tanteándolo.

Era increíble, pensó Paula, ver a este hombre de un férreo control sobre sí mismo (¿para qué lo necesitaría?) volverse un ser humano loco y balbuciente.

—¡Maureen! —dijo el comandante Álvarez, tragando con fuerza al decir su nombre—. Si pudiera darle una excusa de entre diez mil...

—Pero no me importa... ¡Lo sé!; Sir Henry me lo contó. Fuimos a distintos restaurantes.

—¡Debí haber pensado en eso! ¡Debí haberla buscado! En vez de eso tuve que irme a casa y...

Se detuvo. Maureen extendió ambas manos y él las tomó en sus dedos enguantados con una presión tan salvaje, que a ella debió haberle dolido mucho. Pero Maureen, o porque no se fijó o porque no quiso quejarse, no protestó.

—¡No debe suceder de nuevo! —dijo el angustiado Álvarez—. Es suficiente...

La voz del coronel Duroc se recortó a través de estas amenidades.

—Ya es bastante —dijo el coronel, que estaba furioso—. ¡Corte eso! No soportaré más flirteos mientras haya trabajo que hacer. Comandante Álvarez...

Fué Paula quien tuvo la inspiración y silenció al coronel Duroc. Abriéndose paso entre ellos, recorrió las puertas corredizas de la cocinilla, que no era más profunda que la angosta sala de baño al frente, y que no tenía ventana alguna.

—¡Maureen, aquí es donde podemos ayudar nosotras! —Paula habló con entusiasmo—. Aquí es donde podemos hacer el trabajo mejor que ellos. ¡No, no; no haga preguntas! Le explicaré mientras registramos. ¡Mire, no ha habido un pedacito de comida en semanas!

—¡Bien! —dijo Duroc casi radiante, hablando de nuevo en francés—. ¡Comandante Álvarez! ¡Una palabra!

Y se llevó a Álvarez hacia un lado.

—Le hablaré enseguida —agregó secamente— de otros asuntos. Por el momento, ¿me entiende usted? Aquí tenemos, con una feliz diferencia, el asunto de París de nuevo. —El coronel Duroc vaciló—. Le contaré un secreto. Ayer le recé al buen Dios, ¡sí, yo!, que pudiéramos ganarles a París y a Roma. En París, en esta misma situación, no encontraron ninguna caja de hierro y ningún diamante. ¡Nosotros tenemos que encontrarlos!

—¡Estoy de acuerdo con usted, mi coronel! —Álvarez se sobrecogió con un temblor, quizás de temor supersticioso—. Pero..., pero si no llegáramos...

—¡Tenemos que hacerlo! Es imposible que fallemos. ¡Tenemos que hacerlo!

Hubo un ruido de madera al quitar un policía la cobertura roja lisa y trabajar con un pequeño cincel para levantar la cubierta de caoba de la mesa. Otro policía había entrado apurado en la sala de baño, de donde emergieron sonidos rechinantes al levantarse en alto la tapa de porcelana del estanque. El tercer policía, que había rastreado el fuego sin resultado alguno, ahora se estaba colocando un abrigo sucio de lona para inspeccionar la chimenea.

Justo a la derecha de la cornisa de la chimenea había unos largos estantes para libros, que eran amantillados apresuradamente por un descuidado carpintero. Sin embargo, estaban llenos de libros de buen aspecto, de todos tamaños, y el cuarto policía los sacaba para someterlos a un pequeño examen antes de tirarlos al suelo.

—¡Vamos!, ¿qué interés —murmuró Álvarez entre dientes— podría tener Collier en libros? ¿Cualquier libro?

G. W. Collier se levantó de la silla, ajustándose la corbata de lazo. Del labio inferior se sacó un cigarrillo quemado, botándolo al suelo de concreto y pisándolo. Encendió otro cigarrillo y disparó el fósforo quemado hacia un casco de policía al lado de la mesa y se movió hacia el coronel Duroc. El señor Collier caminaba mecido los brazos como boxeador profesional, haciéndolo parecer el relleno de los hombros más macizo de lo que realmente era.

—Mire usted, el de la espinaca —le dijo a Duroc—. Creo que no sé su jergonza. Ahí es donde no es vivo. ¡Idiomas! —dijo con repugnancia—. Jesús, ¿por qué no hablarán todos inglés?

En la cara de Álvarez apareció una fija y amplia sonrisa.

—Una excelente idea, señor Collier —dijo el comandante—. Se la recomiendo insistentemente.

Hubo una pausa como una explosión. Pero Collier permaneció imperturbable y se dirigió a su compañero invisible.

—Aquí tienes a un tipo listo de nuevo —dijo. Cuidadosamente levantó los puños y se inspeccionó ambas manos, el cigarrillo todavía en la boca—. No me puedo molestar con usted, vivo. O desearía no haber nacido jamás.

—¿Por qué no trata de hacerlo?

—Mire usted, el de las espinacas —dijo Collier, volviéndose al coronel Duroc—. ¡No deje que su empleadillo, que habla como un gringo de m..., me enoje demasiado!

—¿Me habló a mí, buen hombre? —le preguntó el coronel, como oliendo algo levemente ofensivo.

—Ya, claro, buen hombre —lo imitó Collier. Triunfante largó lo siguiente—: ¿Que no soy tan bueno como usted?

—No —dijo el coronel.

Collier, que sin duda había esperado un “sí”, una respuesta dada demasiado pronto, no se detuvo.

—Divertido —dijo—, yo me sentía amistoso también, y sólo quería prevenirlo. —Los párpados casi se juntaron—. Si sus empleadillos siguen estropeando mi departamento, le podría éso traer muchas molestias. Muchas molestias; ¿lo pesca? Digo que podría.

Detrás de él, Maureen y Paula habían estado ocupadísimas registrando la cocinilla. Pero Paula se había vuelto a mirarlos. Sacándose el cigarrillo de la boca, Collier apuntó la parte encendida hacia el coronel Duroc. Álvarez, nervioso, no dejó de ver la mirada en la cara de Paula antes que ella se volviera.

—Pero entienda esto —dijo Collier—: quizás si usted salta con un par de cientos, quizás lo olvidaré. No digo que sí, sólo quizás. Está en un gran enredo, amigo.

Las cejas del coronel Duroc se unieron y bajaron.

—¿Ah, sí? ¿Es suyo este departamento? ¿O lo arrienda?

—Amigo, sencillamente no lo sabía.

—¡Oh!, pero yo sé —dijo el coronel—, porque he hablado por teléfono con el dueño de este bloque de departamentos, el señor Jacques Bullier. Usted arrendó este lugar por cable contra reembolso desde Lisboa, hace menos de dos semanas. Usted firmó y devolvió el contrato por correo. Cualquier daño se le cancelará debidamente al dueño, no a usted.

—Bueno, sí, lo arriendo. —Collier casi se sonrió, volviéndose a la boca el

cigarrillo—. Puro negocio, eso es todo. Yo trato de aprovecharme de usted; usted trata de aprovecharse de mí. No hay ningún daño con probar.

—Algunos de nosotros creemos —dijo el coronel Duroc— que hay mucho daño en probar.

—Bien, yo no soy uno de ellos.

—No —dijo el coronel lentamente—, usted no es uno de ellos. —Su tono se alteró—. ¡Ahora vuélvase a su silla y quédese allí!

—Lo creo monísimo también —dijo Collier—. Lo mismo que al tipo listo.

Y echándole el humo en la cara al coronel, se retiró con su paso de boxeador.

Cada vez que Álvarez lo miraba, un buen observador pudiera haberlo visto, se le sobresalían las venitas azules y hinchidas de sangre en la parte superior de la frente. Nadie adivinaba con qué esfuerzo sobrehumano podía permanecer “correcto”. Ahora, enloquecido, empezó a dirigir la búsqueda “él mismo”.

De la sala de baño se oyó un crujido al ser sacado el tapón metálico del desagüe de la tina. A su izquierda, contra la muralla de la cocinilla y la sala de baño, Álvarez vió un sofá con demasiado relleno y con tres cojines de asiento, sobre el cual había un puñado de clavos grandes y chicos, al mismo tiempo que un martillo que no había traído la policía.

El policía de la mesa le había quitado la cobertura, revisado las patas huecas con una sonda de acero largo y delgado, y ahora estaba insertando una clase de microscopio policial por el cual se puede descubrir cualquier arreglo hecho aún en la más pequeña de las maderas sólidas.

—¡No hay nada en la mesa, señor! —informó—. ¡Nada!

—Muy bien —dijo Álvarez—. Empújela contra la muralla del corredor e investigue en este sillón comfortable que está en el frente. En lo que respecta a la luz del techo encima...

Pero, mirando hacia arriba, Álvarez pudo ver que la cúpula de vidrio invertida ya había sido destornillada, dejando a la vista sólo una ampolleta.

—¿Encontraron algo? —dijo Collier desde su rincón, y casi se rió.

Ignorando esto, Álvarez caminó hacia la cornisa de la chimenea. El policía que se había colocado la camisa de lona sucia, junto con un gorro de lona, ahora tenía la cabeza casi dentro del cañón de la chimenea, pero parecía estar mirando hacia arriba con una linterna eléctrica.

Álvarez miró a la muralla encima de la consola, se detuvo y miró con más detención. En el yeso, de un sucio color crema, había un número de hendiduras blanquizas, donde un clavo había sido golpeado suavemente para indicar dónde se colocaría más tarde.

Había... ¡Sí, había una figura! Álvarez, evidentemente desesperado, estudió la muralla con sus ojos cafés rojizos quemantes como el blanco de ellos. De repente chasqueó los dedos y asintió con la cabeza.

Al mismo momento, la sucia gorra y chaqueta de lona del policía se asomaron por

debajo de la chimenea, entre una sacudida y una lluvia de tizne.

—No sirvió —gruñó, escupiendo tizne—. Allá arriba, no muy lejos, muy cerca, hay una parrilla de hierro. Está fija allí. ¡No se puede mover! —El policía, un árabe, parloteaba en rápido castellano, mientras se quitaba la gorra y la chaqueta, reemplazando a la primera por su casco blanco—. Nada podría atravesar esa parrilla.

—¿Y los ladrillos?

—Fijos, comandante. Los probé. Nada estaba escondido por ahí. Vea usted mismo.

Y, como puede admitirse, decía la verdad. Tomando la linterna eléctrica, Álvarez metió la cabeza por dentro de la chimenea, deslizando el rayo de luz de la linterna hacia arriba, y lo supo. Con cara de furioso desengaño, emergió sin tizne y le entregó la linterna al policía árabe.

—¡Muy bien, Abou Awad! Tráigase una escala y nuestro vidrio de aumento más potente. Registren cada pulgada de estas murallas, por si hay cavidades escondidas.

—¡Pero, comandante! —El árabe, muy excitado, charloteaba con entusiasta avidez—. ¿No podemos botar las murallas como nos prometió?

—¡Confía en Alá, amigo mío! —lo calmó Álvarez—. Escucha. Si hay algo escondido, la menor rajadura o grieta lo demostrará. Váyase ahora. ¡Apúrese!

—¿Encontraron algo? —dijo Collier, arrastrando las palabras, y casi se rió de nuevo.

Álvarez se volvió rápidamente a la línea de las enclenques repisas sin pintar. A un lado, ahora caída, había una pequeña hoz, con pasto seco en su hoja. Con respecto a los libros, el hombre que los había examinado había terminado, y estaba desarmando una silla. Dejó muchos de los libros sobre las repisas, pero la mayoría los botó simplemente al suelo. Álvarez leyó todos los títulos con creciente sorpresa. Aunque grandes o chicos, sencillos o decorados, en cada idioma, cada libro era una copia de la Biblia.

—¿Encontraron algo? —preguntó Collier—. Sí, listo; ése es mi trabajo. Soy vendedor de Biblias.

Álvarez cerró los ojos.

—Se sorprendería —dijo Collier—. Los mahometanos educados conocen nuestra Biblia tan bien como nosotros. No se engañe; es el libro de mayor venta en el mundo.

—¿Y, por supuesto, ésa es la razón por la cual usted la lee?

—¿Por qué no? Tengo mis ideales. Amistad, todos contentos, sin guerras..., ese tipo de cosa. Esos son ideales. ¡Los tengo!

Todavía la enorme cara color cera de Collier permanecía inexpresiva entre el pelo rojo y la corbata de lazo a puntitos. Pero había medio terminado su segundo cigarrillo. Se lo sacó de la boca y miró con flojera hacia dónde lanzarlo.

En el medio de la pieza, el primer policía estaba ahora rasgando el sillón confortable con un cuchillo largo y soltándole las patas. El señor G. W. Collier, buscando diversión, tomó el cigarrillo encendido firmemente entre el pulgar y el

segundo dedo. Lo lanzó hacia adelante, derecho y con fuerza, y la punta encendida le pegó al policía en la mejilla. Después rebotó y continuó quemándose acremente sobre la alfombra.

—Bastante bueno —dijo Collier, complacido, dejando entrecerrarse los párpados.

Por un momento el policía permaneció inmóvil, con el casco y la cabeza gachos, asiéndose de los lados del sillón. Se le podían ver los potentes bíceps y las muñecas musculosas apretadas sobresaliendo de las mangas de su camisa caqui. De repente se dió vuelta hacia Collier.

—*Ce fils de putain!* —vociferó—. *Tapette! Cul de macquereau! Espèce de...*

Álvarez estuvo instantáneamente a su lado. El brazo izquierdo del comandante se cruzó contra el pecho del hombre, conteniendo apenas esa masa demoledora.

—*Doucement, mon vieux* —murmuró, y susurró unas pocas palabras en un costado del casco de su compañero. Los ojos del policía fulguraron y desistió.

—¡Jesús, otra rudeza! —bramó Collier—. Si sólo fueran buenos, ¡pero cómo van a ser buenos!

La voz temblorosa de Paula Bentley se elevó como si pudiera calmar esta peligrosa atmósfera, llamando desde el otro lado de la pieza.

—Lo siento, Juan —dijo ella—; pero no hay una sola cosa escondida en esta cocinilla.

Mientras Álvarez atravesaba hacia ellas, Maureen Holmes vió en su rostro el comienzo de una duda congelándose en desaliento. Aunque algo más le sostenía y le animaba: también pudo ver eso.

—Un momento, por favor —dijo Álvarez, asintiendo—. Esto que ustedes llaman cocinilla se ve como si no hubiera sido nunca tocado.

—Eso es porque repusimos todo cuidadosamente —dijo Paula, arreglando un lado de su pelo con el exterior de una mano muy sucia—. Ustedes, los hombres, sencillamente, tiran todo sobre el suelo.

—Es verdad —reafirmó Maureen. Ella le habría tocado un brazo, pero sus manos estaban también sucias y, como una resultante, ella se sentía completamente sucia—. Hace años, yo tenía una igual que ésta. ¡Miren! Hay un hornito eléctrico, un pequeño refrigerador bajo el lavaplatos, y en cada lado, bandejas para la porcelana y para los tarros de la harina, el azúcar y lo demás. No hay comida, aquí no hay nada escondido. Hemos tanteado las paredes; no hay grietas ni bandejas secretas. No hay siquiera un ventilador para el vapor o el humo, aunque se supone que debería haber uno.

—¿Encuentran algo? —preguntó Collier.

El coronel Duroc, que había estado de pie cerca del grupo en la cocinilla, tenía la cara blanca salpicada de nerviosidad cercana al colapso.

—Debemos encontrarlos —continuaba murmurando—. Debemos.

Ahora la búsqueda se acercaba rápidamente a su fin, aunque para los nervios de Paula cada segundo parecía un minuto, y cada minuto, una hora. Cada pieza del amoblado fué hecha pedazos; el sofá fué desmantelado y examinado. El agente de

policía Abou Awad volaba alrededor con su escala, escrutando cada pulgada de las murallas y luego del cielo. El policía español, desde el baño, enrolló la alfombra y se precipitó sobre un piso de sólido concreto.

Álvarez, sabiendo escasamente lo que hacía, pateaba salvajemente cartones quemados y restos de cenizas; pateó los morrillos y casi pateó una Biblia. El coronel Duroc permanecía con su cabeza vuelta. Maureen, descubriendo con alegría que el tanque del agua caliente funcionaba en la cocinilla, se lavó las manos con Paula; no tenían jabón, pero había una toalla puesta en rollo. De nuevo ambas se sintieron limpias..., pero, por este mero hecho, más miserables.

Lentamente, un silencio de corazones y de mentes tanto como de martillazos se hizo en la pieza.

Fué el policía español, el primero que buscó en el baño, el que reveló el sentimiento de la mayoría.

—Comandante —dijo en francés—, en el baño ese lavatorio no encaja; la cadena al flotador del estanque no ha sido usada por semanas o meses; está rota y aun corroída. Nada hay escondido en el desagüe de la tina o en el excusado. Nada escondido en ninguna parte.

Las voces se elevaron en muchos lenguajes.

—O escondido en las murallas, o en el piso, o en el cielo, ¡por Alá!

—O en la chimenea, su hogar, o en la tierra.

—O en alguna pieza del amoblado, o en la más insignificante baratija.

—O en la cocinilla, por favor, créame.

—O enviado fuera de esta pieza. Todas las ventanas, la única puerta, están resguardadas y vigiladas.

—Esas cosas se han esfumado.

Por segunda vez, Paula, en aquel día, sintió que en un momento estaría físicamente enferma. Maureen, la más alta y delgada de las dos, pasó su brazo alrededor de la cintura de Paula.

—¡Un momentito! —gritó el coronel Duroc, con la cara pálida—. Ustedes han buscado en todas partes, no lo niego. Pero hay un solo lugar que no han investigado. Esa es la silla en la cual este hombre Collier ha estado sentado todo este tiempo.

Collier, que había estado encendiendo aún otro cigarrillo, elevó sus nublados ojos. Parecía pensar, tras una débil levantada del labio, si debería seguir molestando a este viejo achacoso algo más. En vez de ello, suspiró, se levantó y se movió a un lado.

—Es toda tuya, espinaca —dijo, elevando sus gruesos hombros—. Regístrala. Si encuentras que he estado sentado en un montón de diamantes o en una caja de hierro de dos pies de largo, sé bueno y dímelo. ¿Eh?

Los tres policías, con cuchillo, herramientas de tapicería y un microscopio, volaron hacia la silla. El tiempo parecía no tener fin. La tensión nerviosa creció tanto, que Maureen apretó una mano sobre la boca de Paula.

Al último la silla, totalmente destripada y cuidadosamente examinada, yacía sobre

su espalda, y no había nada.

Por último Collier condescendió en reírse fuerte, cuando vió la cara de Álvarez.
—Estás derrotado, listo —gruñó—; no me has encontrado nada, y tú lo sabes.

CAPÍTULO IX

Y entonces, con negro desaliento, cuando todos menos uno estaban listos para ceder ante la derrota, el ambiente se alteró sutilmente y la suerte comenzó a fluir en otra dirección.

Después todos argumentaron sobre este cambio de atmósfera. Pero Maureen lo sabía. La encerrada pieza, con todos sus desmembrados muebles atracados a las murallas, estaba medio sofocante porque sus ventanas estaban cerradas y cerradas también estaban las persianas rojas. La pieza era un espacio abierto y de sucio piso de concreto.

Pero Maureen, de quien la totalidad de sus pensamientos estaban concentrados en Álvarez, vió que esa atmósfera venía de él. Juan Álvarez, en su ordenado y ajustado uniforme que hacía resaltar la anchura de sus hombros, se paró en medio de este espacio despejado.

Y Maureen, que tenía un brazo alrededor de la cintura de Paula, sintió su imperceptible sobresalto. Por la primera vez desde que Paula y Álvarez hablan estado en la puerta de este departamento, Paula oyó al comandante dejar salir toda la potencia de su voz.

—Yo no estoy del todo convencido de eso, señor Collier —dijo el comandante—. Tonto. No hemos ni siquiera comenzado a mostrar nuestra...

Silencio mortal.

El policía árabe silbó. Collier, recostado contra la pared cerca de una de las persianas rojas, el papel de su cigarrillo pegado a su labio superior, sencillamente echó el humo afuera.

—Todavía no lo pescas, mono sabio. Y no puede ser molestado con tus sapos por mucho tiempo. Yo tengo negocios. Tengo que salir...

La voz del coronel Duroc, ahora fría y calmada, interrumpió.

—No le será permitido salir de aquí —dijo.

—¿Así es que no? —preguntó Collier suavemente, elevando sus cejas y masticando el humo—. Así habrá bastante boché en la legación cuando yo lo derrame. Hagan lo que quieran.

Álvarez esbozó un gesto, el cuál hizo detenerse aún a su coronel.

—¿Es usted un hombre de apuestas, señor Collier? —preguntó en inglés y con una voz que parecía ser inspirada por él demonio—. Si es así, yo aceptaré cualquier cantidad que usted se moleste en ofrecer, que dentro de quince minutos tendremos evidencias suficientes para llevárnoslo con esposas.

Hubo un zumbido entre los policías, que estaban obligados a saber francés,

español y árabe, pero no inglés. Uno qué evidentemente sabía un poquito de este último lenguaje estaba siseando una explicación. Collier miró únicamente cansado. Y él coronel Duroc, recatadamente, tiró de la manga del comandante.

—¡Álvarez!

—¿Sí, señor?

—Una palabra al margen con usted. Venga a este desmembrado sofá cerca de la puerta del baño.

Murmuraron una conversación en francés y no llevaron a otra persona consigo.

—¿Álvarez, es éste un engaño?

—No, señor. Yo nunca farsanteo; ¡desprecio a aquellos que lo hacen!

—Usted sería un mal estratega en la guerra, Alvarez.

—De eso estoy prevenido —dijo Álvarez, que podía sentir humildad como sólo los elevados de espíritu pueden hacerlo—. Es uno de mis principios imbéciles, señor. Yo probaría por el resto de mi vida que no soy un estúpido. ¿Puedo explicarle?

Álvarez no podía ver claramente que en su interior Duroc hervía de rabia. En la mente del coronel era más amarga que la mala conducta de Álvarez la noche anterior, su saludo a Maureen esta mañana, y lo más amargo de todo era la esfumación de los diamantes ahora, de lo cual también culpaba a Álvarez. El coronel Duroc no era el mismo. Aunque retenía algo de su suavidad externa, su mente se había obscurecido.

—Continúe, Álvarez —dijo hoscamente.

—Yo no estaba presente en la conferencia entre usted y Sir Henry Merrivale en la terraza de su casa...

—¡Ah! ¡Si yo pudiera poner mis manos en aquella bella durmiente!

—Esta conferencia duró desde temprano en la tarde hasta las siete de la noche. Entonces usted, Sir Henry Merrivale y la señorita Holmes bajaron de la Vieja Montaña, y se detuvieron brevemente a verme en la Estación Central para decirme lo que habían decidido.

—¿Sí, sí? ¿Y qué tiene que ver esto con nuestra oveja?

—Perdón, señor, ustedes hablan decidido que este hombre Collier, un cortador de diamantes, era el cómplice de Cofre de Hierro y que Cofre de Hierro se deslizaba invisiblemente de la escena. Señor, señor —imploró Álvarez—, sus deducciones eran admirables y tenían un sonido veraz...

—Nos halaga usted a ambos —murmuró el coronel—. ¿También es práctico, tal vez, desde que Sir Henry Merrivale previó el atentado de robo a Bernstein y Cía. anoche?

Álvarez tragó duro.

—Es cierto, señor, pero sus principales deducciones, las que humildemente respeto, deben permanecer siendo suposiciones y no hechos. Ambos, usted y Sir Henry Merrivale, son muy aficionados a jugar al juego del inteligente contra el superinteligente, del superinteligente contra el supremo inteligente, como piensan que Cofre de Hierro lo hará con ustedes. Pero ello viene a ser demasiado comprometedor.

—Ciertamente —dijo el coronel con llaneza.

—En mi humilde opinión —suplicó Álvarez—, y como usted dijo hace un instante, es lo obvio lo que no vemos. Yo creo que este Collier es Cofre de Hierro mismo, que no hay una segunda persona. Usando pura osadía, siempre su arma pasó derecho a través de nuestra inmigración y aduanas como lo hizo en Lisboa. Señor, ¿me es permitido prenderlo?

Aunque Duroc no habló más lacónicamente, su interior se hizo más negro.

—Usted puede hacerlo —dijo él—. Pero mi cargo es tanto administrativo como diplomático. Si usted comete un solo error...

—Gracias, señor —dijo Álvarez, y giró sobre sus talones.

Los policías, murmurando y gesticulando, estaban ahora alineados en una larga fila cruzando la chimenea, Paula y Maureen, por algún impulso comúnmente compartido, permanecían con sus espaldas hacia el lavaplatos de la cocinilla. Las pisadas de Álvarez resonaron fuertemente en el concreto al atravesar hacia el medio de la sala.

—Si yo hablo en inglés —dijo claramente—, es porque quiero. —Asintió dirigiéndose hacia Collier, sin referirse a él—. Comprenda claramente cada palabra que diga. —Ahora miró a la gruesa figura del terno blanquizco—. Señor Collier —añadió agradablemente—, mucho depende todo de ciertas preguntas que me gustaría hacerle. ¿Respondería usted a esas preguntas?

Todavía reclinado contra la muralla, Collier volvió su cabeza y en su modo cansado dejó caer el humo de su boca.

—¿Cuán tonto puede ser usted? —preguntó refiriéndose a sí mismo—. ¿Diría yo algo sin un abogado aquí? Apaléalo, mono sabio.

—Podría recordarle —dijo Álvarez agradablemente— que usted no ha cargado aún con ninguna ofensa, mucho menos detenido usted no necesita un abogado.

Collier no se dignó contestar.

—Bien, es su derecho —concedió Álvarez, aún agradablemente. Se alejó un paso y entonces giró—. Pero es interesante —añadió— confirmar mi opinión general de usted. Usted no es más que un gordo cobarde sin el valor necesario para contestar preguntas cuando no está protegido.

Y eso lo rompió.

Un grito de puro éxtasis surgió de un policía que entendía inglés.

Collier se volvió, rompiendo el cigarrillo de su labio y lanzándolo lejos. Lentamente, en su lenta pero truculenta manera de andar de boxeador, se movió y enrostró a Álvarez en el lugar despejado.

Maureen, más sensible que la muchacha inglesa, sintió que no podía soportar esa tensión mucho más. Pero Paula no. Paula permaneció derecha, la cara un poco ruborizada, fría, casi ansiosa, los ojos calmos apreciando a Álvarez y a Collier.

—¡Mira ahora! —vociferó Collier—. Haz otra grieta como ésa...

—¿Sí? —se apresuró Álvarez, elevando sus cejas políticamente y viéndose aun

más agradable.

—Me duele tener que herirte, hijito —dijo Collier con languidez—; justamente te revuelco por todo este piso.

—Pero yo creía que usted no podía ser molestado. Sería desagradable para mí —sonrió Álvarez sedosamente— si usted me dañara.

—Sí, seguro; ahora lo estás pescando. —El gesto en la larga cara de Collier parecía menos pronunciado—. Solamente no me pongas espinudo, te lo advierto. ¡Ahora mira! ¿Tú piensas que yo nunca he estado por ahí? ¿Tú piensas que yo nunca estuve en el banquillo de los testigos?

—Muy a menudo, me imagino.

—Y no estés bromeando, tampoco. Me envían sus expertos abogados contra mí, y yo los amarro en nudos. ¡Eso te mataría! ¿Tienes algunas preguntas para mí? Bien, mono sabio. Di. Las responderé.

—Gracias —dijo Álvarez.

Señaló la copia de Maureen de la “Gaceta”, todavía en la mano del coronel.

—¿Puede negar —preguntó Álvarez, con una voz ligeramente diferente— que fué usted el que puso este aviso, acerca de arrendar este departamento, en la “Gaceta” de Tánger ayer?

—Compañero, no sabría. Y usted no podría probar nada.

—¿No? —dijo Álvarez, sacando instantáneamente nuevos documentos—. Usted lo envió al diario hace tres días, por cable y orden de dinero, cuando ordenó este departamento desde la oficina principal de los señores Cook en Lisboa. Usted pidió que el aviso apareciera ayer. Cuando fué interrogado ayer en el aeropuerto, por supuesto, se le fotografió secretamente. Anoche se envió una radiofoto a Lisboa. Esta mañana llegó un cable: el que “levantó el cable” lo identifica como el hombre que envió el aviso a la “Gaceta”. ¿Niega usted esto?

Otra vez Collier lo miró con una media sonrisa.

—Así yo me consiga una pieza en el Hotel Riff. Teniendo ambas, ¿ves?, así yo quiero subarrendar el departamento. —Los pálidos ojos de Collier se abrieron desmesuradamente, en una simulación de real interés—. Diga, consejero, ¿es alguna de esas cosas un crimen?

—Este departamento era una trampa. ¿A cuál de estas dos jóvenes trató usted de atrapar: a la señora Bentley o a la señorita Holmes?

Collier inclinó su cabeza a un lado.

—¿Has dejado de blufear en póquer? —se mofó— Ahora, ¿qué clase de pregunta es ésa? Un juez saltaría sobre ella. Mejor me dejas ayudarte, mono sabio.

—Yo le pregunto...

—Mira. ¿Tú quieres saber de las damas? Yo nunca he visto a ninguna de ellas antes. Traté de atrapar a alguna de ellas. Apaléalo. Ellas trataron de meterse; una de ellas se metió; y yo traté de mantenerla afuera.

Collier elevó su mano, y también su acolchado hombro, para anticipar sus

objeciones.

—¿Así es que quieres hablar de diamantes y de cofres de hierro? —Ahora las ventanillas de la nariz se dilataron—. ¿Y qué? ¿Los encontraste? ¿Encontraste lo que un tornillo grueso te dejó? ¡No me hagas reír! No has encontrado nada en mí, y tú lo sabes.

El corazón de Maureen Holmes se hundió. El interrogatorio, parecía haber ido mal para Álvarez. En el fondo, sin movimiento, sin decir una palabra, estaba el coronel Duroc.

—Sí, qué mal abogado habrías hecho —se mofó Collier—. Te habría roto en nudos, ¿no? Como te dije. Por qué, y aun este cable... —y estiró su mano casualmente.

—¡No toques esos papeles, cerdo!

Entonces el tono de la voz de Collier se elevó.

—¿Así es que quieres pelea, mono sabio?

—Sí —rugió Álvarez. Instantáneamente su pesada voz se hundió en un político y suave gruñido—. Pero no antes que me haya respondido a otra pregunta, señor Collier.

En dos segundos algo estallaría. Y todos lo sabían.

A pesar de su cara lánguida, Collier tiritaba de ira. Álvarez estaba controlado, excepto que ocasionalmente había perdido hombrera en su delgado y ajustado uniforme. Paula Bentley, sin hacer ruido con sus sandalias aun en un piso arenoso, se cambió a una posición contra la muralla del corredor, de modo que podía ver a los dos hombres de perfil. Más atrás de ellos permanecía la línea de policías.

—Así es que el pobre sapo quiere otra pregunta —dijo Collier a un invisible compañero—. ¿No he hecho lo suficiente por ayudarlo? Pero sea, mono sabio. Di.

—¿Cuál es su nacionalidad, señor Collier?

Collier pareció quedar atónito.

—¿No te lo dije? —dijo, sacando pecho—. Soy un ciudadano americano.

—¡Eh!..., ¿naturalizado, por supuesto?

Collier retrocedió un paso, mientras Álvarez alejaba los documentos.

—Ahora, *palsy-walsy*, se pone gracioso. ¿Qué estás tratando de meterme, *palsy-walsy*? ¿Qué es este boche de ser naturalizado? ¿Por qué?

—Porque usted no es como cualquier real americano que yo haya conocido —dijo Álvarez—. Y yo he conocido muchos. Usted es la pantomima despachurrada de un americano, que nosotros encontramos como regla sólo en las películas y en las comedias baratas... ¿Puedo ver su pasaporte, por favor?

—¿Ahora supongamos —dijo Collier, inclinando su cabeza a un lado— que yo no quiera ser molestado para mostrarte mi pasaporte?

—Entonces, desgraciadamente —sonrió Álvarez—, lo tomaré de usted...

Álvarez se imaginó sin duda que mantenía una cara correcta y agradable. Pero tal vez no estaba consciente de una cosa y que no podía controlar; su expresión de

desdén puro.

—Puede ser divertido, en cierto sentido —dijo lentamente Collier, con su cabeza todavía ladeada—. Sí, eso es, puede que sea divertido. Pero yo no puedo gustar de la cara de tu sartén, ¿ves? No me gusta ser mirado como si yo fuera muge.

Álvarez estaba confundido.

—¿Pero qué otra cosa eres? —preguntó con obvia y genuina sorpresa.

Silencio mortal.

Entonces la sangre afluyó a la cara de Collier, y todos sus lánguidos aires volaron lejos. Con los puños apretados, balanceándose ligeramente, disparó un recto y duro izquierdo a la cara de Álvarez.

Todo el júbilo del cielo brilló en los ojos del comandante.

Evitando el golpe desdeñosamente, Álvarez contraatacó con una derecha cruzada y asesina al mentón de Collier. Instantáneamente, con juego de pies demasiado rápido para ser visto, Álvarez envió un gancho de izquierda (su arma más mortífera), aún más duro, al otro lado de la mandíbula de Collier. Los dos disparos parecieron llegar casi juntos, como tajos en la carne.

—¡Oh, bien hecho! —saltó Paula incontroladamente— ¡Bellamente hecho!

Desde los policías llegaron un rugido y una estampida de júbilo.

Álvarez no echó a su oponente completamente al suelo, por supuesto. Con un peleador experimentado como Collier, lo que al menos parecía ser, eso no es fácil.

Pero el comandante casi lo hizo. Mientras ante el gancho de izquierda retrocedía, una película como un vacío se corría sobre los ojos de Collier. Retrocedió cuatro pasos a la derecha, trató salvajemente de quietarse, de caer hacia la izquierda, y con la mano derecha sujetándose, cayó entonces instintivamente sobre su rodilla derecha, contra el concreto, con la cabeza gacha.

Nadie se movió o habló. Álvarez, que podía haberse dañado malamente sus enguantadas manos, no había sufrido daños, simplemente esperaba, los brazos caídos a los lados. El coronel Duroc abrió su boca para hablar, pero, pensándolo diferentemente, permaneció en silencio.

Collier permaneció arrodillado, con la cabeza gacha, hasta que un árbitro hubiera contado ocho y quizás justo en el momento en que pronunciara la palabra nueve.

Entonces su pesado cuerpo rebotó y la película se clarificó en sus ojos. Aunque sus mandíbulas tenían marcas enrojecidas, las que se comenzaban a hinchar y deben haber dañado como si fueran dientes envenenados, Collier no mostró menosprecio en su palabra. La mofa casual estaba todavía en su cara. Descuidadamente, metiendo sus manos en sus bolsillos, como si no pudiera ser molestado con más pelea, se adelantó lentamente. Sus ojos pálidos, bajó sus caídas cejas, daban la impresión de que era él quien había derribado a Álvarez por la cuenta de nueve.

—Ya lo pesco —dijo a Álvarez—. Tú boxeas. Fantasías dé Dan. Yo no; yo peleo. Si alguna vez nos enredamos más largo —y su labio superior sé Curvó desdeñosamente—, recuerda que yo me mantengo viniendo, me mantengo viniendo,

hasta que pego un golpe. ¿Y qué será de ti? Una tripa. Eso es.

El policía que entendía inglés se fió con mucho escarnio.

Un fierro de la chimenea se cayó con un golpe en las baldosas de tierra.

Álvarez, castañeteando sus dedos, miró a Collier, diciendo:

—¿Puedo ver su pasaporte, por favor?

Momentáneamente Collier dudó.

—¿Por qué no? —Y se encogió de hombros—. Ya tomaron el número en el aeropuerto. No es despellejo mío. Y tú quieres tomar el número otra vez. —Sacando el pasaporte verde de dentro de su bolsillo, Collier se lo tiró a Álvarez, quien lo cogió limpiamente—. ¿Qué hay de malo con ser naturalizado? —demandó Collier.

—Nada, sea lo que fuere, si usted es un crédito para su país de adopción... ¡Ah!, aquí lo tenemos —dijo Álvarez—. Lugar de nacimiento: Moscú, Rusia. Fecha de nacimiento... —Álvarez se detuvo, pasando pensativamente un dedo enguantado sobre el pasaporte—. Era naturalizado, veo, en la fecha más temprana que permite la ley americana. Aun dentro de aquel tiempo, él no habría podido aprender un lenguaje callejero tan fluido en los Estados Unidos. Su lenguaje ordinario también lo habría encontrado en otra parte. —La cara de Álvarez mostró desfalleciente disgusto—. Moscú, Rusia —añadió, con disgusto más profundo.

—¿Y qué? —dijo Collier—. ¿Así es que ahora tengo que probar que no soy comunista?

—No. Su política no es de mi incumbencia ni de nadie.

—Buena cosa, amorcito. Yo no podría ayudarte, ¿ves? Eres demasiado tonto para contestar las respuestas correctas.

—¿Piensa usted eso? —murmuró Álvarez, casi con simpatía y piedad—. Pobre simple.

Entonces Álvarez se dió vuelta hacia el coronel, que todavía estaba parado en silencio. El comandante señaló la muralla sobre la chimenea.

—¡Coronel Duroc! —continuó en inglés—. ¿No dudo de que usted observó las pequeñas marcas de los hoyos de clavos, dispuestos en forma de colgar aquí algo, sobre la chimenea?

El coronel, casi adusto, se limitó a asentir cortésmente.

—¡Bueno! —dijo Álvarez.

Caminó sobre el desmañado sofá que estaba entre la cocinilla y la puerta del baño. De allí levantó el martillo que no había sido traído por la policía. No era un martillo de orejas, sino uno de maquinista. Mientras los policías apartaban todo alrededor de la chimenea, Álvarez retrocedió y agarró la hoz de jardín del lado de las bandejas de libros.

Con un instrumento en cada mano, los levantó y los cruzó contra la pared con tal salvajismo que los pedazos de yeso saltaron.

Sin embargo, cuando los cruzó un poquito, ellos calzaban exactamente con las pequeñas huellas de los clavos. El martillo y la hoz sobresalían de la tosca pared.

Sosteniéndolos allí sólo lo suficiente para que todos los vieran, Álvarez tiró el martillo y la hoz de la chimenea.

—Señor —otra vez se dirigió al coronel Duroc—. Hay varias indicaciones más de las extrañas creencias de este Collier. Por ejemplo, si usted mirara a...

—¡Comandante Álvarez! —interrumpió agudamente el coronel.

—¿Señor?

El coronel Duroc también habló en inglés. Pero su voz tenía un extraño sonido: era fría, dura, aun con una ahogada cualidad. Aunque él pronunció cada sílaba cuidadosamente, parecía tener dificultades al hablar.

—Todo esto —dijo él— no tiene relación con nuestro asunto. —Indicó hacia Collier—. Este... caballero es el ciudadano naturalizado de una potencia amiga...

—Señor, ¡los americanos sólo se reirán de él! Déjelos hablarles sólo un minuto, y lo conocerán por la farsa y el indudable fulero que es.

—¡Yo no me referí a los americanos, comandante!

—Seguramente, coronel —preguntó el atónito Álvarez—, ¿usted no se refiere a nuestros insectos soviéticos?

—La Unión Soviética —dijo Duroc con una voz feroz— es una potencia amiga, un signatario de nuestro tratado internacional, parte del gobierno que servimos. Nunca más usará ese término insultante, o cualquier término insultante. ¿Comprendido?

Álvarez se inclinó ligeramente.

—Yo entiendo los modales diplomáticos, señor.

—Basta de sus sarcasmos infantiles, comandante:

—Yo también comprendo —dijo Álvarez— que en su corazón usted sabe, como yo, que este hombre Collier se ha sumado a los altos ideales y sinceros métodos de la... Unión Soviética.

Paula Bentley miró hacia Maureen, que estaba al lado del lavaplatos en la cocinilla. Sus ojos azules oscuros estaban tan asombrados como los verdes. Collier, que a los ojos del coronel había sido “este camello” y otros insultos franceses, ahora era “esté caballero”. Aunque ambas, Paula y Maureen, podían entender la diplomática conducta del comisionado de policía en Tánger, estaban asombradas por su contenida ira.

—Aun más —espetó el coronel Duroc, ojeando su reloj—, usted prometió producir la evidencia, dentro de quince minutos, de la culpabilidad, del señor Collier, de robo o tentativa de asesinato. Usted no ha hecho eso y su tiempo corre. ¿Bien?

—¡Ah!, la evidencia —dijo Álvarez, castañeteando sus dedos como si hubiera olvidado algo. Después de lo cual se puso muy tieso y formal—. Con su permiso, coronel, voy ahora a producir la evidencia... ¡Señora Bentley!

—¿Sí, Juan? —respondió Paula, en su más suave y dulce voz.

Paula avanzó, con su barbilla mantenida en alto, en una posición descuidada. Su vestido azul oscuro ceñido trajo a los ojos de los policías no sólo un destello de

simpatía, sino algunos otros más fuertes sentimientos. Pero Paula veía claramente la verdad en su mente, y sabía lo que debía hacer.

—Señora Bentley —comenzó Álvarez suavemente, enfrentándola con la chimenea—. No deseo de ningún modo molestar o contrariar a usted...

—¡Oh no! —rió Paula—. ¡Realmente no lo hará usted!

—Gracias. —Álvarez indicó hacia Collier, que se había vuelto para encararla—. ¿Querría mirar usted a este hombre, por favor?

Esta vez Paula se entrecortó, pero no con un punzazo de temor, sino simplemente de repulsión al ver al indomable Collier con su cara despectiva y sus pulgares engarfiados en su cinturón.

—Cuando usted y yo vinimos a este departamento, señora Bentley, me pareció que usted varias veces lo miró como preguntándose dónde lo había visto antes. ¿Es correcto eso?

—Lo es, Juan..., comandante —dijo Paula. Sintiendo lo mortal bajo esta formalidad, Paula puso su voz casi relamida.

—Observe que, en presencia de testigos, no trató de sugerirle algo a usted o poner las palabras en su boca. ¿Pasó algo más tarde?

—¡Oh, sí!

—¿Qué fué?

—Recordé clara y definitivamente dónde lo había visto antes.

Álvarez, como un astuto abogado acusador ante un formidable juez, se retuvo cuidadosamente de conducir a su testigo.

—¿Explicará eso, señora Bentley?

—En su mayor parte fué un gesto.

—Continúe, por favor.

La pieza, en silencio absoluto, excepto por estas voces, estaba sofocante y calurosa al aproximarse el sol al mediodía. Paula no sintió humedad en el cuerpo, excepto una pulsación en alguna parte.

—La señorita Holmes y yo —continuó— estábamos paradas mirando a la cocinilla. Usted y el coronel Duroc estaban de espaldas a nosotras; mirando hacia esa otra puerta, cuando ese hombre —inclinó la cabeza hacia Collier—, con un cigarrillo en la boca...

—¿Sí, señora Bentley?

—Yo me di vuelta —dijo Paula—. Mientras usted hablaba, miré a ese hombre. Se retiró el extremo del cigarrillo de la boca y apuntó la punta encendida hacia el coronel Duroc con un gesto muy curioso, algo así. —Ella extendió su brazo y su muñeca, volviéndolos en parte hacia arriba con un movimiento serpenteante—. Ahí fué cuando recordé todo, aun su cara.

—¡Explique eso, por favor!

—Era el movimiento de su mano pistolera —dijo Paula—, cuando surgió por sobre el cofre de hierro y me disparó dos tiros anoche. Estaba sólo a cuatro pies de

distancia. Había un farol no lejos de su cara, y ahora puedo recordar ésta claramente. Tenía un sombrero puesto, ocultándole ese pelo rojo. Y esas hombreras inmundas sobre los hombros son engañosas, aunque él llevaba un traje liviano. Pero le conozco la cara. Aunque sea Cofre de Hierro o no, ése es el hombre que trató de robar a Bernstein y Compañía anoche.

El coronel Duroc abrió y cerró la boca. Álvarez se volvió hacia el coronel. Los demás permanecieron ocultos mientras un policía susurraba suavemente la traducción.

—¿Necesitamos más pruebas que esta identificación, coronel? —preguntó Álvarez.

Otra vez la carraspeante voz de tenor de Collier se elevó.

—¡Vaya, putilla mentirosa! —gritó—. ¡Le cortaré el cogote a la vagabunda por esto!

Álvarez, volviéndose hacia él, se sacó el guante de la mano izquierda con su mano derecha. Con toda la fuerza del brazo le azotó la mejilla izquierda a Collier con el guante, y en seguida la mejilla derecha. Lo hizo tan rápido que el guante estaba de vuelta en su mano izquierda antes que alguien pudiera seguir su movimiento.

—Aunque eres sólo un gordinflón cobarde —dijo Álvarez en voz alta—, ¿te hará pelear eso?

Collier, que no era gordo por cierto y que posiblemente no era cobarde, se irguió nuevamente para lanzar su izquierda. Sólo en los felices ojos de Álvarez se veía que tenía la intención de lanzarse al cuerpo, izquierda y derecha, con una serie de ametrallantes puñetazos a la barriga.

Pero ambos hombres fueron detenidos, rígidos, por lo que era en sobria realidad una voz terrible:

—¡Comandante! *Assez! Assez je dis! Venez ici!*

Pocos aún recordaban cómo el coronel Duroc, hacía menos de una década, podía usar esa voz o el poder de sus ojos para apaciguar a sus salvajes guerrillas belgas.

Se volvió Álvarez y caminó hacia él. El pequeño coronel estaba parado con los pies bien abiertos, la túnica del uniforme hacia afuera y las manos entrelazadas a su espalda. Paula y Maureen, recordando al Duroc amable y sonriente, que les cerraba el ojo y las regañaba, estaban más asombradas que nunca. El instinto de ellas era exacto. Porque el coronel Duroc, sobre quien se había amontonado desgracia sobre desgracia (todas de un modo parecido concentrábanse en Álvarez), casi no estaba en sus cinco sentidos.

—Comandante —le dijo—, una vez más hable en inglés para que no nos entiendan nuestros hombres —olvidó a uno de los policías—. Déjeme ahora rendirle juicio. Su prueba de identificación puede y, en mi opinión, no puede ser de valor en una Corte de Justicia...

—¡Coronel, eso es absurdo! —dijo Paula Bentley.

El pequeño coronel le dió una mirada, pero se dirigió a Álvarez.

—Consideremos su registro, Álvarez. Anoche ha cometido la ofensa más seria que se puede conocer, al departamento de policía. Cuando debería haber estado de turno, cuando quizás hubiera podido usted mismo haber pillado a un criminal peligroso, *étant noir...*, es decir, estaba usted totalmente borracho e incapaz. Aun anoche pensé en que solamente se le amonestara o se le despidiera de un cargo en el cual usted no es capaz.

—¡Coronel, usted debe saber que le pido mil perdones por eso! No ofrezco ninguna disculpa. Yo sólo...

—No quiero sus disculpas —dijo severamente el coronel Duroc—. ¿De qué sirven? ¡Guárdelas! Pero llegó hoy día a ofensas igualmente serias. No hable. Hablaré yo.

”Bueno, dejen de lado los asuntos pequeños, cuando usted y..., y el señor Collier cambiaron golpes. Él es el agresor. Usted hizo bien al devolverle el golpe. ¿Pero qué hizo usted en seguida? En presencia de testigos, como le he dicho, insulta a una potencia amiga de nuestro gobierno. Y por último...

El aliento rechiflaba por las narices de Duroc. Sus uñas, en las manos apretadas detrás de la espalda, sacaron sangre de la carne. Ni un alma se atrevió a hablar.

—¡Por último, comandante!, porque está usted irritado, tuvo que quitarse el guante y golpearle la cara a este hombre, incitándolo a pelear. ¿Por qué? Porque usted cree que puede dejarlo convertido en gelatina. *Merde, alors!* Usted no ve, ¿no? Ahora le da la oportunidad de decirles a todos que la policía de Tánger usa los métodos que llaman de tercer grado. Esto no es verdad... ¡Déjeles tales cosas a los árabes de Mendeubia! Y bien lo sabe. ¡Muy bien! ¡Si desea permanecer en mi servicio, en cualquiera especialidad, ahora le doy su orden!

Con lo cual perdió la cabeza por completo. Señaló a Collier:

—¡Usted le pedirá públicamente perdón a este hombre, ahora! ¡Y por completo! Collier estaba casi triunfante. Surgió su risa alta y despreciativa.

—Mejor que escuche al coronel, mono sabio —dijo—. Él es el McCoy. Y arrástrese, sabio. Eso es lo que quiero ver. ¡Arrástrese!

Álvarez, con los hombros echados hacia atrás, miró derecho hacia abajo con los ojos inyectados al coronel Duroc.

—¿Lo dice en serio, coronel?

—Usted verá, comandante, lo serio que estoy.

Álvarez, en el ofuscamiento de un hombre que no puede creer a sus oídos, se volvió lentamente, y aún con vaga insistencia señaló a Collier.

—¿Pedirle perdón a eso? —preguntó, aun sorprendido.

—¡Obedezca mi orden, comandante!

Álvarez se volvió bruscamente.

—Discúlpeme por un momento, coronel —dijo rápidamente.

Volviéndole la espalda al coronel, Álvarez caminó con retumbantes pasos hacia la muralla del corredor, cerca del punto en que Paula estaba parada. Empujada contra la

muralla estaba la mesa grande de caoba, ahora con sólo tres patas en su lugar y con la cubierta puesta en forma a la ligera como una tapa.

Pero en el suelo a su alrededor todavía quedaban algunas hojas de papel de escribir. Pescando una, la trató de balancear sobre la cubierta insegura de la mesa. Sacó una lapicera fuente y escribió rápida pero inseguramente varias líneas, antes que la voz de Duroc otra vez atravesara la pieza:

—¡Álvarez, qué diablos está haciendo usted!

Álvarez firmó, sopló sobre el papel y lo sacudió en el aire para secar la tinta. Marchó de vuelta y le entregó el papel a Duroc.

—Es mi renuncia al departamento de policía, coronel —dijo—, para hacerla efectiva inmediatamente. ¿La encuentra en Orden, espero?

—Muy en orden —contestó el coronel Duroc, tomando el papel y revisándolo con la vista. Lo dobló y se lo puso en el bolsillo del pantalón—. Puede haber trámites, pero los obviaré.

—Gracias, coronel. ¡Y ahora!...

Y ahora estalló el clamor más fuerte que se había oído hasta el momento en la pieza de las persianas rojas. Ya había existido un zumbido como de avispas emergiendo, mientras un policía les explicaba el asunto a los otros. Paula, con un grito de protesta, atravesó corriendo la pieza y le tomó la mano izquierda al coronel. Maureen corrió desde la cocinilla y le tomó la mano derecha.

—Coronel —le dijo Paula—, está portándose como un niño lesa. —Su voz suave se tornó más suave y engatusadora—. ¿Qué es lo que le pasa, *mon cher*? Si lo besara ahora, probablemente me pegaría. Pero, ¿qué le ha sucedido a la persona amable, simpática que yo conocía?

—Por favor, coronel —le rogó Maureen. Ella no lo pudo evitar; los ojos se le llenaron de lágrimas—. Sé que no es asunto mío, pero apuesto que sé lo que es. Porque Sir Henry Merrivale todavía está durmiendo y usted no pudo encontrar los diamantes. —Aquí el coronel Duroc se estremeció, pero mantuvo una cara como la de Napoleón yendo a Santa Elena—. Estaba usted furioso y se desquitó con el pobre Juan. ¿Qué mejor detective quiere? ¿Encontró al criminal, no es cierto?

Paula, inspirada, se volvió hacia Maureen, sin soltarle el brazo al coronel.

—¡Querida, es exactamente eso! Yo puedo identificar a ese hombre. ¡Es cierto! El coronel Duroc debe saber que cualquiera Corte lo aceptará. En vez de aceptarlo...

Con lo cual los policías, enojados, se agruparon y mantuvieron prisionero a Álvarez, que protestaba entre ellos y el coronel Duroc.

Sentían más pavor por Álvarez que por el coronel.

Aunque reconocían en Álvarez a un jefe muy estricto, le admiraban por su férrea justicia, les gustaba el hecho que jamás mandoneaba ni bromeaba. Ahora, como verdadera corona, simpatizaban con él simple y sencillamente porque era un ser humano que se había emborrachado.

—¡Esto sí que es bueno!, ¿eh? —se burló el más musculoso en francés—. Pierde

su mejor hombre, porque le ha pillado su animal. *Vive la logique!*

—¡Alá no lo bendecirá por esto, dueño de policías! ¡Piénselo!

—¿Y por la mugre rusa que vende Biblias y sin embargo es inmundo?

—¡Madre del cielo, yo escupo!

—¡Silencio! —gritó el coronel Duroc, con voz tal que acalló al tumulto.

El pequeño coronel estaba parado entre ellos, las manos todavía entrelazadas detrás de su espalda, demostrando una genuina dignidad.

—Es posible —su inglés empezó a farfullarse— que quizás en este asunto haya sido demasiado apresurado. —Cambió a francés—. ¡Bah!, ¡pero ese malvado de Álvarez! ¡Ese malvado! ¡Se merece el *bastinado*^[2], la tortura del agua, el...! ¡Álvarez! ¿Dónde diablos está usted?

—Parado inmediatamente delante de usted —respondió el “villano” en cuestión, mirando hacia abajo.

—¡Bueno! Sus órdenes...

Álvarez sonrió ampliamente.

—Se olvida, señor, que yo ya no estoy bajo sus malditas órdenes. Yo soy un civil. Por lo tanto, le propongo a ese señor Collier...

Volviéndose bruscamente y empujando al policía, Álvarez dió dos pasos y se detuvo en seco. Miró locamente alrededor de la pieza; lo mismo hicieron todos los demás después de un momento.

Collier no estaba allí.

Sólo un fantasma de la burla inimitable de Collier parecía yacer suspendido en la pieza, riéndose de todos.

Aunque fuese o no un civil, Álvarez corrió hacia la única puerta y la abrió de par en par.

Afuera estaba parado el inspector Mendoza esperando pacientemente, una figura de hombre bueno y esbelto y bien parecido, aunque vacilante y no demasiado inteligente.

—¡Inspector Mendoza! —La garganta de Álvarez estaba apretada, pero trató de aclararla—. ¿No ha permitido que nadie salga de aquí? ¿Un hombre haciéndose pasar por americano, con terno blanco y con una corbata de mariposa indescriptible?

—¿Haciéndose pasar? —contestó Mendoza en castellano—. ¡Pero, comandante! El caballero era americano. Y muy amable. Me mostró su pasaporte, con su fotografía. Me dijo que no querían o no podían detenerlo, ya que todos los americanos responden sólo a su consulado, y esto es cierto, ¿no es así?

Álvarez permaneció inmóvil.

—No importa —dijo por fin—. Yo he sido el estúpido, amigo mío.

CAPÍTULO X

Al atardecer, entre el bullicio del Pequeño Socco, Maureen Holmes y Juan Álvarez estaban sentados alrededor de una mesa de fierro entre muchas, ante las ventanas mosqueadas del café. Tomaron el café más malo que jamás se hubiera preparado.

Como el Pequeño Socco es una calle angosta y no demasiado larga, es difícil creer que tanto alboroto pueda ocurrir allí. Se desciende a él a través de un arco en la muralla del Gran Socco. Pero debe tenerse cuidado de bajar por una callecita serpenteante a la derecha o se encontrará perdido y maldiciendo entre la extraña y oliente baja Casbah.

Esa tarde el Pequeño Socco, bajo polvo y vislumbre del sol, casi dormía. Al final de éste, pintado de un amarillo de pesadilla, surgía el cinema Vox con su baja techumbre. También en muchas murallas antiguas se podía ver el letrero rojo de lata cuyas letras blancas llevaban el místico letrero de “Coca-Cola”.

A la derecha, al bajar, estaban las casuchas de los traficantes en dinero, quienes le pueden dar un revuelo deportivo del cambio del día en cualquier moneda. Había una tabaquería, al mismo tiempo que muchos de éstos “hoteles” de cita, angostos, con las persianas superiores cerradas firmemente, que abundan aquí y en calles cercanas. Por supuesto que el propietario no protesta contra un huésped que sólo quiere una pieza.

A la derecha había varias fachadas largas de cafés. El *tarbush* rojo florecía por doquier. Por el lado de Maureen y Álvarez caminaban árabes en *jalebahs*, fuertes árabes quemados, en trajes sin cuello con rayas verticales amarillas y negras como avispa, y árabes jóvenes con trajes modernos, cuyas delgadas cinturas y corbatas los hacían semejar a muchachos más acomodados de Soho. Aun los burros, algunos con campanillas, caminaban con pasos majestuosos y aires aun más majestuosos sobre los baldoquines tan apretados con guano antiguo de animales que ahora parecía una calle lisa y pavimentada.

A pesar del murmullo de las voces, Maureen, con ansiedad, se hizo oír.

—Juan —dijo—, no está realmente deprimido por esto, ¿no es verdad? ¿No después del rico almuerzo y el vino?

—No. Por supuesto que no —dijo Álvarez.

Mintió. Álvarez ahora usaba un sobrio traje gris de corte londinense en vez de su uniforme, pero estaba todavía sin sombrero, los codos sobre la mesa, la cabeza gacha, las manos puestas sobre las orejas. Estaba en la depresión más sombría que sólo puede sentirse cuando el temperamento latino está contenido por un temperamento británico que no le permite demostrarse.

—Era un genio —dijo, todavía con las manos sobre las orejas—. Por eso es que

me llaman engreído, porque debo también controlar mi genio. Una o dos veces se me ha descontrolado y... —Tiritó y trató de salirse del pozo—. Bueno, he fallado —agregó—. Traté de demostrar por mi propio y empeñoso trabajo que podía alcanzar una buena posición. Ahora sólo resulta risible. He perdido mi trabajo.

Aunque la inclinación de llorar ya se le había pasado a Maureen hacía rato, sintió contraérsele el corazón. Silenciosamente abrió el cierre de su cartera.

—Yo..., yo tengo un poco de dinero —dijo, sumamente avergonzada—. Si usted necesita.

Por un corto tiempo pensó que él no la había oído. Todavía con la cabeza entre las manos, estaba mirando fijamente al otro lado de la calle, hacia el pequeño puesto de cigarros. El tabaquero, un árabe despierto, anhelosamente sostuvo una lata de cincuenta cigarrillos Players en una mano y cincuenta Gold Flake en la otra.

Álvarez no lo vió. Volvió la cabeza y miró a Maureen con una expresión rara, como si fuese algo sagrado.

—¿Haría eso? —preguntó sorprendido. Después sonrió con una sonrisa genuina, y le cerró el cierre de la cartera—. Guárdelo, pequeña. No necesito; tengo más dinero de lo que puede gastar cualquier hombre en su vida. Sin embargo, le agradezco profundamente su... —Vaciló—. Sabemos tan poco el uno del otro, usted y yo.

—Yo..., yo no le quería preguntar —dijo Maureen, que en realidad ardía de curiosidad, pero que se refrenaba—. Al fin y al cabo, no hemos dispuesto de mucho tiempo, ¿verdad?

—No —musitó Álvarez—. No. —Sonrió de nuevo—. Pero tengo poco que contar, ¿sabe? Soy un español realista. Cuando nuestro último rey fué correteado del país, en el 30 o 31, yo era sólo un niño. Me mandaron a Inglaterra, donde teníamos parientes poderosos.

Aquí la mirada de Álvarez vagó como en un sueño.

—Recuerdo una enorme casa en Eaton Square, y un mayordomo majestuoso que corregía mi pronunciación con cortesía. Durante un tiempo tuve un tutor particular. Después fui enviado a...

Maureen, muerta de ganas de instar a este hombre desganado, dijo las primeras palabras que se le ocurrieron:

—¿Eaton y Oxford?

—No, no, no —dijo Álvarez, tomando la pregunta muy en serio—. Rugby y Sandhurst. Deseaba entrenamiento para el ejército. Antes de terminar Sandhurst, me hice ciudadano británico naturalizado, aunque, espero, con más afición a mi país adoptivo que Collier al suyo. —Hizo una mueca—. Además, cuando salí de Sandhurst, la Guerra Civil española había terminado. Pero no teníamos mucho que esperar para la Segunda Guerra Mundial. Serví con el ejército británico durante seis años. Eso es casi todo; y bastante poco, por lo demás, creo yo.

”¡Oh!, excepto por una cosa —agregó, volviéndose y nuevamente mirándola a los

ojos—. Siempre sería franco con usted, pequeña. Mi primer nombre es realmente Juan. Pero mi apellido no es Álvarez. —En sus ojos había un orgullo salvaje tan profundo, que no se notaba en la superficie—. No estoy avergonzado de mi verdadero nombre, Maureen. Ha sido conocido en España; sí, y en todo el mundo. Por más de ochocientos años. —Encogiéndose de hombros, Álvarez intentó sonreír, pero no pudo—. En estos días —concluyó— supongo que debería disculparme por mis sentimientos anticuados. Pero no puedo pedir disculpas, pequeña. En realidad, cuando escucho a los verdaderos hipócritas y ociosos mofarse de los hijos de antiguas familias, cuando sólo son holgazanes y zánganos, que no quieren trabajar o que no pueden... —De repente empuñó las manos, y permaneció vagamente amable—. ¿Se fija? El sentimiento más profundo puede sobrellevarse.

Después de lo cual, como siempre, sucedió lo imprevisto.

Maureen no tenía la menor intención de decir las palabras que dijo. No las tenía ni siquiera en la mente un momento antes, pensó ella. Sin embargo, sus labios las formaron espontáneamente, mientras observaba la descolorida cobertura verde oscura de la mesa.

—¿Supongo que ha conocido a muchas mujeres? —preguntó.

Álvarez pareció sorprendido.

—Sí, por supuesto —contestó. En seguida su expresión cambió totalmente—. Pero usted..., eso es diferente... Eso es otra cosa... Eso es...

Ahora estaba en peores aprietos. Volviéndose, levantó una taza de café frío y se la bebió lentamente hasta el concho.

—¡Pope-corn! —cantó una voz juvenil, sobre el bullicio de metal y ruedas con llantas de goma dura—. ¡Pope-corn!

Entre el apretujón de *tarbushes* rojos y sombreros de felpa de aspecto siniestro, un hombre joven con fez rojo y chaqueta verde empujaba una máquina verde con un letrero grande donde se leía “Pope-corn” a lo largo. Esto no era fácil, ya que todos caminaban por el medio de la calle. Contra una muralla rosada Maureen vió otro aviso de Coca-Cola. Se levantó el polvo amarillento del Pequeño Socco. Una joven francesa, muy bien vestida, turista a primera vista, estaba comprando cigarrillos. El murmullo creció.

Pero el florecimiento de un romance en el corazón de Maureen se desvaneció; se sentía enteramente helada. ¿Por qué no hablaría él? Bueno, pero ella no había querido que él hablara, ¿no era así? Maureen sólo sabía que se sentía desdichada, y esperaba que él cambiase de tema. Álvarez lo hizo.

—Por lo tanto, usted comprenderá —dijo en un tono adecuado— que el placer de ser comandante de policía era sólo por el trabajo y el prestigio. ¡Ahora soy libre! Ahora puedo ser detective privado y perseguir a Collier por mi propia cuenta.

—¿No pensará seguir en esto? —preguntó Maureen, ahora arrepentida de que él hubiese cambiado de tema, y decidió volver a empezar. Pero el posible peligro de Álvarez la hizo olvidarlo momentáneamente—. ¿No quiere decir...? —Su voz se

apagó.

—Sí, por supuesto. Tengo una pequeña rencilla que arreglar.

—¿Pero no será terriblemente peligroso eso?

—Maureen, querida —y ambos se sobresaltaron al decir él eso—, ¿qué más he estado haciendo durante los últimos cuatro años? Créame, hay personajes veinte veces más peligrosos en Tánger que lo que este burlón de Collier cree que es. ¿Entonces no oyó la noticia esta tarde?

—¡No! —dijo Maureen, aumentándole el terror de nuevo—. Después de almuerzo regresé a casa a darme un baño. Dormité un poco. Pero usted me hizo prometerle que lo encontraría aquí...

Álvarez tamborileó con los dedos encima de la mesa.

—¡Bueno! —gruñó medio para sí mismo—. Me dieron treinta y cuatro horas de gracia para reunir mis efectos de mi oficina privada y dejar los pertenecientes a mi departamento. Muchos llamados telefónicos pasaron por mi oficina. ¿Se da cuenta de quién está en peor peligro que todos?

—¿Quién?

—¡La señora Bentley, por supuesto! —dijo, golpeando con las coyunturas en la mesa—. Sólo ella puede identificar a Collier como supuesto ladrón y cuasi criminal. Yo, por mi parte, creo que él es Cofre de Hierro, y el único Cofre de Hierro, pero los otros piensan de otro modo. En todo caso, está íntimamente ligado a Cofre de Hierro. No vacilaría en matar a la señora Bentley, como lo prometió.

—Paula —murmuró Maureen—. ¡Yo quiero a Paula! —dijo, pensando que Paula habría sabido fácilmente cómo tratar una situación sentimental como la en que ella se encontraba ahora.

—Collier —dijo Álvarez, con los ojos casi cerrados y la mente concentrada en otros asuntos— es ahora un fugitivo. Todas las redes han sido colocadas. Su fotografía será conocida por cada hotel, cada banco, cada traficante de moneda, cada casa de diversión. Pero hay tantos hoteles chicos dudosos, traficantes dudosos de moneda, escondites de criminales en los cuales ya puede haberse enterrado.

—¿Entonces qué pueden hacer?

—La señora Bentley debe ser protegida día y noche. Fuera de su hotel, por supuesto, será precedida a alguna distancia por un detective de civil que no debe parecer tal, y seguida a la misma distancia por otro. Pero esto no basta.

—¿Qué es lo que sirve?

—Bill Bentley, su marido —la mirada de Álvarez era ceñudamente apreciativa—, tiene que dejar el consulado para permanecer a su lado, eh el sentido literal, en todo momento. Y este proyecto, entiendo yo —dijo sonriendo levemente—, no le desagrada en absoluto a la señora Bentley.

—Ella está muy enamorada de él —observó Maureen pensativamente.

—Y yo..., ¡no importa! —dijo Álvarez, y pareció sufrir. Nuevamente se tornó ceñudo—. Collier no estaba armado cuando lo registré esta mañana. Estará armado

ahora. Pero también lo estará Bill. Y Dios ampare a Collier si trata de usar arma de fuego. Bill, por si usted no lo sabe, es el mejor tirador de Tánger.

—¿Sabe? —dijo Maureen—. Esta es la primera vez, quizás exceptuándome a mí misma, que le he oído llamar a alguien por su primer nombre.

—Me gusta Bill —dijo Álvarez con sencillez—. Hasta ahora —miró rápidamente a Maureen y apartó la vista de nuevo— él era la única persona con la cual yo podía ser natural. A quien le pudiera hablar, contarle mis ideas indudablemente locas, con seguridad absoluta, de que no se mofaría ni se reiría. Entiendo al inglés. A los americanos —nuevamente esa mirada fiera se detuvo en Maureen— no estoy muy seguro de que los entienda.

—¿Pero por qué soy difícil de entender? —dijo Maureen—. Hay miles de muchachas iguales a mí. Yo... Yo sólo...

Álvarez se inclinó sobre la mesa, y con ambas manos tuvo las de ella en un apretón paralizante. En seguida se volvió y cambió de tema una vez más.

—En lo que se refiere a Bill... —Álvarez se detuvo, asombrado—. ¿Se lo han presentado?

—¿A quién? ¡Oh, sí! Estaba en la terraza ayer en la tarde. Un muchacho fácil de llevar, algo lento de movimientos, en un impermeable largo y un sombrero cónico de paja absurdo, para evitar que el motor mal intencionado de su auto le escupiera aceite aun después de detenido. —Aquí Maureen se rió con ganas, de puros nervios—. Habló de querer ser detective, o algo así.

—Bueno, ha tenido deseo —consintió Álvarez, y meditó; su tono se hizo liviano, casi bromeante—: Yo mismo, por supuesto, los seguiré a todas partes en mi papel de detective privado. Si se llegara a pelear con los puños...

—¿Bill no sirve para eso?

—En mi opinión, podría degollar a Collier al primer *round*. Sí; digamos en tres minutos; Bill es tan rápido dentro del *ring* como es lento fuera de él. Es descuidado con su defensa. Pero lleva la muerte eh su mano izquierda, y en su derecha un golpe altamente explosivo.

Maureen le quería dar una conferencia, una verdadera conferencia a la antigua de su pueblo natal de Bredshaw, cerca de Boston. Él, ¿no podría entenderla a ella? Porque ella no podía en lo más mínimo seguirle en su propio sorprendente cambio de ánimo. Sin embargo, en la mente de Maureen surgió la enorme cara pelirroja de Collier, color de cera y criminal; y de nuevo la aprensión le quitó el enojo.

—¿Entonces por qué..., por qué debe meterse usted en más líos?

—Porque, como le dije, tengo una cuenta que arreglar. Daría cien mil libras, y lo digo en serio, pequeña, por enfrentarme con Collier durante un minuto. Tres, creo yo, no serían necesarios. —Álvarez meditó—. Maldito sea, pequeña. Debería ser un asunto relativamente fácil proteger a la señora Bentley, si tienen cuidado. El Barrio Nuevo, con tal respaldo, debería ser seguro de día; y quizás seguro aun de noche. En la Casbah hay demasiados rincones, hoyos y esquinas en que puede lanzarse un

cuchillo. Prometió cortarle el cuello. ¿Se acuerda? ¡No, jamás la dejarán ir allí! A menos que...

—¿A menos qué?

Maureen estaba alerta. Aunque jamás había visto la Casbah, su imaginación se la pintaba de noche con tolerable exactitud: construcción elevada, un laberinto, con barro abajo, medio bullicioso y medio dormido, angosto, altas murallas blancas bajo un cielo azul negruzco.

—A menos que —contestó Álvarez— el coronel Duroc reciba datos precisos sobre dónde se ha escondido Collier. Entonces pueden enviar a la señora Bentley como carnada.

—¿Pero no soñarán en hacer eso, seguramente?

—¿Qué otro recurso tendrán? No lo sé.

—¡Oh! ¡Eso es imposible! ¡El coronel Duroc no lo haría! ¡De todos modos, Bill Bentley no lo permitirá, eso es todo! Y Paula sencillamente no iría. Tiene coraje, pero no es idiota. ¡Eso es ridículo!

Maureen, en medio de los horrores imaginados, como qué iban a ser demasiado ciertos, vió ahora a Álvarez en el más extraño de todos sus estados de ánimo.

La risa, empezando en su delgado estómago y remeciéndolo de las costillas a los hombros y seguida de lágrimas de jocosidad, amenazó salir a gritos.

—¡Oh Juan, por favor pórtese bien! ¿Qué le sucede ahora?

—Pequeña —dijo Álvarez, remeciéndose aún más—, no le he contado todo. Ese bellaco astuto, Sir Henry Merrivale...

—¡Sir Henry! Ni pensé en mirar en su pieza cuando regresé a casa. Santo Cielo, ¿no estará durmiendo todavía?

—No. N-no-no. Ese astuto Ulises, digo, no estaba ni siquiera dormido cuando lo vieron usted y el coronel. Cuando ustedes se fueron, él se levantó enteramente vestido. Lo siguió en un... —Se detuvo, dominado por la risa.

—¡Juan! ¡Déjese! ¡No es algo chistoso!

—Pido su p-perdón —balbució Álvarez, quien ayer había admitido que poseía un sentido del humor muy primitivo. Se dominó—. Partió en un vehículo que había persuadido al coronel Duroc hacer traer, en un avión especial, de Lisboa, esta mañana. Durante toda la mañana y parte de la tarde ha estado en lo que sólo puedo describir como un torbellino por todo Tánger.

—¿Pero cómo sabe usted todo esto? ¿Lo ha visto?

—No. Pero telefoneó a mi oficina cuando yo estaba allí, preguntándome si lo estaba pasando bien. Temo, pequeña, que mi respuesta quemó los alambres. Me pidió que le contara todo lo que había sucedido en la pieza de las persianas rejas.

—¿No..., no le dijo usted que se fuera a la punta del cerro?

—Al contrario —contestó Álvarez, cuyos hombros habían empezado a remecerse nuevamente—. Le conté todo en detalle. Diciéndome que estaba donde un vendedor de alfombras en la Casbah y que debía apurarse, me pidió que le repitiera todo de

nuevo. Bueno, lo hice.

—¿Pero qué más sucedió?

—No lo sé. Entiendo que más tarde visitó la oficina del coronel, con resultados algo caóticos. No siendo ya comandante —Álvarez se encogió de hombros—, no asistí; pero vi que Sir Henry dió una larga explicación, que fué seguida por los ruidos del coronel Duroc rompiendo muebles.

—¡Tenemos que encontrarlo! —insistió Maureen, como si H. M. fuese el querido Collier—. ¿Dónde está ahora?

—No tengo la menor... —Casualmente Álvarez volvió la cabeza a la derecha, y miró un poco hacia arriba por la angosta calle serpenteando hacia abajo el Pequeño Socco. En seguida permaneció como paralizado. Sus ojos, después de agrandarse más y más, se llenaron de lágrimas de éxtasis al volverse—. *Oh, brûlez-moi!* —murmuró.

Maureen miró despavoridamente a la derecha, y al principio no vió nada. Ciertamente, el Pequeño Socco estaba extrañamente callado, excepto por murmullos bajos y profundos de respeto y humildad. Cada cabeza en *tarbush* rojo, cada cabeza en *jalebah* con capote, cada cabeza desnuda o cabeza en sombrero moderno de piadoso musulmán, se inclinó un poco en señal de respeto. Los visitantes de buenas intenciones siempre siguen las costumbres del país; Maureen pudo ver a la elegante joven francesa, a un marinero danés y a un joven americano, con la cámara colgándole de los tirantes de cuero alrededor del cuello; todos se movieron con los hijos del Islam al apretarse éstos contra las murallas a cada lado, dejando un pequeño camino a algo que se aproximaba lentamente por la pequeña calle.

Era una silla sedán.

Álvarez le pudo haber dicho que era una silla sedán española, de fines del siglo dieciocho, ancha y fuerte, con pesados soportes, notable por su trabajó de tapicería exterior y cabezas de clavos cromadas, y que procedía de una colección del Museo de Lisboa.

Ahora era llevada por cuatro musculosos árabes, dos en las varas delanteras y dos en las varas de atrás, sus caras pletóricas de santidad y sus pies descalzos levantando polvo a un paso de caracol. Maureen tuvo la visión de un santo hombre gordinflón en la silla sedán, y por un breve instante, aun le pareció algo raro.

El pasajero, un anciano, venerable y abarrilado patriarca, usaba sobre su cabeza, con cierto descuido, un *tarbush* verde, que es el símbolo del peregrinaje a La Meca. Su gran cara café era señorial, aunque profundamente triste. Bajo su nariz asomaba un abundante bigote blanco, aun cuando insignificante comparado con la amplia barba blanca que ondeaba por su gruesa vestimenta de un color vivo, pero moderado.

—¡Juan! —dijo Maureen—. Pero eso...

Su segunda inspección le había denotado que el patriarca usaba enormes lentes con bordes de carey. De una esquina de la boca, apuntando hacia arriba, en un ángulo de cuarenta y cinco grados, sobresalía un largo cigarro negro que fumaba con gusto.

—¡Perdóneme, señor! —llamó una voz a la distancia.

Al aproximarse el equipaje del patriarca a la entrada del Pequeño Socco, el joven americano ya no se pudo reprimir. Sacando la cámara de su estuche, la movió un poco hacia afuera y enfocó para una fotografía.

El patriarca pareció no poner ninguna objeción a este movimiento. Al contrario, dentro de su venerable barba blanca, con una profunda voz gutural, murmuró alguna palabra que hizo que los acarreadores de la silla sedán se detuvieran instantáneamente.

Poniendo el puño izquierdo sobré la cadera, como Víctor Hugo, el patriarca fijó la vista en la nada con una mirada dura y engréida. El cierre de la cámara sonó. El joven americano retrocedió rápidamente.

—Muchas gracias, señor —le dijo por sobre el hombro.

El patriarca saludó con la mano con gesto majestuoso.

—De nada, hijo —entonó.

El americano saltó del suelo por lo menos unos dos pies, volviéndose a ver quién podía haber hecho esa treta de ventrílocuo. Todas las caras estaban ceñudas y serias.

—Juan —le rogó Maureen—, se va a meter en líos.

—Querida, desde el comienzo de su vida jamás ha estado fuera de líos.

—¿Pero supóngase que descubren que no es lo que parece? Quiero decir, un hombre santo de La Meca.

—Si mira al otro lado de la calle, Maureen, verá a un vendedor con una bandeja tratando de venderles *tarbushes* rojos a los turistas a cien pesetas cada uno. Los hijos del Islam sienten orgullo en que cualquier hombre use su emblema. Sin embargo, el verde... —Los ojos de Álvarez se angostaron y se levantó—. Puede tener razón. Sígame.

Sintiéndose como aquel que se sujeta de la cola de una cometa, Maureen lo siguió apresuradamente, mientras él caminaba hacia adelante. Con uniforme o sin él, todos en el Pequeño Socco reconocían al terrible comandante, que, según ellos, no tenía sentimientos humanos. Un gruñido sordo surgió de las líneas apretujadas.

Álvarez, que jamás cargaba revólver y que se negaba a llevar uno, no le prestó atención. Se aproximó a la silla sedán de Sir Henry Merrivale, cuya identidad ya no se puede ocultar. Haciéndole una profunda reverencia árabe habló durante un par de segundos en árabe. Su voz clara y respetuosa cambió los gruñidos a sonoros susurros y cacareos de aprobación.

—¿Qué es lo que dijo? —murmuró Maureen, tirándole del hombro.

—Le dije —susurró Álvarez, sin abrir la boca— que el hombre santo no debería viajar, por su propia seguridad, por un lugar tan concurrido, para no recibir daños.

Sin embargo, Álvarez no podía evitar el sentir admiración por la ingeniosidad del viejo réprobo. H. M. había encontrado la única manera de movilizarse en Tánger sin ser empujado o tironeado o asesinado por un auto. Se inclinó hacia adelante.

—¿No hablo yo la verdad, oh sagrado?

El sagrado, con la cabeza gacha, levantó la vista hacia él —por debajo de

enormes cejas blancas de tela emplástica—, con una mirada de pura maldad.

—*Ik moogle ik* —entonó el santo hombre dentro de su barba—. *Hi-ho-kafoozalum*. Déjeme en paz, ¿quiere?

Álvarez levantó la cabeza y la voz.

—El sagrado ha hablado —dijo—. El sagrado tiene una pequeña rotura en su vestimenta que desea le sea zurcida por un sastre, aun un sastre infiel —improvisó Álvarez—. Haga qué este vehículo —ordenó— sea vuelto hacia el otro lado.

Los portadores, con caras solemnes (los árabes son actores por nacimiento), inmediatamente volvieron el palanquín hacia el otro lado, de tal modo que los portadores de atrás ahora miraban hacia adelante. En su apuro, el movimiento fué efectuado algo bruscamente, por lo que el palanquín se meció tan peligrosamente, que su ocupante hubiera sido disparado hacia afuera al no ser por el peso de su propio bulto. Del palanquín surgieron viles obscenidades y bocanadas de humo, haciendo parecer como si se estuviera incendiando.

—Adelante —dijo Álvarez.

Mientras la muchedumbre se hacía a un lado o se iba, la procesión marchó hacia arriba por la misma calle angosta. Álvarez conocía cada tienda en Tánger, incluso lo que sucedía por detrás o encima, legal o ilegal. Su ojo observaba las fachadas de las tiendas a mano derecha y dió la voz de alto a más o menos treinta pasos más arriba.

—Aquí —les dijo en árabe a los portadores. Cambiándose al frente, hizo un gesto indicándole a H. M. que bajara.

—Tenga el placer de descender, oh patriarca. Estamos aquí... Permita que el vehículo nos espere afuera.

El patriarca, que entendió los gestos si no las palabras, se soltó del asiento y salió con austera dignidad de entre los largueros. Su vestimenta, realmente fina, en color vino añejo con adornos blancos y plateados en el pecho y las mangas, ocultaba su corpulencia con la suave caída del género, y la barba le alcanzaba a más abajo de la cintura.

Saliendo de entre los largueros, miró maliciosamente a la fachada algo grande de la casa. Como siempre en este barrio, estaba deslucida y llevaba las letras esmaltadas “René Taupin: Sastre inglés”. Abajo explicaba en francés: “Anteriormente Sastre de Sociedad”.

H. M. todavía tiritando de rabia, levantó la mano bendiciendo a todos a su alrededor y abrió la puerta de un empujón.

El establecimiento de M. René Taupin era sombrío aunque bastante grande. Hacia los visitantes llegó el olor de cada fragancia espesa del viejo trapero. Una larga corrida de ternos colgaba a la derecha, chaquetas y abrigos a la izquierda y por el centro había mesas de camisas y calcetines de colores, tan vivos y llamativos, que los ojos de H. M. llegaron a centellear. Sin embargo, se mantuvo a algunos pasos delante y se volvió con todo su orgullo. Ahora miró fijamente a Álvarez por debajo de sus cejas de tela emplástica y apretó una puñada de barba, mientras botaba el cigarro en

el suelo y lo pisaba.

—¿Cuál es el juego, eh? —tronó—. ¿Por qué se me secuestra del Pequeño Socco como un pastelillo de la calle Jermyn? ¡Por el amor de Dios, me deberían dar una medalla por el trabajo que he hecho hoy día!

Álvarez estaba de lo más formal.

—Lo siento en el alma, Sir Henry. Pero es mejor que no use ese *tarbush* verde en pleno Socco; aun más, todo el disfraz en general.

H. M. levantó un dedo por detrás del cráneo y ladeó el *tarbush* verde sobre su cabeza, dejando expuesta una mancha de calvicie que no había teñido con el jugo de nueces con que se había teñido la cara.

—¿Qué es lo que tiene de malo esta teja? —preguntó acaloradamente—. La obtuve gracias a la cooperación de la gentil chica Luisa Bonomi.

—¡Sir Henry! —dijo Maureen—. Usted no ha..., quiero decir, no está haciéndole pases a esa terrible mujer, tan luego.

Volvió el Viejo a poner cara de mártir.

—¿Ve? —exclamó, indicando hacia Maureen—. ¡Cuán bajo puede tener el pensamiento la gente! ¿Y yo un hombre sagrado a todo eso? ¡No! Estoy absolutamente...

—Luisa... —silbó Álvarez—. Vamos, ahora recuerdo: “Luisa Bonomi: Máscaras y Disfraces”. Esa es la costurera al lado de la joyería de la firma Bernstein y Compañía, en la rue Statut.

—¡La misma! —asintió el patriarca, casi amable al frotarse el bigote blanco y la densa barba—. ¿Ven la barba? Es verdadero pelo humano. Ninguna lesera de enganchársela a las orejas tampoco. Se pega cada pelo en la barbilla primero y se va acrecentando hasta que se junta con la verdadera. Hijo, no ha habido una barba como ésta desde los tiempos de Moisés.

—¿Pero por qué? —insistió Maureen—. Quiero decir, ¿por qué tuvo que ponerse esa horrible ropa?

—¡Porque estoy disfrazado! —farfulló H. M., como si fuera la explicación más sencilla del mundo—. ¡Y vamos si es buen disfraz! ¡Mire aquí!... Yo le dije —continuó con una mueca— que he recorrido todo el lugar. He visitado las tiendas y, ¡hem!, otros lugares en la Casbah. Recorrí el mercado de pescados. Visité el consulado británico...

—¡No es posible! —exclamó Maureen—. ¿No como hombre santo, supongo?

—Bueno, vamos —asintió H. M., con otra mirada simplemente siniestra—. Quizás no. Pues antes jugaba golf con el viejo Hack Jefferson, que es cónsul aquí, y quería hacerle una broma.

—¿Broma? —repitió Maureen.

—¡Oh fámula mía! ¡Hablar! ¡Conversar! ¡Llevar la batuta!

—¡Muy bien! Yo sólo...

—También hice que remaran por la bahía...

—En nombre del cielo, ¿para qué?

—No se preocupe de para qué —dijo H. M., ladeándose nuevamente el *tarbush* verde por sobre la frente, como un noble alborotador árabe, y afirmándose con una mano sobre la mesa llena de camisas a su lado—. Pero no me descubrieron ni una vez. Supóngase que no hablé árabe, exceptuando las blasfemias. Soy un hombre santo, ¿no es cierto? Estoy practicando francés e inglés, para poder sermonear a los monstruos incrédulos en Brighton o Dieppe.

Aquí se enderezó H. M. Sus ojos se entrecerraron. Toda la atmósfera de la sombría casa pareció cambiar.

—Por lo menos —gruñó—, no creo que me tacharan donde el traficante de alfombras de la Casbah. Allí compré este traje. Tenían muchas otras cosas para comprar también. Un repugnante tipito. —H. M. extendió la mano distraídamente a la altura improbable de cuatro pies—. Y con los dientes delanteros saliéndosele. Voz extraña, además. Entre lo que se puede llamar un chillido de murciélago y después baja como un runruneo. Chillido de murciélago. “En Tánger uno puede comprar cualquiera cosa”, runruneó, “a cierto precio”. ¡Hum! Yo más bien lo tanteé.

Maureen y Álvarez entrecambiaron miradas.

Lo sintiera Álvarez o no, Maureen se sintió aún más consciente de los sombríos alrededores entre un aire denso que olía a ropa vieja y la corrida de ternos techada por una reunión de sombreros fantasmales. Podría haber jurado que oía en alguna parte voces casi inaudibles, susurros, murmullos, movimientos..., cuyo origen ella no podía identificar.

—Finalmente —tronó H. M., con tal cambio de ánimo, que ella volvió de inmediato a sus pensamientos—, hice exactamente lo que prometí hacer.

—¿Y qué fué eso, Sir Henry? —preguntó Álvarez con fría cortesía.

—Fui a la oficina del coronel Duroc, hijo —dijo H. M.—, y le conté todo. Le expliqué cómo había desaparecido Cofre de Hierro de una calle en Bruselas. Le expliqué cómo entró el bellaco su maletín de ladrón y su cofre de hierro invisiblemente por la aduana de aquí. Le expliqué cómo en dos Ocasiones, una vez en París y otra aquí, una mesa llena de diamantes y la misma caja de hierro habían desaparecido. Cuando él vió lo sencillo que era todo, se sentó a mirarme durante más o menos treinta segundos. En seguida, empezó a romper el amoblado.

H. M., lenta y melancólicamente, movió la cabeza de un lado a otro, remeciéndosele la enorme barba más abajo de la cintura.

—¡Y, oh Dios mío —se quejó—, cuán sencillo era todo esto!

CAPÍTULO XI

—¿SENCILLO dice usted? —preguntó Álvarez, con su voz más cortés y reprimida.

—¡Hum!

—Durante tres horas esta mañana —dijo Alvarez—, la señorita Holmes, la señora Bentley y yo, para no decir nada del coronel Duroc y sus hombres, atravesamos el puro infierno, porque no pudimos encontrar los objetos que usted dice. Sin embargo, sir, aunque realice las torturas de la Inquisición, desembuche la verdad ahora.

Detrás de él... alguien tosió discreta pero significativamente.

Álvarez, volviéndose, encontró que M. René Taupin, el propietario, había estado esperando pacientemente. M. Taupin, un francés delgado y cadavérico, cuyo pelo negro se extendía en chuletas hasta la mandíbula, llevaba una huincha dé medir alrededor del cuello. Se había sobresaltado cuando oyó hablar a H. M., nada más.

—*Monsieur* el sastre —continuó Álvarez en francés, tan cortésmente, que M. Taupin se inclinó—, necesitamos su ayuda. Este caballero —se inclinó hacia H. M.— es en realidad un milord inglés, que ha asumido este disfraz para hacer una broma.

—¡Ah!, ya —respiró el sastre, iluminado y alegrándose visiblemente.

—Exactamente. Bien su vestimenta...

Hubo un sonido pesado al golpear H. M. con el pie, tanto intencional como descuidadamente.

—Cualquier mandril chillón que trate de sacarme este traje o los bigotes también, va a tener que afrontar una pelea que destruirá a toda esta maldita calle. ¿Lo entendió, eh?

Álvarez hizo un gesto de desesperación.

—Pero el *tarbush* verde debe suprimirse, Sir Henry. También debe quitarse la pintura café de la cara.

—Bueno... —asintió a medias el gran hombre, a quien le incomodaba el *tarbush*, porque no se lo podía asentar firmemente sobre su enorme cráneo. Volviéndose un poco, se miró en un espejo de cuerpo entero, y se sintió complacido. En seguida le vino una impaciencia que le hizo volverse.

—¡Un sombrero de copa! —suspiró H. M. en francés—. ¿No tendrá usted un sombrero de copa?

M. Taupin, imaginándose esto con horror, se estremeció.

—El milord inglés —prometió— tendrá un sombrero. Y un sombrero —agregó, como una gramática francesa—, que le quepa. Discúlpeme un momento.

Retirándose apresuradamente alrededor de la mano izquierda de la corrida de

mesas, empujó hacia delante una escala con ruedas, para subirse por encima de la corrida de ternos al largo estante de los sombreros. Álvarez se enfrentó con Sir Henry Merrivale (por encima de una mesa llena de camisas), quien había retrocedido hacia la repisa del espejo.

—Ahora, si me hace el favor —continuó Álvarez—, dénos una explicación por lo menos de cómo desaparecieron los diamantes y el cofre de hierro del departamento sellado esta mañana.

Una expresión terca se esparció por la cara de H. M.

—No lo voy a hacer —dijo.

Maureen, al mismo lado de las mesas que H. M., le dió una mirada y le encontró rodeado de enormes imágenes de sí mismo.

—¡Oh Juan!, si es imposible —dijo—, justo cuando una cree que va a ser amable de nuevo...

Pero fué detenida por un pequeño gesto hecho por Álvarez.

—Sir, ¿puede darme una buena razón por la cual no puede hablar? Este misterio suyo, ¡si he leído sobre esto antes!, nos puede entorpecer seriamente..., ¡es decir, a la policía!

—¡Oh, no, no puede! —replicó H. M.—. Fui directamente donde el coronel Duroc y le conté todo lo que sé. ¡Bang! Les he quitado la posibilidad de decir que siempre estoy especulando con una bola de cristal. ¿Qué más quiere?

Álvarez sonrió ligera y tristemente.

—Pero no desea que yo tenga esa información. ¡Bien! No le puedo culpar, es bastante justo.

La actitud de H. M. cambió instantáneamente. Estaba mirando con fijeza al suelo. Pero Maureen vió que por debajo de la túnica color vino añejo, el anciano estaba retorciéndose de vergüenza.

—Vamos, mire aquí —empezó con voz demasiado fuerte, y se detuvo. En seguida, a pesar suyo, su vergüenza se dejó ver—. ¿Sabe, hijo? —casi suplicó la enorme voz—. El coronel Duroc es en realidad una buena persona.

—Nunca lo he dudado, Sir Henry.

—Lo que quiero decir —insistió H. M., mesándose la barba— es que a veces se arrebatan sobre asuntos de disciplina, o quizás deberes diplomáticos. Vamos, ¡no estima más a los rusos rojos que usted o yo o cualquiera persona en sus cinco sentidos! Pero usted se arrebatan también.

—Yo también estoy de acuerdo con eso, sir.

—Vamos, mire aquí —balbuceó el patriarca, con el aire del que hace una buena proposición comercial—. Duroc está tan deprimido acerca de ese asunto de la renuncia como apuesto que lo está usted. ¿Por qué no va a verlo, hijo? Dígale que fué un poco apresurado, eso es todo. Le palmoteará en la espalda y le verterá una *magnum* de champaña por la garganta, y le dirá que rompa esa maldita renuncia para siempre. ¡Ambos se estarán haciendo un favor, en realidad!

—Sir Henry —contestó Álvarez, tragando saliva—, fué todo por mi culpa. ¿Cuántas veces debo reconocerlo?

—No sé, hijo. Hizo un trabajo de detective bastante astuto en ese departamento.

—¡Gracias a Dios que alguien lo reconoce! —exclamó Maureen.

Delgada y erguida en su traje de seda blanco, Maureen miró a Álvarez con sus ojos verdes brillantes y la barba en alto.

Sin embargo, Álvarez apenas pareció fijarse en ella, y Maureen refrenó una queja al ver la expresión de su cara. Ella casi le pudo leer el pensamiento.

—Sir, no pediré perdón —dijo Álvarez. Levantó una mano para darles sombra a sus ojos intensamente extrañados—. No me pregunte por qué, porque no lo sé. No..., no lo entiendo. Pero no puedo ni quiero disculparme.

H. M. lo observó fijamente.

—Conquistador —dijo.

—¿Me perdona? —dijo Álvarez, enderezándose.

—Nada, hijo. —La enorme voz de H. M. era aquietante—. Nada en absoluto. Yo sólo estaba meditando.

—Y, aunque no fuera por eso —insistió Álvarez—, hay otro asunto que... —durante un veinteavo de segundo sus ojos se deslizaron hacia Maureen, después volvieron donde H. M.—, que, bueno, en que no tengo ninguna esperanza y que no debería haber mencionado. Olvídelo, por favor.

Maureen supo, instintivamente, lo que había empezado a decir. Sabía que Álvarez estaba enamorado de ella. Entonces se dió cuenta de que ella no estaba ni siquiera en sus pensamientos, al enfrentarse con Sir Henry Merrivale por encima de la mesa.

—Sir —dijo Álvarez—, le haré una proposición justa.

—¿Ah, sí? —preguntó el patriarca, estirando el pescuezo.

—Sí, todavía estoy enrabiado por la desaparición de los diamantes y el cofre del departamento. Hubo posibilidades que pude haber olvidado. No me quiere contar cómo fué...

—Tranquilo, hijo —gruñó H. M., nuevamente, con vergüenza—. No le puedo decir, quémenme, porque el coronel me hizo prometerle que no se lo dijera. Dijo que usted debería descubrirlo por sí mismo.

—¿El coronel otra vez? Ciertamente. ¿Pudo él descubrirlo por sí mismo?

—Bueno..., no.

—Entonces, oiga mi proposición. Yo admitiré delante del coronel que toda mi conducta estuvo errada, aunque no es ninguna disculpa bajo ninguna circunstancia, si usted respondiera preguntas acerca de la desaparición de los diamantes y el cofre de hierro. Aun más, señor, ¿responderá usted sin evasivas ni triquiñuelas?

—¿Triquiñuelas? ¿Yo?

—Yo he oído mucho —dijo Álvarez cortésmente— del Maestro Inspector Jefe.

—Esa culebra... ¡Oh hijo! No podía decir la verdad si...

—Bajo palabra de honor, señor, ¿responderá con honradez?

H. M. todavía lo estudiaba con los ojos fijos, aunque no faltos de amabilidad, bajo las cejas de tela emplástica, mientras se frotaba la barba meditando.

—Muy bien, es bastante justo —dijo.

El que había sido comandante estaba afirmado contra la mesa, descansando el peso de su cuerpo con ambas manos sobre un montón de camisas. El pensamiento de Álvarez parecía estar lejano; no tenía idea de lo que hacía. Vagamente consciente de que tenía algo incómodo bajo las manos, empujó el obstáculo fuera de su camino. Las camisas se tambalearon y cayeron una por una al suelo.

—La primera pregunta —jadeó Álvarez.

—¡Continúe! —dijo H. M., torciendo siniestramente ambos lados de su bigote.

—He soñado con esto. ¿Hubo algún escondite que se nos escapó? ¿Quizás alguna cavidad en las murallas, suelo o techo, muy bien oculto?

—No —dijo H. M.

—¿Da esa respuesta sin dejarse ninguna reserva? ¿No estaban escondidos en alguna parte que registramos, muebles o algo parecido? ¿No estaban escondidos en alguna que no registramos?

—No, hijo, no lo estaban. —Aquí el patriarca se persignó fervientemente y levantó la mano derecha—. ¡Ninguna lesera, tampoco! Le diré si se acerca.

—No estaban escondidos en algún lugar secreto que descubrimos —murmuró Álvarez—; sin embargo, no estaban escondidos en ningún lugar que registramos.

—Así es, hijo —asintió H. M., aunque parecía estar molesto por algo—. Pero está tibio. ¡Está acercándose!

Álvarez, en pensamiento, se encontraba nuevamente paseándose y escudriñando de arriba abajo el departamento de las persianas rojas. Pero puede decirse que es algo dudoso si oyó la última frase de H. M.

—¡Entonces, sólo queda una cosa! —exclamó Álvarez, palmoteando la mesa en señal de triunfo.

—¿Así cree usted, eh? —se mofó H. M., inclinándose hacia adelante sobre el último montón de camisas.

Encima de la escala, M. René Taupin se tornó mortalmente pálido.

Pero, o por la cortesía de su país, o por la cortesía más práctica hacia un cliente, se mantuvo en silencio. Con manos temblorosas, exploró un alto montón de sombreros que debían ser tratados con cuidado, para que no se cayeran.

Maureen, que no podía ver nada divertido en esto (¿quién puede, cuando algo así está sucediendo?), hizo lo mejor que pudo.

—Todo está bien, *monsieur* el sastre —le llamó en francés—. Son niños. Sólo saben hablar.

—Entonces repito —estalló Álvarez, su mirada fija sobre H. M.— que hay sólo una posibilidad más. Las ventanas estaban cerradas con llave y vigiladas. La puerta estaba vigilada. Sin embargo..., sin embargo, había mucha confusión.

—¡Hu...um!

—Este hombre Collier, este chanco pelirrojo, en alguna forma espírituó a estos objetos fuera del departamento.

—No —dijo H. M.—. ¡Más frío, más frío, mucho más frío! —Manoteó, gesticulando con sus manos color café—: ¡Vuelva atrás, vamos, vuelva atrás!

—¡Pero cualquiera otro recurso está dentro de los dominios de la locura!

—¡Oh hijo mío! Déjeme guiarlo. Toda la cuestión de la cual habla estaba dentro del departamento cuando lo registró, y todavía estaba allí cuando terminó.

—¿Qué? —exclamó Álvarez.

—La pura verdad, hijo —le rogó el Viejo—. Estoy tratando de decirle la estricta y literal verdad. Pero hay..., ¡quémenme!, hay tonos de sentido diferentes en las palabras. Por ejemplo, ¡usted sigue hablando de que estas cosas estaban escondidas!

—¡Sí, sí, sí!

—¡Bueno! En un sentido, sí, estaban escondidas. Pero no en el sentido que usted dice; ni parecido a lo que usted dice. En otro sentido, no estaban escondidas en lo más mínimo. Estaban justo enfrente de sus ojos todo el tiempo. Pero usted no las podía ver.

—¿Me dice —dijo Álvarez con una voz estrangulada— que esas cosas eran invisibles?

—Casi tanto como invisibles, sí.

Extendiendo un largo índice, Álvarez señaló a través de la mesa a la nariz de H. M.

—Esto es un tiquis miquis —declaró.

—No lo es, hijo, le juro que no lo es.

—Esto es un tiquis miquis —repitió Álvarez lentamente, y empujó su índice a casi una pulgada de la nariz de H. M.

—¡No! —gritó Maureen.

El ladino patriarca, echándose instintivamente para atrás, tropezó casi con dos baldes bien llenos para incendio, que M. Taupin mantenía más o menos fuera de vista al lado de la repisa del espejo...

—Otra pregunta —balbució Álvarez—, si esto no es una triquiñuela. ¿Están los diamantes y el cofre todavía en esa pieza?

—No lo creo, usted ve...

Entre sus palabras se oyó una desmayada voz en francés:

—¡Milord inglés! Señor comandante. ¿Es esto decente, les pregunto? ¿Es ello gran cortesía?

Álvarez, sólo vagamente consciente de que el sastre había dicho algo, estaba ansioso de sacarlo de encima.

—Señor sastre —murmuró suave pero firmemente—. Estoy seguro de que usted es un hombre comprensivo. Hablamos de asuntos muy serios. ¡Sea lo bastante bueno para permanecer en silencio!

La alta escala estaba detrás de Álvarez. Sin quitar sus ojos de los malévolos ojos

de H. M., tomó por detrás de él la escala y le dió lo que él halló ser sinceramente un gentil remezón preventivo.

Desgraciadamente no fué así. M. René Taupin, devolviéndole un chillido, se bamboleó salvajemente en su sitio. Maureen Holmes corrió al otro lado de las mesas, para sosegarlo. M. Taupin se detuvo por sí solo al aferrar el borde de la madera sobre las perchas de los ternos. Pero, al hacerlo, alborotó el empinado edificio de encima, y sobre su cabeza se desparramó un alud de sombreros.

Había sombreros de suave felpa, sombreros de felpa endurecida, muchos sombreros de paja, sombreros puntiagudos de paja, sombreros de copa, gorras en profusión, *tarbushes*, todos los sombreros de oriente y occidente. Ciertamente se podía decir que un lado de la tienda por el momento desapareció bajo el diluvio de sombreros.

Hicieron poco ruido al aterrizar en el suelo, excepto los espantadizos tongos, balanceándose en sus delgadas orillas. Pero los livianos de paja alzaron vuelo como pájaros.

—¡Por Jorge, la pillé! —dijo Álvarez, y otra vez golpeó la mesa con los puños—. Creo que la pillé.

—Desembuche, hijo.

Los pardos ojos de Álvarez, ahora luminosos con la inspiración, estaban fijos contra la terrible mirada de H. M., sin que ninguno de los hombres tuviese conciencia del descenso de los sombreros.

—Usted dice que estos artículos estaban en el departamento —dijo el hipnotizado Álvarez—. Sin embargo, no están ahora en el departamento. ¡Ahora una pregunta! ¿Están aún en el mismo bloque de departamentos en el mismo edificio?

—Sí —tronó H. M.—. ¡Hijo, está más caliente que las llamas! Ahora un poquito más de razonamiento lógico...

—¡Buen Dios! —dijo Álvarez—. Cuando yo observé por mí mismo..., ni importa.

H. M. pareció malicioso y silbó como el viejo fotógrafo sosteniendo el pajarito sobre la cámara.

—Si no están en el departamento 3-B —prosiguió H. M.—, ¿dónde más podrían estar atados? ¿Eh?

Álvarez sacó un librito de notas, destapó su lapicera, garabateó algo en ella, y retornando la pluma y la libreta a su bolsillo, le pasó el papel a H. M. Este último le echó una mirada al papel y luego lo rompió en pedazos.

—¡La pilló! —rugió H. M., triunfante—. ¡Fama!

—Entonces es lo que yo he venido diciendo todo el tiempo. ¡Este cerdo de Collier es Cofre de Hierro!

—¡No! —dijo H. M.—. Sáquese esa idea de su cebolla, hijo. No tengo tiempo de explicarle ahora; pero desde esta tarde, el coronel ha recibido mucha más información acerca de Collier; hay ciertas cosas que usted no sabía antes. ¡Mire! Collier es

peligroso..., ¡aquí! ¿Por qué tiene una mirada aguardentosa en su esfera?

—Collier peligroso —acotó Álvarez—. Mantendré mis pensamientos para mí mismo, Sir Henry.

—De cualquier modo —replicó H. M., después de husmearle por sobre sus gruesos anteojos—, Collier es un vivo. No tiene cerebro. Él no podía haber ideado esa triquiñuela del desaparecimiento como no podía haber escrito “Hamlet”. El verdadero Cofre de Hierro le enseñó a él cómo hacerlo, ¿ve? Déjelo que trate de hacerlo dos veces.

—¿Pero qué pasará ahora?

H. M., ladeando su *tarbush* verde en sentido contrario, se rascó el otro lado de su cabeza café.

—Yo lo profeticé anoche, aunque usted no estaba allí.

—Para mi profundo lamentar, Sir Henry —dijo Álvarez con una cara agónica—, estaba tan borracho como un piojo.

—¡Bien! ¿Quién no, generalmente hablando? Pero lo que quiero decir es..., dije que el verdadero Cofre de Hierro, y no su torpe Collier, haría un asalto en las mismas posesiones de Bernstein y Compañía.

—¿Y lo hará él?

—No, hijo —suspiró H. M. arrebatadamente—. Eso se esfumó. ¿Por qué causa? Porque Cofre de Hierro ha obtenido una fortuna en diamantes; bien, usted sabe dónde: en ese bloque de departamentos. Tiene que sacarlos de ahí esta noche. En caso que echemos por tierra la triquiñuela. El piensa que nosotros no lo hemos hecho; pero lo hicimos. El coronel Duroc estará allí con suficientes hombres. Pero si Cofre de Hierro se mete en la red... —Hizo una pausa.

—¿Y Collier, sir? —preguntó Álvarez con otra amplia y asesina sonrisa.

—¡Collier! —gruñó H. M. Estaba inquieto—. Sí, Collier está perdido. Pero creo que puedo adivinar...

De repente, tal vez porque Maureen estaba hablando, H. M. despertó de su trance mental y miró asombrado a su alrededor. Así, en cierto modo, lo hizo también Álvarez. H. M. parpadeó, mirando con asombro al piso opuesto cubierto con sombreros, sombreros decorando la mesa, sombreros rodados bajo las mesas y casi hasta sus pies.

—¡Bien, por el amor de Dios! —dijo.

Maureen estaba medio a medio de la escala, con sus brazos extendidos sobre su cabeza en actitud implorante, como un ángel blanco en un cuadro Victoriano. En lo alto de la escala estaba M. René Taupin, con una palidez mortal en la cara. Con los ojos fijos, con una horrible y grandiosa fijeza, sentóse y gimoteó sin hablar.

—¿Qué está tratando de hacer ese tipo? —preguntó H. M., y lo señaló sombríamente con el dedo—. Desparramando sombreros. ¡Cor! Si quiere mostrar sombreros, ¿por qué no los trae uno por uno en vez de tirarlos como una máquina de palomitas de maíz? —Y miró a Álvarez—. Es complicado, ¿no le parece?

M. Taupin entendía algo de inglés, y un espasmo lo recorrió.

—Yo nunca lo había encontrado así —replicó Álvarez, retrocediendo unos pocos pasos para mirar hacia arriba. Inconscientemente aplastó tres o cuatro sombreros con un fuerte crujido de las alas, lo que produjo un último espasmo del sastre.

—¡Ah, ahora, suficiente, entonces! —gritó M. Taupin en francés. Dió un brinco para pararse en la escala, estrellándose casi la cabeza contra el cielo raso—. Esto va demasiado lejos. ¡Se acabó!

En una mano M. Taupin sostenía un casco napoleónico de caballería, de pesado metal, con plumas. En la otra mano sostenía un anticuado tongo con una dura y ondulada orilla.

—*Regard* —siseó, haciendo un silbido con la r. Y lanzó abajo el pesado casco de caballería, hacia la cabeza del que fuera comandante Álvarez.

Sólo la rapidez felina de Álvarez lo salvó. Este se lanzó atrás entre un nuevo crujir de sombreros pajizos, al estrellarse el casco contra el suelo.

La derecha de M. Taupin se apretó en la orilla del tongo.

—¡Y ahora! —dijo dramáticamente.

El sastre loco (o sombrerero, si usted lo prefiere) no era ni pizca más loco que Sir Henry Merrivale. Se habría jurado que su cara no estaba café, sino púrpura, y que ésta se había dilatado. Sus ojos se entornaron tras sus anteojos al mirar hacia arriba.

—¿Y soy yo, eh —gritó M. Taupin—, el candidato a un asilo? ¡Villano, asesino, yo lo desmiento!

Cualquier persona patriótica que le deseara arrebatarse secretamente el tongo de la cabeza de un amigo y enviarlo volando, descubriría que la orilla encaja extraordinariamente bien en la mano y que con pronunciada vuelta de brazo y muñeca es posible una notable precisión.

Este conocimiento parecía haber nacido con M. Taupin. El tongo zumbó y giró, cruzando la pieza, y su dura y pesada orilla hirió plena y verdaderamente en la parte baja de la nariz de Sir Henry Merrivale.

—*Vive la France!* —gritó M. Taupin—. *A bas les rosbifs!*

Pero fué su propio gesto al alzar los brazos como el mariscal Ney lo que le costó el equilibrio. Dos veces se bamboleó en lo alto de la quieta escala y en seguida M. Taupin se cayó. No se sabe por qué milagro cayó de pie y derecho, pero así se cayó M. Taupin, estrellándose con ambos pies en la pesada mesa frente a H. M. Mientras tanto, no había visto al patriarca con la quintaesencia de toda la maldad en sus ojos. Se deslizó hacia un lado y con cariñosas manos tomó uno de los baldes bien llenos de agua para incendio, y le tiró todo su contenido plenamente en la cara.

Una vez más, momentáneamente, la cabeza de M. Taupin y sus hombros se podía decir que habían desaparecido como los diamantes.

Y por un breve instante nadie dijo nada.

Después de todo, éste fué el más pequeño de los incidentes de allí. *C'est Tanger, vous savez.*

M. Taupin se quedó inmóvil y derecho, ya un hombre falto de razón. Nadie hubiera creído que un solo balde de agua podría mojar tanto a alguien. M. Taupin se veía como un hombre que hubiera estado diez minutos bajo las cataratas del Niágara. Con el agua alisando su pelo negro y largo a través de la chorreante y cadavérica cara, habría hecho una estatua admirable en alguna plaza pública de algún pirata bárbaro.

—No está mal, ¿eh? —retribuyó H. M. con satisfacción. Gravemente le pasó a Álvarez el balde vacío por sobre la mesa, y éste, totalmente distraído, lo tomó y lo puso al lado de la escala—. Por supuesto —musitó H. M.— lo habría hecho mejor con una manguera de incendio. Pero no se puede esperar todo, ¿no?

Y entonces, de la trastienda del fantasmagórico recinto, una mujer lanzó un grito.

Debe dejarse establecido inmediatamente que este aullido no era de miedo, o temor, o cualquier emoción corriente en una sensacionalista crónica. Era el graznido de una cotorra en una mujer, tal vez hipotiroidea, que subraya la más desmayante emoción con bulla, igual que subraya palabras en una carta. Pero devolvió a Juan Álvarez completamente a sus cabales, y estuvo una vez más alerta, dominándolos a todos.

—M. Taupin —dijo en voz baja, aguda, tironeando con tal fuerza de la pierna del pantalón al francés, que éste miró asustado a su alrededor.

De su bolsillo sacó dos billetes ingleses, de denominación muy alta. Los ojos de M. Taupin se enfocaron rápidamente. Álvarez, doblando los billetes, los deslizó debajo del contenido de la mesa con su mano derecha. Aunque los soquetes, ropa interior y camisas de la mesa habían sido empapados por las proezas hechas por H. M. con el balde, la parte interior de ellos permanecía seca.

—Es necesario ser discreto —murmuró Álvarez rápidamente en francés—. Ni una palabra, ¿entendido?

M. Taupin se arregló al vuelo los mojados rizos, y cogiendo los billetes como casualmente, trató de moverse con dignidad hacia el interior de la tienda. En seguida, confundido, dió un grito salvaje y salió corriendo. Pasó a dos personas que eran meras sombras, una mujer y un hombre, quienes se volvieron a observarlo mientras él pasaba volando.

—Creí haber oído toces o algo allá atrás —dijo Maureen en voz baja, recordando su primera impresión al bajarse ahora de la escala.

Siguió a Álvarez, quien tranqueaba hacia el frente, para pasar al lado de H. M. Ambos crujieron y se tropezaron entre sombreros.

—¿Pero qué es lo que hay allá atrás, Juan? —preguntó Maureen.

—Nada más que una casa de juego francesa para la pequeña burguesía —sonrió Álvarez—. Los..., éste..., supuestos aristócratas a veces vienen para una buena corrida de punto y banca o veintiuna.

—¿Pero no es ilegal el juego aquí?

—No, pequeña. Pero debe haber alguna muestra de discreción, jugando a puerta

cerrada. Si no, tendríamos a cierta clase de gente jugando en las aceras y dejando caer billetes sobre el pavimento.

Álvarez se detuvo brevemente, le dió a Maureen una mirada de intensa ternura y le tocó la mejilla reverentemente.

—Ahora, en lo que respecta a usted, Sir Henry... —empezó volviéndose.

—Yo no soy yo —dijo H. M.

Ajustando el *tartush* verde cuidadosamente en su verdadera posición, cruzó los brazos por encima de la barba, fijó sus facciones con una mirada de hombre santo y retrocedió lentamente hacia el espejo. Inmóvil, con los ojos cerrados, H. M. se paró allí como alguna exhibición especial donde Madame Tussaud.

—¿Pero quién es esa gente? —murmuró Maureen—. Quiero decir, el hombre y la mujer que vienen hacia nosotros.

Álvarez sonrió levemente.

—Una es la condesa Scherbatsky —murmuró a su vez—, y el otro es el señor Mark Hammond. El señor Mark Hammond es de muy buena condición. Pero la condesa, aunque tiene buen corazón, es la chismosa de más alcance aquí en Argelia. No se sorprenda de nada que oiga o vea; pero tenga cuidado con lo que diga.

CAPÍTULO XII

Ilone, rusa blanca y condesa Scherbatsky, gritó de nuevo agudamente. Esto era debido a que reconoció a alguien, a Álvarez, a quien no había visto en tres días quizás.

Su primer nombre, siendo húngaro, contrastaba con el título ruso. Había, además, otros contrastes que Maureen observó mientras la condesa Scherbatsky salía de la oscuridad.

Los vestidos de Ilone eran siempre del eterno negro parisiense, como el traje satinado que llevaba ahora; los pedía a París. Su sombrero era una banda negra puesta sobre su pelo negro algo tosco, continuando el sombrero horizontalmente hacia atrás con largas plumas blancas, algo parecido al estilo aplanado del sombrero guerrero de un indio piel roja. Los aros de Ilone eran sumamente grandes y además eran diamantes verdaderos. En su tiempo debió haber sido bonita, y ahora, a pesar de las sugerencias de patas de gallo, hubiera mantenido su simpatía si no fuese por la demasiada pintura sobre sus pestañas y el lápiz labial que se corría demasiado fácilmente.

La mayoría de las personas, a primera vista, habrían hallado gorda a Ilone. Pero no lo era. Sólo era pesada y maciza. Con el debido entrenamiento, podría haber remado o hacer fuerza contra cualquier hombre. Esta idea, sin duda, la hubiera horrorizado.

Pero, aunque hubiese dado su alma por atraer a los hombres con una batería de miradas languidescentes y movimientos de labios, en realidad Ilone no tenía mucho *sex-appeal*.

Sin embargo, trataba. Su dinero y sobre todo su buen carácter le ganaban algunos amantes, cuyos nombres voceaba orgullosamente cuando se le presentaba la ocasión.

Ahora llegó rápidamente por el pasillo y se detuvo a seis pasos de Álvarez. Cuidadosamente, Ilone puso su cartera sobre la mesa más cercana. En seguida lanzó sus brazos al aire.

—*Von, mon très, très cher!* —exclamó, casi siempre usando una mezcla de inglés y francés—. Es una, doz zemanas desde que lo he visto. ¡Ahora lo veo! ¡Está aquí!

—Su vista, señora —se inclinó Álvarez—, rara vez le falla.

—¡Ah, *Von!*

Era la costumbre de Ilone, cuando adoptaba esta manera, lanzarse contra alguien (hombre o mujer), echarle los brazos alrededor del cuello y plantarle un beso pegajoso en ambas mejillas.

Álvarez ya no era comandante con cortesía obligatoria, y aunque permaneció formalmente cortés, era posible que ya estuviera aburrido de muchas cosas. Al avanzar Ilone, se mantuvo firme apretando los músculos del pecho y del estómago. Ilone se abalanzó contra él y, para sorpresa suya, sólo rebotó hacia atrás.

—*Von!* —puchereó Ilone, como niña chica. Buscó soporte contra la mesa y se enderezó el sombrero de larga pluma—. ¡Ezo no estuvo bien! ¡Ezo fué perverso! ¡Nunca, nunca lo perdonaré yo!

—Le pido perdón, condesa Scherbatsky. Estaba un poco fuera de equilibrio.

—¡Nunca, nunca lo perdonaré! —Ilone se detuvo. Lentamente sus ojos negros giraron hacia arriba bajo sus pestañas enmascaradas. Su profunda voz se tornó en una tragedia—. ¡Sí! Yo lo perdonaré, pobre *Von*. ¡Yo soy r-r-r-rusa! ¡Yo lloro; yo río! ¡Nadie sabe cuál! *Helas!* Yo perdono a todos. Esa es mi debilidad.

Ilone inclinó la cabeza, estremeciéndosele sus enormes aros de diamantes. Repentinamente divisó a Maureen, quien se acercaba más y más a Álvarez. Ilone levantó la cabeza y emitió otro grito, pero un poco más corto.

—¡Pero ezto —exclamó Ilone, cuya sonrisa podía ser atractiva, cuando ella así lo quería—, ézta debe ser la simpática joven americana que llegó ayer en el avión! *Ah, mon enfant! Que vous êtes chic! Que vous êtes belle!*

Y nuevamente Ilone lanzó los brazos al aire, lista para abalanzarse.

Maureen, quien le había tomado profunda antipatía a primera vista, también le tenía susto por algún motivo que no se podía explicar. Pero no tenía por qué afligirse. Como por casualidad, Álvarez se acercó al lado de Ilone Scherbatsky. Cuando dejó caer su mano en la parte de atrás del Cuello de ella, ningún observador hubiera podido ver en ese gesto más que uno de leve cariño.

Pero los dedos largos y poderosos de Álvarez se apretaron alrededor del cuello de Ilone, y se apretaron con fuerza.

—Señorita Holmes —dijo con calma—, permítame presentarle a la condesa Scherbatsky.

Ahora podemos entender por qué Paula no le tenía celos a Ilone con respecto a Bill. Pero quienquiera que tomase a Ilone por una tonta, estaría muy equivocado. Ilone comprendió el motivo de esa presión mortal sobre su cuello, aunque no dió señales de sentirla, excepto por una miradita perversa sobre su cara amplia y de buen humor. Sonrió de nuevo.

—¿Cómo le va, señorita Holmes? —le preguntó, extendiéndole graciosamente la mano—. Permítame que le diga que la encuentro encantadora.

—Muchas gracias —dijo Maureen, tomándole la enorme mano y dejándola caer inmediatamente.

Los dedos de Álvarez se relajaron. Ilone enderezó sus pesados hombros y dió otro pequeño gritito.

—¡Ah, pero yo también olvido! Tengo a alguien a quien le debo presentar. *Oh, pauvre moi*, ¡y mi cartera! —Volvió la cabeza—. Mark, *chéri*, ¿me traerás mi cartera?

La cartera yacía a seis pulgadas detrás de ella en la mesa.

Pero el hombre, que había estado parado atrás, se adelantó, tomó con seriedad la cartera y con igual seriedad se la pasó a Ilone.

—Ezte —exclamó Ilone, intentando un paso de baile— es el señor Mark Hammond, querida. *Grand écrivain américain! Grand* —aquí permitió que sus ojos giraran y languidecieran—, *grand savant de l'amour! Vous avez compris?*

“Esta mujer —pensaba furiosamente Maureen— no llevaría una taza de café de un extremo de la mesa al otro. Es floja hasta los huesos”.

Esto era cierto, aunque no quizás muy justo, para con Ilone. Habiendo tenido dinero durante la mayor parte de su vida, Ilone esperaba atenciones y las recibía. En Tánger realmente no hay impuestos a la renta, ningún impuesto de ninguna especie, excepto uno de doce y medio centavos sobre cualquiera cosa importada. Por lo tanto, el auto americano más moderno y los lujos americanos más modernos pueden importarse al por mayor, y, aun con esa gabela, pueden venderse con una ganancia considerable. Ilone, teniendo dinero, estaba en el Paraíso.

Pero esta vez fué Maureen quien impulsivamente le extendió la mano a Mark Hammond. Estaba feliz de encontrar a un escritor americano de libros científicos populares. Él le apretó la mano en una forma que ella entendió.

—¿Cómo le va, señorita Holmes? —dijo Hammond en tono familiar—. Me temo que debo advertirla en contra de ambos cargos que me hizo Ilone Scherbatsky. Ni siquiera soy buen escritor y con seguridad no soy la otra cosa. Ojalá lo fuera.

—Estoy segura de que se subestima, señor Hammond —le sonrió Maureen.

Hammond sonrió lastimeramente. Al igual que Ilone, que siempre se movía entre una nube de perfume de un efecto curiosamente excitante, Mark Hammond se movía en una aureola de *gin*. Pero no estaba ebrio en lo más mínimo. Delgado, de aspecto algo frágil y encorvado, aunque de tamaño decente, Hammond estaba casi calvo en sus medianos treinta años. Tenía una nariz larga, ojos pálidos y el aire del que conoce muchas ciudades. Su ropa era tan sombría como la de Álvarez.

—¿Cómo está usted, comandante? —preguntó, extendiéndole la mano, complacido. Una mirada satírica le ondeó por la cara arrugándole la frente—. Nos hemos conocido..., ¿cuánto tiempo? Dos o tres años, ¿no es cierto? Me pregunto cuándo se va a permitir llamarme por mi primer nombre.

Álvarez también rió.

—Se ha transformado en una especie de necesidad —admitió en forma algo avergonzada—. Sin duda le hubiera interesado al extinto Dr. Freud. Pero no lo puedo hacer, señor Hammond.

—Y, sin embargo —exclamó Hammond, con el recuerdo de Paula siempre en su memoria—, llama a Bill Bentley por su primer nombre.

—A Bill, sí. Es mi mejor amigo. Quizás mi único amigo.

—Pero él es inglés, viejo, y usted es español.

—Soy inglés por naturalización —contestó Álvarez, enardecándosele los ojos. Se

encogió de hombros—. Quizás sea porque mis instintos son ingleses. Yo me llamo español... ¡Bien! Al igual que en su país ustedes se tratan de escoceses, holandeses o alemanes, aunque sus abuelos y tatarabuelos nacieron en territorio americano.

Tironeándose el triple collar de perlas alrededor del cuello, Ilone estaba furiosa. No podía soportar que la dejaran fuera de la conversación por un instante. Entonces gritó lo más fuerte que pudo y la tomaron en cuenta.

—¡Bah! —dijo—. ¡Eze Bill Bentley! ¡Lo odio! —Vaciló—. Y, sin embargo — Ilone dejó que sus ojos giraran lánguidamente, sugiriendo algo no verídico—, en algunos sentidos es dije. Sí. ¡Pero es inglés, como usted dice! ¡Él no es *galant*! Él no es *amoureux*! ¡No puede conferir el “usted sabe qué”, cuando enseña a tirar con revólver!

—¿El qué? —exclamó Maureen.

Dramáticamente, Ilone lanzó al aire un brazo pesado.

—¡Bang, bang, bang, bang, bang, bang! —dijo.

Ilone salía a nadar en la marejada razonablemente respetable de la playa de Tánger, vestida con un traje de baño casi no existente. Aunque no tenía figura para esto, por lo menos llamaba la atención. Además, por motivos ulteriores, había persuadido a Bill Bentley tiempo atrás de que le diera lecciones de tiro al blanco con una pistola.

Ilone ahora explicó el asunto con claridad.

—¡Y ezte inglés! —chilló—. *Bon Dieu!* El dice: “¡Maldito sea, mujer, apúntele al blanco!”. O: “¡No es necesario, válgame Dios, matar al hombre que cambia el blanco!”. ¡Bah! Pero si hubiese sido un francés... —Aquí Ilone cambió de tono y suspiró soñadoramente—. *Un français!* —repitió, con una especie de murmullo ronco y agudo—. Siempre murmuraría lindos requiebros en el oído, y uno zabría q’ez una, una mujer. ¿Sí? Si él tuviera qué afirmar la pistola, ¡no sería sólo ahí que tocaría! No, no, tocaría aquí. Y aquí. Y aquí. Y uno zabría que él deseaba... hacer esto y lo otro, *comprenez?*

Maureen dió una rápida mirada de reojo a Álvarez.

Cuando él oyó que se usaba una palabra picante en su presencia, se había puesto pálido bajo su tez apenas morena, y su mirada era asesina. La mente de Maureen hervía con una confusión de un tanto de admiración y mucho de enojo. ¿Creería Juan que ella escuchaba cosas diez veces peores todos los días en las oficinas de Jones, Howard & Ramsbottham? ¿O que usaba esas mismas palabras entre sus amistades?

Además, sólo unos instantes antes, él le había tocado las mejillas con una especie de reverencia, suavemente. Esto era aún peor. Ser tratado como algo bajo vidrio de color podía estar muy bien en teoría, pero a Maureen no le gustaba.

—¡Y la esposa de este hombre inglés! —oyó que Ilone exclamaba con disgusto.

En cualquiera de los bares de mejor clase, le podrían haber contado que Ilone odiaba a Paula Bentley por la linda figura de ésta, pero, principalmente, porque la tolerante Paula se negaba a tomarla en serio.

El tranquilo Hammond habló con brusquedad:

—¡Tómalo con calma, Ilone!

—Pero si no zigo nada contra ella —exclamó Ilone, sentida. Dió varios dramáticos pasos hacia atrás, con la mano sobre el corazón—. No, no, no... *Pauvre Mark!* —Ilone continuó con sus modales de niña chica—: ¡Cómo le gusta! ¿Pero no quiero yo a todos? ¿No doy yo fiestas para todos? —De nuevo hizo modales y pucheros de niña chica, con su boca carnosa empujada hacia afuera. Habría habido verdaderas lágrimas en sus ojos si hubiera podido arriesgar el daño a su maquillaje—. Es verdad, es mi pobre debilidad. De esta Paula, pobre chica, sólo diré que es vulgar. ¡Vulgar! —gritó la condesa Scherbatsky.

Dando otro paso atrás, se volvió a la izquierda y se encontró cara a cara con H. M., en el alféizar del espejo, quedándose paralizada. Sobre la figura abarrilada del patriarca, ni un pliegue de la bata concho de vino se movía para mostrar que siquiera respiraba. Tenía los ojos cerrados y la cara inmóvil, como si meditara o rezara. Con los brazos cruzados sobre la barba y su corpulencia, no tuvo ni siquiera un gesto.

—¿Y qué ez ezo? —exclamó Ilone, indicando con un dedo índice de uña escarlata y apoyando su amplio trasero contra la mesa.

Álvarez se adelantó hábilmente hacia el alféizar, como si recorriera discretamente la exhibición Tussaud.

—Este caballero, señora —dijo—, es el profeta musulmán llamado Hassan-el-Mulik, o Hassan-el-Jefe. Ha meditado muchos años en el desierto y ahora ha venido a estudiar las escrituras secretas del Islam. —Álvarez vaciló—. Le sugerí que quizás le agradaría probar la ropa moderna. Eh..., temo que no le agradó.

Mark, habiendo tratado de ahogar su curiosidad, ya no se pudo reprimir. Su larga nariz y su cabeza parecían centellar dentro del grupo.

—Es bastante obvio que no le agradó —asintió Hammond, indicando hacia las camisas húmedas y la inmensidad de sombreros estropeados—. Por lo visto, parece haber arruinado el local por completo. ¿Pero por qué toda esta agua?

Álvarez no se achicó.

—El balde, como puede ver, estaba cerca de la escala. En alguna forma M. Taupin se cayó de la escala y se enredó con el balde.

—¡Enredó! ¡Santo Cielo, debe haberse tirado de cabeza dentro del balde! De todos modos —Hammond ahogó la risa—, no es asunto mío.

Pero a Ilone no le interesaba esto. Estaba acostumbrada a destruir el lugar en cualquier fiesta que atendía, y aquí no vió riada de interés, sino sólo confusión.

—¡Oh, yo adoro a este profeta! —exclamó, aplaudiendo—. ¡Yo le diré! Para él yo daré un *keef* especial. ¡Con trago y todo, por supuesto! —En seguida, Ilone sonrió a Maureen—. ¿Ha probado el *keef*, querida?

Por primera vez el profeta Hassan-el-Mulik se movió en el más pequeño grado. Un ojo se abrió un poquitito, y este ojo resaltaba con esperanza de vampiro y fascinación. Luego se cerró con rapidez; nadie lo vió.

—No, condesa Scherbatsky —interrumpió Álvarez con voz fría—. La señorita Holmes no lo ha probado.

Ilone sonrió juguetonamente a Álvarez. Un observador minucioso pudiera haber pensado que ella no había olvidado totalmente las huellas de ambos lados del cuello.

—*Chéri!* —le dijo anhelante, tomando y acariciando entre sus blancos dientes una hilera de perlas—. Acerca de usted, también he olvidado. Somos viejos amigos, ¿sí? ¿Tonces le hago una pregunta y usted la contestará?

—¿Qué pregunta, señora?

—Bu-eno —musitó Ilone. Dejó caer las perlas de entre los dientes. Los ojos negros se tornaron espirituales—. Yo le digo: ¿a qué hora, esta noche, *chéri*, azatarán sus policías el bloque de departamentos en el número 40-bis Marshan?

Silencio mortal.

Se podía oír a la muchedumbre en la calle golpeando y gritando roncamente. Pero la humedad de la sombría tienda pareció deprimirlos con más intensidad.

Nadie se movió, excepto Hammond, que miró con enojo hacia Ilone.

—¿Dónde obtuvo esa información, señora? —preguntó quietamente Álvarez.

—¡Ah!, ¿ezo? Mi corazón...

—No me interesa su corazón, señora, o cualquier otro órgano que pueda o no tener. ¿Dónde supo eso?

Ilone se rió encantada y sin afectación. Se enorgullecía de exhibir sus propios asuntos, al mismo tiempo que darle a Juan un pequeño pinchazo.

—¿Ha estado usted en Londres? ¡Sí, sí, por supuesto! Yo me burlo de mí misma. Los policías londinenses, que se llaman *bobbysoxers*, son muy simpáticos. Eztos eztranjeros dicen, sus policías, ¡qué dijés!

—¿Bueno, bueno, bueno?

—Buen'tonces —coqueteó Ilone, toda traviesa y tímida—, ¿no pudiera haber otro mejor, un policía qu'es también oficial, un inspector de policía también dije? Un poquito estúpido, quizás, ¡pero buen mozo! ¡Ah, cómo me adora! ¡Cómo me hace el amor! ¡Pobre José! ¿Le daré una indicación pequeñita de su último nombre? *Il est ici à Tanger*. Su último nombre empieza con M.

Hasta ese momento, Álvarez no tenía idea de lo que Paula y Bill Bentley ya sabían.

—Mendoza —murmuró Álvarez, empuñando las manos—. ¡El inspector Mendoza!

—¡Ah, *quel amant!*

—¿Le contó lo que había pasado hoy día?

—¡Ah, bah! —dijo Ilone, perdiendo momentáneamente su somnolencia—. ¿No he seguido ese asunto de Cofre de Hierro desde el principio? ¿No tengo muchos, muchos libros de recortes al respecto?

—¿Qué le dijo hoy día?

Ilone hizo pucheros con los labios y levantó sus anchos hombros.

—Me contó la mayor parte de lo que sucedió dentro de ese departamento en 40-bis Marshan. Eze hombre G. W. Collier y que usted no encontró el cofre grande o los diamantes. Pobre José, no pudo contármelo todo, porque estaba afuera de la puerta y no pudo pescar cada palabra.

Por lo visto, Mendoza no había oído lo de la renuncia de Álvarez o si no Ilone lo hubiera usado como su primera burla.

—¿Le contó alguna otra cosa el inspector Mendoza? ¿Acerca del atardecer o más tarde?

—¡Ay, pobre de mí! ¿Estoy arrestada? ¡No! José sólo me contó, en la tarde, que había pasado la puerta de l'oficina del coronel Duroc. Hombre vulgar; me dijo..., no importa. En estas oficinas hay un hombre enormemente gordo, que no sirve, porque en todo el año no respira sobriamente una sola vez. El gordo aguardentoso, que es anglez como ze puede imaginar, porque todos van a zu club y ze emborrachan y nunca murmuran requiebros bonitos a zuz mujeres...

—¡Eso no nos interesa! ¿Qué le contó el inspector Mendoza acerca del atardecer o más tarde?

—¡Pero estoy hablando! —gritó Ilone, y bailó pesadamente en el suelo—. ¡Este borracho dijo q'habría un asalto esta noche sobre el bloque de departamentos, porque las cosas están ahí todavía! ¡Ezo es todo lo que oyó; ezo es todo lo que José me contó! Y me lo dijo —Ilone usó todo el cuerpo cuando se volvió a indicar la parte trasera de la tienda— hace menos de media hora, todo lo que zé. ¡Todo, todo, todo, todo!

La punzante voz se detuvo. Ilone, respirando con fuerza y ordenándose el sombrero con pluma larga, se retiró bajo una fría dignidad.

—¿Le molesta si interrumpo, comandante? —preguntó Mark Hammond, con voz fuerte y más aguda.

—En absoluto, señor Hammond —sonrió Álvarez, algo sorprendido—. ¿Puede ayudarnos?

—Eso depende. ¿Quiere saber algo acerca de G. W. Collier como boxeador?

—¡Sí, mucho!

—Bueno, le puedo decir mucho. El punto es que he seguido el box durante más años de los que agrada contar.

El cambio en Hammond era sorprendente. Sus pálidos ojos emergieron con un gris agudo y penetrante. Se había enderezado de su encorvada postura de holgazán. Aunque no estaba sonrosado, tenía como un tinte de color sano. Estudiándolo, Maureen Holmes sintió el motivo tan palpablemente como si hubiera sentido el calor de un fuego. Muy pocas cosas en esta vida interesaban a Mark Hammond. Esta era una de ellas.

—¡Sí, por supuesto! —dijo Álvarez, chasqueando los dedos como haciendo memoria—. Lo he visto muy a menudo en el gimnasio del Boulevard Pasteur. Pero nunca lo vi con los guantes puestos.

La intensa amargura de los ojos de Hammond se apagó hasta llegar a su divertida tolerancia.

—¿Lo cree probable? —preguntó, estirando sus manos—. ¿Enfermo del corazón y de la vista desde muy niño? ¿Sin peso? ¿Brazos demasiado cortos? No olvide eso. ¡Pero no creo que haya mucha gente que haya observado a los boxeadores como yo los he observado! He escuchado cada orden del entrenador. Los he visto boxear, los he visto trabajar. Los he observado en el campo de entrenamiento del campeón y los pequeños clubes atléticos en las piezas traseras... En fin, conozco todas las posibles movidas que hacen, como conozco las movidas de ajedrez.

La voz potente de Hammond parecía ametrallarlos. Movi6 de lado a lado su cabeza calva e hizo un pequeño gesto para evitar que lo interrumpieran.

—Cuando oí al inspector Mendoza hablar de G. W. Collier como boxeador profesional —continuó—, lo recordé por lo que significan las iniciales G. W. Salté al teléfono de la pieza de juego y llamé a Bob Beacon del Centro Cultural Americano. Bob tenía todos los libros. Me leyó lo que quería saber.

Del bolsillo interior, Hammond sacó un sobre. Siendo demasiado presuntuoso para usar anteojos, parpadeaba al consultar el respaldo del mismo.

—¿Pueden adivinar lo que significa esto: G. W? —les preguntó seriamente—. No, no me digan George Washington. Significa Gregor Weehawben. ¿Y pueden imaginarse lo que hacía una pandilla bochinchera y de supuesto ingenio con un nombre como Weehawben? —El desdén de Hammond por la palabra pandilla no tiene descripción—. Pero lo recordarán, y ése es el punto.

—¿Cuál es su record? —preguntó Álvarez, echando a un lado todo el resto.

—Diez años atrás —contestó Hammond— peleó durante dos años y medio como peso medio profesional. Su record no es impresionante. Tuvo cuarenta peleas. Ganó veinte, perdió dieciocho y empató dos. Pero...

Hammond se detuvo sorprendido ante la amplia sonrisa de Álvarez.

—¿Entonces el puerco —preguntó— no es puro viento y copucha? Bien, eso me agrada. Sé que sabe su oficio, entonces.

—Sí, y más. Estoy de acuerdo en que su boxeo no valía dos centavos. Y está ya muy pasado de su clímax, por supuesto. Pero no era un pegador desordenado, lo que les gusta llamar un matador. Sigue entrando y entrando, para dar sólo un puñetazo que termina la pelea. —Hammond se detuvo nuevamente y miró a los ojos de Álvarez—. Comandante —dijo con honda sinceridad—, usted es bueno. Es requetebueno. Su trabajo de pies es rapidísimo; nunca está desequilibrado; puede golpear desde cualquier ángulo, aun retrocediendo; puede bloquear o resbalar o enrollar cualquier puñetazo; tiene una derecha apreciable y una izquierda buena. Pero...

—¿Soy un aficionado —siguió Álvarez con una repentina carraspera en su voz—, mientras que Collier es un profesional?

—Es la verdad de Dios, de todas maneras. El mejor aficionado no puede, bajo

cualquier circunstancia, resistir a un profesional experimentado.

—Quizás no ha considerado...

—Escúcheme, hombre. El aficionado pelea a distancias cortas; no conoce las agotadoras y paralizantes peleas largas. Su energía no está bien desarrollada, o para enfrentarse con eso o con un puñetazo de matador. En los cuerpo a cuerpo está enseñado a romper instantáneamente; no conoce el *in-fighting* o los golpes cortos al cuerpo que lo ablandan como una torta de mil hojas. Le podría dar una docena de razones, pero apúntelo como que no sabe enfrentarse con maestría en el *ring* y no puede soportar puñetazos fuertes.

—Muchas gracias por sus consejos, señor Hammond. —Álvarez también hablaba con sinceridad—. Ahora me temo que debemos volver a...

—Comandante —le interrumpió Hammond con quietud—, me es difícil decirle esto. Lo digo sólo como una advertencia amigable, y espero que lo tome en ese sentido. No trate de enredarse con Collier. Manténgase alejado de él. Lo asesinará.

Hubo otra de esas pausas que están por estallar.

Hammond vió, al igual que Maureen, acumularse la oscura sangre en la cara de Álvarez, y las venas azules sobresalir de las sienes. Ilone, extrañamente fascinada, se reclinaba contra la mesa con la boca estirada en forma cuadrada. Lentamente, la sangre se retiró de la cara de Álvarez. Habló ásperamente, pero con amabilidad.

—Señor Hammond —dijo—, tenemos un caso criminal que atender. Fué culpa mía; le permití que me desviara con nuestra conversación. Primero a pescar a nuestro Collier. ¿Acepta mis excusas?

Mark Hammond, con sus famosos buenos modales, se inclinó inconscientemente al estilo continental, pero toda la personalidad se le escurrió. Sus ojos grises, que podían ser penetrantes y agudos, a pesar de su mala vista, parecieron apagados. Se sentó encorvado sobre la mesa al lado de Ilone; y se imaginó, o así se lo explicaba, sólo una larga línea de vasos conteniendo *gin* y lo otro.

Pero Álvarez estaba en una incertidumbre desesperante.

Maureen sabía que él quería hacerle una señal o comunicarse con H. M. Pero Álvarez no se atrevía a volver la cabeza, ni aun hacia el vidrio lateral. Una señal entre él y el profeta Hassan-el-Mulik, a quien se suponía estar en trance, sería demasiado obvia.

Pero Maureen tenía una buena vista de H. M. Su corazón latió con pesadez. Su mismo pulso pareció latir con el de Álvarez cuando vió en los ojos de él brillar la idea.

—Maureen, querida... —empezó.

Ilone chilló en éxtasis.

—¿La llama su querida? —exclamó—. *Encoré l'amour!* Juan *chéri!* ¡Yo soy sorprendida! Antes de esto usted no iba nunca con nadie, excepto con mujeres de la calle. Yo...

Álvarez le dió una mirada. Pero era lo suficiente para silenciar momentáneamente

aún a Ilone Scherbatsky.

—Maureen —dijo más fuerte—, creo que deberíamos telefonar al coronel Duroc inmediatamente, y hacer que despachen al inspector Mendoza a un lugar donde no haga más daño por el momento.

La cabeza del profeta, casi enteramente tapada por Álvarez, hizo un pequeño signo negativo como si se moviera en sueño. El pompón del *tarbush* verde, que colgaba justo al frente, se movió hacia afuera, a la derecha y a la izquierda, como si indicara a Ilone y a Hammond. Maureen adivinó correctamente.

—No, Juan —contestó con voz clara—. No creo que lo desearía así el tío Henry. Por lo menos —y sus ojos verdes se movieron inocentemente hacia los otros— por el momento.

—¡Ah, bien! —dijo Álvarez. Miró a Ilone—. Como le dije al señor Hammond —continuó con animación—, éste es un caso criminal y tenemos mucho trabajo que hacer ahora. Ahora si ustedes tuvieran...

Pero Ilone avanzaba hacia él, tan sumamente emocionada, que todas las joyas tiritaban y sus manos estaban crispadas.

—¿Fuera del camino? —dijo con la respiración cortada, y le devolvió todas las palabras que había dicho acerca del inspector Mendoza—. ¿Mi José? ¿No quiere decir mi José? ¿No lo castigará?

—En el nombre del diablo, señora, ¿qué esperaba usted?

Ilone dió un grito lleno de espanto.

—*Grand Dieu!* —exclamó, poniéndose una mano sobre el corazón, mientras retrocedía tambaleándose contra la mesa y levantando la otra mano al aire—. ¡José! ¡Lo he traicionado! ¡Ezto ez terrible!

Maureen se sintió arder y helarse de rabia. Mark Hammond ya se había parado y, poniéndose el sobre en el bolsillo, consultó su reloj.

—Vamos, Ilone —dijo con aburrida paciencia—. Deberíamos estar en la fiesta de *cocktails* a las cinco. Ya es un cuarto para las seis.

—Qué son *cock-tails* —siseó Ilone, volviendo la cabeza bruscamente. A cada una de las tres palabras próximas golpeó con el pie con tal fuerza, que vibró toda la tienda—. Yo no iré.

—¿Usted cree que no, señora? —preguntó Álvarez.

Comúnmente, por supuesto, Ilone hubiera tenido que ser empujada hacia la puerta pateando y gritando; no era la mujer que sigue una sutil indirecta. Pero Álvarez sólo le apretó el brazo y el codo derechos por detrás de la espalda. Le dolió; él quería que le doliera. La condujo hacia la puerta sin hacer ruido. Ilone, una masa tiritante de rabia, no se atrevió ni a hablar para que él no aumentara la presión.

Álvarez abrió la puerta.

—¿Cree usted que puede continuar ahora? —preguntó a Hammond, indicando la posición en la cual tenía a Ilone.

—¡Oh, si!

Con rápida destreza, sorprendente en uno que evita el uso de las manos, Hammond continuó la posición de Álvarez. Pero evidentemente que aún pensaba sobre un asunto.

—Comandante —dijo Hammond—, hay una sola clase de aficionados que puede llegar a vencer a Collier en una pelea corta. Ese debe ser un simple mortero — Hammond parecía pensativo, pero hizo una mueca sin mencionar ningún nombre—, que cambie puñetazos como Collier mismo, y que pudiera darle un golpe decisivo. ¡Vamos, Ilone!

Ilone hacía ahora unos ruidos arrulladores sobre el palanquín, cuyos portadores todavía estaban parados a la derecha de la tienda, por la parte exterior de la ventana. Estaba de nuevo furiosa con Hammond, que se marchó con ella por la calle hacia el Gran Socco.

—¡Yo zoy la condeza Scherbatsky! —fué su último grito audible.

Álvarez, de un humor terrible, entró de nuevo en la sastrería y se dirigió hacia abajo, por el lado de la derecha, en la dirección de la repisa del espejo. No pareció ver a Maureen, quien le esperaba con una expresión de dignidad, y pasó por el lado de ella.

La pregunta del teléfono ya estaba resuelta. Al interior, a mano derecha, el venerable Hassan-el-Mulik, ahora transformado en Sir Henry Merrivale, ya que tenía el *tarbush* aplastado sobre una oreja, había encontrado el teléfono más moderno. Estaba hablando con el coronel Duroc en un rugido sordo, y bajo el cual no se podía distinguir una sola palabra.

Álvarez se volvió de nuevo. Su cara parecía cansada y ojerosa. Miró la terrible confusión de la tienda. Monsieur René Taupin siempre había sido una buena persona. Inadvertidamente, Álvarez sacó otro billete de banco inglés de su bolsillo y lo depositó sobre un espacio despejado de la mesa. Caminó hacia adelante de nuevo...

—Juan —lo llamó bruscamente Maureen.

Álvarez se detuvo, levantando la cabeza. Sus ojos se despejaron en parte, y su cara se iluminó.

—¡Maureen! —dijo, y la miró sorprendido—. ¿Sabe? Creí que se había ido.

De nuevo Maureen tuvo qué pelear contra esa fuerza que le ponía lágrimas en los ojos.

—¿Quería que me fuera?

—¡No, no!

—Entonces sabía que estaría aquí, ¿no es verdad? —Maureen se detuvo; tenía que guardar esto para la pregunta principal—. ¡Dígame! ¿Fué verdad... lo que dijo esa terrible mujer?

—¿Eh, qué parte en especial de lo que dijo?

A Maureen esta pregunta la tomó desprevenida. Podía haber, por supuesto, sólo una cosa.

—Bueno, que nunca..., es decir, salía con mujeres, excepto las de la calle, por

supuesto.

—¡Oh, eso es verdad! —dijo distraídamente.

Maureen quedó boquiabierta, porque no se entendía a sí misma. De acuerdo con todas las reglas, ella por lo menos debería haber quedado un poco emocionada o enojada. Pero no estaba enojada en absoluto. Sólo si Juan Álvarez les hubiera estado haciendo atenciones a las tales niñas llamadas decentes, Maureen se dió cuenta de súbito de que entonces habría estado furiosa.

Pero no había cómo tratar con él ahora que parecía estar concentrado en otra cosa. Era como si su ropa estuviera cosida con agujas y navajas de afeitar. Maureen no se habría atrevido a tocarle el brazo. No había ningún sonido en el sombrío local, excepto el sordo gruñido de H. M. en el teléfono.

—Ahora —dijo Maureen—, por favor, por favor, escúcheme.

Sintió que en él había estallado una tormenta emotiva y ya estaba paseándose.

—Perdóneme —gruñó Álvarez, sin levantar la cabeza—. La advertí acerca de mis modales. Hago lo posible, pero nunca es suficiente. Soy imposible.

—No —dijo Maureen con claridad, desde el otro lado de la mesa. Ella respiraba rápidamente, pero trató de mantener su mente alejada de la plena confusión—. Está sólo triste. En parte porque el mundo no es lo que era antes. En parte porque... ¿Por qué anda con esas mujeres?

Aunque no levantó la cabeza, vió que él apretaba los músculos de la mandíbula. Aun cuando no estaba conmovido, el lenguaje de Álvarez pareció algo pedante.

—Porque no haré el amor bajo falsos pretextos —dijo—. Es mejor andar con una ramera decente que hablarle hipocresías a alguien que puede ser dañada.

Levantó la cabeza, aun inclinado sobre la mesa, y le habló a Maureen a través de ella. En seguida vino la verdadera tempestad.

—No he amado realmente a otra mujer más que a usted —estalló—. En usted hay todos los rasgos, menos uno, qué pueden volver loco a un hombre. —Sorpresidentemente, su tono era oscuro y amargo—. Es generosa; me hubiera ayudado cuando me creyó pobre. Es leal; como testigo, Sir Henry. Es inteligente, no estúpida. Es romántica, y fácilmente movida a la ternura. Pero... —Aquí Álvarez se enderezó con la misma mirada amarga—. La he visto antes —dijo—. ¡Oh, sí!, la he visto, con su cara pálida y su cuello delgado y sus ojos verdes y su pelo de azabache, toda aureolada y resplandeciente en una ventana de la catedral de Sevilla. No tengo religión, gracias; y no la quiero tener. Pero recuerdo esa ventana con la luz encendida por detrás. Usted es igualmente inaccesible. Igualmente remota. Igualmente fría.

—¡Oh! —dijo Maureen inadecuadamente, pero era sólo un sonido de sorpresa y rabia.

Aunque raras veces lo había mencionado, y en realidad se enorgullecía de ser un poco reservada, Maureen estaba lejos de ser fría. Tomó esta acusación como el peor de los insultos.

—Cree que soy fría, ¿no es cierto? —exclamó con pasión—. ¿Por qué no me besa

y lo averigua?

Álvarez la miró inexpresivamente.

—¿Qué?

—¿N-n-n-no me oyó?

Puso él una mano en la mesa para saltar por encima y alcanzarla. Su mirada se apartó de ella por sólo un tercio de segundo, pero, cuando levantó la vista de nuevo, toda la expresión de Maureen había cambiado. Sus grandes ojos, con lágrimas en las oscuras pestañas, se habían abierto de par en par y estaban fijos en algo con horror. Ni siquiera lo miraba a él. Estaba mirando fijamente más allá de Álvarez, a una hilera de ternos.

Álvarez se volvió rápidamente al oír el sonido de los colgadores resbalando sobre el metal y se encontró cara a cara con Gregor Weehawben Collier.

Collier estaba parado en el espacio entre dos líneas de ternos, su espalda contra la pared, sin espacio para moverse, y las manos por allá arriba entre los colgadores. Su pelo estaba teñido de negro y usaba *tarbush* rojo. Por lo demás, vestía y parecía el mismo, con los párpados semicerrados y la eterna mueca.

Fué tan rápido todo, que nadie tuvo tiempo de pensar en la sencilla explicación de por qué o cómo había llegado hasta allí. Después de ese instante de aturdimiento, Álvarez se abalanzó al espacio entre los ternos. Las manos de Collier, ambas entre los ternos, tiraron esa masa de ropas en la cara de su opositor. En seguida las manos de Collier se abalanzaron aún más arriba, aferrándose de la barra metálica. Esta no era sólo una vara larga y metálica a través de toda la tienda. Consistía en una serie de varas metálicas relativamente cortas, unidas a intervalos para soportar el peso. Collier demostró su fuerza de brazos y hombros.

Hubo de cada lado un crack-crack separado, junto con ruidos de rasgaduras, al arrancar Collier la vara entera de sus soportes de tornillos, y tiró toda la masa de ternos sobre la cabeza de Álvarez.

Álvarez, irguiéndose, comprendió que podía lanzarse a través de esa masa y aplastar a Collier contra la muralla. Y lo hubiera hecho, a no ser por la eterna e invariable buena suerte de Collier. Al equilibrarse Álvarez, pisó encima de dos resbalosos sombreros, y ambos se deslizaron por debajo de él. Se tambaleó y perdió el equilibrio. Cayó pesadamente al suelo de espaldas, surgiéndole en el estómago una mortificante náusea, y el alud entero de ternos se inclinó hacia afuera y cayó sobre su cabeza, ahogándolo. Las mesas se tambalearon hacia atrás con ruido al rechinar las patas de madera.

—Tipo listo —dijo la voz irónica de Collier.

Álvarez, todavía enfermo de rabia y humillación, luchó abriéndose camino entre lo que parecía ser una presión que lo aplastaba por su sola suavidad movible. El tiempo debe haber sido corto; pudo oír que Collier corría hacia la puerta. Hubo un leve golpe. Él no pudo saber lo que fué. Pero Maureen había arrojado una silla liviana a las piernas de Collier para hacerle tropezar. No tropezó, pero le causó una demora

de uno o dos segundos.

Álvarez, poniéndose de pie de un salto, estuvo justo a tiempo para oír el sonido del timbre y ver cerrarse la puerta de la tienda. Saltó por encima de la mesa más cercana y llegó a la puerta en dos zancadas, la abrió de par en par, dió un paso hacia afuera y se detuvo.

No debería lanzarse de golpe entre la muchedumbre, ni caer en la antigua treta, según la cual un fugitivo se aprieta contra la pared al lado de la puerta. La cabeza de Álvarez se movió a la derecha, hacia el palanquín. Vió su advertencia en los ojos de los portadores, de los cuales uno empezó a señalar. Álvarez se volvió a la izquierda, pero no bien a tiempo.

Sobre su cabeza, en la parte de atrás, cayó el peso de un arma a la cual Collier hubiera llamado un “tonto”. No fué un golpe limpio, pero eso apenas le importó.

Álvarez no cayó. No quiso caer. En ese momento de demasiada rabia, no se le hubiera podido botar ni con media tonelada de piedras.

Su cabeza le pareció más bien expandirse que estallar. No estaba consciente del dolor, sino sólo de un ruido tintineante en el cerebro. Por un instante sintió debilitarse las piernas, nada más. Su único problema fué la vista, donde las imágenes se desvanecieron un poco y se nublaron. Se volvió rápidamente y se enfrentó de nuevo con Collier, cuya espalda estaba contra lá muralla, donde no tenía espacio para levantar de nuevo el arma.

Álvarez rogó al Dios en el cual no creía. Su puño derecho cayó con tal fuerza sobre el vientre de Collier, que éste se dobló en dos, la respiración cortada de golpe con un sonido grotesco, como el de un hombre vomitando, sin embargo más fuerte.

Tambaleándose, tratando de despejar su vista nublada, Álvarez se enderezó para lanzar su izquierda. Con vaga sorpresa vió que no había nadie ahí.

Collier, aún no tomando en cuenta el peor golpe en el vientre que jamás había recibido, todavía no quería encontrarse con él en una pelea honrada, y se había deslizado detrás de Álvarez. Aun ahora pudo lanzar una risa más alta y nerviosa de burla, y de nuevo el peso del arma cayó sobre la cabeza de Álvarez.

CAPÍTULO XIII

A las siete y media de esa tarde, Paula Bentley estaba recostada inmóvil, remojándose en un baño bien caliente. Una gorra de baño le impedía a su pesada cabellera caer al agua, y mantenía los ojos cerrados.

La sala de baño de sus habitaciones en el Hotel Minzeh no era grande. Bill Bentley, en pantalones de franela gris y camisa de manga corta con el cuello doblado hacia adentro, estaba parado frente al lavatorio, con la espalda hacia ella. El lavatorio estaba cerca, formando un ángulo recto con el pie de la tina de baño.

Bill, la cabeza a un lado, estaba afeitándose con una máquina eléctrica. La máquina runruneaba suavemente, mientras él torcía el cuello. El espejo encima del lavatorio de porcelana se empañaba a menudo con el vapor del baño, y Bill lo limpiaba pacientemente. Pudo haber sido la escena doméstica más íntima de una pareja joven preparándose para vestirse para salir a comer, excepto por una cosa...

Alrededor del hombro y lado izquierdo de Bill estaba sujeta la correa amarillo-café de una cartuchera. En ésta llevaba un revólver Webley 45. Ese calibre, como había descubierto la Oficina de Guerra, era el único que podía detener a un granadero alemán enloquecido en una carga, y reventarlo sobre sus propias huellas.

Sin embargo, ni ella ni Bill se refirieron en absoluto al peligro. Hablaron descuidadamente y en tono liviano de muchas otras cosas. La máquina de afeitar continuó runruneando suavemente en el baño sin ventana y lleno de vapor. En seguida, Bill, con una nueva idea, la apagó.

—Encanto —dijo.

—¿M-m? —contestó Paula soñolientamente, sin abrir los ojos.

—Yendo de grandes ideas a cosas pequeñas —dijo Bill contemplando la máquina de afeitar—, ¿te conté alguna vez cómo me instaló mi viejo en la vida?...

—Sí, querido. —Siendo una esposa inteligente, Paula no agregó: “Como mil veces”. Continuó—: Como ingeniero eléctrico. Pero tú odiabas eso, y trataste de estudiar pintura. Podías hacer naturalezas muertas, pero tus figuras eran horrorosas. —Paula mantuvo el mismo tono soñoliento—. Me alegro de eso su poco. Si hubieras tenido una modelo, le habría rasguñado los ojos.

—Los pintores no piensan así —objetó Bill, y limpió el espejo con el brazo para poder verla cara a cara. Estiró el cuello hacia arriba y al lado—. De todas maneras, me das ideas.

—¿No crees que yo tampoco las tengo? —preguntó Paula, abriendo los ojos a medias—. ¡Pero, querido! Esta no es la hora ni el lugar. Especialmente tomando en cuenta...

Como la puerta del baño estaba cerrada con llave, no podían ver ni oír al coronel Duroc paseándose sobre la suave alfombra del dormitorio contiguo. Estaba esperando que sonara el teléfono. Lo mismo que ellos, aunque no querían admitirlo.

Acomodándose, Paula observó la cara de su marido en el espejo, su semblante tranquilo y amplio, con ojos cafés y un corte de pelo absurdo. A veces se preguntaba cómo esta personalidad lenta y de cuidadosa observación podía esconder un cerebro tan rápido. Sus hombros anchos, bíceps duros y cintura delgada le hacían parecerse... ¡No! Eso le volvía los pensamientos a Collier y al horror.

Bill era violentamente agresivo en el amor, lo que le agradaba por completo a Paula. Pero —sin serle desleal, ya que lo amaba profundamente— a veces deseaba que fuese más agresivo en la vida. Se lo imaginaba dando golpes con los puños sobre la mesa entre un grupo de bancarios, por ejemplo. Él no se había enojado nunca mucho... No, eso lo metía en peligro, lo que la ponía a ella en el peor estado de ánimo.

Sin saberlo ella, Bill estaba en peor estado de ánimo que eso. No le importaba en lo más mínimo estar en peligro él mismo. Aunque ni su cara ni su voz jamás traicionaban el hecho, puede decirse, sin más comentario, que si llegase a perder a Paula, se mataría.

—... Y con el tiempo —murmuró ella—, quieres retirarte. ¡Pero, querido! No a Londres, por favor. Eso tiene asociaciones.

Bill desenchufó la máquina de afeitar y la guardó. El recipiente se llenó de agua fría y caliente al agacharse él a lavarse.

—Muy bien. Como te dije anoche, donde tú quieras.

Entraron suavemente en uno de esos debates familiares entre marido y mujer, que pueden ser sobre cualquiera cosa, pero que generalmente duran años.

—Y tú escribirás un libro sobre grandes genios —dijo Paula—. Pero no incluirá a George Bernard Shaw.

—No, encanto. Definitivamente no.

—Fué un gran escritor de comedias, ¿sabes?

—Aceptado, sin pelea. Pero su nombrado genio consistía en balbucir, como un niño, las cosas que todos saben y que todos prefieren callar por decencia.

Hubo un movimiento en el agua al levantar Paula la cabeza. Abrió los ojos.

Bill, zambulléndose en el agua como un búfalo, levantó la cabeza, se secó los ojos a medias, se volvió y la quedó mirando.

—Pasando a otra cosa —dijo—, ¿me quieres?

—¡Mmmmm!

—Está bien entonces. —Se zambulló de nuevo en el lavatorio.

—Bill —dijo Paula con remoto pero verdadero interés—. Tú comprenderás, querido, que no me importa. ¿Pero por qué no puedes ni siquiera lavarte la cara sin desparramar galones de agua e inundar el baño?

—P-porque me estoy lavando. —Este punto habría que hacérselo notar a todas las

esposas. Bill levantó la cabeza y buscó ciegamente una toalla—. No estoy usando un vaso para los dientes. No me estoy colocando un perfume tal o cual sobre mi faz. Me estoy lavando. Este proceso...

Afuera, en el dormitorio, se sintió sonar el teléfono.

Durante un momento ambos permanecieron inmóviles.

Débil, pero claramente, se oyó la voz del coronel Duroc en el teléfono:

—¿Alo?

Con sus grandes manos tiritándole contra su voluntad, Bill se secó la cara y lanzó lejos la toalla. Manteniendo la espalda cuidadosamente hacia Paula, sacó el Webley 45 de su cartuchera, lo abrió y, lo más silencioso que pudo, comprobó que estuvieran totalmente llenos todos los compartimientos. Silenciosamente cerró el arma de nuevo y la devolvió a su cartuchera. Había hecho esto ya como unas veinte veces.

Hubo un movimiento y salpicón de agua al sentarse Paula, sacándose la gorra de baño, de tal modo que le cayó la cabellera rubia alrededor del pescuezo. Se salió de la tina sin molestarse en secarse, tomó de la muralla opuesta una bata gruesa de manga larga, en la cual se envolvió. Se amarró el cinturón y buscó sus zapatillas en el suelo.

Bill había abierto ya la puerta cuando ella lo alcanzó. Ambos se deslizaron juntos al dormitorio.

Aunque afuera todavía no estaba bien oscuro, las persianas y las cortinas estaban cerradas sobre la ventana. Luces brillaban en la pieza bien alfombrada con sus cortinas azules. EL teléfono estaba en una mesita chica a la cabecera de la cama de dos plazas; el coronel Duroc, en uniforme, estaba sentado a la orilla de la cama mientras hablaba por teléfono en español.

—¡Bien, bien! —dijo el coronel—. Continúe.

Hubo un sonido raspante en el receptor. La cerviz del coronel Duroc se sonrojó de alegría. Su pelo corto parecía ondearse con esto.

—¡Mejor, mejor! —dijo—. ¿Pero por qué dice que probablemente lo atrapó?

Bill, que tenía en sus brazos a Paula envuelta en la bata, la miró.

—¿Bueno, bueno, bueno? —continuó Duroc impacientemente.

Hubo otro intercambio por el teléfono.

Por un instante el coronel volvió su cara roja y divisó a Bill y Paula parados allí. Su mano izquierda sostenía el teléfono; su derecha, un pañuelo con el cual se secaba la cara.

Pero se volvió para continuar hablando:

—Haga que sus hombres tapen todas las salidas. Si trata de arrancarse, disparen. Pero no disparen a matar si no es imprescindible. Lo quiero cómo testigo.

De nuevo carraspeó la voz. Paula y Bill, que no podían oír ni una palabra del otro lado, estaban poniéndose frenéticos de curiosidad. No podían ver la transpiración en la frente del coronel Duroc, pero sí le veían secársela con un pañuelo.

—Es descuidado con las vidas, comandante en ejercicio. —El coronel Duroc se

humedeció los labios. En seguida, después de una pausa, dijo—: Muy bien. Pero no puede contar con más hombres porque yo encabezaré el grupo para cercar el, ¿entiende?, 40-bis Marshan cuando dé el golpe en busca de los diamantes el verdadero Cofre de Hierro. Este grupo no puede salir del hotel hasta que esté bien oscuro. Este grupo será encabezado por Sir... para usted Lord Merrivale.

El coronel devolvió el teléfono a su lugar con vacilación. De nuevo se secó la frente.

A través de su cerebro, en un tiempo mucho menor que el que se necesita para secarse la frente, había pasado cada aspecto del caso. Cuando H. M. le había explicado los milagros de Cofre de Hierro, el coronel había deducido su identidad lógica y rápidamente. Estaba muy orgulloso de esto. Pero en seguida había llegado la llamada telefónica de H. M. desde la Casbah, donde este pecador había estado suelto en el mismo palanquín que el de sus experiencias en la mañana, y Duroc tuvo que echar a andar la organización.

Finalmente había llegado el último mensaje de H. M. acerca de las aventuras en la sastrería. El coronel, en persona, había corrido hacia allá en su *jeep* —nunca usaba el Packard cuando trabajaba— para llevar a Álvarez a la clínica del Dr. MacPhail. Había permanecido allí mientras el doctor aquietaba a la histérica Maureen, finalmente con calmantes. Había entrevistado a la condesa de Scherbatsky en la Plâce de la Casbah. Había hablado con Mark Hammond, que estaba comiendo en el Parade, y el coronel sabía, aunque no lo supiera H. M., que Collier había entrado su cuerpo macizo en una ferretería abierta todo el día en el Gran Socco, y allí había comprado un cuchillo con doble filo, afilado como una navaja.

—¿El señor desea —había balbucido la propietaria árabe, en un intento amistoso de hablar francés— matar animales?

—No —había dicho Collier en un francés mal hablado, pero entendible—. Quiero cortarle el pescuezo a una rubia.

Durante cinco minutos, después que él había golpeado la puerta al salir, la propietaria se había reído de esto como de un buen chiste. Después, había salido gritando a la calle en busca de un policía.

Ahora el coronel Duroc, sentado al borde de la cama, se decidió. Podía sentir dos pares de ojos, los de Bill y Paula, fijos en su espalda. Para evitarles el miedo, por el momento el coronel Duroc hizo una de sus mejores pruebas de actuación.

—¡Ja, ja! —rió con gusto.

Guardando el pañuelo, el corpulento y pequeño coronel se levantó del borde de la cama y, pavoneándose, se dirigió hacia una profunda silla de tapiz azul. Se sentó, remeciéndose de risa, y se encaró con los Bentleys. Sus ojos azules brillaron bajo las tupidas cejas. Era el Papá Duroc de nuevo.

—No es..., no es en verdad muy divertido —dijo Paula, en la larga bata que se arrastraba y que realmente le pertenecía a Bill—. Nos dijo que ése sería el no sé cuánto comandante en ejercicio. ¿Qué es lo que dijo?

—Bueno, ¿qué dijo en realidad? —preguntó Bill.

El coronel Duroc estiró los labios como si el asunto no fuese de importancia.

—Una lesera —contestó airosamente en su excelente inglés—. ¡Vamos! Puede esperar por uno o dos minutos.

Después de lo cual frunció el entrecejo en supuesto enojo y le hizo un signo negativo a Paula con el dedo.

—Me pregunto, una y otra vez, ¿por, qué esta señorita no puede aparecer nunca en público sin usar las menos ropas posibles?

Por una vez sorprendida, Paula abrió sus ojos azules oscuros de par en par.

—¡Pero yo..., yo nunca pienso en eso! —protestó—. Es decir...

—Soy yo el que se lo dice. Yo, el Papá Duroc. Y no es lo que usted cree. Es lo que creen todos los hombres jóvenes; sí, ¡y los viejos también! —El coronel hizo una profunda inspiración reminiscente—. ¿No ha oído el dicho del gran Clemenceau, el viejo Tigre de Francia, al estar sentado suspirando en un bulevar en primavera? “¡Ah, quién tuviera setenta años de nuevo!...”.

—Apunta eso en tu libretita, Bill —le aconsejó Paula maliciosamente.

Sin embargo, los ojos de Bill se habían achicado. El coronel sabía lo que había adivinado Bill; que Duroc no podía hablar hasta que Paula saliera de la habitación.

—Medio segundo —dijo Bill—. Ni siquiera nos ha contado todo lo del bochinche en la sastrería. Por algún motivo, Juan y H. M. —sólo los Bentleys habían descartado el “Sir Henry”, lo cual les agradecía el réprobo— hicieron pedazos el lugar. No puedo entender eso. Juan es el tipo más tranquilo que conozco. En seguida aparecieron Ilone y Hammond. ¿Pero qué es lo que hacía Collier allí?

—¡Ajá! —sonrió el coronel, frotándose las manos. Esta pequeña diversión lo complacía, al mismo tiempo que lo enorgullecía en sus deducciones sobre otros asuntos—. ¡Ahora, amigo mío, usted me dirá por qué! Usará sus sentidos. ¿Qué es lo que hacía Collier allí?

Paula sintió apretarse contra ella el brazo de Bill. Ella sintió que la mente de él sorteaba sus pensamientos rápidamente.

—Bien —dijo Bill, empezando en su forma lenta—. Collier debe haber estado sentado abiertamente en la sala de juego detrás de la sastrería. ¡Bien! Sabemos que Ilone y Hammond discutían sobre Collier. Ilone lo grita, todo; Collier los debe haber oído. Sabemos que Hammond telefoneó a Bob Beacon en el Centro Cultural Americano para obtener el record de boxeo de Collier. ¿Bien?

El coronel, en vez de estar complacido, se sentía disgustado ante esta eficacia.

—¿Sí?

—En ese caso —dijo Bill, hablando con mayor rapidez—, Collier fácilmente pudo haberse 'metido en la sastrería después que Ilone y Hammond se fueron. Sabemos que la tienda estaba sombría. Sabemos que los ocupantes estaban bastante preocupados a un lado de la tienda solamente. Sabemos que Collier fué encontrado al otro lado. Le habría sido fácil deslizarse al otro lado y esconderse detrás de lo que era

aparentemente una larga percha de ternos a ese lado, donde podría escuchar lo que le concernía. —Los ojos de Bill brillaban—. Deducción: Collier era miembro de ese club de juego o por lo menos bien conocido allí. De otro modo no lo habrían admitido. Deducción secundaria: Collier tiene un amigo protector, aquí en Tánger, quien lo presentó. ¿Bien? ¿Continúo?

El coronel Duroc hervía.

—¡No, no, suficiente! —dijo, no queriendo que alguien le robara su propio trueno.

En seguida el coronel señaló a Paula, como un hechicero magnífico ordenando un milagro.

—¡Vístase!

El milagro no fué instantáneo, por supuesto. Paula, adivinando que él deseaba que se fuera y no queriendo comentar sobre esto, comprimó los labios y partió de la habitación con la larga bata flameándole alrededor de los pies. Abrió puertas de armarios y las cerró, acumulando ropa; abrió cajones de mesas de *toilette* y los cerró de golpe.

Bill se subió el cuello de la camisa distraídamente y tomó una corbata de la percha sin mirarla. Se la puso haciendo el nudo a medio camino entre la oreja y bajo el cuello y después bajándola a su lugar; finalmente se puso la chaqueta del terno de franela gris claro para esconder la cartuchera bajo el hombro.

El coronel Duroc había empezado a transpirar de nuevo. Afuera de las persianas cerradas ya debía estar oscureciendo. El reloj sonó acompasadamente.

—Maldito sea —comentó Paula en voz baja. Cerró la puerta de golpe y le echó llave..., o por lo menos aparentemente.

Tomando una silla liviana, Bill la puso frente a la silla confortable del coronel, dió un vistazo por encima del hombro a la puerta cerrada del baño y se sentó.

—Ahora dígamelo —dijo en voz baja—. Todo lo que oyó por el teléfono.

Duroc se lo dijo, todavía consciente del paso de los minutos. No omitió ninguna palabra de lo que le había dicho el comandante en ejercicio. Bill, con el codo izquierdo en la mano, y con la otra mano en la hendida barbilla, escuchó sin mover un músculo de su cara y sin un solo comentario.

Collier, según parecía, había sido seguido hasta la casa de un traficante de alfombras y antigüedades llamado Alí. Su tienda estaba en el sótano de una casa enorme. El edificio, según parecía, era un laberinto de galerías, pequeñas piezas y agujeros de escape, por lo que ofrecía un lugar de escondite admirable. Más aún, había una ventana falsa, de la cual el comandante en ejercicio dijo conocer el secreto. Duroc había dado instrucciones de que la casa fuese rodeada por hombres estacionados en cada agujero de escape, pero como no tenían otros medios, tales como bombas lacrimógenas o el echar con humo a Collier —aquí se hundió en disculpas la voz de Duroc—, Pérez había sugerido que usaran a Paula como carnada, ya que Collier había alardeado abiertamente de que la mataría en la primera

oportunidad.

—Y por lo tanto —terminó apresuradamente el coronel—, ¿nos ayuda su buena esposa?

Bill Bentley permaneció inmóvil.

—No permitiré que lo haga —dijo tranquilamente—. ¿No cree que es un maldito atrevimiento el pedirlo?

La desesperación oprimió al coronel Duroc.

—Sí, estoy de acuerdo —dijo secamente, y levantó los hombros—. Sin embargo, si se niegan, todo se termina.

—Mire —murmuró Bill—. No niego..., bueno. Yo gozo con cualquiera maniobra descabellada hecha por mí mismo. Pero cuando se llega a comprometer a Paula...

—¡Sí, sí, comprendo!

Bill se puso de pie. Lo mismo hizo el coronel Duroc, sobrepasándole Bill bastante en altura.

—¿Qué les pasa a sus hombres? —preguntó Bill; su voz, normalmente suave, tenía un filo cortante de desprecio—. ¿Por qué no pueden entrar y sacarlo con humo? ¿No tienen bombas lacrimógenas? ¡Santo cielo! Usen el antiguo método de quemar azufre, con un ventilador eléctrico que trabaje con batería; yo les puedo armar uno. ¡Sí, y los encabezaré yo mismo! ¿No tengo derecho al primer disparo contra Collier?

—Su azufre —dijo el coronel—, fué probado en la guerra cuando usted no era ni siquiera un niño. Nosotros mismos podemos ahogarnos y Collier escaparse. ¡Pare! Podría servir si supiéramos el lugar en que se oculta en el edificio con laberintos de pasajes y agujeros de espías escondidos. ¡Pero no! ¿Quiere oír una razón más coherente?

—¿Como cuál?

—Usted sabe que el tal Collier ha nombrado a su mujer. Usted conoce sus amenazas contra ella; él es una mugre; cumplirá su promesa si es que puede. Sin embargo, ahora lo tenemos atrapado en una sola casa grande, estamos seguros. Puede ser nuestra única oportunidad. ¿Prefiere andar con ella, quizás durante meses, con una pistola, siempre esperando un golpe que puede o no llegar?

Bill vaciló, mirando hacia otro lado y humedeciéndose los labios.

El coronel Duroc, un hombre amable, odiaba lo que tenía que decirle. Pero la disciplina lo mantenía como con una rienda.

—Usted es bastante grande —lo desafió—. Con su brazo alrededor de ella y una pistola cargada en la otra mano, ¿no se atreve a enfrentarse con un hombre?

Silencio de muerte, excepto por el revuelo de la brisa de la bahía en la ventana.

El coronel había dicho algo que no se le debe decir a ningún hombre, menos a Bill. El color se desvaneció de la cara de éste. Sus ojos se achicaron y su pesado puño izquierdo se movió hacia atrás. De nuevo vaciló y se humedeció los labios. Lentamente el puño se adelantó y se secó la boca.

—Muy bien —dijo—. Lo haré.

Y una vez hecha esa promesa, Bill caminaría hacia adelante en una sola línea, sin desviarse una pulgada, aunque caminara contra tanques enemigos. La Oficina de Guerra le pudiera haber dicho eso. Pero Bill expuso sus condiciones inmediatamente.

—Tenga en cuenta —dijo sin mucha voz— que dije que yo lo haría. Le toca escoger a Paula, acuérdesese. Le advierto que yo la voy a aconsejar en contra, pienso usar todos los argumentos en contra; y si tengo alguna influencia...

Repentinamente, la puerta del baño, que había estado abierta en una fracción durante todo este tiempo, se abrió de par en par.

Paula no había terminado aún de vestirse. Por la esquina de la puerta sacó la cabeza y, para mal de Papá Duroc, los hombros también.

—¡Por supuesto que lo haré! —exclamó con un extraño brillo en los ojos—. ¿Quién diablos pensó que yo esperaría a que me preguntaran? ¡No sean tontos!

La puerta se cerró de golpe, y esta vez sí que fué cerrada con llave...

El coronel Duroc, ya a estas alturas bastante molesto, y deseando no haber mencionado el asunto, se sentó lentamente.

—Cómo quiero a esa muchacha —dijo con sencillez.

El propio amor fiero de Bill, y su temor por ella también, le retorcieron el corazón y momentáneamente brilló en sus ojos. Hubo un largo silencio.

—No está del todo mal, ¿no es cierto? —murmuró Bill. Hubo otra larga pausa antes que agregara amargamente—: De todos modos, lo hace por la... gente. —Y sin decir una palabra se sentó y apoyó la cabeza en las manos—. Pero no le hará daño. Juro por Dios que no lo hará.

Para evitar más discusión, el coronel Duroc se levantó y se acercó con rapidez a la ventana. Rebuscó entre livianos vestidos y cortinas azules antes de abrir una persiana y mirar hacia afuera. Aunque podía ver un montón de techos oscuros y las luces de Tánger, el cielo estaba aún de un gris opaco, no negro. Si mientras tanto Collier se escapara...

—Si Collier... —empezó, y se detuvo.

El coronel Duroc se volvió y Bill se puso de pie de un salto cuando se oyó un golpe en la puerta que daba hacia el corredor del hotel.

CAPÍTULO XIV

El movimiento que hizo Bill, si lo hubiera visto su compañero, engañaba la vista. La mano de Bill se dirigió con, rapidez hacia el interior de su chaqueta; sin intermedio, el Webley 45 se apuntó hacia la puerta.

—*Entrez* —llamó Duroc, aclarándose la garganta.

Era, a primera vista, sólo Sir Henry Merrivale. La tensión de Bill se desvaneció, mientras deslizaba el Webley dentro de la cartuchera bajo su chaqueta. Pero la presencia de H. M., cuando está de cierto ánimo, puede ser tan calmante como un huracán, pues puede dar la impresión como si desparramara las sillas, aun cuando no esté ni siquiera cerca de ellas. Aunque no estaba precisamente de ese humor, se hallaba próximo a él.

—Más disgustos, —gruñó.

El coronel Duroc se tironeó el pelo blanco.

Ya no tenía la bata, el bigote ni la grandiosa barba, las manchas de jugo de nogal, el *tarbush* verde del profeta Hassan-el-Mulik. Pero H. M. aún, permanecía astuto. Habiéndose robado de la sastrería un anticuado tongo cuadrado churchilliano, se lo había colocado y se negaba a quitárselo. Su terno negro de alpaca estaba de acuerdo con la situación. Un cigarro sin encender se extendía desde la esquina de su boca.

Moviendo su corpachón de lado a través de la puerta, saludó a Bill con verdadero placer, se fijó en la cartuchera que tenía al hombro, cerró la puerta y se sentó en una enorme silla confortable.

—No —gruñó, levantando la mano con la palma hacia afuera—. No les voy a decir cuál es el disgusto. Ya lo sabrán en cinco minutos; y, de todas maneras —hizo girar el cigarro reflexivamente—, no estoy seguro de que sea tan malo como ustedes piensan. —Ahora se tornó mártir—. ¡Pero Dios! Si cualquier hijo en vida de Esaú ha tenido un día tan cansador como yo...

El coronel Duroc se enderezó.

—¿Usted tuvo un día agotador? —preguntó—. ¡Ja, ja! Observen. ¿Qué podría decirse de Papá Duroc? —Un pensamiento horrible se le ocurrió—. ¿Supongo que no estará todavía en ese palanquín?

—¡Hijo, no me movería un paso en esta ciudad loca sin él! Está allá abajo.

—Debe despacharlo. No lo puede usar durante esta noche, le digo.

Sin contestar, H. M. sólo puso expresión de mula y estiró la barbilla.

—Durante toda la mañana —declaró el coronel Duroc—, toda la mañana, me dió puntadas frías y calientes con sus andanzas por el lugar en un palanquín. Después supe de su disfraz, lo que es peor aun, y que no me engañó...

—Oh, ¿no los engañé a todos? —gritó H. M. sin motivo—. ¡Bah!, la misma chica Holmes me dijo que no me hubiera reconocido si no me hubiera puesto un cigarro en la boca. En la mañana, ¿sabe?, también estaba molesto porque todas las tiendas y oficinas, las continentales de todas maneras, cierran a mediodía y no abren hasta las cuatro. ¡Válgame Dios, qué manera de hacer negocio! Ustedes aquí... Ustedes... Espérese un momento. ¿Cómo se llaman a sí mismos: tangerianos?

—No, no —dijo el coronel Duroc—. Tangerinos.

H. M. lo contempló por encima de sus enormes gafas. En seguida H. M. cerró un ojo y lo miró con una expresión algo similar a la del Pato Donald escuchando un cuento sobre el viejo pascuero.

—No, *pas de blague!* Esto es cierto, como le dirá Bill... Somos tangerinos.

—¡Cor! —dijo H. M. con voz hueca—, ésta es una de las que no voy a contar llegando a casa. Si no el Ministerio de Alimentación dejaría caer su acostumbrado ladrillo y los importaría a tres peniques cada uno.

—Somos...

—¡Hum! Ya sé. Pero déjese de interrumpirme, ¡quémeme!

—¿Interrumpirlo? —preguntó el coronel Duroc en un tono extraño e incontrolado. La misma nota se había oído antes en la voz del jefe de inspectores, Masters.

—Eso mismo. Como estaba diciendo, obtuve mis mejores partidas antes y después del mediodía en la Casbah. Allí es donde...

—¡Sir Henry! —El coronel, que se había vuelto a sentar, hizo una reverencia y por lo menos trató de hablar con formalidad y deferencia—. Por las deducciones que me ha dado con respecto a Cofre de Hierro y el desaparecimiento de gente y cosas, yo mismo, mi departamento de policía y el gobierno mismo de Tánger, no podemos agradecerle demasiado.

—Bueno..., vamos —dijo el gran hombre, sacándose el cigarro sin encender de la boca para toser modestamente.

—¿Pero cómo —insistió el coronel, tironeándose la corbata— pudo engañar a los árabes? Usted quizás sabe uno que otro pequeño saludo. Pero cuando se escucha su verdadero vocabulario, uno poco delicado se desmaya. ¡Si ni siquiera puede hablar el idioma!

—¡Oh, hijo —dijo H. M. tristemente—, ésa fué la parte más fácil de todas!

El coronel se tomó la cabeza entre las manos.

—¿Sabe? —dijo H. M.—. He leído realmente el Corán. En inglés, por supuesto. Pero, además, lo he estudiado, Y por alguna maldita razón —se golpeteó la cabeza con el ceño fruncido—, cualquiera cosa que entra en esta cebolla permanece aquí.

—Pero el idioma...

—Le estoy contando. Tenía un noble disfraz, ¿ve?, de la tienda de disfraces al lado de Bernstein y Compañía. Incluía un traje verdaderamente auténtico, que no me cambié hasta que no compré otro donde Alí, el traficante de alfombras.

Aquí sus pequeños ojos se agudizaron, pero el coronel Duroc no dijo nada por el momento.

—Sí; cuando estaba hurgando por ahí en mi palanquín, silbando para obtener información, no necesitaba saber árabe. ¡Oh!, excepto: “La paz entre en su casa”. En seguida hablaba en un inglés o francés no demasiado perfecto, lo cual entendían. Les dije que iba a salir a predicarle al mundo infiel.

—Pero...

—Cada vez que llegaba al tema del pecado, el que es igualmente popular en todas partes, los miraba a los ojos, así, ¿ve?, y les largaba más o menos una página del Corán. ¡Cor! Sus ojos se ponían del tamaño de un plato sopero. Como verá, la mayor parte de los árabes..., quémense, debería decir “moros”, eso es lo correcto; vuestros ignorantes tales por cuales... Pero sigo olvidándome...

—A todos nos pasa igual cosa —suspiró el coronel.

—En fin, no saben leer. Hay muy poco escrito en árabe. Tienen que conseguirse a un sabio para que les lea sus propios periódicos. Pero han oído mucho sobre las viejas enseñanzas mahometanas, una y otra vez. Cuando me oyeron hilándoles el Corán, supieron que era material de puro oro. Si les quedaban dudas, les largaba otra página y media. Cuando los veía apresurándose a traerme comida o café o té de menta, estaba bastante seguro de que tenía al público comiendo de mi mano.

Bill Bentley, con la espalda contra la muralla de una puerta de armario, habló con seriedad.

—¿Sabe? —dijo—. Usted realmente es un puerco viejo astuto.

—Gracias, hijo —dijo el agradecido H. M. con otra tosecita modesta.

—¡Bah! —se mofó el coronel—. ¿Fué pura suerte, entonces, el toparse con lo que usted llamó el “tipito reptil” Alí, en la Casbah?

—¿Suerte, eh? —inquirió H. M. levemente sonrojado—. No fué nada más que trabajo policial de rutina. Hurgué por ahí igual que cualquier policía común y corriente...

—Yo también trabajo mucho. —El coronel se estaba marchitando—. ¡Bah!, usted no puede ni hablar su propio idioma.

—Pero en lo que se refiere a Alí —insistió H. M.—, fué otra cosa. Les conté algo de esto a Álvarez y Maureen Holmes esta tarde. Sabía que era un compañero del alma...

—Un..., *quoi?*

—Claro. Dije compañero del alma. Los puedo presentir. Los puedo oler. Por supuesto que pensó que yo era por lo menos exteriormente lo que pretendía ser; le derramé el Corán como una ducha. Pero él sabía, y yo sabía que ambos éramos igualmente torcidos y perversos. Cuando insistía en repetir con ese chillido de murciélago: “En Tánger uno puede comprar cualquier cosa”, bajaba a un runruneo al decir: “a cierto precio”. Bien, lo puse a prueba.

”Le pregunté, por ejemplo, si me podía conseguir un pasaporte falsificado. Eso

era tan fácil, que el tipo sólo se rió con los dientes. En seguida le dije: “¿Qué habrá de un buen revólver?”. Me preguntó si me gustaría un “fino Colt’s Banker’s Special tres-ocho, con mucha munición, a cierto precio”.

—Pero ésa es el arma —dijo el coronel Duroc— que usó Collier para impersonificar al verdadero Cofre de Hierro en el atentado contra Bernstein y Compañía.

—¡Hum! ¿No se imaginará sentir a Collier acechando por ahí?

—Eh bien, alors?

—*Eh bien* —dijo el Viejo Maestro, haciendo una mueca endemoniada—. Derribé al tipito Alí; uno de esos malos con ganas. Le pregunté si me podía conseguir una cantidad de un alto explosivo algo moderado, como dinamita o T.N.T. Eso casi lo derrumbó. Pero no se le puede ganar. Salió a conferenciar, porque dijo que hubo una gran demanda reciente..., como si hubiera sido remedio para la tos. Pero llegó chillando: “¿Dos o tres días? ¿Sí? ¿A un precio?” —H. M. se interrumpió bruscamente y miró a Bill por encima de los anteojos—. ¿Qué hay de malo en esto, hijo?

—Para no mencionar otras cosas —dijo Bill—, ¿no pensaría él qué clase de hombre santo era usted?

—¡Oh hijo! Sabía que yo era un tramposo. O no nos hubiéramos podido haber puesto tan amistosos, o tomar té de menta o... ¡Ah, espere un momento! —H. M. se interrumpió como aquel que aprieta el freno de mano de un auto—. Mi presión sanguínea —agregó trágicamente— está quemándose. Supongo que me moriré, después de los esfuerzos que he hecho para ayudarlos a ustedes dos. ¡Pero hay algo que tengo que saber ahora!

El coronel Duroc lo miró consternado.

—¡Mi querido amigo, por supuesto! ¿Qué le preocupa?

—Es esta cosa llamada *keef* Oí acerca de eso donde Alí. Además oí a la vieja bruja Scherbatsky hablando de fiestas de *keef*. Creo que lo ahúman. Pero, en el nombre de Esaú, ¿qué es *keef*?

El coronel Duroc suspiró con resignación. Bill sonrió ampliamente.

—*keef* —explicó pacientemente el coronel—, es una especie de tabaco, algo parecido a la marihuana, pero mucho más suave y jamás con resultados peligrosos. Los árabes...

—¡Moros! —dijo H. M., apuntándole con un severo dedo a la cara.

—¡Tut, tut! Siempre lo olvido. Sí, sí, moros. Bueno, estos árabes son musulmanes piadosos y no beben; fuman *keef* en vez de ello. Repito, sus primeros efectos —levantó las tupidas cejas significativamente—, son agradables. Después el árabe u otro sencillamente se queda dormido, con sueños aun más agradables. Nunca lo hace descarrilarse o tiene malas consecuencias.

H. M. adelantó una cara anhelante y picaresca. Miró a izquierda y derecha para asegurarse de que no sé le escucharía.

—Mire, coronel. ¿Me podría conseguir un poco?

El coronel pareció estar algo espantado.

—¿Pero usted no deseará fumar *keef*?

—¡Oh! ¡Por qué no!

—Su venta no es ilegal. Cualquiera lo puede comprar. —El coronel se inquietó—. ¡Ah!, mis objeciones son las que ustedes llaman Madame Grundy. Mucha gente lo fuma, lo sé. Pero les..., les baja el prestigio a los europeos.

—¿Pero quién es europeo? —tronó H. M.—. Yo no soy ningún maldito europeo; ¡soy puramente inglés! Igual que este fulano aquí. Lo mismo que su mujer.

—Vamos, vamos. Europeo es un término de nacionalidad. Es un término de..., de prestigio social. Es lo que ustedes llamaban en la India un, un...

—*Pukka sahib* —le completó Bill, mientras el otro tartamudeaba—. El *keef* no es malo; Paula y yo lo hemos probado. Probamos cualquiera cosa una vez; y, si nos gusta, lo volvemos a probar. No, no es tan malo, excepto que da, a mí por lo menos, un terrible dolor de cabeza. Yo prefiero el *whisky*.

—¿Lo va a hacer o no? —preguntó severamente H. M.

—Bueno, si lo debe tener —suspiró el coronel—, supongo que sería preferible que obtuviera la mejor calidad. Tomaré nota de esto: *keef* para Sir Henry. Bueno. ¡Ahora! —gruñó chasqueando los dedos debajo de la nariz de H. M.—. A nuestros asuntos, ¿sí? ¿Qué más tiene que contar?

Pero el humor de H. M. se había alterado. Cruzando los brazos, con el sombrero churchilliano firmemente encajado, se acomodó con aire de malignidad.

—¡Oh, no! —dijo bruscamente—. Le he contado todo, suplementándole todo lo que le dije por teléfono. Algo me dice —husmeó como un ogro— que tiene otro mensaje y que mi rumor acerca del traficante de alfombras estaba correcto. ¡Si es así, oigámoslo!

De nuevo la atmósfera maligna pareció presionar sobre este agradable dormitorio en el Minzeh. Bill caminó apresuradamente hacia una ventana.

—Está poniéndose bastante oscuro, señor —dijo.

De Paula en el baño no se oía ningún ruido.

Por segunda vez el coronel Duroc repitió cuidadosamente cada palabra de lo que le había dicho el comandante en ejercicio Pérez. Mientras tanto, H. M. se levantó con dificultad y encendió el cigarro pasándose un largo fósforo por el asiento de los pantalones. Acomodándose hacia atrás entre una nube venenosa, escuchó sin comentario y permaneció silencioso hasta el final.

—Ahora veo —gruñó finalmente—. Creo que sería menos peligroso si... —Vaciló, en forma secreta, y el coronel Duroc asintió con la cabeza.

De nuevo reflexionó H. M. entre un humo aun más vil.

—Entonces usted encabezará el asalto contra 40-bis Marshan. —Pareció dudar—. ¿Sabe?, estoy algo escéptico sobre si habrá un ataque, aunque ayude el griego. —De nuevo ocultó algo—. Y con esa bruja Scherbatsky hablando por todas partes...

—¿Entonces qué otra cosa puedo hacer?

—Nada, supongo —asintió H. M.—. Porque no puede darse el lujo de pasarlo por alto. —Meditó—. ¿Quién encabezará el grupo a la Casbah?

—Usted.

—¡Oh, por el amor de Dios! —se quejó H. M. cerrando los ojos. Los volvió a abrir—. Mire, hijo. Esa Casbah, aun de día, es peor de lo que era el laberinto de Hampton Court en 1900. De noche, quizás yo podría entrar a cierta gente. Pero los entraría a dos millas al otro lado de Fez. No lo puedo hacer, coronel. Lo que necesita usted...

Hubo otro golpe agudo en la puerta y otro desenfundar relámpago por parte de Bill. El hombre que entró por la puerta del corredor era Juan Álvarez.

Álvarez estaba un poco pálido bajo su tez algo morena, muy erguido en su terno gris oscuro cruzado y de impecable corte. Tenía un vendaje liviano en la parte de atrás de la cabeza, aunque al Dr. MacPhail le hubiera dado una pataleta al ver el suave sombrero que se había encajado a tirones por encima.

Bill se apresuró a saludarlo.

Ni siquiera se dieron la mano. Pero demostraron verdadero placer al encontrarse, dándose el uno al otro una palmada fuerte en el hombro.

—Creí que estabas en la clínica —murmuró Bill—. ¿Qué hay?

—Me escapé también —murmuró Álvarez—. Tenía que ver al Viejo. —Una pequeña inclinación de cabeza en dirección al coronel Duroc—. Respáldame, sea lo que fuere lo que diga.

—Bien.

Ahora estaba el coronel Duroc en una silla confortable, contemplando altivamente un rincón del techo, con su cuaderno sobre las rodillas, comportamiento que se había tornado puramente infantil.

Álvarez, nuevamente listo para la pelea y con paso activo, se aproximó al comisario de policía.

—Coronel —dijo—. De acuerdo con mi promesa —su ojo se movió bruscamente hacia H. M., quien fumaba furiosamente—, y de acuerdo con mis propios deseos, quiero pedirle perdón. Mi conducta al emborracharme fué tan culpable, que si no hubiera sido por su generosa vacilación, me debería haber despedido al momento.

—¡Hurrum! —gruñó el coronel, todavía con sus brillantes ojos azules fijos en una esquina del techo.

—Y en lo que se refiere a mi conducta de hoy, fué aún más imperdonable. — Ahora esto no era estrictamente cierto. Pero a Duroc, que sabía que había perdido la cabeza y que estaba equivocado, esto lo sanaba y calmaba; lo apaciguaba—. Dije e hice cosas imposibles que..., éste..., que sólo por su generosidad pude salvar renunciando. ¡Creo, coronel, que eso es todo!

—Bien, nadie podría haber pedido perdón mejor que eso —declaró Bill dirigiéndose a la pieza en general.

—Ah, *zut!* —explotó el coronel Duroc.

Se puso de pie de un salto, tirando el cuaderno al suelo. Por un momento se paró rojo y avergonzado, antes que le llegara su acostumbrada inspiración.

—¡Vamos a bebemos una copa! —gritó, remeciéndose de risa. Estrujó la mano extendida de Álvarez y con la otra mano indicó dramáticamente al teléfono—. ¡Vamos, es necesario que ordenemos el champaña!

—¡En absoluto, mi viejo! —gruñó Sir Henry Merrivale en el mismo tono—. Es necesario que ordenemos la comida. El Chateaubriand con callampas...

—¡Cielos, esto de comer me da asco! —interrumpió el coronel—. ¡Abajo con eso! No tendremos nada de comer. —Se volvió a Álvarez alegremente. Del bolsillo sacó un papel doblado en cuatro que sólo podía ser la renuncia del comandante. Rompiéndola en pequeños pedazos, lo tiró por doquier—. ¡Y eso! —agregó.

Fué Álvarez quien, inclinándose, volvió la conversación al inglés y a algún grado de cordura.

—Si me perdona, coronel, no sé si podemos romperla todavía —dijo.

El coronel se irguió.

—Como usted sabrá, coronel, tengo todas las esperanzas de persuadir a la señorita Maureen Holmes de que sea mi esposa. Ella puede no querer permanecer en Tánger. Pero si se queda, como yo creo que lo hará, entonces estará bien que rompamos la renuncia.

—Comandante —dijo el coronel con vivacidad—. ¿Entonces se casará con la pequeña señora Bentley? Comandante, lo felici...

—¡Ea, espere un momento! —protestó Bill.

—¡Ah, pero si me olvido! —exclamó el coronel con una mirada extraña al tomarse la cara—. ¡La otra dama pero también es simpática! ¡La amo!

Repentinamente, como por milagro, el coronel Duroc pareció volver a sus cinco sentidos.

—¡Comandante Álvarez! ¿Por qué está aquí esta noche?

—Bueno, coronel, telefoneé a la estación central y tuvieron la gentileza de comunicarme con Pérez...

Duroc todavía lo observaba con ojos perspicaces.

—¿Por qué vino hasta aquí? ¿Qué es lo que quiere?

—Quiero, —dijo Álvarez— encabezar este grupo en particular, aunque sólo sea por esta noche. No interferiría con Pérez, que es un hombre hábil. Pero quiero guiar a sus amigos. Conozco cada pulgada de la Casbah. Conozco la enorme pieza pintada a la cal, en el subterráneo del traficante de alfombras, y todas las entradas que dan a ella. En pocas palabras, quiero traerle a Collier en una bandeja.

De nuevo los ojos de Duroc se achicaron bajo sus tupidas cejas.

—¿Capturaría a Collier, verdad? Pero primero querría hacerlo pedazos con los puños. ¿No es cierto?

—Sí, señor —contestó Álvarez—. Conociéndolo como ya lo conoce, ¿no me

encuentra la razón?

—Al considerarlo, no. ¡Bien! Quizás sea preferible, antes que lo hagan pedazos con balas de rifles automáticos, que son sólo ametralladoras más moderadas. Haga lo que quiera, comandante. Aquí tiene mi mano y mi promesa.

—Gracias, coronel.

—¡Y ahora —exclamó Duroc, volviéndose de nuevo un poco loco—, a las damas!

Fué en este momento que se abrió la puerta del baño y salió Paula.

Y Paula, aunque no era una muchacha creída, suponía (o por lo menos esperaba) que haría impresión sobre estos hombres.

Su pelo dorado brillaba, enroscado en las puntas como peinado a lo paje, su linda cara más vivida con un pequeño toque de pintura. Contra la piel blanca y rosada llevaba un traje de noche dorado y escotado y sin mangas, con faldas algo repolladas hasta el suelo. Con un movimiento descuidado de tobillo o cadera, ondeando las faldas, mostró unos zapatos dorados de tacón alto.

En seguida Paula les vió las caras, mientras los cuatro hombres estaban inmóviles parados o sentados. El coronel Duroc y Álvarez, con inexpugnable cortesía, se inclinaron y sonrieron falsamente. Tirando el cigarro en dirección a la chimenea, Sir Henry Merrivale dió un profundo quejido. Aun Bill, después de vacilar, miró al suelo. La consternación de Paula se convirtió lentamente en un espanto cercano a las lágrimas.

—¿No les gusta? —balbuceó.

—Encanto —murmuró Bill. Levantó la cabeza y estalló—. Es maravilloso, es magnífico, pero...

Poniéndole la mano sobre los hombros, la guió suavemente hacia la puerta del baño, donde ya estaba oscuro. Tratando de cerrar la puerta de una patada, Bill sólo lo logró en parte. Pero a Bill no le importó. La abrazó y la cabeza de ella cayó contra su hombro.

—Angelito —gritó Bill con ternura—. Repito: ¡eres maravillosa! ¡Nunca te vi tan linda! ¡Eres como una belleza imposible de una máscara de Ben Jonson! Eres como la visión de Helena a Fausto. Como la descripción de Pope de...

Los brazos de Paula lo rodearon, y él podía sentir que ella tiritaba.

—¡Eso —los pensamientos de ella todavía estaban en el traje— hace que uno se sienta tanto mejor! Le sube tanto la moral. —Ni siquiera se quejó del Webley 45 que la rozaba incómodamente—. Bill, yo sólo...

—Encantito, es precisamente eso. No puedes entrar en la Casbah con tacones altos y faldas que se arrastran. No puedes ir con traje dorado, aunque usaras abrigo encima; te verán a veinte yardas. —Vió una oportunidad—. Ricura, ¿por qué tienes que ir con nosotros de todas maneras?

—Te quiero —dijo Paula con voz sorda.

—¡Pero ése no es el punto! ¡Mala táctica! ¡Cuidado! Quiero decir que no veo por

qué deberías correr peligro sólo por mí. ¡Es malo! Cara de ángel, ¿por qué no te quedas aquí?

—¡No quiero! —dijo Paula—. Te quiero... ¿Te gusto?

Bill le levantó la cara y la besó tan apasionadamente que ambos casi se cayeron en la tina. Después de lo cual Bill, perdiendo la cabeza por completo, mezcló fuertes caricias con tal cadena de dichos enjoyados, epigramas y tributos a su belleza física, que desde ese momento sintió a Paula dejarse estar y olvidar la mayor parte de su desengaño por el traje.

En la pieza contigua, tres hombres intentaban aparecer como si no estuvieran escuchando. Distráido, pero pensativo, el coronel observaba un rincón del cielo. Álvarez, con los ojos brillantes, estaba obviamente haciendo anotaciones mentales de cada palabra, para usarlas con Maureen. Sólo H. M., el Maligno Pecador, gruñó que se encontraba con *flirts* dondequiera que fuese, y que odiaba el flirteo por sobre todas las cosas.

—Este término flirteo —murmuró el coronel—, ¿qué significa?

Álvarez mismo, sorprendentemente, no conocía el término.

Después de lo cual H. M., que estimaba profundamente a Paula, pero que jamás lo hubiera admitido, echó una tremenda mentira. Tradujo por flirteo una palabra corta y muy conocida que quizás puede ser la descripción del amor en su última fase, pero que jamás podría tomarse como la verdadera palabra. Los ojos de Duroc y Álvarez se abrieron de par en par.

—*Cré nom!* —murmuró el coronel, no sin respeto.

Un momento después, Paula traspasó la puerta a medio abrir del baño y se arregló el pelo. Puede decirse, como un alto crédito, que no le dió a nadie una mirada significativa. Al contrario, su sonrisa era natural. Más aún, canturreó alegremente al correr de un lado a otro por la pieza, recogiendo unos pantalones arrugados, una chomba, sandalias y un abrigo liviano. Por última vez Paula se metió en el baño.

Bill, con una mirada tan culpable como un ejemplar del calendario Newgate, salió con paso descuidado.

—Ella usará la tenida adecuada —murmuró—. Saldrá en medio segundo.

Álvarez le golpeó la espalda subrepticamente.

Pero el ánimo del coronel Duroc se había tornado enojadizo.

—Medio segundo, medio segundo —dijo, con una sugerencia general de estar empezando los versos del “Light Brigade”. Dirigiéndose apresuradamente hacia la ventana, rebuscó a tientas y miró hacia afuera.

—No solamente está oscuro, sino que perdemos más y más tiempo. ¡Estamos atrasados! Si ese tipo Collier ya se ha escapado...

En seguida sonó el teléfono diabólicamente.

Estando cerca de la mesa a la cabecera de la cama, el coronel Duroc se lanzó hacia el teléfono y lo levantó de golpe.

—Alo. ¿Pérez?... ¿Qué? ¡No, no, sálgase de la línea!... ¿Qué? —Su mirada de

enojo se detuvo en Álvarez—. Para usted —agregó, extendiéndole el receptor.

—¡Maureen! —exclamó Álvarez—. ¡No creí que fuera posible! Está en una pieza privada donde el doctor, bajo calmantes, fuera de peligro por lo menos... Gracias, coronel... ¿Sí?

—¿Hablo con usted, Álvarez? —preguntó en inglés una voz masculina.

—Sí, con Álvarez —dijo—. ¿Quién habla, por favor?

—Habla con Mark Hammond —contestó la voz, y Álvarez la reconoció por la del verdadero Hammond—. He estado pensando sobre lo que le dije con respecto a Collier como boxeador, y después revisé su record personalmente. En la estación de policía dijeron que usted probablemente estaría en el Minzeh. ¿Todavía se interesa?

—¡Aun más!

La voz de Hammond, aunque no fuerte, era tan clara y acentuada, que todos en la pieza oían cada palabra y se agacharon a escuchar.

—Le dije que ya está pasado de su tiempo, y lento —continuó Hammond—. Pero hay una cosa que me olvidé. De acuerdo con mi información, ni siquiera se ha puesto los guantes en años. ¿Entiende?

—¡Sí, continúe!

—Estará torpe, lento de reacción en cuerpo y mente y sus cálculos estarán equivocados.

Paula, no menos centelleante en chaleca amarilla, pantalones negros y un abrigo *beige* peludo sobre los hombros, salió lentamente del baño. Estaba lista, pero silenciosa.

—No laves cartera —le murmuró Bill al oído—. Ponte cualquiera cosa que necesites en los bolsillos del abrigo. ¡Sh-h! ¡Quiero oír eso!

—¿Me puede dar algunos datos sobre su estilo? —preguntó Álvarez en un lúgubre silencio.

—Sí, uno o dos —contestó la suave pero clara voz—. Mantiene la mano derecha, que es su mano fuerte, demasiado baja; y es como tonto para un gancho de izquierda. —Al hablar Hammond, todos vieron brillarle los dientes al comandante—. Puede usted darle cualquier puñetazo al cuerpo sin molestarlo, excepto uno: un puñetazo al vientre justo encima de la cintura. No puede soportar mucho castigo ahí; le ha costado cinco peleas. Usted puede, digo puede, tener una oportunidad de unos cuarenta contra setenta. Pero acuérdesse: mantiene la derecha alta, para defenderse de una derecha cruzada; jamás olvidará su experiencia en el *ring*; y sus puñetazos son, fuertes. Buenas noches, y buena suerte.

—Buenas noches, gracias —contestó Álvarez, y colgó el receptor.

Casi inmediatamente volvió a sonar el teléfono, Duroc nuevamente se abalanzó sobre él.

—Esta vez es para mí —declaró, y tenía razón. Durante treinta segundos el fono se estremeció con un español ininteligible. Duroc colgó el receptor y se enderezó, algo pálido.

—Collier está atrapado —dijo—. Han tapado todos los agujeros de escape. Collier está dentro de la casa, comandante.

—¿Coronel?

—Olvide el boxeo. No se preocupe del boxeo. ¿Puede entregarme a Collier?

—Sí, mi coronel —dijo Álvarez con voz tan ronca que tuvo que aclararse la garganta.

—Adornado —murmuró Bill.

—¡Bueno! Y la pequeña dama está lista, Yo los seguiré al vestíbulo abajo. ¡Buena suerte!

—No tenga miedo, señora Bentley —murmuró Álvarez al oído de Paula.

—¡Pero si no lo tengo! —protestó Paula, sorprendida—. ¿No está Bill aquí?

Bill volvió la cabeza, mordiéndose con fuerza el labio inferior.

Álvarez sonrió y la palmoteó suavemente en el hombro al colocarse Bill y él a cada lado de ella.

H. M., con su sombrero churchilliano, apagó las luces. El coronel Duroc abrió la puerta.

—Ahora a Collier..., o nada.

CAPÍTULO XV

Subieron por una escalinata de piedra, alta pero angosta, encerrada a cierta distancia por sucias murallas blancas. Bajo el arco de abajo, las luces del Pequeño Socco se alejaron. Sobre ellos, se oprimieron el secreto y la obscuridad de la Casbah. Algunos dicen que la Casbah tiene poco peligro. Sin embargo, admiten que es imponderable. Lo que puede parecer siniestro es en realidad inocente, Y lo que parece inocente puede ser mucho peor que una cobra.

Paula caminaba llevando a Alvarez a su izquierda y a Bill cerca de ella a la derecha. Aunque Alvarez parecía no llevar arma, bajo un lado de su chaleco, escondido verticalmente, con el lazo hacia abajo, descansaba el mortal tonto de goma. En el escritorio de recepción del hotel había recogido una bolsita de lona gris, que ahora llevaba colgando de la mano izquierda.

Sir Henry Merrivale, con el tongo churchilliano apretujándole las orejas, se quejaba amargamente de los pies, y avanzaba pesadamente detrás de ellos como guardaespaldas.

Aunque no hablaba en voz alta, Paula parecía una victrola con cuerda, sin poder parar. Los demás estaban en iguales condiciones, aunque juraron después lo contrario.

—¿Pero por qué debemos entrar por este lado? —murmuró ella—. ¿Saben? En casi cinco años Bill jamás me ha permitido que entre en la Casbah de noche. Y este traficante de alfombras debe vivir lejos por el otro lado. Bill...

—Eso no sirve de noche —murmuró Bill—. De todos modos, no en los días antiguos, en que estaba abierta a todo el mundo.

—Usted verá, señora Bentley —explicó Álvarez en voz baja—. Estoy de acuerdo en que los llevo por el camino más largo. Pero no debemos encontrarnos de golpe con el grupo policial justo enfrente de la tienda. —Aquí lanzó una risa baja—. Sin embargo, por favor, no tema —agregó sonriendo—. Aquí es casi como un balneario para turistas. No hay absolutamente ningún...

Con un golpe de pies descalzos endurecidos bajando por la escalinata apareció una figura delgada e inmensamente alta, en *jalebah* blanca y capuchón blanco. Por algún efecto de la oscuridad, parecía ser de unos siete pies de alto. Repentinamente la figura giró hacia ellos, murmurando maldiciones.

El Webley se encontró inmediatamente en manos de Bill. La mano derecha de H. M., con rapidez asombrosa, se deslizó en el profundo bolsillo de atrás.

Pero Álvarez sólo escupió media frase en árabe, con tan gruñidora viciosidad, que la figura alta balbuceó y se escurrió por la escalinata hacia abajo.

—¿Sucede algo, viejo? —le preguntó Bill a Juan, tranquilamente, volviendo el Webley a su lugar.

—¡Oh!, sólo nos maldecía por ser extranjeros —dijo riendo Álvarez—. No les hagan caso a tales incidencias. No son nada. Pero si alguno de los de la tribu de ladrones cree que tenemos dinero... Mantén el ojo vivo a la derecha, Bill. Yo haré lo mismo a la izquierda.

—¿Saben? —dijo reflexivamente Sir Henry Merrivale—. Este lugar puede ser un segundo sitio de descanso para Alá. O también puede que no. Esa sábana andante se parecía a algo, menos a un M. R. James.

—En absoluto —sonrió Álvarez—. ¡Observen ahora!

Salieron, ya algo faltos de respiración, a un lugar bastante abierto, donde pequeños callejones oscuros parecían traspasar altas murallas de casas blanquizas o cafés.

—¿Se fija —murmuró Álvarez, tocando a Paula con el codo— que las autoridades municipales han intentado alumbrar la Casbah? No han tenido gran éxito. Sin embargo...

Mirando inquietamente hacia la izquierda, Paula vió el origen de una iluminación muy opaca. Miró derecho por una callecita angosta, vacía, con todas sus puertas fantasmales cerradas y sin una grieta de luz. El callejón terminaba en lo que semejaba una muralla sin salida, más angosta aún y pintada de un azul huevo de pájaro. Colgando desde un tablón, colocado entre los techos, una ampolleta eléctrica solitaria alumbraba bajo una lámpara metálica, en la cual se había escrito un número.

—¿Ven la marca? —preguntó Álvarez—. Mantienen una cuenta exacta...

Pero en un vecindario populoso donde vidas ocultas se mueven a su alrededor, es poco prudente lanzar un reto. Álvarez rozó al pasar a H. M., quien maldijo como sólo él puede hacerlo. Un pequeño objeto oscuro —una piedrecita o un pedacito de roca— silbó por el callejón. Golpeada al medio, la ampolleta eléctrica estalló, y esparció una luz blanca, que luego desapareció.

—¡Oh! —gruñó H. M.

Pero Paula, fascinada, observaba hacia la derecha una callecita tan torcida que no se podía saber si subía o bajaba el cerro. Su oscuridad estaba alumbrada por un solo manchón brillante en el pavimento. Una puerta, una puerta doble, estaba abierta, de modo que la vieron de lado. La parte superior de la puerta tenía un papel de vidrio corrugado, que, débilmente iluminado, mostraba unas letras —en inglés, lo que es más extraño— con la leyenda “Hotel de Satanás”.

Paula estudió la puerta profundamente fascinada.

—¡Oh muñequita mía! —dijo penosamente H. M.—. No se moleste con eso. Parece muy atractivo, pero no lo es.

Álvarez volvió la cabeza mostrando los dientes.

—¡So viejo flirteador! —murmuró, pareciendo un poco asombrado al usar la palabra nueva y obscena en inglés—. ¿Usted estuvo ahí, supongo?

—Bueno..., vamos —dijo H. M. quejosamente—. Un hombre tiene cierta curiosidad, ¿no es verdad? De todas maneras, es una estafa. No las mantienen ahí dentro —agregó críticamente—. Uno tiene que salir a buscarlas. —Su voz estaba llena de profundo disgusto—. ¡Qué manera de hacer negocio ésa!, ¿eh?

—No hablen más, por favor —siseó Álvarez—. Mantengan silencio mientras los guío.

Bajaron por una calle larga, angosta e irregular, cercada por altas y sucias murallas blancas; en seguida se introdujeron en otra y después en otra más. Varias veces el barro le entró por las sandalias a Paula, haciéndola estremecerse. A menudo, Álvarez tuvo que usar una linterna eléctrica. A veces, en esquinas agudas, brillaba una luz, escondida en el arco de una vieja torre musulmana roja, café y blanca, tan opaca, que parecía ser amarilla.

—¿Saben? —observó repentinamente H. M., que había estado meditando sobre el “Hotel Satanás”—. Hay muchos de esos hoteles que pueden usarse como verdaderos hoteles comunes y corrientes. Conocí a un tipo una vez que fué a uno de éstos y dejó su equipaje, pero se quedó afuera demasiado tiempo con unos amigos. Cuando regresó, quémenme si el propietario no le había sacado el equipaje y subarrendado la pieza a una chica para fines comerciales. Siendo un tipo decente y de sentimientos, no podía molestar. ¿No les parece?

—¡S-ss-t!

—¡Oh! Haga lo que quiera.

Con la mano derecha de Bill sobre la cacha del Webley al apretarse contra ella y la mano derecha de Álvarez cerca del lazo del tonto al caminar al otro lado, cualquiera que se lanzara hacia Paula de frente sería carne de salchichas en corto plazo. Ella lo sabía y gozaba. Sin embargo, a cada paso se sentía más asustada.

En parte era la sensación de estar oprimida, de vidas ocultas, furtivas, apretándose más cerca, como la opresión de murallas blancas agrietadas; de estar ahogada entre el barro de abajo y las duras estrellas escarpadas en un cielo negro por encima. En parte, a pesar de sus años en Tánger, Le tenía terror a lo extranjero. Las calles no estaban realmente fétidas; era el olor a la cocina extranjera (y la cocina árabe puede ser nauseabunda), aun de la basura extranjera. Era la salida repentina de perros desconocidos por toda una calle. Paula habría dado mucho por ver una pieza iluminada.

En seguida, de detrás de una puerta sellada en una baja muralla blanca cuyo borde cincelado semejava almenas contra el cielo, Paula oyó música..., de una especie. Había cuerdas, flautas y un sonido cascabeleante, en el cual se podía distinguir un ritmo. Aunque no demasiado fuerte, parecía hacer girar con más y más rapidez a lo que parecían ser las pisadas fuertes de muchos pies.

Paula se detuvo; los otros también se detuvieron.

—¿No es ése —preguntó agradecida ahora por la obscuridad— uno de esos lugares donde las niñas árabes bailan desnudas sobre las mesas, con las más extrañas

contorsiones posibles de su... su anatomía?

—Sí —gruñó Bill en su oído. En seguida miró fijamente hacia la penumbra alumbrada de estrellas—. No querrás entrar ahí, ¿no es cierto?

—Bueno —murmuró Paula en el tono de la que quiere decir: “no me desagradaría”.

—¿Tú? ¿Una mujer? ¿Por qué?

—No sé por qué —contestó Paula con franqueza y vivacidad—. Pero a todas las mujeres les gusta ver estas exhibiciones, si dicen la verdad. Es natural, en cierto modo.

Álvarez miró la esfera luminosa de su reloj de pulsera. La música chillona se hizo más rápida; hubo un sonido fuerte de pies que golpeaban.

—Hace poco tiempo —dijo Álvarez—, había muchos lugares parecidos, todos abiertos. Y siempre había un *cinéma vivant*. Pero el presidente del Consejo decidió suprimirlos. Quedan algunos, por supuesto; pero se han venido al mundo subterráneo. El presidente del Consejo...

—¿Es ése —dijo H. M. ferozmente— el holandés borrachín de nuevo?

—Ya se lo he dicho —protestó Álvarez en el mismo tono que había usado el día anterior—, que Mynheer Hoofstuck es un hombre bueno y admirable. Jamás se emborracha.

—Entonces lo debería hacer —dijo H. M.—. Le haría un mundo de bien al cabezón. ¡Imagínese! Tratando de suprimir...

—Estoy de acuerdo —dijo Bill—. Encantito, nunca me dijiste que querías...

—Por favor, debemos continuar —insistió tensamente Álvarez, y miró su reloj de nuevo—. Estamos perdiendo tiempo. ¡Tenemos que apresurarnos!

De nuevo continuó la marcha, más rápida ahora. Completamente perdida, Paula por lo menos sabía que iban cerro abajo. La torre de la mezquita, que de día sería rosada, se irguió en parte sobre el cielo y desapareció. Un momento después, Paula, más que adivinó, sintió que estaban en una región de cuchillos.

Tanto Álvarez como Bill estaban más alertos, más agudos de ojo al volver la cabeza; ella se afirmaba sobre un brazo de cada uno de ellos; y cada brazo estaba rígido. En una ocasión ambos miraron hacia atrás como si pensarán en cómo le iría a H. M.

No tenían de qué preocuparse.

El viejo pirata, aunque jadeaba y gruñía, marchaba detrás con su corpachón tan firme como ellos. Yendo de derecha a izquierda, sus maléficos ojuelos estaban aún más alertos que los de Álvarez. H. M. no había mencionado una de sus compras del día. Pero el ancho cuchillo Riff, afilado, en ambos lados, y con un mango firmemente unido, descansaba en su vaina de cuero en el profundo bolsillo de atrás. Una o dos veces, con un aire de inocencia y casi de santo, tocó el bolsillo para asegurarse.

—¡Escuchen! —murmuró Paula. De nuevo todos permanecieron quietos.

Era, en realidad, un sonido amenazante. De detrás de otra puerta oscura en esas

murallas sin ventanas, una voz de hombre, lenta y muy profunda, parecía rogar o discutir, con un gruñido de aprobación u oposición, con otras voces, como si discutieran una causa sagrada. Continuó la voz profunda, con sus frecuentes pausas para que asintieran guturalmente...

Entonces Paula vió la sonrisa de Álvarez.

—¿Qué es? —preguntó Paula.

—Continuemos, señora Bentley. Y todos los demás. —De nuevo Álvarez los urgió a continuar—. Es Sólo un sabio que sabe leer y escribir, que les está leyendo en voz alta el periódico árabe. Las otras voces comentan sobre las noticias o política editorial.

—¿Está bro...?

—En absoluto. ¿Se imagina en Inglaterra a algún terrateniente leyéndoles el “Daily Mirror” a sus inquilinos?

Continuaron con un paso que les hacía tropezar y que le quitaba la respiración a Paula.

—Usted verá, señora Bentley —murmuró Álvarez—, cómo la mayor parte de esta región es casi siempre, quiero decir..., tan inocente como éso. Siempre hay un posible peligro, por supuesto. No creo que estemos en peligro ahora.

Pero lo estaban.

El ojo de H. M. había visto lo que se le había escapado a Álvarez. Aquéllos que sólo habían visto la corpulencia de H. M. y que no se acordaban de una de sus aventuras en América, habían olvidado su ojo infalible y su mortal precisión.

Justo al frente, hacia la izquierda —el grupo de tres en línea se acercaba ahora—, había otro callejón maloliente no mucho más ancho que un hombre al pasar. Contra su muralla más alejada, mirando hacia afuera, había lo que semejaba ser una mancha de un blanco más oscuro. El ladrón, que no era árabe, sino algún europeo meridional, con el pelo grasiento enrollado alrededor de la cabeza, usaba una *jalebah* blanca árabe sin capuchón. Parecía fundirse contra la muralla. Su mano derecha, oculta atrás, tenía el delgado cuchillo que debía rasgar hacia afuera y arriba las entrañas.

Álvarez, Paula y Bill estaban justamente pasando por la boca del callejón...

H. M. avanzó más cerca. El afilado cuchillo Riff estaba en su mano derecha. Sería posible lanzarse hacia adelante si se moviera la mano del ladrón. Pero ya había adivinado la táctica del europeo meridional, porque vió un pequeño movimiento de la cabeza del hombre.

H. M., acortando el paso, siguió caminando tranquilamente, mientras los otros tres caminaban apresurados.

El pequeño ladrón, ahora listo para lanzarse, vió en este hombre gordo sólo lo que los periódicos favoritos le decían: que era un símbolo de dinero y despotismo. Al pasar por la boca del callejón el hombre abarrilado, el europeo meridional le llamaría la atención, haciéndolo volverse de frente, y entonces...

—¡Hum! —murmuró silenciosamente Sir Henry Merrivale.

Ya estaba en la boca del callejón.

El de traje blanco se había apartado de la muralla, listo para saltar. Se oyó que una piedrecita cascabeleó y rodó. H. M. dió vuelta la cabeza, hizo como si fuese a volver el cuerpo también e inmediatamente saltó hacia atrás, a la derecha. Demasiado enrollado, como un resorte, el europeo meridional no pudo detener su propio salto.

Vagamente se vió relampaguear el traje blanco en el callejón, y el resplandor de un cuchillo que se lanzó hacia afuera y arriba contra nada. La poderosa mano izquierda de H. M. cayó de golpe sobre la cabeza del europeo meridional, pescándolo y enrollándole una buena puñada de pelo para afirmarse con fuerza. Al empujar al hombre hacia abajo, la mano derecha de H. M. le enterró al hombre de blanco el cuchillo Riff a través de un lado de la garganta, justo detrás de la manzana de Adán.

Sacando el cuchillo al momento, tiró lejos de él al europeo meridional para evitar el chorro de sangre, y limpió el cuchillo sobre la revuelta bata. En seguida, aun agarrando al hombre por el pelo, H. M. lo dejó, caerse hacia atrás suavemente al callejón. La bata blanca todavía se retorció y crispaba como un atado de culebras. Sólo se le podía ver el blanco de los ojos al europeo meridional, pero sus manos tanteaban una garganta que chorreaba sangre por ambos lados.

—¡Hem! —dijo H. M., como si concluyera un deber pequeño pero necesario, cual sería el de lavarse las manos. Aunque devolvió el cuchillo a su vaina, miró inocentemente hacia un lado mientras lo hacía. En seguida no se apresuró demasiado notoriamente para alcanzar a los otros.

Pero Álvarez sabía, por un pequeño movimiento de la cabeza. El pequeño asunto no había sido tan silencioso como se lo había imaginado H. M. Bill adivinó también. Y con respecto a Paula...

Aunque todavía caminaba firmemente, los enormes latidos del corazón parecían ahogarle la respiración. Rezó, pidiendo que se le quitara la debilidad de las piernas. En seguida:

—Por favor, díganme —alcanzó a decir con voz débil—. H. M. mató o hirió a alguien allá atrás, ¿no es cierto?

—¿Yo? —respiró una voz llena de afectada santidad—. ¡Oh muñequita mía! Eso es decir algo terrible. —La voz se tornó trágica—. Soy sólo un pobre viejo con quizás demasiado peso para comer la comida de Tánger. Si algún tipo listo me hubiese hecho un empeño en la oscuridad, me hubiera caído en dos segundos.

—No sé por qué —dijo Bill—, tengo mis dudas.

Álvarez cortó la conversación por las raíces.

—Olviden el asunto —dijo incisivamente—. Cualquier cosa que hiciera estaba bien hecha. Ya estamos cerca de nuestro destino.

Le volvió la respiración a Paula, especialmente ahora que se movían o tropezaban con más lentitud. Casi sollozó contra el hombro de Bill.

Si salían de este lugar terrorífico y maloliente de murallas chuecas, sintió que podría afrontar cualquiera cosa. Se habría sorprendido al comprobar lo

inmaculadamente limpias que son la mayoría de las casas árabes.

—Oigan —exclamó H. M. en tono de conversación—. ¿Han oído todos hablar de la Plâce de France?

Esto fué casi demasiado para Álvarez.

—Por supuesto que sí. En Tánger, por lo menos, es una plaza de moda.

—¡Hum! —dijo H. M. oscuramente—. Tomen nota de que sólo la divisé. Quizás ni la reconocería de nuevo. Pero hay un misterio más profundo, más siniestro, relacionado con la Plâce de France, que el de Collier y Cofre de Hierro en uno. Quizás sea una ley dictada en el tiempo de Carlomagno, quizás sea alguna sigilosa sociedad secreta. Puede hacer uno cualquiera cosa en esta ciudad. Puede... En fin, no importa. Pero jamás, por ninguna circunstancia, debe uno cruzar a pie la Plâce de France. ¿Por qué?

—¡Pero eso es muy sencillo! —dijo Álvarez, molesto—. Es...

—¡No! —respondió el otro, en una especie de estallido murmurado—. Quiero adivinarlo por mi propia cuenta, porque me tiene loco. ¿Lo volverá polvo a uno el pavimento? ¿O le caerá en la cebolla un relámpago? Tienen una plaza hermosa e inocente. Pero aunque tuviera diez hijos y todos muriéndose frente al Bar Cintra, jamás, por ninguna circunstancia, debe cruzarse la Plâce de France.

—Silencio, por favor. —Álvarez estaba de punta—. Doblen hacia la derecha en el cruce; hemos llegado.

Durante algunos segundos sólo se sintió el tranqueo o tropiezo de pisadas. Dieron la vuelta, se pararon inmóviles y miraron hacia adelante.

Suspirando, Paula le soltó el brazo izquierdo a Bill. Aunque se sentía acalorada por todas partes, se echó hacia atrás el pelo y oprimió ambas manos contra una cara helada. Ahora, se imaginó de nuevo, sí que podría afrontar cualquiera cosa.

Justo enfrente, en una pendiente suave hacia abajo, había una verdadera calle. Eso es un decir, pues apenas tenía dos docenas de pies de ancho. Estaba pavimentada cuidadosamente en cuadrados de piedra, que brillaban débilmente. A su extremo se erguía la silueta de una chata torre mora, atravesada por un arco amplio y aguzado, con una luz alumbrando vagamente más allá.

Un viento frío les acarició las mejillas. A su izquierda, hacia el arco, corría lo que al parecer era un largo edificio de piedra, remotamente blanco, pero que tenía techos a diferentes niveles. Estando casi en la sombra, pudieron haber sido varias casas. A la izquierda, más allá de la muralla de piedra gris de sólo cuatro o cinco pies de alto, había un jardín de naranjos y piñas plantados unos al lado de otros en ordenadas líneas árabes. Murmurando bajo la brisa, el jardín continuaba hacia una casa próxima a la torre mora.

—¿Bien? —preguntó H. M.—. Si estamos aquí, ¿dónde estamos y qué es lo que hacemos?

Álvarez miró hacia la parte sombreada del edificio a la izquierda. Era obvio que sabía de alguna puerta secreta que había allí.

—Caminen en el mismo orden —les ordenó en voz baja—. Cerca de la muralla de este edificio, pero un poco hacia afuera, no demasiado cerca.

Pero, en su presente estado de ánimo, el orden había empezado a destruirse. H. M. estaba meditando sobre la Plâce de France; Álvarez parecía estar estudiando la muralla. Respirando lentamente, pero firme aún, con sus sandalias embarradas, Paula se adelantó por lo menos unos tres pies, en su entusiasmo por alcanzar el arco débilmente iluminado. Sólo Bill permaneció alerta, su mano derecha sobre la cacha del Webley, sus ojos moviéndose hacia los tupidos árboles que se mecían bajo la luz de las estrellas.

Entonces sucedió con una rapidez cegadora.

El largo brazo izquierdo de Bill salió con violencia hacia adelante, rodeando a Paula y tirándola hacia atrás, a la seguridad de su lado izquierdo.

—¡Abajo! —gritó—. ¡Abajo!

Paula se dejó caer, lo mismo que Álvarez. Bill, sacando el Webley, se dejó caer sobre una rodilla y miró hacia arriba. H. M. estaba bastante atrás y parado. Sólo Bill y H. M. vieron el relampagueo del cuchillo al salir lanzado de un árbol, silbar hacia el lugar donde Paula debía haber estado parada y quebrarse la punta contra una muralla opuesta, cayendo al suelo.

Con el Webley en la mano, Bill se alzó de un salto, estudió los árboles por una fracción de segundo y en seguida disparó dos veces. Alguien gritó, y las dos pesadas explosiones no se habían apagado cuando un cuerpo cayó de uno de los naranjos a la maleza, tambaleándose laciamente hasta la tierra dentro de la muralla del jardín.

—Los pesqué —dijo Bill tranquilamente—. Creí recordar ese lugar: cuatro naranjos juntos formando un semicírculo donde se inclinó a tirar... Encanto, ¿estás bien?

—¡Sí, querido!

—Ponte detrás de mí —dijo Bill, mirando hacia la línea de árboles—. Completamente detrás de mí.

—N-no estoy asustada en lo más mínimo —suspiró Paula, obedeciendo las órdenes y poniéndole los brazos alrededor de la cintura—. Realmente no lo estoy.

—¡Esa es mi mujercita! —dijo Bill con ternura—. Pon ambas manos detrás de mí, ricura, completamente fuera de vista.

Álvarez le puso la mano sobre el hombro.

—Estuvo bien hecho, Bill —murmuró con entusiasmo reprimido—. Saben que hemos llegado y Alí debe tener una pandilla más grande que la que creíamos. —Álvarez vaciló—. Ese cuchillo estaba dirigido a Pau... —Se detuvo—. Le habría pasado... —El gesto de Álvarez indicaba un movimiento por la clavícula hacia el cuerpo.

—Cierto —dijo Bill.

—Es la única que puede identificar a Collier —dijo Álvarez—. Pero Collier no puede lanzar cuchillos. Está adentro. Espérenme aquí; no hagan nada arriesgado hasta

que yo vuelva.

Para la imaginación tiritona de Paula, que le devolvía imágenes como a través de un vidrio empañado, le pareció que se derritió en las sombras. Probablemente a través de una puerta secreta, pensó ella, para encontrarse con el comandante en ejercicio Pérez. Y en realidad tenía razón.

Pero nadie se fijó en que el rojo de ira se encendió y se esparció por la frente de Bill mientras éste continuaba estudiando los árboles del jardín.

—¡Salgan, bastardos hipócritas! —gritó, balanceando el Webley con soltura—. ¿Quién se atreve a tirar otro cuchillo?

—¿Sabe, hijo? —observó tranquilamente H. M., cuyo tongo churchilliano le llegaba hasta las orejas, y que estaba parado con los pies separados, sin protección alguna—. No está mal la idea. —Sacó el ancho cuchillo Riff, no bien limpio, con una mano no bien limpia—. Nunca aprendí a tirar una de estas malditas cosas, como el tipo que lo hacía en el *music-hall*. Pero puedo hacerle empeño. —Entonces gritó él—: ¡Salgan! ¿Quién quiere otra oportunidad deportiva?

Dentro del jardín chilló una caturra, tan horriblemente parecida a la voz de Ilone Scherbatsky, que por un instante se imaginaron que verían su cara entre los árboles.

—Hablando de otra cosa, hijo —exclamó H. M., sosteniendo el cuchillo por la punta y balanceándolo—, todo pasó tan rápido hace un momento, que no lo pude seguir. ¿Estaba disparando desde la cadera, o qué?

—Se puede disparar de la cadera —la voz de Bill era apagada y despreciativa—. Es posible. Pero sólo lo haría un asno en una película. No se puede...

De nuevo la mano de Álvarez cayó suavemente sobre su hombro, mientras le indicaba a H. M. que se acercara. Su murmullo fué tan silencioso que apenas lo podían oír.

—De ahora en adelante, Bill, debes obedecer las órdenes al pie de la letra. ¿Entendido? No importa qué suceda, no debes disparar ese revólver. Eso es vital. ¿Entendido?

—Mira, Juan —el murmullo de Bill era amistoso, pero de advertencia—. Tú trajiste a Paula como carnada; o de todas maneras, la trajo el coronel Duroc. Sabes lo que casi sucedió. Si hay el menor peligro para ella en cualquiera forma..., ya sabes lo que puedes hacer con tus órdenes, ¿no es cierto?

—Te prometo que no lo habrá. Si se cumple mi promesa, ¿me obedecerás al pie de la letra?

—¡Muy bien! —dijo Bill, devolviendo el revólver a su cartuchera.

—Sir Henry —continuó la voz insistente—, vaya con los otros hasta el fin de la calle —un brazo moreno indicó hacia el arco—, vuélvase a la izquierda, en seguida entre en la casa y baje la escalera al sótano grande donde están amontonadas las alfombras. No haga ningún ruido; párese justo adentro de la puerta; pero, por última vez, no se muevan ni hablen hasta que yo les dé la señal. ¡Ahora debo dejarlos!

Esta vez Álvarez desapareció como un fantasma.

—¡Cor! —murmuró H. M., él mismo un poco intimidado. La brisa hacía que el jardín suspirara, rasguñara y murmurara; un ave nocturna chilló; una vez más el Webley se deslizó de su funda.

—Vamos —gruñó el Viejo Maestro; y de nuevo se movieron hacia adelante con H. M. en el lugar de Álvarez. El brazo izquierdo de Bill estaba una vez más alrededor de Paula; ella le echó los brazos al cuello, y hubo tantas caricias entremezcladas que H. M. sopló falsos globos de disgusto—. Escuchen —les siseó—, tenemos trabajo por hacer. No puedo soportar más flirteo. Hijo, mantenga un ojo en ese jardín.

Esto despertó a Bill, que se volvió con rapidez a estudiarlo de nuevo. Durante un momento se movieron en silencio.

—Tan dije, H. M. —murmuró Paula, recibiendo sólo una mirada trágica como respuesta—. Pero he tenido la intención de preguntarle: ¿cuál es el significado horrible que le da a flirteo? Juan pareció sorprenderse aun cuando lo balbuceó accidentalmente.

—Bueno..., vamos. Vea, muñequita mía, como les dije a Álvarez y al coronel, eso significa algo mucho peor de lo que es. ¿Entiende lo que quiero decir?

En un caso como éste, los ojos azules oscuros de Paula inmediatamente miraban con diversión.

—En cada ocasión —dijo— la usaré para horrorizar a Juan y al coronel, especialmente al coronel. Si...

—¡S-ss-t! —relinchó Bill sacando el Webley—. Hemos llegado.

Habían salido por el arco a una especie de túnel de construcción moderna bastante común en la Casbah y abierto a izquierda y derecha, en ambos extremos. Una brisa más fuerte pasó por dentro con el olor al limpio Mediterráneo, a pescado muerto y al espeso olor más fragante de Tánger mismo. Por debajo, el suelo era duro y arenoso.

A su izquierda, al salir, había una muralla recién pintada a la cal, con una puerta grande de arco moro un poquito hacia la izquierda. Bajo pequeñas cajas amarillas contra la muralla, dos ampolletas eléctricas daban la única luz.

—Ya..., ya sé dónde estamos —dijo Paula contra el fuerte viento—. Sí, la peor parte ya ha pasado.

—Encantito —le dijo con mucha suavidad Bill—. La peor parte ni siquiera ha empezado.

Las quietas palabras los aturdieron, junto con la mirada firme y penetrante de los ojos de Bill. Suponían que él sabía lo que encontrarían, pero que marcharía contra ello con igual fuerza. Fue como si ellos también se hubieran puesto sordos.

Como de común acuerdo marcharon los tres en fila y por el arco moro a los recintos pertenecientes a Alí, el traficante de alfombras.

Dentro podían ver un corredor, y también de murallas pintadas a la cal, quizás de diez pies de ancho. A la izquierda, una escalinata mora pintada graciosamente ascendía en la oscuridad. A la derecha había varios arcos, pero sólo uno más grande, dentro del cual, en la espesura de la muralla, se había pintado una flecha negra

indicando hacia abajo. Por debajo, en pintura negra, se leía la leyenda “Alfombras y Antigüedades”.

Aunque este corredor estaba débilmente iluminado, no podían ver el origen de la luz. El piso era de pequeños azulejos débilmente coloreados con alguna pintura ya medio oscurecida. Nada se movía, no había ruido. La casa entera podía haber estado vacía.

“He visitado esta tienda antes”, pensaba Paula con el pensamiento tan débil y transparente que apenas existía. Allí, quienquiera que fuese, tenía un negocio bastante legítimo, además de...

Aunque es casi imposible andar sobre azulejos sin hacer ruido, éstos tres casi lo lograron. H. M., ahora encabezando el grupo, asomó la cabeza por el lado del arco, mirando a la izquierda y hacia abajo. Una escalinata de madera ascendía a la penumbra débilmente iluminada por una luz amarilla opaca a alguna distancia. H. M. dió a su boca una forma malévola para comenzar a decir con los labios:

—¡Manténganse apegados a la muralla —su boca formó las palabras—, y síganme hacia abajo!

Lo hicieron. Los pensamientos de Paula se tropezaban al pasarle por la mente con agonía y remordimiento y un amor aún más grande hacia Bill que lo que ella creía que ya le tenía. Fué Bill quien la había tirado hacia atrás y lanzado hacia abajo cuando relampagueó el cuchillo; fué Bill quien, poniéndose de pie de un salto, había disparado inmediatamente dos disparos ciegos que arrebataron del árbol al supuesto asesino como a un pez del agua. Sin embargo, ella, algo más temprano en la tarde, al remojarse en un baño caliente, había deseado vagamente que él fuese más agresivo. ¡Agresivo!

Se le confundió el cerebro a Paula con su visión de banqueros internacionales a quienes de algún modo confundió con los traficantes de guerra, y Bill siendo más listo que ellos y golpeando la mesa. La intensidad de su remordimiento se puede sentir sólo por aquellas cuyos maridos todavía son sus amantes. Paula deseaba ser torturada en público. Por supuesto, ya no era necesario que Bill fuese agresivo; eso ayudaba, pero...

—¡S-ss-t!

El murmullo sumamente bajo de H. M. la volvió espantada a la realidad.

Ahora se movían en una sola fila, contra una muralla larga que corría en ángulo recto hasta el pie de la escalera. A alguna distancia enfrente había una puerta mora arqueada, más pequeña, de donde la luz amarilla caía claramente hacia afuera por el piso de piedra.

H. M. asomó su cabeza calva lentamente por el borde de la puerta y observó lo que había enfrente de él. Sus movimientos labiales, a tan corta distancia, eran terriblemente fáciles de leer cuando se volvió. Primero, de acuerdo con lo que dijo, Bill se resbaló hacia la pieza y se deslizó por dentro hacia un lado con la espalda a la muralla. Después Paula. Finalmente H. M. Como la pieza estaba tapizada de

alfombras, no hubo el más leve ruido.

Una vez dentro, con la espalda contra la muralla pintada a la cal, con Bill a su derecha y H. M. a su izquierda, Paula encontró que su vista nadaba buscando detalles.

Era una pieza enorme, de unos cuarenta pies cuadrados, aunque con un techo algo bajo para sus proporciones. No exactamente en el medio, sino hacia la izquierda del observador, había una pila cuadrada de alfombras de unos tres pies de alto. Las alfombras, con el lado derecho hacia arriba, brillaban con colores sombríos, profundos y apagados; cada una era de veinte pies cuadrados; y siendo delgadas, su superficie era tan dura como césped.

En la muralla a la cal, hacia la izquierda de los observadores, había dos ventanas arqueadas, altas, de paneles de vidrio rojo, colocadas a bastante distancia la una de la otra. De ellas colgaban trajes tales como el que había comprado H. M., lo que parecía ser el brillo oro y blanco de una vaina de cimitarra, un puñal en una pesada vaina azul oscura, y un martillo de guerra morisco en vaina de acero. Entre las dos ventanas se expandía la inmensidad de lo que parecía haber sido un auténtico amoblado oriental. Pero se parecía más a una pesada repisa alargada de madera negruzca tallada; sobre ella había un largo espejo con marco de madera negra, sobre cuya superficie yacían desparramadas grotescas curiosidades.

En la muralla opuesta a los observadores había otra presunta repisa tan larga como la primera y cercana a ésta. Por lo tanto, directamente al otro lado de la puerta mora arqueada, por la cual habían entrado, había otra puerta exactamente igual.

El tercer y último lado (sin contar la muralla despejada contra la cual estaban parados) debería haber tenido más espacio más allá de la pila de alfombras de veinte pies cuadrados, pero a ese lado había grandes casilleros pintados de blanco que contenían piezas o largas yardas de género o terciopelo o damasco; y, en el centro de ellas, una inmensa tabla cubierta de terciopelo, decorada artísticamente con armas planas. Una lámpara grande de trabajo moro en bronce, colgando desde el techo, alumbraba la silenciosa pieza.

Todo esto lo vio Paula a través de ojos empañados, en un veinteavo del tiempo en que uno se demora en contarlo. En seguida sus ojos se detuvieron, como los de los otros, en una figura solitaria y dominante. Encima del montón de alfombras, cerca del extremo, a mano derecha, y con la espalda hacia ellos, estaba parado Collier.

CAPÍTULO XVI

H. M. levantó la mano para obtener aún más silencio.

Collier no los podía presentir como animal, porque estaba demasiado concentrado en la puerta directamente opuesta, al otro lado de la pieza. Más allá del arco de esa puerta brillaba una luz débil que venía de un pequeño corredor torcido y con azulejos, al parecer un corredor vacío.

A primera vista Paula quizás no hubiera reconocido a Collier, ya que en lo contado por H. M. a Duroc esa tarde y en lo contado por Duroc a ella no se había mencionado el pelo teñido de negro. Pero un segundo vistazo se lo dijo. Los hombros y cuerpo anchos, el traje europeo blanquizco para trajinar, la forma de pararse y su aire fanfarrón, los zapatos *beige* sumamente lustrados, con los dedos de los pies abultándoles... No podía ser otra persona. Tocó el brazo de Bill.

No hubo ni siquiera un crujido de cuero al sacar Bill el 45 de su vaina, y levantó la mano. Por un instante miró hacia H. M. De nuevo debe insistirse en que leer por el movimiento de los labios a corta distancia es sumamente fácil.

“Nunca pensé que le dispararía a un hombre por la espalda —fueron las palabras que formaron los labios de Bill—. Pero a Coll...”.

Ambas manos de H. M. se deslizaron por encima de las de Paula y se apretaron fuertemente alrededor del brazo de Bill.

“No”, delinearon sus labios, con una expresión extraña en la cara.

Aunque Bill protestó en furiosa mueca, bajó el brazo. H. M. miró hacia la cabeza negra.

“¿Ese es?”, fué su pregunta silenciosa. Paula asintió.

Collier todavía observaba tensamente el opuesto arco abierto y con su lámpara alumbrando débilmente por dentro y su corredor más allá con murallas pintadas a la cal sobre piedra. La mano, derecha de Collier, antes oculta en frente de él, ahora cayó a su lado.

Llevaba un Colt's Banker's Special 38. Nuevamente se volvió Bill.

“Tiene un revólver —Bill se dirigió a H. M. en una especie de grito silencioso—. Si le pido que se vuelva, podemos arreglarnos a balazos. Eso es justo, ¿no es verdad?”.

“¿Y —tronó silenciosamente H. M., tocando a Paula— hacer que le dispare a ella?”.

Inmediatamente bajó la mano de Bill y H. M. pidió silencio una vez más mientras escuchaban.

Ahora podían oír pasos.

Los pasos eran sobre los azulejos del corredor torcido más allá de la puerta a la cual miraba Collier tan tensamente. Subió la mano pistolera de Collier. Estaba parado cerca del lado derecho de la pila de alfombras de tres pies de alto tan duras como césped, y elevó la pistola aun más.

Los pasos no hacían el más mínimo esfuerzo por ocultarse; caminaban lenta y firmemente, sin el menor apuro. Después de un recoveco y más allá de la luz escondida, a plena vista en el angosto corredor, venía Juan Álvarez.

Todos lo podían ver, aunque Collier estaba mucho más cerca. En su mano izquierda, Álvarez todavía llevaba esa extraña bolsita de lona. Tomando el lazo del tonto, Álvarez lo sacó de debajo de su chaleco. En seguida lanzó el tonto golpeando y sonando por el suelo detrás de él.

Álvarez se adelantó con el mismo paso a capturar a Collier con las manos.

Retumbó la carraspeante voz de tenor de Collier, aún a falsete. Pero no era susto. Era puro triunfo.

—Así que es el tipo listo de nuevo, ¿eh? —se mofó Collier—. Creí que tendría que ser, ya que lo dejaron entrar tan fácilmente. —Su voz cambió—. Pero no estoy jugando a las bolitas, listo. Quédese donde está. No se mueva. O le llegará bastante calor.

El desprecio completo de Álvarez por las armas de fuego, que había afligido a menudo al coronel Duroc, ahora asombró a los tres espectadores. Álvarez, un caballero paseando, desde su suave sombrero hasta su terno gris oscuro, sólo sonrió sin diversión. Se adelantó al mismo paso.

Collier disparó y erró.

El agudo crac del 38 de cañón corto fué a la vez intensificado que apagado por el bum de ecos que lo rodearon en esta pieza subterránea de anchas murallas. Hubo un sonido revoloteante al golpear la bala, cayendo en forma zigzagueante de una muralla y machacándose a plomo sin forma en la piedra enyesada de otra.

Álvarez, con su sonrisa despreciativa aún más amplia, siguió adelantándose.

De nuevo disparó Collier y erró. Esta vez, en alguna parte, la bala rompió un vidrio.

Álvarez estaba ya casi en la puerta. Collier, aunque siempre con prudencia, se adelantó corriendo de su lado del montón de alfombras, apenas a cinco pies de distancia de Álvarez al interior de la puerta. Al retumbar y reverberar los ecos de los disparos, le pareció a Paula que cada objeto y las dos ventanas de paneles rojos, con sus trajes y armas, las curiosidades de las repisas, aun la lámpara de bronce labrado, parecieron vibrar o tintinear.

En seguida Collier, para asegurarse, disparó tres tiros rápidos a lo que pareció ser muy corta distancia. En realidad, no era tan cerca como eso. Y, aunque Collier apuntó al corazón, erró nuevamente. La primera bala le pegó a Álvarez en el pecho izquierdo bajo la clavícula, volteándole el hombro y parte del costado hacia la izquierda; la segunda y tercera bala erraron.

Al primero de esos tres tiros, Bill Bentley se soltó de las manos de H. M. Bill, aunque un pesado peso medio de ciento sesenta libras, era rápido y liviano. Un salto lo llevó encima de la pila de alfombras y silenciosamente la cruzó corriendo. Después Bill juró que había mantenido su promesa, ya que no disparó desde su primera posición.

En seguida enterró el cañón del Webley con tal fuerza en la parte de atrás del cuello de Collier, que la cabeza del hombre hizo un movimiento brusco y casi se cayó de la pila de alfombras.

—Deje caer el revólver —dijo Bill con voz moderada—. Déjelo caer ahora o le volaré la cabeza.

Collier vaciló, sin volverse.

—Mire, compañero —dijo con cansado desprecio—. No sé quién es usted, pero no me asusto tan fácilmente. Así que...

Entonces se detuvo Collier bruscamente.

Un 45 tiene un gatillo duro. Bill había dicho sencillamente lo que pensaba, hacer. Con el cañón enterrado con fuerza en la parte posterior del cuello, Collier pudo sentir la débil vibración del arma al empezar Bill a tirar el gatillo.

—Bien, compañero. —Como si le consintiera a un niño, Collier lanzó el Banker's Special, que aterrizó en el piso alfombrado—. ¡Pero me pagará por esto!

Detrás de la espalda de Collier y concentrado en el placer de tirar el gatillo, Bill no podía ver bien a Álvarez.

—¡Juan! —gritó—. ¿Estás bien?

La voz de Álvarez, firme y vivaz como de costumbre, tenía una apariencia de estarse divirtiendo.

—Muy bien, gracias —contestó—. Ninguna herida que le molestaría a un bebé.

—¡Gracias a Dios! Temía... No importa. Recógele el revólver, ¿quieres?, y anda donde Paula y H. M. al otro lado. Hay más espacio para moverse allí.

Nadie vió a Álvarez tambalearse un poco al recoger el Colt. Aun llevando la bolsita de lona gris, se movió alrededor de la pila de alfombras y con tal determinación que nadie lo observó, hasta que H. M. lo vió.

—Ahora suba las manos —le dijo Bill a Collier—. Mejor es que se porte bien.

Hay tonos en las voces que no hablan fuerte ni amenazan.

Collier vaciló y levantó las manos. Bill lo registró dura y rápidamente con su mano izquierda, sin encontrar nada de peligro, excepto el largo y delgado puñal envuelto en papel que Collier había comprado en la ferretería. Bill lanzó esto por detrás de él sobre la pila de alfombras.

Collier todavía descansaba con los ojos caídos. Los dedos de la mano izquierda de Bill se enterraron en el cuello de su adversario y se afirmaron. Con el Webley ahora enterrado en la espalda de Collier, Bill lo hizo caminar hasta el centro exacto de la alfombra. Haciéndose hacia atrás, Bill le dijo que se volviera.

Collier se volvió pesadamente, con los brazos en alto. Bill, sobre la alfombra, a

unos ocho pies de distancia y enfrentándolo, mantuvo el Webley apuntado contra el medio de la barriga de Collier. Álvarez, Paula y H. M. los miraban como si estuvieran hipnotizados.

—Ahora baje las manos —dijo Bill.

Los pesados hombros de Collier se estremecieron al bajar las manos. Sus ojos opacos se abrieron de par en par, y en seguida se achicaron al subir el labio en un extremo.

—¿Qué es lo que sucede? —habló con flojera—. ¿Qué es lo que cree que está haciendo, hijito?

—Ya sabrá —le dijo Bill, devolviéndole una mirada igualmente expresiva—. H. M. —llamó sin mover la cabeza ni el Webley.

—Presente y correcto, hijo —replicó tranquilizadamente la voz de H. M.

—Leí en alguna parte que usted era un abogado o un doctor...

—Está bien, hijo. En mis juveniles y más asnales días era ambas cosas. Yo cuidaré a Álvarez. Párese allí con calma y piense en dónde le gustaría dispararle al desgraciado cuando lo agujeree.

—Pero le aseguro, Sir Henry, que estoy bastante bien —dijo Álvarez con una pequeña risa.

—Ya sé, ya sé. ¿Dónde está la linterna que traía?

—En mi bolsillo derecho. Aquí la tiene.

—Gracias, hijo. —H. M. revoloteó hacia el lado izquierdo de Álvarez.

—Créame, sir, le agradezco sus atenciones. Pero no hay el más mínimo...

—Cállese —dijo H. M.

A pesar de las protestas, H. M. desabrochó la chaqueta, chaleco y camisa, rasgando la camiseta, y dejándola a un lado como la camisa. En seguida, deslizando el cuchillo hacia atrás, sostuvo el lienzo y género con su mano izquierda y estudió la herida del pecho con la linterna en su derecha.

No se demoró mucho. Sus dedos eran suaves. Los dedos de Álvarez al volver a abotonarse impacientemente la ropa no eran en absoluto suaves.

H. M. se volvió al lado derecho, dejando caer la linterna en el bolsillo de Álvarez.

—¡Ahora, escúcheme, hijo! —Habló en un fiero murmullo—. Creo que esa bala más que rozó su pulmón izquierdo antes de subir por el hombro.

—Bueno. ¿Y?

—¡Por el amor de Dios!, ¿no cae todavía? Dije pulmón. Si no se va a una clínica antes de media hora a operarse, está terminado. Morirá.

La mirada de Álvarez fué terrorífica, porque no estaba enojado; estaba sólo profundamente molesto.

—¿Morir? ¿Pero qué importa? —preguntó—. Siempre que... —su mano derecha, que todavía sostenía el Colt de corto cañón, apuntó con ferocidad hacia Collier— le pegue primero y después detenga eso.

De repente algo pasó por sus ojos.

—Maureen... —empezó, y se detuvo.

Paula, que había estado arrodillada al lado de él, se paró. Como se había limpiado las manos ensangrentadas en los pantalones y también se había tocado el pelo al echárselo hacia atrás, su figura era de aspecto salvaje.

—Maureen comprenderá —dijo—. Sir Henry —añadió Álvarez suavemente—. Me obliga a recordarle que yo todavía mando aquí. —Su voz se endureció, aunque tosió. Volvió a hablar con la nota acostumbrada—: ¡Bill!

—¿Sí, viejo?

—Ahora tenga la amabilidad —le dijo Álvarez formalmente a H. M.— de subirse sobre la alfombra, tome el Webley de manos de Bill y mantenga cubierto a Collier mientras yo hablo privadamente con Bill. Si Collier intenta escaparse, dispárele a la cabeza. Estoy seguro, sir, que comprende la necesidad.

H. M. tuvo que descargar sus sentimientos en alguna forma. Su voz se elevó a todo su poder.

—¡Será un placer! —tronó, y el trueno hizo eco.

H. M., con cierta dificultad debido a su corpulencia, se subió en las alfombras. Le murmuró las instrucciones y tomó el Webley de manos de Bill, quien saltó livianamente de las alfombras.

Álvarez estaba muy erguido, sosteniendo la bolsa de lona todavía en la mano.

—Primero, Bill —dijo—, quiero que no le hagas caso a lo que diga Sir Henry.

—Juan, no me gusta este asunto. ¿Qué es lo que dice?

—Cree que estoy malherido. Eso es absurdo. —Sonriendo, le tomó el brazo a Bill con su mano derecha—. Mira ese montón de alfombras. Es un *ring* natural, o casi lo es; debe tener veinte pies cuadrados. Es tan firme como la tierra que pisamos, ¿no es cierto?

—Sí, pero...

—Lo voy a reventar —dijo Álvarez entre dientes, e indicó hacia Collier—. Lo voy a reventar primero.

Se abrió su mano izquierda y la bolsa de lona cayó al suelo. Su cordel estaba suelto. De ella salió un solo guante de box, al parecer uno de los dos pares que había en la bolsa.

—¿Yo herido? —Sonrió—. Es lesera. Mírame... Observa.

Cuadrándose, Álvarez empezó a hacer un esbozo de un gancho izquierdo. Su hombro izquierdo se elevó, su brazo salió al mismo tiempo con su pierna izquierda un poco adelantada.

Bruscamente, Álvarez se detuvo. No era por la intensidad del dolor que le quemaba a través del hombro. Esto no le hubiera importado. Pero no podía usar el brazo. Se habría caído directamente hacia adelante si Bill no hubiera estirado un rápido brazo izquierdo por su otro lado y lo hubiera cogido con su derecha. Suavemente Bill lo ayudó a mantenerse de pie.

—Calma, viejo. Con calma.

Álvarez miró en forma extraña a su brazo izquierdo y lo bajó.

—No lo puedo usar —murmuró con turbada sorpresa.

—Calma, Juan. Calma.

—No lo puedo hacer —repitió Juan con horror.

Aunque Bill lo tenía sujeto con fuerza, de nuevo trató de dar el puñetazo con el brazo. De nuevo no pudo.

Durante un momento su boca tiritó como la de un hombre con parálisis. En seguida desaparecieron tales expresiones exteriores. Su cara se puso tan rígida e inexpresiva como la de un indio piel roja. Pero no pudo controlar la expresión de sus ojos. De ellos emanaban toda la tortura, toda la vergüenza y humillación que puede sentir cualquier hombre.

—No lo puedo hacer —dijo titubeante.

La expresión de Bill parecía de madera, excepto por un tinte bajo los pómulos y la expresión en sus ojos, los cuales bajó inmediatamente. Sólo Paula, mirándolo de frente desde el otro lado de Álvarez, sabía de la tormenta de rabia y compasión y simpatía que ardía en el corazón de Bill.

Bill carraspeó.

—Mira, viejo —dijo silenciosamente—. ¿Querías que yo le hiciera un empeño?

Álvarez vaciló. Se dió vuelta.

—¿Lo harías? —preguntó entusiasmado en voz baja.

—Sí —dijo Bill.

—Es difícil decirte esto. —Álvarez hablaba con rapidez, agarrado del brazo de Bill—. Suena demasiado tonto. Pero una palabra como..., bien, alma de deportista. Ese es mi Dios. Todo lo que yo siempre he adorado. Sería tan bueno como si lo reventara yo mismo. Verlo golpeado. Por un deportista.

—No sé —dijo Bill, limpiándose la boca con el respaldo de su pesada mano—. Quizás no tenga una pizca de oportunidad. Pero haré lo posible, válgame Dios.

Se sacó el abrigo, tirándolo al suelo, e hizo lo mismo con la corbata.

—Salgamos de esto una vez —dijo.

Pero Álvarez, aunque lo ignoraba, tenía una fiebre corporal que se le iba subiendo a la cabeza desde la herida. Casi balbuceó.

—¡Ahora escucha! —susurró—. Esta tarde, en la sastrería, Mark Hammond dijo algo. ¿Me podré acordar? Algo así: “Hay sólo una clase de aficionado que podría pegarle a Collier en una pelea corta. Este es un verdadero boxeador vigoroso que cambiara golpes como Collier mismo y que pudiera darle uno decisivo”.

Bill miró abajo a sus manos, estirando los dedos.

—Espera, espera —urgió Álvarez, como si hablara contra el tiempo—. Tú conoces su fuerza y sobre todo su debilidad. Eso te ayuda más. ¿Te acuerdas de lo que oíste por teléfono?

—¡Oh, sí! Extraño eso. Pero me acuerdo.

—Ahora, escucha mi consejo. No te pares a pelear de frente con él...; en todo

caso, no al principio. No lo dejes que te acorrale o te aceche. Entra rápido; sal con rapidez. Manténlo en movimiento. Puede ser torpe y lento, pero, por amor de Dios, ten cuidado con sus puñetes.

—No tengo mucha defensa —dijo Bill—. Tengo que pararme y soportarlo. Al diablo con él.

—De todos modos, creo que tienes una pegada más fuerte, especialmente tu derecha de frente y tu derecha cruzada. Mídelo. Acuérdate, ésta tiene que ser una pelea corta o te puede castigar demasiado. Si veo alguna oportunidad, te gritaré: “¡Ahora!”. ¿Entiendes, Bill? “Ahora”. Entonces lo atacas con todo. —La fiebre le había alcanzado a los ojos—. No puedo pensar... otra cosa. Debe haber mucho.

—Ya tengo todo —dijo Bill.

—¡Espérate! Olvidé... ¡Debo tener otra cosa para mí!

—¡Juan! —exclamó Paula—. ¿Adónde vas?

—Volveré en un momento —les aseguró—. Debo ir a busc...

Con los hombros erguidos, Álvarez caminó tiesamente por el espacio despejado hacia la derecha.

Hubo un silencio imponente. Durante todo este tiempo ni H. M. ni Collier habían hablado ninguna palabra, parados inmóviles a unos ocho pies de distancia. Paula y Bill no le podían ver la cara a H. M., y quizás era para mejor, ya que enmudeció aún a G. W. Collier. Pero oyeron el agudo *clic* al tirar H. M. hacia atrás, el martillo del Webley para que estuviera amortillado; ahora se había transformado en un gatillo peligroso que podía dispararse a la presión más mínima. Mientras H. M. bajaba lentamente el cañón para que la bala del 45 alcanzara a Collier bien por debajo de la cintura, tamborileaba suavemente con el dedo una y otra vez sobre el gatillo.

Al mismo tiempo, mientras Paula miraba a Bill por el otro lado de Álvarez, había advertido que sus fieros sentimientos de lástima y simpatía trocábanse en terror. Al irse Álvarez rápidamente, Paula corrió hacia Bill, le echó los brazos al cuello y puso su cabeza contra el pecho de él.

—¡No! —Hablabla en un murmullo apagado, moviendo la cabeza—. ¡No lo hagas! No debes pelear con él, Bill... ¡No te dejaré!

Intentó él suavemente, y al principio sin éxito, de levantarle la barbilla para que lo mirara.

—Vamos, encantito —sonrió—. ¿Qué le pasa a tu pelo? Tiene manchas de sangre.

—¡Bill! —continuó ella en esa voz apagada y desesperada, con la cabeza gacha—. Has boxeado mucho, pero jamás le has puesto demasiada atención. Este hombre es un profesional. Te va a herir. Te va a herir horriblemente.

—Lo siento, ricura. Lo tengo que hacer.

—¿Pero, por qué, por qué, por qué?

Se inclinó hacia adelante y la besó en el pelo. Ella sintió el latir fuerte y rápido de su corazón. Su voz baja era la que ella sabía que usaba sólo cuando hablaba de su

futuro, sus ambiciones, su retiro, su amor; le salía tan débil que ella apenas lo oía.

—Tenemos que ganar —dijo Bill.

—¿Tanto como eso, querido?

—Sí. Hay algunas decencias que uno tiene que tiene que...

Paula lloraba abiertamente. No le importaba. Levantó la cara; a través de las lágrimas que la cegaban, apenas lo distinguía.

—Bien —dijo con voz ahogada y se apretó contra él—. ¡Entonces sube y revientalo! ¡Revientalo!

Álvarez volvió. Había localizado una mesa alta, cuadrada, con patas gruesas elaboradas de ébano, con tapa de mosaicos, que le pidió a Bill que le acercara al borde del *ring*. Era más o menos del mismo alto.

—¿Me ayudarás a pararme sobre esto? —le pidió con la cara ya compuesta y como la de un juez ahorcador. Desde lo alto de la mesa miró hacia Bill.

—¿Cuántas municiones tienes para el Webley? —preguntó en forma fría y firme. Bill rebuscó en su abrigo y le dió un puñado, que Álvarez dejó caer dentro de su propio abrigo—. Ahora obtén el Webley de manos de Sir Henry y tráemelo. Queda una bala en el Colt y puedo evitar que Collier arranque.

Bill saltó a las alfombras y le murmuró algo a H. M., quien le entregó el Webley. Pero el viejo y enorme vampiro adivinó lo que sucedía. Se trasladó al extremo derecho de la alfombra, donde se paró con los puños sobre las caderas.

Volviendo a bajarse, Bill le colocó el Webley en la mano derecha a Álvarez. Echando los guantes a la bolsa de lona de nuevo, se llevó la bolsa al lado de H. M. El rubor bajo los ojos de Bill había aumentado y respiraba con fuerza.

La voz de Álvarez tronó por la pieza:

—Y ahora, señor Collier, trataremos con usted.

Collier estaba parado solo. En medio de las oscuras pero ricas alfombras estaba con la espalda vuelta hacia la llamada “repisa” con sus espejos y sus curiosidades. Otra repisa igual casi la tocaba en el ángulo más alejado de la muralla a mano izquierda.

Y la cara de Collier, con su pelo rojo tan obviamente teñido de negro, parecía resaltar vivamente en colores de vela. Se había olvidado de teñirse las cejas, que permanecían rojas. Sus párpados caían sobre sus pálidos ojos y su labio se encorvaba en un extremo. Su cuerpo ancho y grueso, con las piernas abiertas, parecía estar fijo allí.

—Vamos, si no es el hombre listo de nuevo —dijo en una especie de aburrida resignación—. ¡Qué es lo que sabe usted!

De nuevo se dirigió a un compañero invisible.

—El tipo listo —dijo—, es el niño soldado que siempre quiere pelear. Le tuve que pegar dos veces y apagarlo como una luz. No soy del todo malo con un calentador. ¿Ve esas heridas de balas? —Collier casi se rió—. El tipo listo no podría pelear ni con un oso de juguete ahora.

La voz y expresión de Álvarez no cambiaron.

—¡Ah, sí! —dijo—, hablando de pelear. Está ahora atrapado y rodeado. No puede salir de esta pieza. ¿Me imagino que no cree eso?

El escepticismo se traslucía en la cara de Collier como una pálida ampolleta de gas.

—No me asusto con facilidad —dijo—. ¿Qué es lo que piensa usted?

—Lo que pienso yo de usted o de su forma medio idiota de hablar no es de importancia. Yo le diré lo que es. Cuando salga de esta pieza será llevado a la estación de policía. O saldrá de aquí con una bala en el cuerpo, justamente donde me la disparó a mí, o si no saldrá calladito y sin disparos. De usted depende escoger. Para salir calladito, mi buen desgraciado, tendrá que pelear primero.

—¿Pelear? —repitió Collier. Por un momento vaciló, y sus opacos y astutos ojos parecían complacidos al lamerse los labios—. Claro, tipo listo, ¿por qué no? He estado sintiendo —movió los hombros— como si necesitara un agradable trabajito. ¿Cuál es el tipo con quien voy a pelear?

—Yo —gruñó Bill, adelantándose un paso y vaciando los dos pares de guantes al suelo.

La cabeza de Collier se volvió. Sus ojos se achicaron al ver el torso de Bill, del tamaño exacto de un hombre de pelea, en camisa de manga corta. Además, Bill era un poco más alto y pesado y tenía una mirada maligna en los ojos.

—Las alfombras serán el *ring* —dijo Álvarez—. Pelearán sólo tres *rounds*. Sin embargo, pueden tener *rounds* profesionales de tres minutos y pelear de acuerdo con los reglamentos americanos en vez de los internacionales, ya que usted es americano naturalizado...

Tronó la voz de Sir Henry Merrivale, tan repentinamente que todos se quedaron inmóviles.

—Guárdese ese sermón —dijo H. M.—. Me alegro en decir que ese piojo comunista no es ni siquiera un americano naturalizado, su pasaporte era falsificado.

—¿Qué es eso? —preguntó Álvarez.

—¡Oh hijo! ¿No le conté, es decir, el coronel y yo, mayormente el coronel, que puso los cables y tenía muchas noticias más acerca de él, muchas que usted no sabía? Duroc se puso a trabajar en cuanto supo que el pasaporte de esta hiena era falsificado.

—¿Pero no vió el pasaporte usted?

—No necesité verlo. Supe todo al respecto. Hijo, ¿no se acuerda haberlo leído en voz alta en el departamento? Lugar de nacimiento: Moscú, Rusia. Eso está bien. Pero este tipo lo tuvo que hacer con demasiada inteligencia. Pegó una estampilla de goma con la fecha de su naturalización.

—¿Bueno?

—Ningún pasaporte americano ha llevado eso jamás —respondió H. M., mirando fijamente a Álvarez—, ni jamás lo tendrá ninguno. Ningún pasaporte como ése fué expedido por Washington ni por ningún consulado. “Collier” es falso. Así es que

Duroc se puso al cable y aun al teléfono. Habíamos, estado descuidándonos con el lado americano, porque todo el trabajo sucio de Collier y Cofre de Hierro provenía de Europa. Pero recibimos respuestas de varias ciudades, lo mismo que del F. B. I., que casi le quemaron la pintura al escritorio.

Durante todo este tiempo, Collier, con los párpados caídos, hacía muecas y parecía casi divertido.

—Nació en Rusia, es cierto. Aprendió su oficio de cortador de diamantes aquí y en Amsterdam. Se metió a escondidas en Estados Unidos, nadie sabe cómo, pero éste es un país grande con muchas fronteras. ¿Quieren saber por qué tuvo que dejar de boxear?

—Sí —dijo Álvarez.

—Se le busca por asesinato en Cleveland. Pero hay algo más atractivo: lo necesitan en Chicago por homicidio casual, quizás asesinato. Había robado un auto y lo habían visto. Iba arrancándose, con mucho apuro, cuando trató de dar una vuelta y se subió a la acera. Una niña jugaba con un aro cerca de la reja. El bueno de Collier le podía haber hecho el quite fácilmente. No había ni árboles ni postes por el lado de afuera. Pero se sentía..., bueno, quizás un poco irritado. Así que la atropelló, aplastó y la mató. Tenía nueve años.

Collier bostezó.

—¡Bueno, jamás tendrá diez! —exclamó.

Hubo un silencio mortal, excepto por el siseo de inspiraciones bruscas.

—El Papi —dijo Collier, poniéndose un escarbadietes dentro de su boca despreciativa— dió un noticiario sobre mi record. Eso está bien por mi parte. No puede pillarme, listo. Nadie lo hará jamás. —Su boca se esparció—. ¿Pero peleo o no peleo?

—Pelea —dijo Álvarez. Indicó hacia un rincón entre las dos repisas, al ángulo más alejado de la alfombra—. Ahí está su rincón.

En seguida indicó hacia el ángulo entre el amplio espacio abierto y las casillas de géneros doblados:

—Ahí está el suyo, señor Bentley.

Bill tomó un par de guantes al volverse Collier hacia él. Un guante le cayó a Collier directamente en la cara, quebrándole el escarbadietes, que Collier tuvo que botar.

—Como diría el señor Collier —continuó Álvarez—, no tenemos padrinos ni botellas de agua, y sobre todo no tenemos protectores bucales. Ni siquiera tenemos árbitro...

—¡Oh, si que lo tienen! —tronó H. M. Se sacó la chaqueta, se soltó la corbata y lanzó ambas cosas fuera del *ring*—. ¡Yo soy el árbitro, y no se imaginen que no lo soy!

—¡Bien! —dijo Álvarez.

Aunque el cuerpo pesado de Collier no se movió, su malévola mirada con los

párpados caídos se fijó en Bill.

—Tú eres un aficionado, chiquillo —dijo—. Pero yo soy un tipo de buen corazón, ¿ves? No me culpes si te quiebro la mandíbula o te rajo la mejilla o te dejo los ojos de tal modo que nadie más te los pueda arreglar. Culpa al listo.

—Vuélvase —ordenó Álvarez.

Los ojos de Collier se volvieron. Los guantes de box estaban a sus pies. En su mano derecha buena Álvarez sostenía el Colt con su única bala; en su mano izquierda sostenía el pesado Webley amartillado con dificultad.

—Un último consejo —dijo en voz clara pero carraspianta—. Si en cualquier momento trata de arrancarse del *ring*, le dispararé a la cabeza. ¿Ahora me imagino que, como en todas las cosas, cree que esto es sólo una amenaza?

—Le dije que no me asusto con facilidad —dijo Collier, riéndose de nuevo—. Ahora me pregunto: ¿me deberé asustar de eso?

—Entonces debo enseñarle —dijo Álvarez. Sacó con rapidez la mano derecha y disparó.

De nuevo el sonido agudo del crac, incomodante, golpeó y retrocedió ahogándose en sus ecos. En el espejo de la repisa, a bastante distancia de Collier, saltó la mancha negra del agujero de la bala rodeada por largas grietas donde se había enterrado limpiamente sin romper todo el espejo.

La mano derecha de Collier subió al lado derecho de su cabeza. Se torció para mirar por sobre el hombro. Un penacho grueso pero angosto de pelo negro, deshaciéndose en el aire entremezclado con raíces rojas, voló al pasar la bala sin ni siquiera quemarle la piel, y luego el pelo cayó suavemente sobre la alfombra.

De nuevo la voz firme y fina de Álvarez le punzó los nervios a Collier.

—Qué desgracia —dijo—. Tenía la intención de disparar por lo menos a una pulgada de distancia. Cualquiera que sea mi opinión sobre las armas de fuego, mi trabajo me exige que sea un tirador de primera clase. Por supuesto que no soy tan bueno como Bill.

Dejando caer el Colt vacío, Álvarez trasladó a su mano derecha el pesado y peligroso Webley.

—Soy yo el que nunca miento —dijo— y que desprecio a aquellos que lo hacen. Ahora, como parte de ese último consejo. Si da un solo golpe de mala fe (uno solo, acuérdesese), le dispararé al cuerpo.

De nuevo se elevó la mano derecha de Álvarez.

—¿Quiere otra lección? —preguntó.

Collier, a pesar de su enojo, no pudo sino retroceder.

—Olvídelo, listó —trató de decir con indiferencia—. ¿Qué pasa si friego al cabro por accidente?

—Le dispararé de todos modos... Eso es todo. No nos molestaremos con señales preparativas para padrinos fuera del *ring*. Los *rounds* empezarán y terminarán cuando yo grite: "Tiempo". ¡Señor árbitro! Déjelos que salgan de sus rincones; déles breves

instrucciones... Podemos empezar.

Parte de la mente de Collier le golpeó a su pequeño cerebro aconsejándole que fuera prudente. Recogiendo los guantes, caminó hacia su rincón entre las repisas. Allí se sacó la chaqueta, la corbata y también la camisa, botando las curiosidades de un solo golpe para poder poner su ropa sobre la repisa. No usaba camiseta.

Su torso, de pecas rojas y manchado con vellos rojizos, era duro y redondeado, sin músculos a la vista que demostraran su enorme fuerza para golpear. Al ponerse los guantes, quizás ese torso no estaba en tan buenas condiciones como lo había sugerido bajo la camisa y la chaqueta. Pero visiblemente no tenía comparación con un aficionado; aún era formidable, aún lleno de tretas.

Bill, en la otra esquina, se sacó la camisa inmediatamente. Él tampoco se había molestado jamás en usar camiseta, pero tenía un cinturón al igual que Collier. Bill, no siendo hirsuto, se mostraba blanco, en perfectas condiciones bajo la lámpara mora. Sus piernas le temblaban un poco. Al introducir las manos en los guantes, manteniendo el dedo pulgar hacia abajo, sintió que le transpiraban levemente las manos.

—¡Vengan para acá los dos! —tronó Sir Henry Merrivale, siendo él mismo una enorme figura malévola, parada en el *ring* sin sombrero y con su calvicie brillándole.

Mientras les indicaba a los contendores que se juntaran, H. M. miró a Álvarez.

—Esta idea de una pista de box llena de balas voladoras —dijo con tono musitante—, bueno, vamos, es original. Pero me gusta, hijo. Sólo que, por amor a Esaú, no le pegue al joven Bentley o a mí.

—Le prometo, sir.

Bill, moviéndose lentamente en el centro del *ring*, vió a Collier emerger en grotesca figura. El pesado torso enmarañado de rojo contrastaba con la amplia cara blanquizca bajo el pelo teñido. Al encontrarse enfrente de H. M., Collier abrió de par en par sus ojos color ostra con un tinte amarillo.

—Te voy a asesinar, aficionado —dijo, y parecía cómo si lo pudiera hacer.

Bruscamente se desvaneció toda la nerviosidad de Bill. Hasta esta noche había ignorado el record completo de Collier. Pero eso no hacía al caso. Para asombro de Collier, a quien le gustaba asustar a la gente, en los ojos de Bill apareció un brillo de satisfacción.

En seguida habló el árbitro probablemente más incompetente que jamás haya pisado un *ring*.

—Ahora escuchen ambos —dijo H. M. con las manos en las caderas—. El comandante dice que tienen que pelear según el reglamento americano y no el internacional. Para mí eso es lesera, pero háganlo. Eso quiere decir —aquí se volvió hacia Bill— que prácticamente todo vale, excepto lo que les diré. Pueden dar puñetes en los cuerpo a cuerpo, pero únicamente si tienen ambas manos libres. Nada de sujetarse con una mano y pegar con la otra. Nada de empujarse o luchar; y cualquiera que golpee en los descansos se las entenderá conmigo. Además, si no quieren un

puñetazo en el ojo, no me dejen pillarlos en un golpe bajo, un golpe de conejo o un golpe a los riñones. Bien. Saben los reglamentos para los golpes decisivos o no estarían aquí. Esquina neutral y no salgan hasta que yo les diga. Si alguien es lanzado de la alfombra al suelo, lo trataremos como si hubiera sido golpeado a través de los cordeles.

”Ahora, este zorrino —continuó H. M. indicando casualmente con el pulgar hacia Collier— puede intentar cualquiera treta cochina a la cual está acostumbrado. Meterte el dedo del guante en el ojo, darte un golpe con la cabeza bajo la barba o mandíbula, fregarte con golpes fuera de reglamento..., en fin, hay muchos de éstos. Pero acuérdense: si lo hace, le llegará una bala a las entrañas. Así que puede ser más limpio que lo que jamás lo haya sido.

En seguida este árbitro curioso se detuvo a meditar, frotándose la mandíbula.

—No, no se den la mano —agregó bruscamente al hacer Bill un gesto tentativo—. No te dejaría que le tocaras los guantes a Collier ni por un millón en plata. ¡Eso es todo! Váyanse a sus rincones y salgan cuando el comandante grite: “¡Tiempo!”.

Bill se volvió y corrió livianamente hacia su rincón. Collier se quedó con los hombros temblorosos.

—Papi —dijo—. Si no fuera porque eres viejo.

—¿Sí? —preguntó H. M.

De nuevo vaciló Collier. En su vida, pensaba, había visto a tipos de malas caras, tipos de miradas feas, tipos de aspecto criminal. Pero no había visto jamás una paila como la de este viejo pelado, quien parecía ser más grande y más firme que cualquier matón en un sitio de mala muerte en el bajísimo East Side. Claro que tenía barriga; pero también la tenían los matones.

—¿Sí? —repitió H. M.

De su bolsillo trasero sacó un amplio cuchillo afilado como navaja, pasándole el pulgar por el filo. Miró a Collier fijamente en los ojos.

Collier, con gesto despreciativo, se fué hacia su rincón.

Álvarez, sosteniendo en alguna forma su brazo izquierdo cruzado en frente de él, no levantó la vista del segundero de su reloj pulsera. En ese silencio mortal, uno casi se podía imaginar oír el tictac.

Volviéndose apresuradamente a su rincón, Bill, por algún motivo, se sorprendió al ver a Paula. Se le estremeció el corazón, acobardándolo un poco. Paula podía subir los hombros y brazos por encima de la alfombra. Estaba parada abajo en el ángulo, con los brazos estirados sobre la alfombra y la cabeza levantada.

El pelo sedoso de Paula estaba aún desordenado. Sus ojos mostraban una película de lágrimas secas. Pareció ajustar los labios cuidadosamente antes de conseguir una sonrisa.

—Bill —murmuró—. Buena suerte.

Bill se agachó en una rodilla. Cogió la mano de Paula y la besó con reverencia.

—No te preocupes, encanto —dijo—. Estaré bien.

Entonces él se levantó, volviéndose rápidamente debido a un sonido procedente del otro lado del *ring*. Las piernas de nuevo le temblaron, el cuerpo parecía picarle. Ningún espectador hubiera creído que una pelea de esta clase le produjera tanta ira a Collier.

—Te voy a despedazar —chilló por sobre los colores sombríos aunque vivos de la alfombra—, ¡y tú sabes por qué! —Tragó—. Gringo presumido... Dios, cómo odio a los británicos. ¡Todos los inteligentes piensan igual! Te voy a romper la nariz con el primer golpe. Te voy a meter los riñones por la espalda.

La voz de Bill, aunque no fuerte, se elevó claramente a través del *ring*.

—Déjese de darse aires —dijo—. Veamos cómo pelea.

—¡Tiempo! —gritó Álvarez.

CAPÍTULO XVII

Uno o dos minutos antes del grito “Tiempo”, mientras H. M. les daba las instrucciones a los boxeadores, hubo dos personas en esa pieza subterránea que pudieran haber llorado en sus corazones sin decir una palabra. Una de ellas era Paula Bentley; la otra era Juan Alvarez.

Alvarez había estado dos veces a punto de caer desmayado, sin dejar que nadie se percatara de ello. Al dar las instrucciones H. M., balanceando el Webley, con su mano derecha sana empujó hacia atrás la manga de su camisa para poder ver la esfera de su reloj de pulsera.

¿Qué pasaría si no podía ver la otra mano? Pero, aunque su vista estaba algo nublada, no tuvo mayores molestias. Casi había dejado de sentir dolor. Por todas partes veía el rostro de Maureen Holmes. Una vez, con horror, se imaginó que estaba allí.

Alvarez supuso que tenía un pulmón herido, ya que sentía un gusto de sangre al tragar. Sin embargo, cada vez que miraba a H. M., el viejo asentía con la cabeza como alentándolo.

Paula Bentley, al escuchar esas mismas instrucciones dadas por H. M., sentía deseos de enrollarse en algún rincón sin que nadie la viera y ahogar su dolor donde estuviera segura de no ser vista. Lo que sonaba con más claridad en sus pensamientos eran las palabras que Collier había usado como un colegial bobo: “Soy un tipo de buen corazón, ¿sabe? No me culpe si le rompo la mandíbula, o le rajo la mejilla o le dejo los ojos...”.

¡No!

Paula le tenía terror a Collier y se lo había tenido desde que lo vió por primera vez. En su corazón no creía que Bill podría ganarle. Ahora se dirigió apresurada al ángulo de las alfombras que formaba el rincón de Bill. Este se dió vuelta de donde estaba H. M. y regresó. Se detuvo cuando la vió. Intercambiaron esas pocas palabras que tanto la hirieron, pero que sin embargo la complacieron, especialmente cuando Bill le besó una mano como..., como... No importa. Ella presintió que estaba nervioso, pero con profundo placer interior.

A través del *ring* Collier chilló más de esas palabras que tanto la asustaban. Bill contestó como Bill. Afortunadamente, pensó por el sonido de la voz, Juan no podía haber quedado demasiado herido. Gritó con voz poderosa:

—¡Tiempo!

Vió a Bill hacer un medio baile, el guante izquierdo hacia afuera y el derecho bastante arriba, pero cerca de su lado. Ella conocía los zapatos de él, suelas ásperas y

tacones ásperos que no resbalarían en aquella alfombra coloreada. Quiso bajar su cabeza y no pudo.

Álvarez, parado a la altura de la mitad de un lado del *ring*, mantenía sus ojos alertos entre su reloj de pulsera y los dos contendores. Mantuvo su Webley medio levantado en su mano derecha. Vió salir a los contendores con el deseo de matar en sus ojos. El odio puro que flotaba entre ellos era como una puñalada dada por ambos.

Collier, haciendo una inspiración profunda con su grueso tórax, trató de danzar alrededor de su contrincante. Sólo entonces comprendió, tal como lo debía haber comprendido mucho antes, que cualquiera elasticidad que hubiera tenido en sus piernas había ahora desaparecido. Danzar como lo hacía sólo lo haría verse ridículo, y no debía nunca rebajarse la dignidad de G. W. Collier.

En vez de ello, finteó y curvó el tronco, con su brazo y su guante izquierdos a la altura de la mejilla, con su derecha mantenida peligrosamente baja. Se encontraron en el centro del *ring* con H. M. tranqueando detrás de ellos. Bill se estaba siempre moviendo, nunca estaba en el mismo lugar. Collier simplemente estaba girando de izquierda a derecha como un cañón pesado. Las izquierdas de ambos se tocaban con un largo juic-juac de cuero contra cuero, midiendo la distancia.

Bill arrojó la derecha. Él arrojó retrocediendo la izquierda. Entonces, lanzándose sobre la derecha demasiado baja de Collier, conectó un fuerte gancho de izquierda a la mejilla, y la cabeza de Collier se tambaleó. Mientras el guante se incrustaba contra su mejilla, Collier sintió el viejo y familiar tintineo en la cabeza. Encolerizado, respondió furibundo con su más mortífera arma, la matadora derecha cruzada. Pero fué tan salvaje, que Bill no tuvo ni siquiera que esquivarlo. Una extraña y confundida mirada relampagueó en los ojos de Collier.

“¿Es posible —estaba pensando Álvarez furiosamente— que esté tan presumido que no se haya dado cuenta de que su oportunidad será desperdiciada? ¡No! ¡Increíble!”.

Otra vez Bill alcanzó a Collier con una fuerte izquierda al abdomen, haciéndolo gruñir. Pero Collier, pensando para sí, decidió que era tiempo de parar esta tontera. Avanzaría y pecharía a este tipo que ni siquiera tenía pelo en el pecho. Collier lo fustigó con un un-dos; un gancho de izquierda a la cabeza y un derecho recto a las costillas. Ambos golpes se perdieron a través de las defensas de Bill, y golpeó duro.

—¡Haah! —gruñó Collier, respirando fuertemente.

Esquivó y se contrajo, lanzando todos los golpes que conocía en una tan rápida y agresiva ráfaga de guantadas, que H. M. tuvo ardua tarea al tratar de seguirlo.

Y Bill, contra toda prudencia, estaba lo suficientemente furioso como para permanecer...

“¡No, no! —gritó algo dentro de la cabeza de Álvarez, mientras sus ojos parpadeaban estúpidamente al reloj una y otra vez—. Pero, si debes hacerlo, ¡usa tu derecha!”.

Paula, que estaba tan asombrada, penosamente consciente de sus acciones, se

dirigió apresurada alrededor de la alfombra hacia el mismo lado que Álvarez.

En aquel torbellino demoledor, con los guantes borrosos al moverse. Bill estaba siendo herido malamente. La izquierda de Collier lo pulverizó bajo el esternón peligrosamente cerca del plexo solar. La derecha de Collier lo sacudió duramente bajo el corazón. Y ambos golpes lo hicieron sentirse como si las entrañas le hubiesen sido extraídas. Aunque muchos golpes volaron salvajemente sobre los hombros de Bill, y él los pescaba en su mayor parte en sus codos o en sus guantes, Collier lo estaba martillando y martillando.

Una derecha con vuelo abrió una pequeña cortadura sobre el ojo izquierdo de Bill. Casi instantáneamente, la mortífera derecha de Collier otra vez se estrellaba bajo el ojo izquierdo. Y otra vez. Crecería una hinchazón que muy bien podía cerrar el ojo.

Y otra vez Collier disparó y dió en él.

Paula no podía contemplar esto, especialmente cuando era la sangre de Bill, y puso su cara contra la lona.

“Tu derecha —rezaba sin palabras—. ¡Bill! ¡Tu derecha!”.

Paso a paso Collier lo llevó hacia atrás, probablemente para enviarlo sobre la lona con una derecha cruzada. Bill —demolido, con sus piernas temblantes, yendo como el viento— respondía defectuosamente. Martilló el abdomen de Collier con su izquierda, y dirigió ganchos de izquierda que hicieron que la cara de Collier se hinchara roja. Pero aún, creyendo desmayadamente que conocía sus principios, no lanzaba su derecha.

El hedor del sudor, la proximidad de los ojos y de los brazos de Collier lo sublevaban más que la sangre manando de su propia ceja izquierda. Otra derecha golpeó bajo su corazón y la sintió. Por el movimiento del hombro izquierdo de Collier, Bill adivinó que el hombre lanzaría un golpe sordo sobre su hombro, de manera tal que Collier podía caer en clinch.

Amarrando ambos guantes contra los hombros de Collier, Bill con un esfuerzo lanzó al hombre afuera. Collier se tambaleó retrocediendo y casi cayó. Balanceándose a la derecha, Bill trató de moverse ligera y fácilmente alrededor de cuatro pies de la línea de fondo de la lona hacia su propio rincón.

Pero Collier, también rondando, avanzó acechando. Ambos guantes se movieron lentamente bajo su barba, bajo la mirada de sus ojos y boca triunfantes.

La mejilla derecha roja e hinchada, vista a corta distancia, era como si hubiera sido rajada. Sin embargo, Bill no podía ver esto, aunque no era sino por el enceguedor sudor de su cara. La sangre lentamente se desparramaba en su ceja izquierda, y sentía la piel estirarse bajo ella al levantarse la hinchazón que la cerraba.

¡Alerta!

Una de las manos de Collier telegrafiaba una derecha recta a la cabeza. Pero eso no era sino una vieja triquiñuela. La mano izquierda se levantó un poco, golpeando a Bill otra vez no muy lejos del plexo solar.

La respiración de Bill parecía estallar de su boca; se tambaleó y cayó en una

rodilla.

Álvarez, tratando de tranquilizar su vacilante mirada en el reloj, gruñó fuertemente.

Paula, que tenía su cabeza agachada sobre la lona, abrió un ojo justamente antes de eso. Ahora enterró su cara en la lona.

“A lo menos —estaba pensando ella— se acabará en un momento. No será lastimado más. Esto es lo principal. Y todavía..., si sólo...”.

Fué levantada otra vez por la chillona y despectiva risita que Collier usaba por risa.

—*Amateurs* —jadeaba Collier, con su rojo pecho palpitando—. Claro, ellos quieren dar en la cabeza. Nadie golpea. No. Ellos...

—¡Ahí está su rincón neutral! —rugió Sir Henry Merrivale, señalando detrás de él al apartado ángulo de la lona al otro lado del rincón de Collier—. Vuelva allá atrás, ¿o esperamos hasta la Pascua antes que empiece yo a contar?

Collier, medio despreciativo, lo pensó mejor y trotó hacia atrás. Pero todavía encaraba el lado del *ring* donde. H. M., inclinado sobre Bill, que estaba en una rodilla, había comenzado a contar. Al pasar frente a Álvarez, Collier levantó y bajó los brazos y codos como aleteando.

“Buen Dios —pensó Álvarez—. Ese puerco tiene los brazos cansados al término del minuto de la primera vuelta. Su aire se va, también; ¿no será posible...?”.

Paula mantuvo su cabeza erguida, mirando hacia la derecha donde estaba expuesto el enorme trasero de H. M., mientras se inclinaba a contar, y Bill estaba en una rodilla. H. M. tronaría la cuenta con murmullos entre ellos. Paula lo oyó todo.

—¡Uno! —rugió H. M.—. No me tontees, hijo. ¡Dos! ¿Qué juego estás haciendo? ¡Tres!

Bill tranquilamente llenó de aire sus pulmones. Cuando levantó la cabeza, H. M. vió que sus ojos estaban claros, aunque uno estaba semicerrado.

Había sido herido seriamente y le dolía. Pero su propia energía permanecía.

Con un guante limpió la sangre del ojo izquierdo, y limpió el guante en su pantalón.

—¡Esperaré hasta seis, Maestro! —murmuró—. He recibido sus mejores golpes. Espere ahora.

—¡Cuatro! La comadreja no ha dado ningún golpe prohibido hasta ahora. ¡Cinco! ¿Quieres que le dé la mitad del cuchillo? ¡Seis! Pero tú no necesitas...

Bill se puso de pie de un salto, con la cara vuelta hacia el otro lado.

Inmediatamente Collier se movió girando apurado desde el otro rincón. Cuando Bill pasó frente a Paula, estaba en mal estado. Sus piernas no parecían estar seguras todavía. Bajo la lámpara morisca otro destello rojo vivo de sangre brillaba sobre su ceja derecha y el púrpura amarillento del machucón se estaba hinchando y cerrando. Su torso mostraba las rojas manchas de los golpes al cuerpo. Su mano izquierda colgaba baja; su derecha, escasamente levantada...

Collier sabía lo que debía hacer.

—¡Tú, hijo de p...! —dijo Collier suavemente.

Y descargando su mano izquierda, arremetió hacia adelante con toda la potencia de su derecha contra esa mancha de sangre que brillaba sobre el ojo izquierdo de Bill.

Entonces todo sucedió de una vez, como si Bill hubiera saltado a la vida.

Bill, esquivando el golpe con un movimiento de cabeza y hombros hacia la derecha, cogió a Collier avanzando. En ese mismo instante el pesado puño derecho salió y se estrelló contra el desamparado lado izquierdo de la mandíbula de Collier.

Fué el golpe más duro de toda la pelea. Las piernas de Collier se tambalearon, su cabeza se contrajo mientras una película caía sobre sus ojos, y sus guantes manotearon en el aire. Inmediatamente Bill se dirigió a él con ambas manos y cometió su peor error. O, a lo menos, el asunto es discutible.

Álvarez juraba que Bill podía haber terminado el ataque a la cabeza con ambos puños, para un fuera de combate rápido. H. M. rugió, tal vez él con mayor razón, que el ataque debió haber comenzado en la cabeza y después haber seguido arriba y abajo otra vez.

De todos modos, Bill no hizo ni lo uno ni lo otro. Fué el punto más débil de Collier. Los guantes relampaguearon dentro y fuera como las varillas de un pistón, con horripilantes y horribles ruidos farfullando de la boca de Collier. Desesperadamente trató de enderezar a Bill con cortos y tajantes golpes de arriba hacia abajo. Falló. En vez de zambullirse en un clinch y mantenerse, Collier perdió la cabeza. Toda su maestría del cuadrilátero voló en pedacitos. Instintivamente se alzó su derecha, para castigar atrás del cuello de Bill, con el prohibido golpe del conejo.

La derecha de Álvarez, sujetando la pesada y amartillada Webley, se estiró en demanda del brazo de Collier.

Entonces Álvarez disparó. Fué menos un disparo de pistola que una pesada explosión.

Porqué los ojos del comandante estaban inseguros, el disparo erró el brazo de Collier. Pero habría volado la frente de Sir Henry Merrivale si H. M. no se hubiera tirado de bruces sobre su cara cuando vió a Álvarez estirar la mano.

Collier, aterrorizado, cansado y herido, al fin entrelazó sus brazos con los de Bill y lo encerró en un cuerpo a cuerpo. La bala abrió un hoyo en el espejo, con grietas alrededor, y los cascotes del espejo se quebraron bulliciosamente.

—¡Apartarse ustedes dos! —gritó H. M., alzando una mano desde su posición en el suelo—. ¡Apártense!

Fué innecesario decirles esto. Collier, seriamente herido y con los brazos caídos, necesitaba un segundo para respirar. Bill, limpiándose otra vez la sangre de su ojo, retrocedió tres pasos. Pero de inmediato, mientras H. M. se paraba, avanzaron rápidamente.

Collier lanzó una izquierda de gancho, y Bill un recto de derecha.

Por una fracción de segundo, la derecha de Bill dejó atrás el golpe de Collier.

Le quebró la nariz a Collier, aplastándola aún más chata contra su cara al sacudir Bill su derecha y bloquear el otro gancho de izquierda.

La propia izquierda de Bill enganchó el lado derecho de la mandíbula de Collier. El hombre se tambaleó retrocediendo.

Álvarez al fin habló.

—¡Ahora! —vociferó—. ¡Péscalo!

Paula Bentley, bastante más atrás de Álvarez, parecía la figura más extraña de todas. Cuando ella pensaba en su marido herido y golpeado, no gritaba ni lloraba ni decía palabra alguna. Estaba ahora parada, con los ojos bien abiertos, cayéndole las lágrimas por su cara, articulando sólo ruidos incoherentes, al verlo jugarse por entero al final.

Cuatro golpes lo produjeron, al llevar Bill rápidamente a Collier hacia el otro lado del cuadrilátero, el lado con la segunda repisa y una ventana de vidrio rojo a cada lado. Viendo que el lado derecho de la mejilla de Collier estaba realmente cortado, Bill no lo golpeó. Él disparó tres andanadas de batería al estómago, y lanzó una derecha cruzada por última vez. Entonces se hizo a un lado. Collier cayó recto adelante, como un hombre que está seriamente herido.

Antes de caer, sus ojos vidriosos todavía fulguraban con odio y asombro. Y el odio todavía fluía dentro de él mientras su pesado cuerpo se contraía boca abajo sobre la lona. Se revolcó peleando en el sueño del fuera de combate, sus pesadas piernas estiradas, sus brazos y hombros retorcidos, de manera que podía rodar paralelo a la línea de la lona y pararse.

Pero rodó equivocadamente, hacia la orilla de la lona. La sangre de su nariz, esparciéndose por la boca, como una especie de bigote, dejó una mancha sobre la alfombra al darse vuelta. Y Collier, ya sin la mueca irónica en el rostro, cayó pesadamente entre la repisa y el montón de alfombras y permaneció inmóvil.

Silencio.

Pareció alargarse interminablemente, mientras nadie hablaba ni se movía.

—¡Tiempo! —gritó Álvarez, y bajó el brazo izquierdo cuidadosamente.

Con la misma calma estudiada empujó el seguro del Webley, y lo dejó caer al piso alfombrado.

Tres minutos. Todo, incluyendo el espacio de tiempo después de haber quedado fuera de combate, todo había sucedido en tres minutos.

Limpiándose mecánicamente el ojo izquierdo con el guante, Bill tenía todavía la vista fija sobre la orilla de la alfombra. Aun erguido, Álvarez saludó subrepticamente con la mano en el borde del sombrero. Si Maureen Holmes hubiera estado allí, habría entendido la única palabra que H. M. le había aplicado en la sastrería. Álvarez era de una raza ya perdida en el tiempo; uno que miraba en menos las heridas, rehusando entregarse; un loco quizás; sin embargo, el que una vez fué el hombre de batallas más temido en el mundo: el conquistador de España.

Sin revuelo, Álvarez se empezó a dejar caer cuidadosamente de la mesa.

Bill Bentley se volvió lentamente de la orilla de la alfombra, como si meditara sobre un grave problema. Regresó al medio de la alfombra con el mismo ánimo pensativo; enseguida le fallaron las piernas y cayó de bruces.

Paula lanzó un grito. Se sacó el lanudo abrigo *beige*, y en chaleco amarillo y pantalones negros se subió a la alfombra. Trató frenéticamente de colocarlo de espaldas. Pero Bill no estaba inconsciente, sino sólo exhausto y herido. Con su propio esfuerzo Bill se dió vuelta cerrando los ojos contra la luz. Paula se lanzó sobre su pecho, vertiendo palabras, pero sollozando tanto que ni una palabra entre diez era entendible.

—Te dije que saldría bien —murmuró Bill, palmoteándole la espalda con la parte inferior de un guante manchado.

Más incoherencia.

—¿Me quieres, encantito?

Ella echó los brazos alrededor del cuello de Bill.

Sir Henry Merrivale, parado bastante atrás y meditando sombríamente sobre el insulto a su dignidad al verse forzado a lanzarse boca abajo con su corpachón, había catalogado esta escena como un flirteo nauseabundo.

Pero la enorme habitación permanecía silenciosa, aun más sofocante con el olor a la pólvora quemada de los disparos. Pasó un segundo antes que H. M., con su agudo oído, escudriñara los alrededores. Había un arco moro en el pequeño corredor serpenteante, pavimentado con azulejos, a través del cual Álvarez se había asomado la primera vez.

A través de él, sobre sus silenciosas zapatillas, apareció una niña árabe en *jalebah* gris, con el paño en la cabeza, formando una tapa cuadrada como un gorro estudiantil. Un fino *yashmak*, con orillas de encaje negro, estaba puesto por debajo de sus ojos negros. En sus manos llevaba una bandeja de plata con un recipiente de bronce muy limpio con agua caliente, una caja de gasa quirúrgica moderna, una cajita de tela emplástica, botellas de una farmacia moderna, tijeras, géneros, y otros objetos que él no observó.

Sabiendo que la venida de la muchacha era piadosa, H. M. miró hacia el otro lado del *ring*. Por primera vez se dió cuenta de que Álvarez no estaba en la mesa. Yendo apresuradamente al otro lado, se dejó caer en las alfombras y se paró.

Allí estaba Álvarez en el suelo, con la espalda afirmada contra el montón de alfombras, fumándose un cigarrillo soñolientamente.

H. M. se aclaró la garganta y se estremeció.

—¡Vamos, mire aquí! —empezó el gran hombre, con un aire algo parecido al del Pato Donald cuando está contrariado—. Le dije que yo era sólo un mentiroso, ¿no es cierto? No le podía decir por qué estaba de árbitro de la pelea más maldita que jamás fué peleada. Insistía en hacerla seria, aunque me imagino que no interpretaban mucho. Hijo, esa bala no le tocó jamás el pulmón. Si lo hubiera hecho, no podría haber seguido hablando como lo hizo.

Habiéndose desahogado, los anteojos de H. M. se pusieron graves.

—De todos modos, hay una herida interior que se está sangrando. Se va a ir a una clínica tan pronto como yo encuentre un teléfono. ¡Eh! ¿Me está poniendo atención? ¿Sobre qué está pensando?

Álvarez inhaló profundamente del cigarrillo, tosió al expeler el humo, contemplándolo.

—Estaba pensando —dijo con amargura— en el Caballero de la Mancha; cómo soñaba en hacer grandes hechos, y, sin embargo, no había una persona que no se riera de él.

H. M. lo contempló agriamente.

—¿Sí? Entonces déjeme hacerle una pregunta —dijo H. M.—. ¿En qué lado habría estado usted? ¿Con los imbéciles que se rieron de él? ¿O con el bueno y valiente Don Quijote?

—Ese no es exactamente el punto. Aun su Dulcinea...

—Bueno, usted va a ir a ver a la suya. Por el amor de Esaú, déjese de esta depresión y sea humano de nuevo... ¿Hay algo que pueda hacer por usted?

La mano derecha de Álvarez, que justamente llevaba el cigarrillo de vuelta a la boca, se detuvo en el aire.

—Sí —dijo, sentándose y recordando—. Gracias a Bill hemos tomado a Collier sin disparar un tiro. Collier, de puro orgulloso, pensó que el lugar estaba lleno de sus hombres en vez de los míos. Debo encontrar a Pérez, y no me queda tanta voz como usted cree. Súbase a la alfombra, por favor, y grite “Pérez” varias veces, lo más fuerte que pueda. Yo lo seguiré en un momento, pues debo felicitarlo.

—Quédese donde está, hijo. ¿Entendido?

De nuevo, a pesar de su corpulencia, H. M. se volvió a subir.

Bill yacía estirado de espaldas en medio de la alfombra, con un brazo sobre los ojos. Cada vez que hablaba, le parecía como si su cara se hinchara o le doliera; y las heridas del cuerpo, algunas de las cuales no habían parecido tan mal al principio, estaban aún peores.

Al arrodillarse a cada lado de él, hubo una discusión furiosa en voz baja, en francés, entre la muchacha árabe y Paula, cuyos celos histéricos no le permitían dejar a la otra tocar a Bill.

—Si me hace el favor, señora —le suplicó la muchacha árabe hablando francés con una voz dulce y baja—. Sólo se lo pido porque sus manos tiemblan demasiado. Mírelas. ¡Y ahora mire esto! El corte sobre el ojo no es ancho ni profundo. ¡Observe ahora! —Salpicó agua—. Lo secamos con esponja, así. Ponemos un poquito de desinfectante, para que no le moleste...

—¡Au! ¡Cálmese!

—Ilya no le hará daño, señor. —La muchacha árabe hablaba un francés casi perfecto, su *yashmak* entrándosele y saliéndosele con sus palabras. Las tijeras crujieron—. Ahora una pequeña cantidad de gasa adhesiva..., así... *Snip, snip, snip.*

Ahora lociones calmantes para evitar el dolor...

—Bi-en —concedió Paula, y se levantó.

H. M., con excelente voz, había estado gritando: “Pérez, Pérez”, con tal horroroso bullicio, que debe haberse oído más allá de la calle.

Paula, volviéndose y viéndole, se fué derecho hacia él para llorar sobre su hombro.

H. M. debería haber esperado esto. Siempre le sucedía, aun con mujeres totalmente extrañas. Sin embargo, de nuevo lo pilló descuidado.

—¡Oh, por el amor de Dios! —gruñó, mirando hacia el cielo y estirando ambos brazos para demostrar que no tenía nada que ver con eso—. ¡Oh muñequita mía! Ya soy una ruina en llamas. Mi presión sanguínea está terrible. Ese fulano Álvarez intencionalmente trató de volarme la cebolla con el Webley 45. Me tuve que dejar caer justo en la barriga, que es... Vamos, vamos, muñequita mía...

Las palabras sollozadas por Paula por lo menos eran ya inteligibles, aunque hubieran engañado a un desconocido. Dijo que era vil, mala e intratable. Aunque Bill insistía en usar ese horrible impermeable largo y sombrero cónico cuando hurgaba con el auto, e insistía en escandalizar al pobre viejo señor St. John, diciéndole que Milton y Tollope y Shaw eran terribles, ella lo amaba extraordinariamente, agregando varias anécdotas algo embarazosas para probar esto. Pero ella, la intratable, una o dos veces había tenido pensamientos desleales, en el sentido de que él no era lo suficientemente agresivo. Y todo el tiempo él había andado por ahí dejando fuera de combate a campeones mundiales, y siendo más listo que los traficantes de guerra internacionales, y golpeando con los puños sobre la mesa...

Mientras tanto Álvarez se había arrastrado en su costado derecho al otro lado de la alfombra hacia Bill. Este estaba ahora sentado con la cabeza colgando. La muchacha árabe le había aplicado loción curativa en la cara, y le estaba aplicando ahora otra loción en el pecho y los hombros.

—¿Un cigarrillo, Bill? —le ofreció Álvarez, estirándole un cigarrillo y un encendedor en la mano derecha.

—Gracias, viejo.

La muchacha árabe, tomando ambas cosas, le puso el cigarrillo entre los labios, se lo encendió y le devolvió el encendedor. Sus ojos oscuros observaron a Bill con una admiración que fué mejor que Paula no la viera.

—Fué una gran pelea, Bill.

—No. —Bill, con la cabeza gacha, expelió el humo e hizo un movimiento negativo con la cabeza—. Tú sabes que no lo fué. Tú lo hubieras reventado en treinta segundos.

—De todos modos —dijo Álvarez—, le dije a Maureen esta tarde que tú lo podrías hacer en una vuelta.

—Sólo el engreimiento del tipo —dijo Bill— lo hizo pensar que ganaría a cualquiera. Realmente estaba convencido de eso, y estoy de acuerdo en que parecía

estar en muy buenas condiciones con la chaqueta y la camisa puestas. Después nos hipnotizó el tremendo relato hecho por Mark Hammond.

Cada vez que deseaba hablar, la muchacha árabe le sacaba el cigarrillo de la boca. Inconsciente de esto, Bill primero frunció el entrecejo y después sonrió.

—¡Oh!, Mark es bastante honrado —dijo con la cabeza gacha—. Realmente, creía que un boxeador entrenado en América es peligroso hasta después de los setenta. Collier era..., bueno, un viejo decrépito. Podía golpear con fuerza durante cuarenta y cinco segundos; luego estaba liquidado. Lo supe en el momento en que sus puñetazos al cuerpo no eran fuertes. Estaba equivocado. —Bill se levantó y se inspeccionó la mano—. Este es mi único sepulturero. Collier se cubrió demasiado la barba con su izquierda. Tuve que hacerle creer que yo no tenía nada antes de poder pasarle una. ¡Le pegué harto bien, por último!

Por el corredor con azulejos sonaron las botas pesadas de un hombre bajo y corpulento, con casco y cinturón blancos; no podía ser otro que el comandante en ejercicio Pérez.

Subiéndose de un salto a la alfombra, dió una mirada circular y se encucilló al lado de Álvarez.

—Comandante, está herido... —empezó en español.

—No importa; lo tenemos —respondió Álvarez en francés, para beneficio de los otros—. El chanco de Collier yace ahora en el suelo, allá, entre las alfombras, y las respira. El señor Bentley...

Una sonrisa breve y cerrada se esparció por la cara morena de Pérez.

—Lo hemos visto —asintió—. ¡Qué hermosa pelea! Pero ha sido mejor así, señor Álvarez, ya que ello nos ha permitido encontrar la ventana falsa.

—¿Qué ventana falsa?

—¿No les habló de ella el coronel Duroc? Bien, no importa. Está allí.

Y el comandante en ejercicio indicó hacia la gran ventana con paneles rojos, la que estaba a la izquierda de la segunda repisa, y sobre la cual colgaban en una varilla metálica los enormes trajes color concho de vino, la vaina reluciente de la cimitarra, el puñal en su tosca vaina azul, el martillo de guerra morisco.

—Usted comprenderá —continuó Pérez— que primero hemos medido el ancho de la muralla. Se mira hacia afuera, aparentemente, a un jardín hundido. ¡Pero no! La muralla es demasiado gruesa. En la parte exterior la ventana tiene la aldaba en el lado equivocado. Hay un espacio entre las murallas, por donde nuestro hombre pudo haberse tirado a una alcantarilla y haberse escapado.

Aquí suspiró el comandante en ejercicio.

—Por buena suerte —agregó— la aldaba a este lado de la ventana estaba enmohecida y es difícil de hacer girar. Por eso hemos colocado un centinela —gesticuló vagamente, indicando detrás de él— hacia el lado opuesto, por si fuera necesario. Gracias a la Virgen, no lo necesitamos.

Fué interrumpido por la enorme voz de H. M. hablando suavemente.

—Vamos ya, muñequita —dijo—. ¿No está mejor?

Paula, normal de nuevo, se secaba furtivamente las lágrimas, y estaba muy avergonzada de sí misma al darse vuelta. La muchacha árabe cesó instantáneamente de ponerle loción en el pecho a Bill, le sacó el cigarrillo de la boca y lo apagó en la bandeja, recogiendo sus materiales.

—Le-le pido perdón —dijo Paula con voz apagada y la cabeza gacha—. A menudo soy una estúpida.

—¿Estúpida? —repitió la muchacha mora, colocando rápidamente todo en la bandeja y echándole una mirada de soslayo a Bill—. Ojalá todas las mujeres, señora, fueran tan estúpidas como usted.

—Me llamo Paula Bentley. —Usó el francés, como lo había hecho la otra—. ¿Quién es usted?

—Yo soy Ilya —contestó la muchacha amargamente—. Soy la mujer de Alí.

Un estremecimiento atravesó el grupo.

—Y estoy aquí —continuó, aún arrodillada— principalmente para ayudar a este caballero herido. Pero también para rogarles que Alí y sus cuatro cómplices no sean juzgados en la Corte de Mendoubia. Es una Corte justa, oh, muy justa —agregó apresuradamente, y se estremeció—, pero les ruego, porque preferirían enfrentarse con el mismo Shaitan.

”Les ruego, no porque ame a Alí (lo odio), sino como un bálsamo para mis propias heridas. Usted —de repente levantó los ojos oscuros hacia el avergonzado H. M.—, aunque lo negaría con su último suspiro, tiene demasiado buen corazón y tiene mucha influencia con el comisionado. Sólo cuatro veces en su vida Alí ha puesto sus ojos en Collier, y ninguna vez, lo juro, sobre Cofre de Hierro. Les hago esta súplica y no diré más.

Agachando la cabeza, cruzó los brazos sobre el pecho.

—No sé de qué se trata en todo esto. ¿Pero no lo puede hacer? —gruñó H. M. en su tono más salvaje.

—La dificultad... —empezó Álvarez, pero fué interrumpido.

—Miren —dijo Pérez, aún encucillado, y estiró el índice—. La ventana roja. ¡Miren allá!

Y de nuevo vieron al hombre que se llamaba a sí mismo Gregor Weehawken Collier.

Collier había vuelto a sus sentidos más luego de lo que habían calculado. Aunque todavía mareado, estaba firme en sus brazos y piernas. Subrepticamente había bajado su abrigo y camisa de la repisa y se los había puesto. Trabajosamente se había arrastrado de la línea de alfombras al lugar indicado bajó la ventana.

Y en seguida, como un relampagueo de magia, lo vieron parado en el antepecho de la ventana. Su mano izquierda agarraba la vara escondida por el lado de la ventana debajo de los trajes, y con la mano derecha torcía frenéticamente la manilla de la ventana para abrirla.

—Comandante, hay que hacer sólo una cosa.

—Sí.

Mientras Collier estaba parado como un inmenso bulto blanco contra los paneles rojos, forcejeando frenéticamente con el cerrojo, el comandante en ejercicio hizo un movimiento hacia atrás, hacia arriba y hacia afuera con la mano, hacia la muralla izquierda detrás de él.

—¡García! —gritó.

En la muralla, un mirador cuadrado a medio esconder se abrió sobre sus bisagras.

Tat-tat tattattat, empezó el canturreo de un rifle automático remeciéndose, mientras las balas volaban a través de la pieza.

—¡Abajo! —gritó Pérez—. ¡Boca abajo todos; abajo!

Paula se dejó caer inmediatamente. Lo mismo hizo la muchacha árabe. Aun Sir Henry Merrivale sufrió el insulto de dejarse caer una vez más sobre su barriga. Pero Bill, que estaba de todos modos fuera de la línea de fuego, permaneció sentado, con los hombros echados hacia adelante.

Álvarez, apoyado sobre el codo, y Pérez encucillado, vieron con enfermante preocupación que el ángulo de fuego era demasiado amplio. García no pudo recogerse atrás.

Las balas se estrellaron en una línea de agujeros verticales en la piedra, justo a la derecha de la ventana, haciendo salir del yeso una nube de polvo, pero rompiendo sólo un panel de la ventana. Collier volvió su cara manchada de sangre, les hizo una mueca de desprecio y empezó a tomar vuelo.

De nuevo la mano de Pérez se extendió hacia afuera, hacia arriba y hacia el lado derecho de la muralla, y detrás de él otro mirador se abrió de golpe.

Tat-tat tattattat, resonó el segundo rifle automático con la furia de su ráfaga de diez tiros.

Pérez gritó. Por fin tenían el ángulo justo, apuntando al lado derecho de Collier. El impacto de la primera bala casi lo volteó de la ventana. Su mano derecha se extendió hacia arriba y agarró la vara encima de la ventana, dejando el cerrojo a su izquierda. Los trajes se balancearon y la daga envainada se estremeció. Pero la imitación blanquidorada e incrustada de bronce de la vaina de la cimitarra, columpiándose locamente, golpeó contra la ventana y voló hacia atrás dentro de la pieza, cayendo sobre la alfombra.

La misma ropa de Collier pareció aletear en la ráfaga de balas, por no decir lo que se escurrió de ellas. La última de las balas llegó a una pulgada de la cabeza de Bill.

Pero Collier ya había corrido bruscamente el cerrojo con su mano izquierda, abriendo la ventana de par en par con una patada.

Subió la mano de Pérez por encima de su cabeza, mientras gritaba otro nombre indescifrable.

Tat-tat-tattattat, escupió el matraqueo del tercer rifle automático, uniéndosele nuevamente el primero con un cargador fresco. El martillo morisco pareció saltar

desde la varilla y por pura coincidencia aterrizó cruzado sobre la vaina de la cimitarra. A los ojos espantados de Álvarez, un diseño centelleante de hoz y martillo apareció sobre la alfombra.

Tat-tat-tattattat... Dos líneas de fuego convergieron al lado derecho en la espalda de Collier.

En mortal agonía, soltando la varilla con su mano derecha, Collier dió un salto espantoso hacia atrás desde el antepecho de la ventana y cayó pesadamente de espalda sobre la alfombra. Su sangre fluyó hacia afuera y por encima del diseño de la hoz y el martillo, y luego de estremecerse una vez, permaneció inmóvil para siempre.

CAPÍTULO XVIII

El aire matinal, pesado y asoleado, yacía tan dulce como un aire parisiense sobre Tánger.

—¿Me quiere decir, Sir Henry, que habrá algo mucho peor?

—¡Oh, fórmula mía, mucho peor! Si no me equivoco, la explosión más grande será esta noche. ¿Ve cuán franco soy yo?

—Entonces en esto hay pillería —declaró Maureen Holmes—. Por favor, ¿qué podría suceder, si Collier está muerto y si no había nada de importancia en sus papeles acerca de él o aun de Cofre de Hierro?

—¿No se está olvidando —dijo H. M., hablando cuidadosamente— de la persona llamada Cofre de Hierro?

Bruscamente se volvió para mirar a través del enorme cristal para asegurarse de que su silla sedán con los portadores estaban en el lado de adentro. En la calle habían despertado la curiosidad de una muchedumbre tan grande y asombrada, que un policía había sugerido su traslado con mucho tacto.

Para decir verdad, H. M. no tenía idea de dónde estaba.

Sabía que estaba sentado ante una mesa de fierro, bajo un toldo en una *terrasse*, en una plaza grande, espaciosa y agradable, que pudo haber semejado una plaza en una gran ciudad provincial francesa, si la mayor parte de los edificios no hubieran sido blancos o de color castaño oscuro, en vez de grises. Tres calles arboladas desembocaban en ella; tres más ascendían. Hacia la derecha de H. M., y al otro lado de la calle, un edificio presuntuoso se encucillaba en fresca satisfacción tras un césped recortado, con un borde exterior de árboles.

Sin embargo, H. M. sólo sabía que estaba sentado ante una mesita redonda, con tres tazas de café negro. Al otro lado de él estaba Maureen Holmes, en un traje violeta y con zapatos de color violeta oscuro. Su pálida tez extraía color del sol, de tal modo que los ojos verdes y su pelo negro encontraban una nueva calidez. Al otro lado de ella estaba Paula, considerándola un tanto demasiado vestida; Paula llevaba su acostumbrado traje de seda blanco sin mangas, y sandalias llamativas.

Ambas evitaron tratar el tema de Cofre de Hierro.

—Anoche... —empezó Paula con vacilación.

—Paula, debe haber sido horrible —dijo Maureen, poniendo la mano suavemente sobre el hombro de Paula—. Yo no podría haberlo soportado, lo sé. Todas esas balas...

—¡Oh!, las balas no me importaron tanto. —Paula levantó una ceja reflexivamente—. En realidad, más bien me gustaron, aunque nada podría haberme

inducido a mirar el cuerpo de Collier después. —Se estremeció—. No, yo quería decir la pelea, con ese horroroso, terrible, y pelirrojo *robot* golpeando a Bill. —Paula habló con su candor acostumbrado—. Cuando Bill lanzó una derecha cruzada y atontó de un golpe a Collier, me puse histérica e hice una terrible exhibición de mí misma. Estoy segura de que no sé por qué.

—Pero era sólo natural —protestó Maureen—. ¿Cómo está Bill ahora?

—¡Oh, no está mal! Está en el hotel. Se puede mover alrededor, por supuesto. Pero sí que recibió un pequeño castigo. Él prefiere yacer en cama y leer Zadig. —Paula bostezó, los párpados se le caían—. Usted sabe, es una mañana cálida, y pienso que regresaré y me acostaré.

—Juan —dijo Maureen, mirando sus manos entrelazadas— estuvo algo maravilloso también, ¿no es cierto?

—Sí, querida. Tontamente maravilloso. Como lo estuvieron ambos. Y sin embargo —dijo Paula pensativamente—, así es como prefiero que sean. ¿Cómo sigue Juan ahora?

Maureen miró al cielo con avergonzado goce, antes de consultar su reloj de pulsera.

—En quince minutos más —dijo— voy a ir a la clínica del doctor MacPhail a ver a Juan. ¿No adoras al doctor MacPhail?

—¿Adorarlo? —repitió Paula maquinalmente—. Bueno, no. Es muy dije, por supuesto.

—Quiero decir —agregó Maureen rápidamente— que tiene una cabeza como un respetable César. ¿No pintaron los romanos sus bustos para hacerlos más reales?

—Claro —gruñó H. M. agriamente—, y un busto bien pintado ahora...

Maureen ni siquiera lo oyó.

—Quiero decir —continuó—, pintarles ojos azules, y mejillas sonrojadas, y un poco de pelo rubio. Ese es el doctor MacPhail, excepto que no tiene la chispa en los ojos o la competencia de su manera de tratar. No me permite ver a Juan demasiado a menudo. Dice que es contraproducente.

—¡Hum! —acordó Paula, aliviada.

—Y Juan no está realmente muy malherido —explicó Maureen—, excepto que no recibió atención para su herida en el pecho como hubiese sido necesario. El doctor MacPhail le echa toda la culpa a Sir Henry.

La cara de H. M. se puso de un color berenjena.

—¡Magnífico! —se dirigió a los presentes en general—. Ese es el cuerno de la gratitud derramándose sobre mi testa con flores y miel. Si todo sale bien, es suerte. Si todo sale mal, es culpa mía. Quémenme, por los pantalones de mi tía, ésa sí que es buena.

Ambas muchachas, remordiéndoles la conciencia, se volvieron hacia él. Por un momento horripilante, H. M. realmente temió que ambas revolotearían alrededor de él en público. Pero las miró fijamente, tan parecido a un león relamiéndose sobre su

trozo de carne, que ambas permanecieron en sus sillas.

—¿Quién ha hecho todo el trabajo en este caso, eh? —preguntó. Dejando a un lado su tongo churchilliano, abrió dramáticamente el lado de su abrigo, mostrando un bolsillo interior repleto de papeles—. ¿Saben? —agregó, cambiando de humor—. Al final de este mes habrá una cuenta por cables, enviados por mi, que volteará aún a Duroc. Aquí hay uno que recibí ayer y que me olvidé de mostrarle al coronel. Es acerca de la muchacha grande de Madrid.

—¿Qué muchacha grande de Madrid? —preguntó Paula con leve interés.

—Les estoy contando. Hubo una vez una... ¡No, maldición, me tendrán haciendo adivinanzas de nuevo! ¿Pero no pueden recordar una evidencia cuando la ven? Hubo una mujer grande y poderosa que trató de pescar el famoso cofre de hierro, oro puro, de las mismas manos de Cofre de Hierro.

—¡Sí! —asintió Maureen; el contenido de su libro de apuntes aún permanecía en su cabeza.

—Bueno, no lo tocó. Eso fué algún tiempo atrás. Cuando él estuvo a punto de disparar, dice que movió las caderas como una *danseuse*. Sólo que, en vez de moverlas hacia la izquierda, las movió hacia la derecha y recibió una bala ahí mismo. El asunto es que ahora jura que le vió la cara a Cofre de Hierro, sin confirmación de la policía de Madrid. Era calvo y tenía bigote.

—¿Calvo? ¿Bigote? —exclamaron juntas Maureen y Paula.

—Y aquí hay otro cable —continuó H. M. en su tono de mártir— sobre un policía que recibe todos los meses una cantidad de... ¡Bah! —refunfuñó, guardándose ambos cables—. ¿Qué saco yo con todo mi trabajo concentrado, eh?

—Pero, de acuerdo con los apuntes que hice —protestó Maureen—, Cofre de Hierro siempre usaba sombrero. ¿Cómo pudo saber la mujer española que era calvo?

Por contestación, H. M. se colocó el tongo y se enfurruñó.

—Mire, fámula mía. ¿No podría decir si tengo pelusa en la cebolla? Excepto, por supuesto...

De nuevo se enfurruñó y tomó una mirada astuta.

La voz de Paula era tan recatada que H. M. no vió la trampa.

—Pasando a otra cosa, ¿capturaron al tal Alí y sus cuatro cómplices?

—Sí, muñequita mía. ¡Oh!, excepto al que su marido volteó del naranjo más muerto que un congrio. ¿Saben? Ya entiendo este asunto del Mendoubia ahora. El Mendoubia, o como quieran llamarlo, es la Corte árabe. Si se pesca a un árabe, es interrogado por la policía ordinaria de Tánger. Pero si han acumulado bastante evidencia en su contra, es más que seguro que lo entregarán a la Corte de Mendoubia. El Mendoubia es sólo una Corte, como dijo esa pobre muchachita árabe anoche. Pero su cualidad de piedad es extraordinariamente forzada. Preferirían encararse con este tipo cuyo nombre no pronunciaré, porque estoy seguro de equivocarme; de todos modos, es el diablo.

Aquí el semblante de H. M. asumió una mirada grave y austera, como la de un

juez inglés evaluando el procedimiento judicial de otros países.

—Usted verá, muñequita, que temo enormemente que en el cercano futuro, quizás, va a haber mucho tiquismiquis en esta ciudad.

—Querido Sir Henry —murmuró Paula, poniendo los codos sobre la mesa y mirándolo en los ojos—. Cuénteme. Especialmente acerca de la pobre muchacha árabe.

H. M. movió negativamente la cabeza.

—Duroc dice que el Mendoubia está ansioso de entrevistar a un ladrón árabe que llaman el Padre de todo Mal. ¡Bien! La policía de Tánger lo ha visto y está lista para lanzarse sobre él. No me sorprendería si Duroc hiciera un negocito, un negocio honrado, sin embargo, con la cabeza del Mendoubia. En cambio de la entrega del Padre de todo Mal, les darían a Alí y su compañía una sentencia liviana. Por supuesto que a esa pobre muchacha inocente la dejarían en libertad inmediatamente, con la única condición de que no viera más a Alí. ¿Me sigue, muñequita?

—Definitivamente —dijo Paula.

Cambió miradas con Maureen.

—¡Hum! —dijo Paula pensativamente.

—¡En realidad, Sir Henry —estalló Maureen con toda su franqueza—, usted dijo que los cuentos de esas mujeres terribles eran sólo un montón de mentiras! ¡Y a su edad, también!

—Bu-eno, después de todo —sonrió Paula con criterio más amplio—, ¿por qué no?

—No sé de qué están hablando —tronó H. M., dándoles una mirada de espantada sorpresa que hubiera engañado a su propia madre. De nuevo se puso trágico—. Voy por el mundo tan bueno como el oro, tratando de ser una ampolleta grande en un mundo perverso. Pero si alguna vez hay el menor tiquismiquis, dicen: “Ahí va el viejo de nuevo”.

—¿Pero no lo es? Quiero decir..., ¿no es cierto? —preguntó Maureen con toda su seriedad.

—No. Soy un pobre viejo indefenso. Me guían a todas partes. Ni siquiera sé a dónde voy, y mucho menos dónde he estado. ¡Maldición, ni siquiera sé dónde estamos ahora! —Se paró a medias, estiró el cuello y fijó la vista—. ¿Dónde estamos, de todas maneras?

—Pero si ésta es la Plâce de France —dijo Paula.

—¿La... qué?

—Sí, ¿no lo sabía? Ese edificio presumido de allá es el consulado francés.

Una mirada de pura perversidad brilló en los ojos del que había dicho ser tan santo.

—¿Esta es la plaza —dijo H. M.— que nadie puede cruzar por ninguna circunstancia?

—Bueno... Nunca pensé mucho sobre el asunto hasta que usted empezó a pensar

en ello anoche. Pero es cierto.

—¡Hem! —dijo el hombronazo, asentándose el sombrero y abrochándose el abrigo—. Volveré en un momento.

Con su corpulencia marchando delante de él, y con una mirada de gran inocencia, se abrió paso entre las mesas para pararse a la orilla de la plaza. Ni un automóvil, ni una bicicleta siquiera se movía en la somnolienta calidez relumbrante de la Plâce de France.

Sobre la abrazadera metálica del cruce de peatones en el Boulevard Pasteur, un policía del tránsito dormitaba con un silbato en la boca. Dos hombres de negocios discutían su camino por la rue de Fez a la plaza. Una altiva niñera francesa empujaba un coche de bebé por la acera, pasado el consulado. Habiéndolo meditado, H. M. decidió que el curso mejor y más largo sería caminar diagonalmente hacia las puertas giratorias del Bar Cintra a lo lejos.

—¡Hem! —repitió. Y, a su señoril paso patizambo, con los brazos enganchados a sus lados, H. M. se adelantó y empezó a cruzar la Plâce de France.

Considerando el horror de esto, sólo se puede conjeturar que cualquier testigo estaría demasiado paralizado en vista de esta osadía para moverse.

El policía del tránsito, abriéndosele los ojos desmesuradamente, tenía el silbato en la boca, pero estaba petrificado, con la respiración atajada en la garganta. Saltándosele los ojos de horror, la altiva niñera francesa dejó que se le escapara el cochecito y tuvo que correr detrás de él. Un escribano algo borracho que venía saliendo del Bar Cintra, se tapó los ojos con ambas manos y se lanzó hacia adentro de nuevo.

Paula declaró después que H. M. habría llegado a casi la mitad del camino —estaba bastante cerca—, si no hubiera sido traicionado involuntariamente por el mozo del mismo café en que estaban. El mozo salió disparado por la puerta con una bandeja de tazas y vasos de café, y rompió el encanto cayéndose de bruces entre un sonajeo de loza y vasos quebrados, al ver el horrible espectáculo.

En seguida la catarata se le vino encima desde Lodore.

Si H. M. se hubiera imaginado que había oído demasiados silbatos policiales la noche en que intentaron coger a Collier en la rue Waller, hubiera abandonado la idea ahora. El ruido de los silbatos pareció ensordecir el cerebro. Emanando de la nada, los policías —por lo menos serían unos cincuenta— se lanzaron a través de la plaza y rodearon al culpable.

Gritaron, sonaron los silbatos, manotearon los brazos, o las tres cosas a la vez, entre un trueno de tres idiomas. A H. M. también se le vió gesticulando con los brazos, contestándoles a gritos en inglés y en francés. Es un hecho curioso que los dos hombres de negocios que venían por la rue de Fez se volvieron y echaron a correr en sentido contrario. H. M. ahora había sacado de un bolsillo un objeto azulado e indicaba su fotografía sin nombre. El tumulto decayó hasta el silencio absoluto, excepto por una voz profunda y señoril que habló en francés.

—Aquí, en verdad —entonó— tenemos al mismo viejo buen hombre.

Todos los policías dieron un paso hacia atrás y saludaron. Sonó un silbato. Inmediatamente se organizaron dos líneas en formación militar, con H. M. en el medio de la primera fila como el oficial, y marcharon derecho hacia el café de donde había partido.

No del todo disgustado, H. M. hizo un pequeño ¡hem!, y se volvió. Levantó la mano en saludo.

Cada hombre, con la palma hacia afuera y al unísono, saludó en respuesta.

Bien, vamos, gracias —dijo H. M., muy agradecido—. ¿A ustedes, muchachos, les gusta beber?

Hubieran llenado el café entero. Sonriendo, se excusaron en tres idiomas, porque estaban de servicio, y desaparecieron. H. M. se sentó en su antigua silla entre un estampido de aplausos de las mesas cercanas.

Paula, doblada de risa, no pudo hablar. Maureen estaba verdaderamente afligida.

—¿Qué es lo que era? —preguntó.

—Era una estafa, como todo lo demás. —H. M. hablaba ahora agriamente—. Ninguna ley de Carlomagno; ninguna sociedad secreta; ni siquiera un relámpago. ¡Pero mire hacia allá!

Extendió la mano, haciéndola girar lentamente en un círculo.

—Rue Ensenar, Boulevard Pasteur —dijo—, rue des..., me olvidé de ésa, rue de Fez, rue Belgique, rue du Statut. Cuando la marea de autos baja silbando de las calles de arriba, y aun salta hacia arriba por las calles de abajo, cruzar esa plaza es el camino más corto al cielo. ¡Cor, no lo puedo creer! Aun para los chóferes, me imagino que tendrán un furgón de auxilio y una ambulancia a la espera. ¿Pero por qué ahora? Quémenme, no hay ni siquiera un auto a la vista. No hay.

Hacia abajo, por la rue Belgique, venía disparado un Buick rosado como una motonave loca, rechinando al girar la pequeña curva para lanzarse al Boulevard Pasteur. El policía del tránsito, por pura casualidad, había decidido tocar el silbato y extender el bastón para detener el tránsito.

Cómo hizo el Buick para no lanzar al policía a la máquina de palomitas de maíz a unos quince pies de distancia es un milagro sólo conocido por el Creador. Rechinaron los frenos; casi podía esperarse que se parara en las ruedas de atrás; pero se detuvo. Por una ventana aparecieron el enorme sombrero y los copiosos *mustachios* de un italiano muy gordo.

—*Scusa* —suspiró el chófer, en el idioma fluido de Dante.

El policía, sin perturbarse, miró lenta y cuidadosamente alrededor de la gran plaza, donde ni un perro se movía. Tocó su silbato y señaló al Buick rosado que prosiguiera; éste se lanzó instantáneamente en primera y salió disparado como una motonave por el Boulevard Pasteur.

H. M. golpeó con los puños sobre la mesa.

—¡Son todos locos, le digo! —insistió—. Ya lo sabía antes; ahora lo puedo

comprobar. ¿Por qué estaré preocupándome por Carlomagno y relámpagos, cuando hay verdadero trabajo que hacer? Por ejemplo, ahora. Ayer, en mi noble disfraz, me llevaron en bote por la bahía...

La curiosidad de Maureen se había vuelto frenética.

—Esa es la segunda vez que lo oigo mencionar que salió en bote por la bahía —protestó—. ¿Qué es lo que significa?

—¡Oh! —dijo H. M., y cerró un ojo.

—Es usted, sin duda —murmuró Paula con voz distraída—, el hombre más exasperante que jamás he conocido. La muchacha árabe lo va a envenenar, Maureen; acuérdense de mis palabras. —Pero Paula no pudo mantener su distanciamiento—. No hay nada en la bahía —agregó—, excepto un pequeño barco de carga y pasajeros; el “Valencia”, creo. Bill y yo lo vimos desde la torre del té de menta antenoche. Y el próximo barco desde Gib no está por llegar hasta...

—¡Espere un momentito! —la calmó H. M.—. Lo que tiene que entender...

En ese momento, una mujer pesada y de cuerpo grueso, en brillante traje negro, con la cara bañada en polvos, máscara y lápiz labial como papel para cazar moscas, se sentó en la orilla de la silla de H. M.; trató, mediante un movimiento de su parte posterior, de hacerse lugar y le gritó ensordecedoramente en el oído.

—¡Ja, ja, ja! —chilló con timidez Ilone Scherbastky—. ¡Uzted debe zer el gran borracho! Pero uzted ez un noble anglez y yo dezero hablar con uzted.

Hay ocasiones que no pueden ser glosadas por el cronista, en que la conducta de Sir Henry Merrivale no puede considerarse menos que deplorable. Para ciertas damas, aun cuando en forma algo inapropiada, puede ser la galantería en persona. Para otras, a quienes considera poco femeninas, su conducta no puede nunca lamentarse demasiado.

Por lo tanto, levantándose un poco, H. M. balanceó su enorme parte posterior un poco hacia la derecha para tomar vuelo y en seguida la lanzó hacia la izquierda como un ariete. Cogió a Ilone Scherbatsky por la cadera y la envió volando de la silla a caer sentada al lado de la mesa.

Aquí H. M. agachó sus anteojos indignado.

—Uzted ez en realidad la molestia en perzona —dijo él con claridad—. Pero uzted no ez la condesa r-r-rusa, y quémenme si dezero hablar con uzted. Ahora retire su anzuelo.

Ilone, que siempre había sido tratada con gran deferencia, principalmente por su dinero, estaba tan sorprendida e irritada, que permaneció donde había caído. Hoy usaba un sombrero negro con la figura de un enorme loro blanco, de cuyo pico rojo colgaba una pequeña campanita que tintineaba con cada onda de agitación.

—Mark —dijo con voz ahogada—. ¡Tú me levantarás de aquí! También tú me traerás una silla.

Nadie la había visto aproximarse a ella, o a Hammond. Este, en un terno café muy conservador, y sombrero café, no estaba ahora rodeado por un aura de *gin*. Su boca

fastidiada parecía inflexible. Con otro tirón poderoso de sus hombros delgados puso a Ilone de pie.

—Me temo —dijo— que todas las sillas estén ocupadas.

—Entonces tráeme una de éstas..., éstas... —Su mirada despreciativa giró a su alrededor.

—Algún día, Ilone —dijo Hammond cortésmente—, tu fama de buen genio desaparecerá también y entonces nadie te va a tolerar.

Pero Ilone no había oído nada. Observando repentinamente a Paula y Maureen, gritó de nuevo y se lanzó sobre ambas para darles un pegajoso beso pintado.

—No, querida —dijo Paula con una voz peligrosamente suave.

Debemos repetir que Ilone Scherbatsky no era ninguna tonta. Se detuvo, asombrada. No sabía que la tranquila Paula, que sólo hablaba cosas agradables acerca de ella, había oído de Bill, por intermedio del coronel Duroc y por intermedio de H. M., ciertas palabras que había dicho ayer en la sastrería.

Aquí Paula movió los brazos y hombros en una forma que electrizó a varios hombres en la acera. Su imitación de Ilone era casi perfecta.

—¡Ah, ezte Bill! —gritó Paula, gesticulando—. Él es angléz. Él no es *amoureux*. Cuando me enseña a disparar el revólver, él no me susurra frases bonitas; él no me toca aquí, ni aquí, ni aquí. —Volvió la voz normal de Paula—. Y al tiro al blanco, además. Santo cielo, ¿quién lo haría? ¿Por qué no al escalar montañas?

—*Assez, assez!* —gritó Ilone, extendiendo una mano trágicamente—. Yo la perdono. *Hélas!* Yo siempre perdono a todos. Eza ez mi debilidad. Además, usted es angleza y todos los anglezes son fríos.

—¿Lo cree, en realidad? —preguntó Paula dulcemente, con una mueca curiosa en los labios. Entonces su tono cambió de nuevo—. ¡Ah, *un français! Quel amant!* ¡Siempre él busca a las mujeres entre zuz amiztades! Él no va a los clubes ni se embriaga, ¡no! Él no se siente cómodo con su propio sexo... ¡Si yo tuviera un marido que nunca deseara ir a su club a embriagarse con sus amigos hombres —estalló Paula, que era inglesa de corazón—, sabría lo que valía! ¿Qué es lo que sabe usted del verdadero amor, so vieja arpía?

—¡La perdono! —repitió Ilone—. Eza ez mi debilidad. Yo soy r-ru-us... —Aquí se detuvo, recordando algo, y miró al enfurruñado H. M.—. ¡Ezte gran borracho me ha dicho que no lo soy! Yo le pregunto: ¿po' qué?

Tratando de hacerla callar, Hammond le dió una mirada furiosa a Ilone. Pero ambos miraron a H. M. en forma rara, como si tuvieran una vaga idea de que lo habían visto antes en alguna parte. No reconocieron al olvidado hombre santo Hassan-el-Mulik.

—¡He sido insultada! —insistió Ilone—. ¿Po' qué dijo uzted ezo?

—Señora —gruñó H. M.—, su acento es tan poligloto y generalmente tan enredado, que es difícil decir de dónde vino originariamente.

—Yo zoy la condesa Scherbatsky, esposa del conde Scherbatsky.

—Bueno, quizás lo sea —dijo H. M.—. Pero en una novela muy insulsa de un escritor muy insulso llamado Tolstoi, titulada “Ana Karenina”, hay una viejuca muy aristocrática llamada “princesa Scherbatsky”. Quizás el autor la inventó; quizás su marido colocó su nacimiento en una buena línea de ascendencia. O quizás Mark Twain abrió la Nobleza de Burke y encontró al duque de Bilgewater. ¿Le gustaría hacer una apuestita?

Ilone, pálida y muda, ni siquiera hizo un gesto.

—Lo sabía —murmuró Paula—. Le dije a Bill que el título era falso.

—Durante muchos años —comentó Hammond sombríamente— me he preguntado cuándo alguien se iba a dar cuenta de eso. Aunque no estoy de acuerdo con su pobre opinión acerca de Tolstoi. —Miró hacia Ilone—. Temo que la dama no esté en uno de sus humores más maleables. ¿Te consigo un taxímetro, Ilone?

Ilone no le puso la menor atención. Bailaba sobre ambos pies en la acera al compás de la campanita de su sombrero, mientras adelantaba su cara amenazante hacia H. M.

—¡Tengo que saber lo que sucede! —chilló—. Debo estar *au fait, vous avez compris?*, si no morir. Sí, me moriría. ¡Aquí! Sólo sé —para no dejar dudas debe recordarse que no se puede encender un fósforo en Tánger sin que alguien lo sepa— que eze Bill Bentley dejó fuera de combate en la primera vuelta a Collier, y que después acibillaron a Collier de balas. —Adelantó su cara hacia la de H. M.—. Ahora dígame a mí: ¿qué más hay que saber?

—Señora —dijo H. M. con su cara indescriptible casi frente a la cara de ella—. No se lo diría aunque se muriera en la acera. Ahí hay un lugar bastante agradable —dijo esperanzado.

—¿No? —gritó Ilone, irguiéndose y echándose hacia atrás dramáticamente—. ¡Entonces yo le digo lo que usted no sabe! ¡Sí! Hay un rumor que recorre las calles de Tánger. ¡Cofre de Hierro, este criminal, es en realidad una mujer!

—¿Qué diablos...? —empezó Maureen, con sus ojos verdes abiertos de par en par. Pero Paula, con su buen humor ya restablecido, sólo se rió y la hizo callar.

—¡Una mujer! —chilló Ilone, e hizo su gran gesto dramático.

Saltando hacia un lado en el camino, lanzando un brazo al aire como la Estatua de la Libertad, y gritando: “Taxi”, Ilone casi fué atropellada por un taxímetro Citroën que se abalanzó derecho hacia ella y casi la alcanzó. Al mismo tiempo sintieron el crujir y el chillar de un *jeep* que venía a toda velocidad por la rue Belgique; lo observaron mientras se sumió por una esquina.

Ilone saltó dentro del taxi. Sólo por unas pulgadas el *jeep* evitó estrellarse contra la parte trasera del Citroën, que se abalanzó por la rue du Statut. Sin embargo, persistió la impresión general de que el *jeep* tenía la intención de entrar en el café, hasta que con una vuelta magnificarse detuvo a un lado de la acera. Hammond se fué en otra dirección en busca de *gin*.

Del *jeep*, pavoneándose majestuosamente y con el chófer detrás de él, salió el

coronel Duroc.

No habló, aunque su ojo indicaba que podría hacerlos colgar a todos en cualquier momento. Acercándose a la mesa de Sir Henry Merrivale, le murmuró al oído.

—¡Basta! —dijo—. Ahora almorzaremos y conferenciaremos. Usted murmura. Usted hace gestos negativos. Usted insinúa. Pero esta noche, pregunto yo: ¿qué va a suceder?

Repentinamente H. M. le agachó la cabeza al coronel para que nadie oyera su murmullo de respuesta.

—Quizá no mucho —dijo—. Pero Cofre de Hierro, el verdadero Cofre de Hierro en persona, va a intentar asaltar a Bernstein y Compañía esta noche.

En ese momento, tanto Paula como Maureen dieron sus disculpas y se retiraron. H. M. y el coronel se trasladaron al restaurante Ciro en la rue Raphael, a un almuerzo que duró más de cuatro horas.

Y en seguida las sombras se alargaron por la Vieja Montaña, sobre un río antiguo y medio seco; por encima y por debajo de picachos de villas franco-españolas y luego se tornaron grises azuladas, aun bajo las lámparas de Tánger.

En su conferencia a la hora de almuerzo, H. M. le había detallado exactamente la mitad —nada más— del plan que tenía en mente. Con la determinación de ser el Viejo Maestro aunque se ahorcara, tenía la intención de ejecutar el resto él mismo. Sólo dos preguntas, repetidas constantemente, seguían en la discusión.

—¿Entonces usted jura que esto va a suceder? —preguntó Duroc, tamborileando sobre la mesa.

—¡No, no, no! Nadie puede hacer eso. Puede ser esta noche, puede ser mañana, o una semana después del Domingo de Ramos. Todo lo que hago es apostarle al carácter de Cofre de Hierro esta noche. ¿Qué es lo que le preocupa?

Duroc, con las tupidas cejas cubriéndole los ojos penetrantemente azules, parecía sospechar.

—Le digo con franqueza —dijo—. Temo el tiquismiquis.

—¿Qué quiere decir, el...? ¡Oh, ya veo! —H. M. frunció el entrecejo—. ¿Sabe, coronel? Honradamente, usted habla muy buen inglés.

—*Un petit peu, peu-être* —contestó el agradecido coronel, volviendo hacia afuera la muñeca en señal de desaprobación—. He estado tanto con el ejército británico como con el belga. Lo mejor que sé del inglés es demasiado indecente para hablarlo. Pero también he leído sus grandes poetas, Ben Shakespeare y los demás.

—Lo que quiero decir —insistió el puritano H. M.— es que últimamente ha estado usando unas terribles frases inglesas, y, maldición —agregó, totalmente extrañado—, no puedo saber de dónde las saca.

—¿Usted no sabe? —preguntó el asombrado coronel—. Bueno, no importa entonces. Pero, repito: he oído mucho del jefe de inspectores Masters. Siempre usted trata de hacerlo lesa. Me pregunto: ¿intentará hacerme lesa a mí también? ¿Caín y Abel?

—Mire —dijo H. M.—. Cuando usted y su gente asaltaron cierto bloque de departamentos en 40-bis Marshan anoche, ¿consiguieron un sombrero lleno de diamantes o no? ¡Sí! ¿Dejaron sus polizontes a Collier más muerto que un clavo? ¡Sí! ¿Y —H. M. tomó una cantidad de periódicos de la mesa más cercana— están o no describiéndolo a usted como a un detective como Lecoq y Rouletabille y Arsène Lupin, todos en uno? Vamos, honradamente, ¿lo haría leso yo?

—Bueno —desaprobó el otro, hinchándosele el pecho de todos modos—. ¡Vamos! Cuando usted me dijo lo de los trucos del desaparecimiento y yo mismo deduje quién era el criminal... ¡Pare! ¡Basta! Trataremos su plan.

Así habían salido del restaurante, el coronel Duroc en su *jeep*, para echar a andar los alambres, y H. M. (extrañamente) a pie, en otra de sus misteriosas diligencias a la Casbah y a otra parte. Así se juntaron las sombras, tomando más fuerza, de la Montaña Vieja, volviéndose azules grisáceas y luego moradas y negras.

Las luces eléctricas del Pueblo Nuevo se encendieron y brillaron más intensamente; las lámparas del Pueblo Viejo, algunas eléctricas, otras a vela, se arrastraban hacia afuera y hacia arriba por el cerro serpenteante. Tras cortinas discretas, las ruedas ruleteras se prepararon a zumbir y las cartas a barajarse suavemente desde la casilla. El homicidio se preparaba en la Plâce de France.

Pero no fué sino hasta un poco pasadas las diez —habían acordado, una hora más tarde para la aparición de Cofre de Hierro— cuando Sir Henry Merrivale caminó torpemente por la rue du Statut desde la Plâce de France.

Aunque H. M. no tenía lo que se puede llamar nervios, estaba haciendo un juego peligroso y lo sabía. Una o dos veces se gruñó a sí mismo. Pasó la lomita del medio de la calle descendente, todas las fachadas blancas con letras doradas separadas, con el Hotel Minzeh ahora a su derecha y la propiedad de los señores Cook a su izquierda.

No cambió de paso, sobre la acera a mano izquierda, hasta que se aproximó a la escena de su primera aventura. Estando ahora al revés las direcciones, tenía la rue du Midi a su izquierda, con el banco en la esquina; a su derecha, la escalinata y pendiente hacia la rue Waller. En la esquina había una débil lámpara callejera, intensificándose las sombras más allá.

Con su curioso modo de andar de ánade, cruzó la rue du Midi, presintiendo a dos acechadores en la puerta al otro lado. A su izquierda, más allá de las dos puertas, vió el callejón ahora oscuro al lado de Bernstein y Cía. A lo largo de las dos grandes ventanas delanteras de la joyería, las rejas metálicas estaban cerradas y con llave, como descubrió H. M. torciendo el candado.

Se deslizó sólo unos pocos pies más adelante, mirando a través de la ventana negra y polvorienta sobre la cual resaltaban las letras esmaltadas: “Louisa Bonomi: Máscaras y Disfraces”, en dos idiomas.

Sólo rostros grotescos lo miraron en la cara y le pasaron por la mente. Vistas a corta distancia, unas máscaras formando un semicírculo colgaban en el interior de la

ventana. Eran de *papier-mâché* o de goma, pintadas o sin pintar, todas con ojos en blanco y a veces con la boca abierta. Largos rizos de pelo colgaban entre ellas. Justo detrás de ellas estaban la figura de un policía y la figura de un diablo moro.

Estirando la mano para asegurarse de que la puerta estaba cerrada con llave, como debería estar, H. M. se volvió y dió varios pasos hacia la joyería. Era una figura confusa en su traje negro y tongo. Otra figura oscura, en traje de civil, baja y gruesa, apareció a su lado.

—Ya lo tengo, viejo bromista —se rió familiarmente el comandante en ejercicio Pérez, hablando en francés—. ¡Ssst!, ¿todo va bien?

—Todo va bien, asesino mío —asintió H. M.

—Ahora dígame —murmuró Pérez, indicando el otro lado de la calle—; ¿es ése en realidad un hombre suyo, como dice?

H. M. lo había visto, pero no había querido fijarse en él. Recostado sobre la muralla en una especie de acera muy angosta, más allá de una tienda cerrada, había una figura delgada de aspecto salvaje, con la posible intención de semejarse a un español visto en la mente apesadillada de Hollywood. En sus manos, con dedos largos y poderosos, tenía una guitarra. Usaba un gran sombrero, y sus piernas estaban envueltas por pantalones ajustados, rojos y con botones de perla.

—Está quieto ahora —continuó Pérez—. Pero hace media hora que chilla horrorosamente tratando de cantar, y es el asesino elemental de la guitarra. ¿Quién es?

Como parte de la respuesta, el hombre alto y delgado pasó sus manos por sobre las cuerdas. Enseguida salió la voz, firmé, aunque carrasposa y melancólica, la voz de aquel que no ha visto su patria desde hace veinticinco años.

Llévame de vuelta a la querida y vieja ciudad,
ponme en el tren para Londres...

—No tan fuerte —le advirtió a través de la calle H. M. La voz decayó a un gruñido melancólico.

—Conocía al tipo —continuó en francés H. M.—. Lo encontré aquí en un bar. Fué en su tiempo el velocista más rápido del Kensington Light Infantry Territorials.

—¡Ah, mi viejo zorro! —se rió Pérez—. Bien.

—Seguro, mi chanco verde —le aseguró H. M.—. Me di cuenta ahora de lo que pensaba usted. Cuando el ya fallecido Collier trató de asaltar, esta misma joyería, en la muralla opuesta estaba sentado un italiano gordo tocando una guitarra. Usted se preguntó si al cantar y tocar fuerte no estaría ocultando el ruido de un taladro eléctrico.

—Por algo es —gruñó Pérez— que lo llaman a usted el viejo buen hombre.

—Sin embargo, hay que recordar —dijo H. M.— que cuando sonó la alarma contra ladrones, el italiano dejó caer su guitarra, rompiéndola. No, mi coliflor.

Ningún cómplice habría estado tan sorprendido como para hasta botar su guitarra. Ese hombre era lo que pretendía ser. El hombre mío al otro lado de la calle está ahí para observar y estar listo para correr. ¿Dónde está el coronel ahora?

—Por aquí —murmuró Pérez, y se volvieron al callejón oscuro.

—El suyo fué un buen consejo —continuó Pérez—. Hay dos de nuestros mejores hombres al otro lado de la calle. El sargento García y yo estamos atrás en el callejón. El coronel está dentro de la oficina de la caja de seguros, con el sargento Bonfleur. Hay menos vigilantes, pero mejor colocados, como dijo usted una vez. ¡Bien!

Pérez golpeó, con dos golpes largos y dos cortos, al lado de la puerta de Bernstein y Cía.

Es un hecho verídico que una gota de sudor le corrió por dentro del tongo a H. M. y luego le goteó por la cara.

Ya sabía que lo que había esperado iba a suceder, y que sucedería dentro de unos pocos minutos. No debería desperdiciar demasiado tiempo, aún...

—Entre —dijo en francés el coronel Duroc. H. M. entró torpemente, mientras el comandante en ejercicio seguía su camino hacia el fondo del callejón.

H. M. cerró la sólida puerta. No estaba aún oscuro, y podía distinguir débilmente las figuras del coronel Duroc y de otro hombre.

—¡Cielos! —juró el coronel—, esta vez sí que no le veo escapada a Cofre de Hierro. ¡Mire allá!

La luz de la linterna cubierta con papel celofán se movió a través de la pieza y por la superficie intacta e intocable de la caja de seguros. H. M. se paró con la espalda a la puerta, que comúnmente estaba asegurada con un cerrojo, una tranca y una llave. H. M. golpeó suavemente sobre la puerta.

—¿Dejan esta puerta sin llave? —preguntó.

—¡Por supuesto! —farfulló el coronel. Sin hacer ruido y con las tácticas de mago que hemos relatado, antes, H. M. sacó la llave de la puerta y la empuñó en su mano derecha. Enseguida empezó a abrir la puerta suavemente.

—¿Adónde va? —preguntó el alarmado y sorprendido coronel.

—¡Ssst! Voy a dar un pequeño paseo. Tendré cuidado.

—¡Asegúrese! —siseó Duroc—. Los diamantes del sultán, sin estar asegurados, están en la caja de seguridad como anzuelo. Si Cofre de Hierro se arrastra hacia la oficina de la caja de seguridad, si algo no funciona bien, estamos armados hasta los dientes y disparemos.

Otra gota de transpiración se deslizó por el sombrero de H. M. Ya muy luego, pero muy luego...

Deslizándose de la puerta, H. M. la cerró y por un momento se paró distraídamente con la espalda hacia ella. Desde el fondo del callejón, por supuesto, Pérez y García podían ver débilmente su silueta contra la débil luz de la calle. Con las manos detrás de la espalda, la mano derecha de H. M. deslizó la llave en la cerradura desde afuera. Sin hacer ruido aún al volver la llave, cerró la puerta desde afuera y se

colocó la llave en el bolsillo.

Sigilosamente se acercó a la boca del callejón, dió vuelta hacia la izquierda, y empezó a deslizarse de vuelta por la rue du Statut con una mano sobre la reja metálica al frente de la joyería. Todo estaba silencioso, excepto por el ruido y el movimiento del Gran Socco al final de la calle.

No faltaban minutos ahora. ¿Cuántos segundos?

Al otro lado de la calle, la voz y la guitarra del *cockney*^[3] disfrazado cantaban melancólicamente una antigua canción:

We are Fred Karno's army,
The ragtime in-fan-tree,
We cannot fight, we cannot march,
What goddam use are we?

Entonces sucedió.

A una distancia considerable, pero semejando estar más cerca, y desde la bahía, una llama amplia de luz amarilla blanquizca saltó por encima de Tánger. El inmenso estallido de la explosión, al reventarse en mil pedazos el barquito de carga y pasajeros "Valencia", sin un alma a bordo, aturdió aún a aquellos que estaban acostumbrados a los altos explosivos de sus tiempos.

Sir Henry Merrivale lanzó su brazo hacia su confederado al otro lado de la calle. El *cockney*, gritando en un fluido español que recién había visto a un hombre con un cofre de hierro corriendo desde el Gran Socco, corrió él mismo hacia abajo. Emociones espeluznantes sucedieron con demasiada rapidez. Desde una puerta se lanzaron dos hombres, abalanzándose detrás del *cockney*. Del callejón salieron Pérez y García, también a toda carrera, en la misma dirección equivocada.

H. M., ya en la tienda de máscaras y disfraces, sacó otra llave y la puso en la cerradura. Esta llave duplicada la había cortado de un molde sacado el día antes con un pedacito de jabón, secretamente, mientras él y la señora Bonomi discutían su disfraz de Hassan-el-Mulik.

Girando la llave, la puerta se abrió crujiendo levemente, y H. M. la cerró detrás de él. La tienda, con un pequeño resplandor que mostraba las máscaras blancas y horrorosas, estaba llena de un humo que tenía un sabor amargo, humo proveniente de una explosión más pequeña, que había sido cubierta por la primera. Dentro de la humareda brillaba una linterna eléctrica.

—¡Basta ya, Cofre de Hierro! —exclamó H. M.—. Ahora salga de detrás de ese humo. ¡Apúrese!

La linterna pestañeó.

—Yo me temía esto —dijo una voz familiar.

Y, zambulléndose a través del humo, tosiendo, pero con las manos en alto y con el ojo izquierdo todavía machucado, se irguió la figura de Bill Bentley.

Durante un momento se miraron, mientras Bill dirigía la luz al piso.

—¿Qué es lo que le pasa a usted? —preguntó, estirando las manos como para que le pusieran esposas.

—Bueno, ¿qué es lo que le pasa a usted? —dijo H. M. en una especie de gruñido, sordo—. No estoy aquí para arrestarlo ni capturarlo. Estoy aquí para sacarlo fuera de Tánger, a un lugar seguro para siempre. Si, si, no me diga; su esposa no sabía ni una sola cosa de su carrera como Cofre de Hierro; pero se lo conté y lo adora por haberlo hecho. El avión especial está listo para ustedes dos. Ahora sígame, ¡y corra como diablo!

CAPÍTULO XIX

Dos días después, a las diez de la mañana, un toldo era corrido sobre las rojas baldosas y la balaustrada de mármol de la terraza fuera de la casa del coronel Duroc en la Vieja Montaña...

Protegía a los de la terraza de un blanco y quemante sol, poco común tan temprano en el año. Su solo ocupante, por el momento, era el coronel Duroc, de uniforme, sin gorro, paseando de un lado a otro con pequeños y aparatosos pasos.

Es lamentable que el coronel, verdaderamente un hombre de buen corazón, tuviera tan a menudo que aparecer en esta crónica en un estado de ira falta de sentido. Pero los hechos no pueden ser falseados, y, después de todo, había estado midiéndose con H. M. Cada pelito blanco sobre su cabeza parecía vibrar como un alambre conectado con la silla eléctrica. Y aunque su cara no estaba púrpura, estaba lo bastante cerca.

Deteniendo su marcha, giró otra vez hacia la puerta del frente y por tercera vez gritó a la *fat'ma*, cuyas acolchonadas zapatillas la trajeron a la puerta.

—¡Este vampiro! —rugió el coronel. Entonces con mucha dignidad se aseguró—. Tú no debiste hablar así delante de los sirvientes, especialmente los sirvientes árabes. ¿No ha despertado Sir Henry Merrivale todavía?

La *fat'ma* le dió una mirada de reproche.

—El buen hombre —corrigió— todavía duerme en saludable sueño.

El coronel Duroc puso sus manos sobre los ojos.

—Ahora escúchame con atención —continuó en árabe—, y esta vez lo juro por Alá. Si este buen hombre no está presente, aquí en este balcón, dentro de diez minutos por reloj, yo te estrangularé con mis propias manos.

El coronel ojeó a su alrededor. Contra la muralla trasera había un columpio largo, con un acolchado a rayas verdes y blancas, colgado de un marco de metal y con un pequeño toldo propio. Junto a él estaba la mesa de mimbre.

—Puede tomar su desayuno allí —añadió el coronel—. Si hubiéramos tenido en casa cualquiera cantidad de arsénico u otro veneno suficientemente doloroso, se lo habría desparramado liberalmente sobre sus comidas.

Aunque la *fat'ma* le dió otra mirada de reproche al moverse, es un hecho que dentro de diez minutos el murciélago aludido estaba en el balcón.

Sir Henry Merrivale, recién afeitado, tenía una mirada de serenidad pura en su cara. Todavía llevaba sus pantuflas, pijama y bata, los dos últimos de una mezcla de colores tan horrorosa, que Duroc no pudo decidir cuál era peor.⁵

—Días, coronel —dijo serenamente H. M. Infló su pecho y se golpeó con los

puños en él.

El coronel Duroc deliberadamente le dió la espalda y cruzó los brazos.

La *fat'ma* sacó el carrito del té, lleno con un desayuno de dos huevos duros, enormes tajadas de jamón, junto con esas salchichas rojas que parecían venir del cielo en vez de Italia, tostadas bien enmantequilladas, una gran cafetera de plata con un lechero y todos los accesorios.

Señalándole a H. M. que debía sentarse a la mesa, lo que éste hizo, su colación fué colocada pieza por pieza en la mesa, sobre un suave mantel de lino.

—Gracias, señora —dijo H. M.—. Esto en realidad es hermoso, lo es.

La *fát'ma*, mostrando todas las tapaduras de oro en una sonrisa, se inclinó reverente al retroceder. Con inmensa satisfacción, H. M. cogió la cafetera en una mano y el lechero en otra y los vació ambos. Luego, después de un largo sorbo de café, dejó la taza.

—Espléndido tiempo tenemos —aventuró.

El coronel, de espaldas hacia él, no hizo comentario.

—Yo digo, coronel —observó H. M., medianamente aburrido—, que de alguna manera siento una marcada sensación de frescura en la atmósfera. ¿Qué he hecho?

Duroc, completamente tambaleante, se retorció sobre sí y se dejó ir en inglés.

—¿Que qué es lo que ha hecho? —demandó, como si su pregunta le hubiera sido hecha por el antiguo Latouche o el más moderno Jack el Destripador.

—¡Hum! Eso es cierto.

—¡Villano! ¡Serpiente! ¡Traidor! —comenzó Duroc en el mejor de los estilos de la Cámara de Diputados. Pero otra vez se recobró al estado de dignidad—. Todo está muy bien. Yo se lo digo. A este Bill Bentley, a este Cofre de Hierro, y también a su pobre e inocente mujer, que lamentaría esto hasta lo más amargo de sus últimos días, les ha arreglado la escapada a un país en el África Oriental en el cual no hay extradición por ningún país. ¡Y este Bentley de aspecto tan inocente es un impostor y un ladrón y un asesino!

H. M. levantó un cuchillo y limpiamente decapitó la parte de arriba de un huevo duro.

—Bien... Ahora —dijo él—, dígame, coronel: ¿justamente cuántos asesinatos ha cometido Bentley?

Hubo un silencio.

El coronel abrió la boca, pero la cerró otra vez. Miró hacia una de las sillas de mimbre donde estaban apilados sus gruesos documentos.

—¿Puede pensar en alguno, hijo? —preguntó H. M.

Pero Duroc disparó su índice.

—Actualmente, no. El policía de Bruselas, comprendido, no murió. Ni siquiera está demente, desde que sólo tiene una pequeña pérdida de la memoria, causada por el disparo. ¿Pero hecho con qué intención, so perro zorrero? Le hizo fuego casi recto a la frente, ¿eh? —se burló el coronel—. ¿Está bien eso, eh? ¿Y por qué él hace eso?

—Porque —contestó H. M.— por primera y única vez en su vida, en Bruselas, el 5 de mayo de 1949, él perdió completamente la cabeza. Usted sabe por qué. Pero ello casi volvió loco a Bentley. Ha estado meditando sobre esto desde entonces.

—El siente esto, ¿verdad? ¡Bah! Le presento...

—Párese un momento —murmuró H. M., rebuscando en los bolsillos de su bata—. Me olvidé de mostrarle este cable de Bruselas...

—¿Qué cable? —preguntó el coronel.

—Bueno, era de la policía de Bruselas. Desde tres semanas después que fué herido, Emil Laurant, el policía, ha estado recibiendo una pensión. Se le paga mensualmente, a través de tantos bancos, que la policía o no quiere o no puede averiguar...

—¿Qué significa esto?

—Se lo estoy diciendo. La pensión de éste policía es igual al sueldo del comisario de policía en Bruselas. Si no me cree, le puedo mostrar el cable.

El coronel Duroc sacó un pañuelo de su manga, se secó la frente y retornó el pañuelo a su lugar.

—¡Pero ahora lo tengo, so viejo *farceur!* —gritó—. Había una mujer grande en Madrid. Ella lo había tratado de atrapar, y Bentley o Cofre de Hierro intencionalmente le disparó a la cadera...

—No; de acuerdo con su propio testimonio, no —dijo H. M.—. ¡Por el amor de Dios! Me olvidé mostrarle...

—¿No será otro cable? ¡No, no, no!

—Pero sí lo es. De la policía de Madrid. Está en el bolsillo de mi abrigo. La misma mujer dice que ladeó la cadera para el lado equivocado, cuando la pudo haber ladeado para el otro. Y Bentley, un tirador A-1, que estaba tratando de errarle, como lo hacia siempre, no pudo evitar que ella se ladeara justo hacia el camino de la bala cuando ya era demasiado tarde.

El coronel Duroc parecía estar aturdido.

—Me parece —dijo— que usted defendería a este hombre al mismo tiempo que lo ayudaría. Muy bien; no es asesino. ¿Pero puede negar que es un ladrón y un ladrón perverso?

H. M. lo consideró por un momento, ya con su desayuno olvidado.

—¿Sabe, coronel? Usted puede sacar deducciones bastante bien sobre hechos factibles. Pero no puede ver los motivos, o entender a los seres humanos sencillos, y comunes y corrientes.

—Entonces le ruego me explique.

—Bill Bentley —continuó pensativamente H. M.— era el único criminal realmente deportista, si se le puede llamar criminal...

—*Quoi?*

—... que jamás haya conocido en mi vida. Por eso es que Álvarez y él se entendían tan bien. Si le hubiera visto la cara cuando lo trató de deportista justo antes

de la pelea con Collier... No importa, usted no estaba allí. Pero, veamos ahora: ¿a quién le robó Bentley?

—¿A quién le robó?

—Usted mismo me dijo —continuó H. M.— que jamás asaltó una casa particular. En otras palabras, jamás tomó un centavo de nadie que pudiera ser afectado por haberlo perdido. ¿A quién asaltaba? Sólo a grandes firmas joyeras o pequeños y ricos bancos, los cuales, ¿ve usted?, estaban protegidos por firmas aseguradoras. ¿Pensó en eso alguna vez?

—¡Pero, sea quien fuere el afectado, es contra la ley!

—¡Oh, absolutamente! —asintió H. M., recostándose flojamente en el columpio. De nuevo esa expresión de serenidad se esparció sobre su rostro—. Es contra la ley. Es chocante. A las grandes compañías jamás se les debería robar así, ¿no es cierto? Y, sin embargo, como soy un viejo pecador, eso no me corta la sangre. Es demasiado semejante a como si se les ganara a los carreristas o a los impuestos. Todos los cuales son juegos justos.

Hubo un silencio, mientras la voz de H. M. parecía engruesar.

—¿Y ahora —dijo—, quiere oír la razón humana, verdadera y real por qué yo quería que se escapara el joven Bentley?

—Sí —gruñó el coronel, volviendo a tornarse morada su cara—. Si puede.

Después de lo cual, lástima es contarlo, el genio de H. M. estalló y se despedazó en mil pedazos. Se levantó entre un chillido de loza.

—¡Era porque les tenía simpatía a los dos! —tronó—. Eso es todo, y eso es suficiente. Especialmente me gustaba esa chiquillita Paula. Usted habla de pesares y días de agonías. ¡Cor! Antes de romperle el corazón a esa chica arrestándole a su marido, habría dado vuelta el gobierno del infierno y, habría sacado a patadas a Satanás de su trono humeante. No me venga a mí con leseras moralistas, no me alcanzan. No trate de engañarme con “ley” o “justicia”. Los dos sabemos que no existen, si no salimos a buscarlas por nuestra misma cuenta. No; haga con eso lo que quiera, ¡pero no lo olvide!

El coronel Duroc se humedeció los labios. Varios cambios de colores se habían sucedido sobre su rostro al hablar H. M.

—Usted quebraría cualquier ley —murmuró lentamente— por la amistad...

Su voz se desvaneció. Le volvió la espalda y caminó hacia la balaustrada, donde se paró a mirar hacia abajo a Tángier. A su lado había una urna de mármol de la cual brotaban flores moradas oscuras. El coronel Duroc tomó un pedacito de flor y lo restregó. Miró de soslayo hacia la ninfa de mármol.

H. M., cuyo genio ya se había apagado y que tenía un aspecto algo avergonzado, habló de todos modos.

—Usted habría hecho lo mismo, coronel —dijo quietamente—, si hubiera conocido el carácter de la gente. Además, por lo que adivino de su vida, lo ha hecho más de una vez.

—¡Bah! —dijo el coronel, sin volverse. Pero no negó lo dicho.

Mientras tanto, H. M. había redescubierto su desayuno. Jamón, tostadas, salchichas fueron tragados al mismo tiempo que los últimos pedacitos de huevo. Estaba recostado tomando el café, cuando el coronel habló de nuevo. Duroc parecía como si dirigiese un sermón a los picachos de Tánger.

—Me deberían haber prevenido —declaró apasionadamente—. ¿No le conozco ya el record a este hombre en América? ¡Es horrible! Le roba evidencia a la policía. A la cárcel ha tirado al intendente de Riddleburg. ¡Y en Nueva York! Lo corretean por la Avenida Lexington en camisa de dormir, con la policía disparándole. Chantajea al comisario Finnegan...

—¡Oh hijo, sólo buscaba justicia!

El coronel suspiró; se volvió rápidamente y marchó hacia H. M.

—Amigo mío —dijo con una voz nueva y diferente—, en mi posición oficial no puedo aplaudirle su idea lunática sobre las leyes. Pero jamás crea que no la entiendo.

Y le estiró la mano. H. M. la estrujó animadamente; enseguida, como en su primer encuentro en ese balcón, ambos se avergonzaron. La acostumbrada escapada no se podía obtener. Ya que no eran un par de borrachos, no podían gritar pidiendo una botella de *whisky* a la hora de desayuno. Pero fué el coronel quien encontró la inspiración.

—Escuche —urgió—. Ya estoy en conocimiento de los hechos, sí. Pero si no veo a la gente, no entiendo nada en absoluto. ¿Quiere empezar desde el comienzo y contarme todo el cuento de nuevo; también cómo sacaba conclusiones cuando yo no las veía?

—Yo apruebo esa moción —exclamó Maureen Holmes, apresurándose a acercarse por la terraza.

Maureen, con su traje verde oscuro contrastando con sus ojos verdes, parecía sana y feliz, y, sin embargo, con su apariencia romántica, triste al mismo tiempo.

—Conozco algunos hechos —dijo—. Sé que Paula y Bill tuvieron que irse. —Tragó—. ¿Pero cómo desapareció Cofre de Hierro de la calle en Bruselas? ¿Cómo hizo Cofre de Hierro desaparecer los diamantes y el cofre estando yo presente?... Falta más de una hora para que pueda ver a Juan.

Maureen se sentó. El coronel Duroc acercó una silla.

—Continúe —dijo el coronel.

—Muy bien —asintió H. M., inhalando humo complacidamente—. Empezaré por el comienzo, cuando llegué en el avión con esta testaruda fámula aquí presente, ¡cállese!, y ninguno de los dos sabíamos nada acerca de Cofre de Hierro. El coronel estaba más astuto que Maquiavelo y Tom Sawyer juntos. Mientras me ofrecía una bienvenida como borrachín y mujeriego, lo cual de todas maneras no soy, ¡cállese!, me estaba invitando a esta casa para decirme palabras suaves y meterme en este enredo. El mismo Álvarez tuvo que portarse como el hombre misterioso de Indianápolis.

”Bien, Paula Bentley estaba allí, para representar a su marido, del consulado británico. En toda su inocencia, dijo algo. Ya les diré lo que fué. —La mente prodigiosa de H. M. podía retroceder y encontrar los menores detalles—. Ella dijo: “Siempre están mandando al pobre Bill a algún terrible lugar por todo el mundo a escribir un informe sobre barro, plátanos, maquinaria o algo”. Y: “Por supuesto, Bill llegó hace tres días”.

”Ahora, dos hechos —que su marido siempre estaba viajando y que Lisboa es el centro, creo, de la Europa Occidental— no se registraron en mi cebolla. ¿Por qué habían de hacerlo?

”U otro punto después de mí, ¡hem!, noble recepción en el aeropuerto. Paula salió corriendo a telefonarle a su marido que yo había llegado, y por lo que me contó ella misma, le dijo que sabía a dónde iríamos, a esta casa. Acuérdense que le dijo a Álvarez, cuando éste remecía el auto, que si no lo hacía Álvarez, ella misma nos diría, y dijo que lo había sabido todo el tiempo. Pero, como les decía, ¿por qué me había de preocupar?

”Como resultado, llegamos aquí, y ustedes saben lo demás, exteriormente. Aun el genio del Viejo fué incitado por los insultos desvergonzados y bajos de una persona que no voy a nombrar, excepto que va a tener una cara terrible si no se empolva el lado izquierdo de la nariz...

Maureen se quejó.

—¡Oh, por favor! Yo sabía que usted podría resolver el misterio. Lo ha hecho. Pero estaba tan satisfecho de sí mismo, tan insoportable...

—¿Yo?

—... que lo tuve que retar. Lo..., lo siento. Sé que su actitud exterior hacia las mujeres es falsa —dijo Maureen dulcemente, levantando la barbilla y mirándolo fijamente a los ojos—, y no le tengo miedo. Excepto a veces, quizás —agregó apresuradamente—. Pero —su mirada se extravió— si alguien le aceptó la apuesta acerca de Cofre de Hierro, usted la habrá perdido, porque lo clavó en cuarenta y ocho horas. No; espérese. Por favor, le pido perdón.

—Terminen y déjense de discutir —gruñó el coronel Duroc—. Basta, ahora continúe.

—Honradamente lo siento —dijo Maureen, mirando hacia abajo—. Me temo que quiero al viejo canalla.

—¡Hem! —dijo H. M., complacido y lanzando humo venenoso—. Ahora escuchen cuidadosamente, porque estamos llegando a una llave que abre todo el misterio en este caso.

”Sobre esta terraza, con la fámula tomando apuntes, el coronel me empieza a contar acerca de un (así dijo) criminal de mente viciosa, un cuasi criminal. ¡Oh, santo cielo! Aun antes de que me contara sobre el asunto en Bruselas, ya tenía llamas saliéndome por el cuello: en cada uno de estos asaltos este hombre desconocido había llevado un cofre de hierro, de un pie de profundidad y dos pies de largo, pesando

unas cuarenta libras o quizás más... ¡Cor!

”Eso me dió una pequeña pataleta, quizás se fijaron ustedes. Las preguntas y respuestas empezaron a pasar por mi mente con tal rapidez, que antes que le hubiera dicho a la fámula que lo anotara, ya había tropezado con la verdadera respuesta. ¿Por qué hacía eso?

”Espérense un momento. ¿Qué era lo que ya había oído? Fuera del número de asaltos, ninguna persona podía dar una descripción de este tipo. ¿Por qué no lo podían describir?

”¡Lo pesqué! O quizás. Porque ese enorme cofre reluciente, con un friso de cabezas de monos, atraería los ojos de todos. Los hipnotizaría, sin dejarles ver ninguna otra cosa. No estarían buscando a un hombre, sino a un cofre de hierro. Sería la mejor desviación posible. Sería el mejor disfraz, excepto que...

”No. No estaba bien. Si el tipo no estaba chiflado, no arrastraría un peso como ése sólo como disfraz. Sería más fácil ponerse una máscara sobre la cara. No, no. Eso quedaba afuera, si no...

La gruesa voz de H. M. se desvaneció. Dejó salir una nube de humo.

—Ese fué en momento, si se acuerdan, en que dije: “Quiero más información. Aunque es posible que...”.

”No terminé. Porque la verdadera y real explicación me cayó sobre el coco como una herradura.

”¿No podríamos suponer que el cofre de hierro no estuviera hecho de hierro? ¿Que fuera hecho de cartón o de un marco delgado de madera? ¿Que se pudiera doblar como muchas cajas? ¿Que hubiera sido pintado por un pintor de naturalezas muertas, experimentado, para que se asemejase a un verdadero cofre de hierro bajo una luz opaca?

De nuevo hubo una pausa. La cabeza de H. M. estaba echada hacia adelante como la cabeza de un ogro.

—Entonces —los miró fijamente— serviría un doble fin. Mantendría la atención fija sobre el cofre, no sobre el hombre, en especial si lo llevaba como si fuese pesado; han visto lo mismo hecho en una comedia. ¿Segundo fin? Si estuviera alguna vez en un aprieto, lo podría doblar inmediatamente (un pie de ancho, dos pies de largo, con un gancho) y llevar colgado por dentro de un abrigo suelto.

El coronel Duroc sonrió amargamente.

—Bien —dijo H. M. con su voz normal—, ésa fué la idea que me golpeó. Le dije que continuara, coronel, pero me seguía dando vueltas y vueltas, en lo que se puede llamar una forma molesta, mientras usted me contaba lo de los robos de la joyería, los disparos y la treta de desaparecerse en la calle de Bruselas.

—Espérese —protestó Maureen—. Eso no sirve.

—¿Eh?

—El policía que fué herido y que se recobró..., tocó el cofre; en realidad se agarró a él con los brazos por encima y debajo. ¿Cómo pudo dar testimonio de que

estaba hecho de hierro?

—¡Oh, no, no podía! —dijo H. M.—. ¡Por el amor de Dios!, pero eso fué lo mismo que me confundió y me azucará cuando contaba el cuento el coronel. Hasta que de repente me acordé... —Aquí miró severamente a Maureen—. ¿Tiene esa libreta suya?

—Me..., me temo que la perdí —contestó ella, bajando sus defensas—. Ha sucedido tanto...

—Bien, no importa. Trataré de repetir de memoria, fórmula mía.

—¿Va a portarse simpático conmigo de nuevo? —preguntó Maureen rápida y ansiosamente.

—Maldición —continuó H. M.—. El coronel me dijo aquí exactamente lo que me acaba de decir usted; que este polizonte, Emil Laurant, se acuerda de haberse aferrado sobre el cofre, y después de verle la cara al ladrón, recibió el disparo. Pero, dice Laurant, no se puede acordar de la cara.

”¡Bien! Eso parecía complicarlo todo, incluyendo los desaparecimientos. Pero no diez segundos después, cuando el coronel dijo: “Por lo tanto, el policía Emil Laurant se acuerda de todo con claridad hasta el momento en que vió el cofre de hierro; e inmediatamente el hombre le disparó”. ¡Epa! ¡Eh! Esa sí que es una contradicción. ¿Se la explicará, coronel?

—Usted verá, señorita Maureen —dijo el coronel Duroc, inclinando la cabeza—. Emil Laurant honradamente cree hasta el día de hoy que tocó el hierro. Pero no lo hizo. Cree eso porque vió el cofre, y había oído hablar tanto de él. La contradicción, que yo mismo no percibí hasta que me la señaló este viejo pirata, es que las cosas no suceden en lo que se llama cámara lenta; Laurant se lanza al cofre; Bentley dispara. ¡Zip! ¡Inmediatamente! ¡Así! Y Laurant no se puede acordar verdaderamente de haber visto la cara o tocado el cofre.

—Y así, hacia el fin del cuento —continuó Sir Henry Merrivale—. Me tocaron en el coco de nuevo. Dos contradicciones aparentes hechas realidad. El cofre de “hierro” era sólo cartón pintado sobre un marco de madera, listo para ser doblado. ¿Tiene una visión clara de lo que sucedió en esa callecita silenciosa con árboles a cada lado?

”Bentley está actuando como Cofre de Hierro. Da un paso hacia afuera de la joyería. El policía se lanza sobre él y por primera vez alguien realmente toca el cofre. Por eso fué que Bentley perdió la cabeza y disparó. Pero está en una trampa peor. La gente corre desde la calle de los cafés alumbrados.

”Lo que hizo le tomó menos de los pocos segundos de que disponía. Dio un paso debajo de las sombras de un árbol, dobló el cofre de cartón con el gancho en la parte angosta, se sacó la chaqueta...

”No —se corrigió H. M.—. Tuve que detenerme allí. El terno común y corriente es demasiado angosto para esconder el bulto del cartón, si está colgando desde el cuello hacia abajo. Cofre de Hierro tendría que haber estado usando un abrigo suelto de alguna especie. Y, sin embargo, todos juraron que era una noche calurosa; no

podía ser un abrigo. Lo único que quedaba era uno de esos impermeables continentales. Así que —dijo H. M. sencillamente— le pregunté al coronel si había llovido durante la noche. Me dijo que sí, pero por algún motivo ustedes dos pensaron que yo estaba listo para el asilo.

—Verdad, verdad, —dijo el ceñudo coronel—. Y justo antes de eso, usted puede recordarle a la señorita Holmes...

—Ya —asintió H. M. de nuevo mirando fijamente a Maureen—. Justo antes de eso, hablando de Cofre de Hierro, el coronel había dicho: “Todos, por supuesto, deben haber leído acerca de él en los periódicos”. Le dije a usted que apuntara eso porque era importante. Me miró usted como a un loco; sencillamente como a un loco.

—¡No es cierto! ¡No hice tal! Sólo pensé...

—No importa —dijo H. M. con herida dignidad—. Pero era importante, porque, como decía, el cofre de hierro era el único punto. Cuando esa gente se desparramó por ambos lados de la calle, hicieron como el policía; buscaron el cofre de hierro. Quienquiera que llevase el cofre, pensaron de acuerdo con sus conocimientos, tendría que ser el criminal, porque no podía despegarse de él. Estaba embromado con ese bulto. No lo podía tirar por encima de una reja, o esconderlo, o hacer cualquier cosa con él. Pero todo lo que hizo Bentley, como le dije, fué pararse debajo de un árbol y en cuestión de segundos esconderse el pedazo de cartón. Lo vieron, ya lo creo; se juntó y anduvo con ellos; pero tenía las manos vacías y nadie se fijó en él.

”Y ése es el sencillísimo secreto de los aparentes desaparecimientos en todo el asunto. ¿Lo comprende ahora, fámula mía?

Maureen asintió.

—Sí, pero...

—Mantenga silencio y ya lo oirá. Inmediatamente después, cuando el coronel empezó a contarme del asunto en París, oímos llegar un auto destartado y subiendo a crujidas por el camino. El auto entregó las herramientas en el garaje. Pero dentro de él venía un joven, con hombros anchos, que usaba un sombrero cónico y el mismo tipo de impermeable sobre el cual yo había estado pensando. ¡Cor, casi se me salieron los ojos!

—Le dije al pobre Juan —interrumpió Maureen—, acerca del impermeable, a la tarde siguiente.

—Y —gruñó H. M.—, la misma chica, Paula quiero decir, balbució algo sobre el impermeable ridículo cuando estaba llorando sobre mi hombro después de la pelea de Bentley y Collier. Pero eso no importa... Hablábamos de la llegada de Bentley en un auto moribundo.

”La chica ya se había ido, pero insistí, se acordarán, en que Bentley se sentara a oír la evidencia en contra de Cofre de Hierro. De vez en cuando le lanzaba una preguntita casual, mayormente acerca de él o de su vida. Ninguno de ustedes dos se puede acordar, porque no se molestó en ocultar nada. Pero apuesto que más de una vez ha hablado de su vida con su mujer.

”Su viejo lo había iniciado en la vida como ingeniero eléctrico, porque Bill pensó que eso sólo significaba jugar con leseritas. Le encantaba jugar con leseritas, al igual que con su auto. Un taladro eléctrico no le habría significado nueces a él...

—*Quoi?* —preguntó el coronel Duroc, galvanizado.

—Ese es un modismo inglés —dijo H. M.—. Quiere decir que lo hubiera apreciado y querido. ¡Ahora déjese de interrumpirme! Pero Bill Bentley encontró que la ingeniería eléctrica era más de lo que él había pensado. Así que la dejó y empezó a pintar. Aunque no podía pintar figuras ni por nueces..., calma, coronel..., era magnífico con las naturalezas muertas. Pudo haber hecho y pintado el cofre de hierro con toda facilidad. Finalmente, había viajado mucho, y su base tiene que haber sido Lisboa.

El coronel Duroc se puso de pie, se inclinó formalmente y se sentó de nuevo.

—¿Se da cuenta, señorita Holmes —dijo—, de que este viejo pirata le ha resuelto el misterio en menos de cuarenta y ocho horas? Lo resolvió dentro de cuarenta y ocho minutos.

—¡No, no, no! —protestó H. M., que estaba tan serio que ni gozó del cumplido—. Esa era sólo una leve indicación. Escuchen...

”Mientras estábamos sentados en esta terraza con Bentley, lo observaba a menudo. Tenía buen genio y fácil trato; ninguna treta había en eso. Pero también su cerebro se podía mover con una rapidez de relámpago mientras parecía ser lento de movimientos. En la pelea de boxeo demostró que tanto su cuerpo como su mente se podían mover con tal rapidez que uno no lo alcanzaba a ver. Pero no importa eso ahora.

”Al mismo tiempo que él estaba sentado aquí, usted, coronel, estaba desparramando la historia de toda la carrera de Cofre de Hierro. Al principio me tragué su versión del criminal de mente viciosa, que golpearía aunque no pudiera matar.

”¿Pero, qué fué lo que dijo el coronel? En doce robos espectaculares, a Cofre de Hierro se le había visto en público y la gente se había lanzado tras él por lo menos nueve veces. ¡Nueve veces! Además, ha disparado desde uno hasta un número considerable de tiros sobre sus perseguidores.

”Eso, por supuesto, era para evitar que alguien le tocara el falso cofre. Uno creería que aun el tirador más malo y vicioso le hubiera pegado a por lo menos la mitad de ellos a corta distancia, en la cabeza o en el cuerpo. Quémense, pero lo hubiera hecho cualquiera. Y sin embargo no toca a ninguno, aun con las balas que caen cerca, exceptuando a una niña gorda en Madrid, que ladeó la cadera hacia el lado equivocado por accidente, y al policía de Bruselas. ¿Ven? Ahí fué, como les dije después, donde revisé mis cálculos. Una lluvia de balas que se equivocan es demasiado. Cofre de Hierro es un tirador de primera clase, pero tan asustado de herir a alguien, que dispara intencionalmente un tiro errado cercano aun cuando está en peligro. Y esa misma tarde supe que Bill Bentley era el mejor tirador de Tánger.

”Fué durante esa misma noche también —continuó seriamente H. M.— que se mostró la primera evidencia. Bentley y Collier eran socios. Bentley le permitió a Collier, aunque Bentley estaba afligido, que intentara su primer asalto a Bernstein. Pero...

—¡Por favor! —exclamó Maureen—. Tengo que hacer una, pregunta o estallar.

Cuando la miró el ogro, Maureen usó de toda su considerable femineidad al devolverle la mirada, y el ogro fué esperma.

—No puedo entender —dijo Maureen, imitando nuevamente a Paula al echarse hacia atrás y cruzarse de piernas— cómo Bill pudo andar por Europa Occidental, en Amsterdam, Bruselas, París, Roma, Madrid, Lisboa, y no más lejos, cuando no tenía tiempo, ya que tenía una verdadera misión consular que atender en alguna otra parte. Podía salir de aquí con su propio pasaporte. Lo tenía que hacer, porque todos lo conocían...

—No está del todo mal eso, fórmula mía —dijo H. M., observándole los ojos brillantes mientras su mente rebuscaba—. Pero cuando llegó a Lisboa, ¿qué haría?

—Recogería su maletín y cofre de cartón —continuó rápidamente Maureen, sus ojos abiertos y fijos— en..., en Lisboa, por supuesto. Los escondería allí cada vez, porque tenía que empezar de Lisboa fuera adonde fuere. Y empezaría de Lisboa..., sí, con un pasaporte falso. —Su cara de inspiración decayó—. ¿Pero dónde conseguiría un pasaporte falso?

—Del bueno de Alí —dijo H. M., observándola como un profesor a su alumno preferido—. Usted no estaba allí, pero el coronel sí lo estaba, cuando conté que la primera pregunta que le hice a Alí fué si podría conseguirme un pasaporte falso. Eso era tan sencillo... ¡Cor!

”No —se apresuró a agregar H. M.—. Bentley nunca conoció a Alí, o a cualquiera del grupo. Bentley lo hizo a través de Collier. Envió una fotografía con una buena peluca y un bigote de escobilla de dientes. Por supuesto que el pasaporte falso de Bentley sería inglés y su profesión sería...

Maureen le extendió ambas manos.

—¡Cerrajero! —exclamó—. Lo mismo que hizo Collier. Entonces Cofre de Hierro podía atravesar las aduanas, justificar su maletín de herramientas y aun el taladro, al figurar como cerrajero en su pasaporte. El cofre de hierro, que parecía ser el problema más grande, era realmente el más fácil. Podría envolver el cofre, aplastado en un paquete de papel café, y ponerlo en la parte de atrás de su baúl. Aun si el inspector de aduanas quisiera abrirlo, podría haberle pegado una pintura suya propia sobre el marco. ¡Era fácil!

Hasta este punto, el profesor había escuchado complaciente mientras la imaginación de Maureen le confirmaba cosas que Bill Bentley le había contado antes que éste y Paula partieran apresurados en el avión especial. Ahora una benévola mirada apareció en la cara de H. M. al recordar. Lo que Maureen había adivinado provenía en parte de verdadera evidencia y en parte de información recibida. Él era el

que analizaba y deducía. Él era el Viejo.

—¡Eh! —dijo severamente.

—Sólo pensaba. ¿Sí, Sir Henry?

—Dijo que quería hacer una pregunta, y todo lo que ha hecho ha sido chismorrear como Casandra. ¿Cuál es su pregunta? Porque soy yo quien está contando el cuento.

—Me terno que tienen que ser, dos preguntas ahora.

—¡Entonces dispárelas! ¡Déjenos oírlas!

—¿Es verdad, no es cierto, que Bill Bentley dejó todos sus aparatos de Cofre de Hierro, como disfraz, pasaporte, maletín, cofre falso, etcétera, en alguna parte en Lisboa? ¿Nunca los trajo a Tánger?

—Es cierto, se le conocía demasiado aquí; era muy peligroso. ¿No podríamos suponer que alguien lo viera del consulado británico? ¿O en su pieza en el hotel, su esposa, por ejemplo? No, nunca trajo nada aquí.

—Entonces —balbuceó Maureen, con su cara blanca y consternada—, Collier debe haber traído por lo menos el maletín y el cofre falso por la Aduana aquí. Pero ésa no fué una inspección de Aduanas como las de costumbre. El coronel Duroc, toda la fuerza aduanera francesa: la policía de Tánger. No sólo inspeccionaron. Midieron, pesaron, abrieron y rompieron todo. Esa es mi pregunta. ¿Cómo pudo Collier pasar estas cosas por la Aduana sin que lo pillaran?

—Collier no las trajo, —contestó secamente H. M.

—Pero alguien las tuvo que haber traído... ¿Quién?

—Yo —contestó H. M.

—¿Qué?

—¡Oh fámula! —dijo H. M. quejumbrosamente—. Es la única solución posible. Vuelva su mente a la tarde en que llegamos. A los dos nos dieron inmunidad diplomática, para que no nos registraran el equipaje. ¿No se acuerda cómo pescaron nuestros baúles y maletas y las amontonaron en la camioneta que nos siguió hasta aquí? Esta camioneta estaba manejada por el más loco de todos los chóferes locos de Tánger; y me provocó una alta presión que casi fué mi muerte. —H. M. meditó sombríamente—. Saliéndose al campo abierto —agregó—, y en seguida devolviéndose para casi chocarnos la parte posterior del auto. ¡Cor!

—¿Usted quiere decir que Collier puso las cosas en sus baúles antes de que el avión de Lisboa partiera para Tánger?

—¡Hum!

—Bien, ¿pero no habría sido peligroso?

—No, no mucho. Usted puede deducir lo que pasó de los hechos. Recuerde: Bentley había vuelto a Tánger hacía sólo pocos días. Collier estaba todavía en Lisboa. El 31 de marzo, un día antes que nuestro avión partiera, el coronel Duroc envió un torbellino de cohetes de cada uno de los periódicos de aquí. Ellos proclamaban que Único Solo Baco, el Jefe de Encendedores de Todas las Fámulas, llegaría el próximo día por el avión de las 9.30; y que a este maravilloso chico le sería hecha una

recepción oficial.

”¿Qué sigue? Bill Bentley, que estaba en el consulado, sabía perfectamente lo que significaba una recepción oficial. Entre otras cosas, significaba que al visitante Lechuza Opacada y a cualquiera persona que viniese con él les sería otorgada inmunidad en la investigación del equipaje.

”Entonces, ¿qué haría, naturalmente, Bentley? Telefonaría a Collier en Lisboa y le diría que colocara los instrumentos dentro de mi baúl. Collier debe haber gritado de gusto, porque él esperaba que le sería más difícil introducirlos en Tánger.

”Después que usted ha pesado un baúl en un gran aeropuerto, se lo llevan. Permanece por un momento con un lote de otras maletas o equipaje, antes de que lo suban al avión. Cada chapa de baúl moderno, y no hay muchas marcas, tiene su propio diseño de llave; se pueden acumular una línea completa de duplicados. Bentley y Collier, en su trabajo, ambos tenían una cantidad de duplicados.

”Así que Collier, mientras el baúl estaba solo con los otros, sencillamente se acercó, lo abrió y puso el maletín y el cofre falso dentro. Lo cerró con llave y se fué. He hecho la misma cosa yo mismo y nadie se ha fijado. Sólo que ahora le sucedió a mi propio baúl.

Aquí H. M., con maligna perversidad, se restregó las manos.

—Así que de nuevo —continuó— volvemos a nuestra llegada aquí, con la camioneta con el equipaje volando detrás de nosotros. Ustedes habían salido a caminar —miró a Maureen—, pero el coronel y yo sentimos cuando llegó la camioneta al garaje por debajo de la terraza, con el equipaje. Aun sentimos a los sirvientes llevándose el equipaje al segundo piso.

”De nuevo quiero que se acuerde de la llegada de Bentley en aquel viejo impermeable. Como él manejaba hacia arriba, el coche, según dijo él, se le había muerto. Yo quiero que usted vea la comedia de sonriente desfachatez que fué desarrollada bajo nuestros propios ojos y no la vimos.

—¿Desfachatez? —repitió Maureen.

—Sí. Ahora, ¿qué fué la primera cosa que hizo Bentley, después que dijo que su coche había muerto?

—Pero si él no hizo nada... Espere. Bien. Él sólo corrió arriba a llamar a un taxi. El teléfono está arriba.

—Correcto. Pero justo arriba, como lo señaló el coronel cuando nosotros llegamos y como nosotros hemos recientemente indicado, ¿qué otra cosa había ahí?

—Nuestros dormitorios. ¡Con el equipaje! —la claridad golpeó a Maureen en los ojos—. Pero eso no quiere decir que Bill posiblemente...

—¡Oh, sí! Él hizo una verdadera llamada telefónica para un taxi. Pero también tenía que apresurarse para el caso que alguien quisiera desempacar. Él tenía los pocos segundos necesarios para ir a mi dormitorio. Abrió el baúl con su propia llave de duplicado, extrajo las herramientas y cerró el baúl otra vez. Después de lo cual, si le place, mis cabezas de chorlito, él aplastó el cofre de su gancho y lo colgó en la

espalda de su chaqueta dentro de su impermeable. El empaquetado maletín de herramientas, que no es muy grande o grueso después de todo, también cupo dentro de su impermeable, cargado contra su costado con su mano que lo afirmaba a través de su bolsillo lateral. Y en esta forma bajó despreocupadamente.

”Pero eso no fué todo, pues no podía meterse en el taxi y arrancarse a la vista de todos nosotros, incluso del chófer del taxi. Si él lo hacía, habría tenido que sentarse en aquella superficie de cartón y madera liviana y la habría roto en pedazos. Él tenía que esperar hasta que afuera estuviera lo suficientemente oscuro para poderlo desenganchar y sacarlo al lado del taxi.

”Así, por dos mortales horas, mientras el conductor del taxi se puso a dormir, él se quedó allí echado holgazaneando contra la balaustrada, con todo el material en su impermeable, mientras conversaba amigablemente acerca de las aventuras de Cofre de Hierro o la llegada de Collier. Miren, yo ya sospechaba del tipo, pero nunca soñé que tuviera la colosal y suprema osadía de hacerlo, especialmente, como no me di cuenta hasta después acerca de los instrumentos que estaban en mi propio baúl. Yo todavía puedo ver la cara de Bentley, de aspecto inocente pero con una chispa sardónica en las comisuras de sus ojos.

”Cuando se oscureció lo suficiente nos dió una atropellada despedida. Yo todavía le sugerí que se fuese con nosotros, para poder vigilarle. Pero él se metió en el taxi con sus instrumentos y se fué primero a entregarle el material a Collier, y luego a encontrar a su esposa, que, mientras tanto, se suponía que se había ido a encontrarlo a él.

—Bien hecho —balbució Maureen involuntariamente.

—¡Bah! —jadeó el coronel Duroc.

H. M. los silenció a ambos con una mirada maligna.

—Volvamos —dijo él— a aquella fatal primera noche, la noche del robo en Bernstein, cuando yo estaba seguro de que Bentley era nuestro hombre. Mientras tanto, ¿alguien aquí conoce a un turco llamado Abdul Yussuf?

Duroc simplemente gruñó. Maureen expresó una firme negativa.

—Bien, ustedes no tienen por qué conocerlo —H. M. parecía estar complacido—. Es sólo una pieza del escenario; era importante, a su manera, como evidencia. Como digo, es un turco que siempre usa una *jalebah* árabe con un gorro puntiagudo. Obtuvo una licencia para mantener un jardín para beber té de menta en la cima de una vieja torre cerca de la unión del Mediterráneo y de la bahía.

—Ya recuerdo —dijo Maureen—. Paula me lo dijo.

—Sí, ella y Bill habían ido a nadar. Después decidieron que era bastante temprano para ir a tomar té de menta a la cima de la vieja torre. El viejo en la *jalebah*, que estaba dormitando cerca de la puerta, habla el inglés mejor que yo. Creyó que la conversación era siniestra y la dió a conocer a la estación policial más cercana, donde la anotaron, pero nadie la encontró muy siniestra. Sólo la encontraron reveladora.

”Bill habló un lote acerca de Cofre de Hierro, principalmente diciendo lo que yo

les he dicho, acerca de lo que nos sucedió aquí, pero omitiendo toda referencia a sus mañas con el maletín o el cofre falso. Esa compañerita, Paula, insistía en que él estaba preocupado por dinero.

”Lo estaba, pero no en la forma que ella pensó. De su razón para jugar a Cofre de Hierro, aunque nunca admitió ser Cofre de Hierro excepto ante mí, él nunca hizo mucho secreto; era de propiedad pública; ciertamente él se la dijo a Paula. Era simple: retirarse, olvidarse de las preocupaciones, y enterrarse entre los libros.

”Pero ahora estaba preocupado. Tenía una buena fortuna en nuevos diamantes cortados listos para la venta. Necesitaba hacerles el último empeño a los diamantes del sultán y luego se retiraría. Acuérdense que sólo vimos la espuma de sus pensamientos. Pero le tenía que contar a Paula. Si alguien hubiera escrito sus verdaderos pensamientos, hubieran sido algo parecidos a esto: No quería decirle la verdad todavía, aunque no tenía motivos para no decírsela... Había rebuscado en su memoria alguna disculpa que darle que al mismo tiempo de ser convincente, fuera un poco verídica. La encontró, por supuesto, balbuciendo todo eso acerca de capturar a Cofre de Hierro y cobrar la recompensa, lo que no tenía intención de hacer. Pero prosigamos al tiempo cuando toma el camino largo y holgazanea al lado de Bernstein en la rue du Statut.

”¿Saben? Su llegada a la escena fué demasiado oportuna. Un poco demasiado a tiempo. Antes que el coronel y yo pudiéramos desenredarnos en la puerta, con la luz encendida, ahí estaba Bentley justo en el medio de todo y sin saber cómo había llegado hasta allí.

”Salió disparado en un atajo perfecto. Por supuesto, Collier lo había estropeado todo al no haber estudiado los alrededores con bastante detención (Cofre de Hierro siempre los estudiaba), y Collier necesitaba ayuda. Para ayudarle, Bentley debía formarse una disculpa a sí mismo.

”Quizás mi ojo falló, pero de todos los atajos, ése fué el peor. Tuvo una oportunidad excelente para pescarle ambas rodillas, y ni siquiera movió un dedo para hacerlo.

—¿Un dedo? —repitió Maureen.

—En *futbol* americano, que se parece mucho al *rugger*, lo llamarían un brazo tieso.

—¡Oh, pero, por favor, siga!

—Pero su brazo izquierdo se eleva al cofre de hierro. Si realmente hubiera creído que era de hierro, sabría que ése era un movimiento imposible. Creo que allí es donde posiblemente murmura: “No te preocupes, es Bill; saca la pierna de una patada”. Bill mismo se dió cuenta después de lo absurdo de su comportamiento y admitió que debería haber intentado un atajo limpio. Pero aún trató de defenderse con esto: “Pero el maldito hierro estaba pulido, con una especie de película encima, mis dedos resbalaron y me caí”.

”¡Por el amor de Dios, eso lo estropeó todo!

”Al no ser que todas las probabilidades hubieran fallado, ese cofre no estaba hecho de hierro. Estaba mintiendo. Ahora tenía que conseguirme verdadera evidencia.

”Por supuesto que nunca tuve un plan de cómo atrapar a Cofre de Hierro, no una sólida como la que mencioné en el Bar Parade; hablaba enfrente de Bentley y sólo estaba pescando. Y entenderán cómo desapareció Collier en la rue Waller. Durante un momento Collier perdió la cabeza acerca de ese cofre, y no sabía qué hacer con él. El ruido y relincho de los caballos en ese establo le dieron la idea. Si Collier sólo doblaba el cofre, se botaba y pretendía estar borracho, nadie se fijaría en él, porque no tenía un cofre de hierro y no había tenido la oportunidad de esconderlo. Puedo agregar que Paula y Bill tuvieron una escapada estrecha; Collier no podía disparar en absoluto.

”Y ahora llegamos a la mañana siguiente. Ustedes dos, al igual que Paula y Álvarez, tuvieron su dramático entrevero con Collier, en el rojo y encerrojado departamento de Marshan. Supongo —miró soñolientamente a Maureen— que ustedes quieren saber por qué Collier arrendó ese departamento y luego de inmediato puso un aviso de arriendo en la “Gaceta”, de Tánger.

—¡Era un truco! —exclamó Maureen.

H. M. parpadeó hacia ella en silencio.

—Pero no de la clase que usted está pensando, fámula mía. Dondequiera que él iba, Collier arrendaba un departamento. Por dos razones: como un lugar secreto para juntas de carácter político, y como un escondite donde pudiera cortar los diamantes sin molestias. Embarcó su carga de Biblias y otro bulto adelante de él, y le escribió al gerente de los departamentos acerca de pintar las persianas, incluyéndole el dinero para ello.

”Pero antes que él abandone Lisboa, ¿qué pasa? Bentley lo llama para poner las herramientas, etcétera, en mi equipaje, y le dice que él, Collier, va a llevar a cabo el asunto de Bernstein. Eso quiere decir, con toda probabilidad, que él no deberá estar en Tánger en ningún momento... ¿Así qué es lo que hace? Él cablegrafía un aviso a la “Gaceta” de Tánger, ofreciendo un subarriendo. Pero nunca pasó por su cabeza que Paula o Maureen podrían estar buscando un departamento. ¡Cor! ¡Saben ustedes que él fué un canalla sorprendido cuando Paula entró por esa puerta!

—Bueno, eso explica lo del departamento y las persianas rojas —admitió Maureen—. ¿Pero cómo diablos hizo Collier desaparecer el cofre y todos esos diamantes?

—Como quiera, fámula mía —asintió H. M. magnánimamente—. Tenemos el relato de Paula misma después que entró de sopetón en el departamento de Collier a esa hora inhumana y fué dejada afuera de nuevo. Afuera, afortunadamente, encontró a Álvarez, y ahora sigámoslos. Ellos, se quedan allí, por el tiempo necesario para conversar, a lo menos dos minutos. Paula oye ruidos adentro. No los puede identificar. Pero qué me dice usted: ¿Fué ése un día frío?

—En la mañana, amargamente frío.

—Correcto. Mientras tanto, ¿había un buen fuego quemándose en el *living-room* del departamento de Collier?

—Sí, por supuesto; una parrilla comparativamente pequeña contenía un brillante fuego a carbón que...

Maureen tomó un pequeño respiro, y otra vez sus ojos se abrieron.

—Ahora, por lo menos tres veces —dijo H. M. fieramente—, al punto de volverlo loco a uno, hemos oído una descripción de diamantes en bruto. Son pequeños, trocitos irregulares, de color gris y de superficie algo áspera.

”Esa es toda la historia. Collier desparrama sus diamantes en el fuego, donde estarían cubiertos por una ceniza grisácea o polvo de carbón, y serían indistinguibles de los pedazos de carbón no consumidos. Finalmente, desparrama pedazos de cartón, especialmente con pintura al óleo en ellos, que arden como empapados en aceite en menos de un minuto. En lo que se refiere a los diamantes, pregúntele al primer entendido, no serán dañados o derretidos por el fuego, excepto que sea uno tan infernalmente caliente que hubiera tenido que ser diez veces más fiero que éste.

—¿Pero y el cartón; no habría ceniza?

—¡Hum!, y la hubo. ¿Le habló alguna vez a Álvarez acerca de eso? Pisoteó pedacitos de ceniza pesados y escamosos cuando la rastrillaron del fuego. Es por eso que sus preguntas fueron tan difíciles de contestar literalmente. Estaban mirando derecho hacia la cosa, pero nunca la vieron.

”Eso va también por la pista del cofre. Álvarez lo vió; pregúntele. O, más bien, estaba confundido y enojado y no estaba muy seguro de sí mismo. En la mesa central de esa pieza había un mantel de un terciopelo muy suave. ¿Se acuerda?

—Bueno, me acuerdo algo.

—Ahora bien, sobre esa mesa, y por algún tiempo después que Paula entró, había estado lo que se suponía ser un cofre de hierro, pesando alrededor de cuarenta libras. Pero no había ninguna impresión sobre el suave terciopelo, tal como la hubiera dejado un verdadero cofre. No había ni siquiera marcas hechas por el cartón y los palillos livianos de madera y la superficie estaba immaculada.

”Por supuesto que usted ve lo que pasó. El arrendatario de un departamento como ése debe barrer las cenizas de su propio fuego, ponerlas en un canastillo y meterlas en la caja de servicio para que el mozo las baje al sótano.

”Como yo —dijo H. M. inflándose de pecho— no estaba ahí, no les pude decir qué precauciones tomaran. Pero cuando después me confesé con el coronel acerca de cofres de hierro y él empezó a romper muebles, él supo qué hacer. Quedaba un hombre en los departamentos: el mozo griego, que era bastante inocente.

—Así es —interpuso el coronel Duroc—. Él mismo tomó las cenizas y el carbón sin quemar, que eran los diamantes, y los bajó al sótano al depósito de cenizas y los botó allí. Yo mismo encabecé el grupo para atrapar a Cofre de Hierro cuando volviera a buscarlos. Pero no llegó. No; Bentley decidió hacer la prueba en otra parte.

H. M. asintió con la cabeza. Sacó un cigarro, pero no lo encendió.

—Y eso es casi todo, excepto por un carácter humano, quiero decir el de Bentley, durante la noche algo fiera en la Casbah, cuando murió Collier.

”Por supuesto —se mofó H. M., levantándose delicadamente de hombros— que no fué una noche muy fiera. Verdad que algún..., ¡hem!..., fulano quitó de en medio a un ladroncillo europeo meridional con un cuchillo en un callejón en el camino hacia allí; pero eso no tiene nada que ver con nosotros.

—¡Ja, ja, ja! —dijo el coronel amargamente—. Yo lo olvido, sí —su genio ebullió—. Pero esto yo le digo, Sir Henry. Usted, que viene a investigar, es el peor bochinchero que yo haya encontrado. Cuando encuentro la garganta de un hombre rasgada así, y la forma en que su pelo ha sido agarrado, ¡reconozco la experiencia cuando yo la veo! Buena experiencia, digo yo.

—Bien... Vamos —murmuró H. M. subrepticamente—. Puede que yo haya tenido que hacer algo como eso en Marsella alguna vez; o dos o tres veces en Puerto Said; o puede que en la Alemania ocupada...

—¡Pare! —gritó el coronel—. En este detective hay más depravación que en cualquier criminal.

—No en un juego limpio, hijo. Tuve que arriesgar el salto de ese reptil antes de poder agarrarlo por el pelo. Pero, como yo decía, acerca de Bentley, éste había llegado al punto, aquella noche, donde él y Collier tenían que partir cada uno para su lado. Estaba ardiendo. Peor que peor, Paula había ido en vez de Maureen al departamento de Collier. Recuerde, Collier la había visto a usted y a mí conversando juntos a bordo del aeroplano, fámula mía. Nos había visto atravesar esa bienvenida oficial, pero él había visto a Paula también, y Paula se introdujo en su salón y reapareció con la policía.

”Bentley estaba aguardando quedamente una oportunidad para ver a Collier cara a cara, aun si Collier lo traicionara. Collier había hecho la única cosa imperdonable. Aun cuando él no conocía plenamente quién era Paula, había tratado de cortarle la garganta; y a los ojos de Bill aquello era como un pecado imperdonable. Si algún peligro amenazaba a aquella mujercita...

Maureen habló suavemente, sin elevar los ojos.

—Paula era el encantito suyo, también —ella especificó—. Es por eso, principalmente, por lo que usted arregló la escapada. Es por ello realmente por qué usted la llamaba “mi muñeca” y a mí “mi fámula”.

—¿Sabe, coronel? —dijo H. M.—. Debería haber una ley contra las mujeres que tienen tan buena memoria sobre naderías personales.

—Yo también soy casado —convino el coronel.

—Y yo voy a casarme —gritó Maureen, sonrojándose su pálida cara y con sus ojos brillándole—. Con Juan, tan pronto como él salga de esta clínica.

Poniéndose de pie de un salto, el coronel Duroc se sonrió y cacareó por todas partes. Revoloteó alrededor de ella como una gallina. Sólo con dificultad se le

impidió que gritara pidiendo champaña, y sus sentimientos eran amargos al mirar la desdeñosa mirada de H. M.

—Usted —dijo retorciéndose—, usted no tiene corazón.

—No sé —respondió H. M. con una imitación malvada del acento del coronel— cuál es peor si la sentimentalidad americana... o la sentimentalidad belga.

La cara del coronel se volvió de varios colores.

—Por el amor de Esaú —gritó H. M.—, quédese callado mientras yo termino.

”Esa noche, cuando Álvarez iba a entrar en la Casbah a prender a Collier, Bill Bentley estaba dispuesto a ir. Trató por todos los medios de no dejar ir a Paula, pero ella no quiso quedarse. Ahora tenía una pistola; Collier también tenía una pistola; Collier, que había volado al Hotel Riff después de escaparse del departamento de Marshan y que había llegado al darse la alarma, recogió su Bankesr’s Special al mismo tiempo que otras cosas.

”Pero observen cuando esa noche, Bill, Paula y yo entramos en casa del viejo Alí por la puerta delantera. Nos arrastramos escalera abajo a la puerta de la sala de las alfombras y nos pusimos en línea contra la muralla. Ninguno de ustedes dos estaba allí, pero lo estaba yo y les puedo jurar sobre lo que han oído.

”Si me hubiera quedado alguna duda sobre la culpabilidad de Bentley, se me habría desvanecido. Parado sobre un montón de alfombras, con la espalda hacia nosotros, a Collier sólo se le podía ver el pelo negro y el cuerpo ancho. Paula dijo que ella no estaba segura de que fuese Collier. Todo lo que se había dicho había sido acerca de un hombre pelirrojo; no se había teñido hasta temprano en la tarde. Yo no estaba absolutamente seguro tampoco.

”Pero Bentley supo inmediatamente. Supo, aunque se suponía que nunca había visto a Collier antes. Aun en la noche en el callejón contiguo a Bernstein y Compañía, Bentley estaba acostado de espaldas tratando de mirar hacia arriba y hacia atrás, y puedo jurar que no podría haber visto a Collier. Pero, repito..., Bentley supo. Sacó el revólver Webley de su bolsillo, murmurando algo de no haber pensado jamás que le dispararía a un hombre por la espalda.

Y no lo pudo hacer, aunque ello le significara el fin de alguien que lo podría traicionar. Moral y materialmente, no pudo dispararle a un hombre por la espalda. En seguida se dió cuenta de algo y me lo murmuró. Collier también tenía un revólver. Si llamaba a Collier y esperaba hasta que éste se diera vuelta para que tuviera un duelo justo... Bien, ésa era una proposición deportiva y honrada. ¡Cor! Me gustaría retorcerle el pescuezo a una vieja momia de juez en bata roja si dijera que no la fué.

”Pero fuimos interrumpidos.

”Collier oyó a Álvarez que venía de la otra dirección. Sucedió todo con tal rapidez, que Bill no tuvo tiempo de prepararse. Cuando Álvarez caminó despreciativamente hacia él, Collier le disparó un tiro al pecho... Lo siento, fámula mía. No quiero...

—Está bien —dijo Maureen, bajando los ojos, pero temblando de todas maneras

—. Yo soy la ridícula. Está perfectamente bien ahora. Pero si hubiera estado allí...

—De todos modos, dió la vuelta al montón de alfombras cuando Bentley le puso el cañón del revólver en la parte de atrás del cuello. Mientras lo registraba, Bentley hizo retroceder a Collier al centro de, las alfombras. En ese momento sucedió que yo miré hacia arriba; vi cuando Collier y Bentley se encararon, la expresión de sus caras.

”¡Oh cabezas de chorlito! Fué una revelación. Los ojos de Collier se abrieron de par en par como se hace al reconocer a alguien; en seguida se achicaron, y le dió a Bentley una mirada muy significativa por debajo de los párpados al decirle: “¿Qué es lo que cree que está haciendo usted?”. Ese énfasis en el usted daba a entender claramente que Bentley no le era desconocido. ¡Oh, Collier sabía!

”Bentley dijo: “Ya lo sabrá”, con una mirada igualmente significativa. Sólo podía significar que le estaba previniendo a Collier que mantuviera silencio; quizás Bentley estaba aquí para ayudarle. Si Collier creyó eso o no, prefirió seguirlo por un rato. Creía honradamente, en ese momento, que los hombres de Alí lo estaban cubriendo y que no tenía nada que temer.

”En seguida Bentley tuvo que tomar una decisión. Álvarez estaba malherido. Álvarez, que había sido humillado tres veces por un boxeador que sabía que no lo podría herir a él, estaba enfermo de agonía. Álvarez hubiera dado su alma por ver al embustero reventado. Si no creen que las razones de Bentley fueron deportivas, no seguiré adelante.

”Bentley se ofreció a pelear por tres razones, aunque no estaba seguro de que podría ganarle a Collier: se ofreció para vengar a su amigo, porque Collier había amenazado la vida de Paula y finalmente...

—¿Sí? —le instó Maureen.

—Odiaba el enredo comunista. Collier era un miembro activo del partido y Bill lo odiaba por esto y por su ceremonia falsa de las persianas rojas.

”De todas las personas en este mundo, no se hubiera podido encontrar a dos personas más distintas de carácter que Bentley y Collier. Digamos solamente que diferían en todo, y lo tendrán. Collier odiaba a Bentley casi tanto como Bentley odiaba a Collier. Cuándo o dónde se conocieron no es importante. Pero él tenía que tener un cortador de diamantes que estuviese pervertido. Los cortadores honrados hacen preguntas acerca de dónde vienen las piedras no cortadas, y hay muy pocos deshonestos, porque es muy beneficioso ser correcto.

”Por estás tres razones, vimos esta fina estrategia, los riesgos que corrió, la forma en que usó su cabeza...

Toda la estrategia de Cofre de Hierro. Casi fué derribado con un viento desfavorable. Pero vino y aterrizó aquella Mary Ann que le escribió el final a Collier.

”Collier debió saber, cuando estaba siendo golpeado duramente, que ninguno de los hombres de Alí podía estar allí, que la policía lo había atrapado y le arrestaría. Así es que cantaría y denunciaría a Bentley también. Bentley, asimismo, supo perfectamente, cuando le lanzó ese golpe final demoledor, que él también estaba

liquidado. Una vez que Collier despertara, sería denunciado. Así es que se sentó a tomar su medicina. Todo lo que lo favoreció fué que Collier permaneció borracho del golpe aún cuando se despertó, por lo que no atinó más que a escapar. Y así murió contra la ventana roja.

”Acerca del atentado de Bentley contra Bernstein, no hay mucho que decir. Eso fué dos noches atrás...

—Sí —interrumpió Maureen—, ¿y dónde estaba usted ayer? Estuvo todo un día tan desaparecido, que aun el coronel no lo pudo encontrar.

—¡Ja, ja, ja! —dijo el coronel Duroc—. Este viejo “monio-de” no se atreve a encararme, porque una parte del día ha estado fumando *keef* en un banco en la playa, y lo fotografiaron. La otra...

—¡Es suficiente! —gruñó H. M. con maciza dignidad—. ¿Quiere que le diga mi último incidente o no? Desde el segundo día yo estaba convencido (por la vanidad de Bentley, su única mala cualidad; yo no tengo vanidad) que estaba tratando de atracar a Bernstein aunque se le matara. Y estaba determinado a hacerlo aún bajo nuestras propias narices. ¿Pero cómo? No podía atacar la puerta de esa caja de seguridad, que estaría muy bien custodiada. Pero podría, exactamente podría, atacar la parte trasera de la caja. Podría rasguñar fácilmente la madera y el yeso de la espalda de la caja, la cual, recuerden, está contra la muralla en aquel lado. Sabía que ambos, Bernstein y Luisa Bonomi, estarían cerrados porque era domingo.

”Durante el día, teniendo una llave, como yo tengo una, podría usar su taladro eléctrico para hacer un hoyo en la espalda de la caja de seguridad, casi a través del acero. Entonces volvería aquella noche, y con nitroglicerina, y bastante de ella, abriría un forado, sólo si tenía una explosión arreglada para cubrir el ruido. No podía usar un edificio; Bentley: no es de esa clase de criminal.

”Pero había un barco vacío en la bahía, uno pequeño, sin nadie a bordo, excepto de un sobornable segundo oficial. Y podría ser sobornado para poner un fusible de tiempo y regresar a tierra, el fusible sincronizado exactamente con el de la caja de seguridad. Arriesgado, pero posible. Había estado pensando que era la única manera de hacerlo; pero quedé extraordinariamente sorprendido cuando realmente sucedió.

”Después que todo pasó, hice que Bentley abandonara los diamantes porque no estaban asegurados; lo hice dejar sus huellas digitales y otro cofre de pantalla, porque prometí darle a usted una prueba. Y eso es todo, excepto por un pequeño hecho. La mujer de Madrid pensó que era calvo, cuando Bentley usaba sólo mostacho y no peluca. Una cortada de pelo del servicio le deja algo en la cabeza a usted, sí, pero lo hace aparecer calvo con un sombrero puesto. Y la cortada de pelo de Bentley del ejército le entorpeció todo.

—Me alegro de que se haya ido —dijo Maureen—. Bill nunca mató a nadie, excepto al lanzador de cuchillos en el naranjo, Paula me lo dijo, en defensa propia. Nunca robó a alguien que no pudiera sobrarle mil veces. —La mirada fija de Maureen vagabundó por un momento y pareció perderse en sus pensamientos—.

Hubo otro hombre, o tal vez alguien típico —continuó soñadoramente—, que hacía lo mismo. Pero ha sido honrado y amado por casi ochocientos años. Ellos..., ellos le llamaban Robin Hood.

H. M. la miró sorprendido, diciendo:

—¿Pero qué es lo que le he tratado de decir todo este tiempo..., muñequita mía?

Empresa editora
Zig-Zag, S.A.
Santiago de Chile, 1953



JOHN DICKSON CARR (30 de noviembre de 1906 – 27 de Febrero de 1997) fue un escritor norteamericano de novelas policíacas. Además de firmar mucho de sus libros, también los seudónimos Carter Dickson, Carr Dickson y Roger Fairbairn.

Pese a su nacionalidad, Carr vivió durante muchos años en Inglaterra y a menudo se le incluye en el grupo de los escritores británicos de la edad dorada del género. De hecho la mayoría, pero no todas, de sus obras tienen lugar en Inglaterra. De hecho sus dos más famosos detectives son ingleses: Dr. Fell y *Sir Henry Merrivale*.

Se le considera el rey del problema del cuarto cerrado (parece que debido a la influencia de Gastón Leroux, otro especialista en ese subgénero). De entre sus obras, *The Hollow man* (1935) fue elegida en 1981 como la mejor novela de cuarto cerrado de todos los tiempos.

Durante su carrera obtuvo dos premios Edgar, uno en 1950 por su biografía de *Sir Arthur Conan Doyle* y otro en 1970 por su cuarenta años como escritor de novela policíaca.

Notas

[1] En el original pone siempre “garage” en vez de “garaje”. (N. del E. D.) <<

[2] Castigo oriental que consiste en una zurra de palos en las plantas de los pies. (*N. del E.*) <<

[3] *Cockney*: Hijo de Londres, particularmente el que carece de educación. (*N. del T.*)

<<